

# MARY HIGGINS CLARK

El último adiós



**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

A raíz de la muerte de su marido Adam en un accidente de barco, Nell se siente arrepentida de las constantes discusiones que mantenía con él. La investigación policial empieza a arrojar luz sobre los oscuros negocios de Adam, y Nell acude a una vidente que dice estar en contacto con él, ignorando que todo ello la podrá en grave peligro...

El mundo de la comunicación psíquica y el ocultismo al descubierto en una compleja y brillante novela por la reina del género.

**L**≡**LIBROS**

Mary Higgins Clark

**El último adiós**

*Para Michael Korda  
querido amigo y magnífico editor;  
muchas gracias por veinticinco  
maravillosos años.*

## AGRADECIMIENTOS

Una vez más, y cómo lo haré en esta ocasión, debo dar las gracias.

Deseo expresar mi agradecimiento, en aumento a medida que transcurren los años, a mi editor Michael Korda y a su socio Chuck Adams. Siempre alentando, perseverando y empleando las palabras adecuadas para ello.

Gracias a Lisl Cade, mi publicista, gran compañera, estimada amiga y fiel lectora.

Estoy muy agradecida a mis agentes literarios, Eugene Winick y Sam Pinkus. Encontraban las respuestas antes que yo planteara las preguntas. ¡Buenos amigos, desde luego!

También doy las gracias al jefe de corrección Gypsy da Silva, por su ojo de lince y su paciencia de santo. Una y otra vez, gracias, Gypsy.

Gracias a Carol Catt, redactora, y a Michael Mitchell, escaneador, por su brillante trabajo.

Quiero expresar mi agradecimiento a Lionel Bryant, suboficial de guardacostas de Estados Unidos, por ser quien ha convertido en verosímil la descripción posterior a la explosión en el puerto de Nueva York.

El sargento Steven Marron y el detective Richard Murphy, de la Oficina de justicia del distrito de Nueva York, me han proporcionado valiosas informaciones sobre el procedimiento y la investigación policial a seguir si los hechos aquí descritos hubieran sido reales. Gracias. Sois los mejores.

Quisiera expresar mi profunda gratitud a los arquitectos Erica Belsey y Philip Mahla, así como a la decoradora de interiores Eve Ardia, por ser mis expertos en responder a las preguntas que les planteé sobre arquitectura y diseño.

La doctora Ina Winick siempre está junto a mí para responder a mis dudas psicológicas. Gracias, Ina.

Muchas gracias al doctor Richard Roukema por su exhaustivo análisis al solventar mis disquisiciones hipotéticas.

Muchas gracias a Diane Ingrassia, directora de la sucursal bancaria de Ridgewood Savings Bank, por responder a mis preguntas sobre cajas de seguridad.

Como siempre, gracias a mis ayudantes y amigas Agnes Newton y Nadine Petry, así como a Irene Clark, mi correctora de pruebas.

Gracias a mi hija y compañera, Carol Higgins Clark, por ser mi caja de resonancia y evitar que usara expresiones que su generación jamás utilizaría.

Prosiguiendo con los agradecimientos, en el apartado de ovaciones, a nuestros hijos y nietos. Como uno de los pequeños preguntó: «¿Escribir una novela es como tener un montón de deberes, Mami?» .

Un agradecimiento especial y cariñoso a mi marido, John Conheeneey, quien continúa sobreviviendo con gran elegancia y humor a pesar de estar casado con una escritora con una fecha tope de entrega.

Una vez más repito con alegría las palabras de un monje del siglo XV: «El libro está concluido. Dejad jugar a su autor» . Posdata: A mis amigos: Estoy libre para salir a cenar.

## PRÓLOGO

Nell MacDermott se volvió y empezó a nadar de regreso a la orilla. Su cuerpo quinceañero hormigueaba extasiado al mirar el paisaje, absorbiendo el mosaico maravilloso que componían el sol en un cielo nítido, la suave brisa fresca y el espumoso chapoteo salado que rompía en torno a ella. Sólo hacía una hora de su llegada a Maui, pero ya había decidido que le gustaba más que el Caribe: el sitio escogido por el abuelo para pasar las vacaciones posnavideñas, junto a la familia, los últimos años.

De hecho, «familia» parecía un término algo exagerado. Ya eran las cuartas Navidades en las que sólo estaban su abuelo y ella. Cinco años antes, Cornelius MacDermott, legendario congresista de Nueva York, había recibido en la Cámara de Representantes la noticia de que su hijo y su nuera habían muerto en un accidente de avión en la selva brasileña, cuando se dirigían a una de sus expediciones antropológicas.

Inmediatamente, Cornelius se trasladó a Nueva York para recoger a Nell de la escuela y contarle personalmente lo sucedido. Cuando llegó, su nieta estaba llorando en la enfermería.

«Al volver del recreo esta mañana, sentí que papá y mamá estaban conmigo, que habían venido a decirme adiós —le dijo, mientras la sostenía—. No les vi, pero pude sentir que mamá me besaba la mejilla y papá me pasaba la mano por el pelo» .

Ese mismo día, Nell y la niñera que la cuidaba cuando sus padres se ausentaban se trasladaron a la casa de la calle 79 Este, donde su abuelo había nacido y en donde creció su padre.

Estos recuerdos centellearon brevemente en su cabeza mientras regresaba a la orilla, hacia su abuelo que, sentado en una tumbona bajo la sombrilla, había accedido a regañadientes a su petición de tomar un baño antes de deshacer las maletas.

—No vayas demasiado lejos —le había advertido mientras abría un libro—. Son las seis y el vigilante está a punto de irse. A ella le hubiera gustado quedarse un rato más en el agua, pero la playa ya estaba casi desierta y sabía que, en pocos minutos, su abuelo se impacientaría porque aún no tenían deshecho el equipaje y, además, pronto tendría hambre. Tiempo atrás, su madre le había



advertido que era mejor evitar, bajo cualquier circunstancia, las situaciones en que el abuelo pudiera sentirse hambriento o fatigado.

A pesar de la distancia, Nell podía apreciar que seguía absorto en su lectura. Pero sabía que no duraría. « Bueno —pensó, retomando impulso—, hagamos olas» .

De pronto se sintió desorientada, como si la volvieran cabeza abajo. « ¿Qué me pasa?» .

La orilla se perdió de vista, al tiempo que se vio sacudida de un lado a otro y, luego, presionada hacia abajo. Asustada, abrió la boca para pedir ayuda, pero enseguida empezó a tragar agua y no podía más que farfullar, ahogándose, jadeando, batallando por mantenerse a flote.

« ¡Remolinos!» . Mientras el abuelo estaba registrándose en el hotel, había escuchado a un par de botones aludir a los remolinos. Uno de ellos comentaba que había habido un remolino la semana anterior, al otro lado de la isla, y que dos chicos se habían ahogado. Dijo que murieron porque habían tratado de luchar contracorriente, en lugar de dejarse llevar hasta que el tirón se relajara.

« Un remolino es una colisión frontal de corrientes opuestas» . Mientras agitaba los brazos, Nell recordó haber leído la descripción en el National Geographic.

En todo caso, seguía siendo imposible resistirse al tirón de las olas arremolinadas que se la llevaban hacia abajo y la alejaban de la orilla.

« ¡No puedo dejar que me lleve! —pensó en un repentino ataque de pánico—. ¡No puedo! Si me arrastra, nunca volveré a salir» . Logró orientarse lo suficiente para poder mirar hacia la orilla y divisar aún la sombrilla a rayas.

— ¡Ayuda! —logró pronunciar débilmente, aunque su esfuerzo por gritar le llenó la boca de agua salada, sofocándola.

La fuerza de la corriente que la arrastraba bajo el agua era demasiado poderosa para contrarrestarla.

Desesperada, se volvió de espaldas y relajó las extremidades. Poco después, volvía a luchar contra la terrible impresión de sentir su cuerpo catapultado lejos de la orilla y de cualquier esperanza de salvación.

« No quiero morir —siguió diciéndose a sí misma—. No quiero morir» . Las olas la izaban, desplazaban, hundían y tiraban de ella.

— ¡Ayuda! —dijo de nuevo, y empezó a sollozar.

Y entonces, tan repentinamente como había empezado, todo terminó. Las invisibles cadenas espumosas la soltaron sorpresivamente y se puso a agitar los brazos para mantenerse a flote. « Así que era eso a lo que se referían los empleados del hotel» , pensó. Había sido desplazada hasta más allá del remolino.

« No te vuelvas a meter —se dijo—. Rodéalo» .

Pero estaba agotada y demasiado lejos de la costa. Miró la orilla distante. Nunca lo lograría. Le pesaban los párpados y notaba como si el agua se calentara

a su alrededor, como una mortaja. Se adormilaba.

« ¡Nada, Nell, tú puedes! » .

Era la voz de su madre implorándole que se salvara. « ¡Nell, muévete! » .

La orden apremiante de su padre le reavivó los sentidos y logró derrotar su letargo. Con ciega obediencia, Nell empezó a nadar trazando un amplio círculo para rodear el área del remolino. Cada aliento era un sollozo, cada movimiento de brazos una lucha titánica, pero aun así, perseveró.

Después de varios minutos de agonía, y casi exhausta, logró sumergirse en una ola encrespada que la envolvió y la sostuvo, hasta depositarla, en el momento de romper, sobre la orilla húmeda de arena endurecida.

Temblando violentamente, empezó a ponerse en pie y sintió unas manos firmes que la levantaban.

—Estaba a punto de llamarte —dijo severamente Cornelius MacDermott—. Basta de agua por hoy, jovencita. Acaban de izar la bandera roja. Dicen que hay remolinos.

Incapaz de hablar, Nell se limitó a asentir.

—Estás helada, Nell. No deberías haberte quedado tanto rato en el agua — dijo MacDermott con expresión preocupada, al tiempo que la envolvía con su albornoz de felpa.

—Gracias, abuelo, estoy bien.

Nell sabía que no era cuestión de contarle a su querido abuelo, un hombre sensato, lo que acababa de ocurrir. Especialmente, el hecho de que, una vez más, había tenido otra de aquellas experiencias en las que se comunicaba con sus padres. El tipo de episodios que aquel hombre pragmático atribuía, sin contemplaciones, a las veleidades propias de la fantasía juvenil.

## DIECISIETE AÑOS MÁS TARDE

JUEVES, 8 DE JUNIO

### 1

Nell recorrió a paso ligero el tramo familiar desde su apartamento en la esquina de Park Avenue con la calle Setenta y tres hasta la oficina de su abuelo en la Setenta y dos con York. Por el tono perentorio de la convocatoria, pidiéndole que estuviera hacia las tres, sabía que la situación de Bob Gorman debía de haber llegado a un punto crítico. De modo que no estaba muy ilusionada con la reunión.

Absorta, caminó ajena a las ocasionales miradas aprobatorias que suscitaba. Estaba felizmente casada con Adam, aunque eso no le impedía saber que una mujer alta, de cuerpo esbelto y atlético, pelo castaño corto y levemente rizado por la humedad, ojos azul oscuro y boca carnosa, resultaba atractiva para muchos. De hecho, recordaba que, en sus años de pubertad, cuando asistía con su abuelo a veladas o actos públicos, aquél era el adjetivo que los medios de comunicación solían adscribirle: « atractiva ».

« Para mí, atractiva significa que un hombre diga "No es ninguna maravilla, pero qué personalidad". Es como el beso de la muerte. Basta con que te llamen una vez "hermosa" o "elegante" o "asombrosa" o, incluso, "sofisticada" », se solía quejar cuando tenía veinte años.

—Por Dios, no seas tonta. Da las gracias por tener la cabeza sobre los hombros y saber cómo usarla —era el típico comentario de su abuelo.

Ya sabía qué era lo que quería discutir con ella aquel día, pero ignoraba de qué modo iba a exigirle que usara la cabeza. Los planes que tenía para Nell y las objeciones de Adam al respecto representaban, sin duda, un conflicto.

A los ochenta y dos años, Cornelius MacDermott mantenía el vigor que, durante décadas, había hecho de él uno de los congresistas más prominentes del país. Elegido a los treinta años de edad para representar al distrito de Manhattan, en el que se había criado, se mantuvo en su escaño durante cincuenta años, resistiéndose a las peticiones para que se presentara al Senado. El día que

cumplió ochenta años decidió no participar en la reelección al Congreso.

—No pretendo superar el récord de Strom Thurmond como representante más longevo del Capitolio —anunció.

El retiro de Mac conllevó la apertura de un despacho destinado a asegurar que la ciudad y el estado de Nueva York se mantuviera en la esfera de su partido. Su respaldo a un nuevo candidato equivaldría, con casi toda seguridad, a una imposición. Años atrás había creado el anuncio televisivo más famoso de su partido: «¿Qué hizo esa gente por vosotros?», seguido de un silencio absoluto y de una sucesión de frases desconcertantes. Le conocían en todas partes y no podía salir a la calle sin que le abrumaran con muestras de respeto y saludos cariñosos.

De vez en cuando, se quejaba ante Nell de su celebridad local.

—No puedo salir a la calle sin asegurarme que estoy listo para las cámaras.

—Venga ya. Si la gente no te reconociera, tendrías un ataque al corazón. Y tú lo sabes —solía responder ella.

Al llegar a sus oficinas, saludó al recepcionista y se encaminó hacia el despacho.

—¿Qué tal anda de humor? —le preguntó a Liz Hanley, su secretaria de toda la vida.

Liz, una elegante mujer de sesenta años, pelo castaño oscuro y expresión adusta, levantó los ojos al cielo.

—Ha sido una noche oscura y tormentosa.

—Caray, me asustas —dijo Nell, suspirando. Golpeó la puerta del despacho al tiempo que entraba—. ¿Tema del día, señor congresista?

—Llegas tarde, Nell —ladró Cornelius MacDermott, al tiempo que hacía girar su poltrona para encararla.

—No según mi reloj: las tres.

—Creo que te dije «hacia las tres».

—Tenía que entregar un artículo y, desgraciadamente, mi editor comparte tu peculiar visión sobre la puntualidad. Y ahora, ¿qué te parece si me dedicas una de esas sonrisas que funden los corazones de tus votantes?

—Hoy no me quedan. Siéntate, Nell.

MacDermott le indicó el sofá bajo la ventana de la esquina que ofrecía una panorámica sobre el este y el norte de la ciudad. El distrito de toda su vida política. El mismo que Nell denominaba su «feudo».

Mientras se aposentaba en el sofá, le miró ansiosa. Aquellos ojos azules destilaban un cansancio desconocido que desvirtuaba su expresión atenta y vivaz. Su porte erguido, aun cuando estaba sentado, le hacía siempre parecer más alto de lo que en verdad era, pero hoy parecía algo alicaído. Incluso su densa melena cana se veía menos exuberante. Bajo la atenta mirada de Nell, Mac enlazó las manos y se encogió de hombros, como tratando de sacudirse de encima un peso

invisible. Ella, conmovida, por vez primera pensó que su abuelo aparentaba la edad que tenía.

La miró de hito en hito largamente, entonces se levantó y se trasladó hacia un cómodo sillón junto al sofá.

—Nell, tenemos una crisis y tú tienes que solventarla. Después de ser nombrado para otra legislatura, ese cantamañanas de Bob Gorman ha decidido no presentarse. Le han ofrecido una suculenta oferta para dirigir una nueva empresa de Internet. Dice que agotará su mandato hasta las elecciones, pero que no puede seguir viviendo con el sueldo de congresista. Le he recordado que cuando le ayudé a conseguir el nombramiento hace dos años, de lo único que hablaba por entonces era de su compromiso por servir a los demás.

Nell esperó. Sabía que la semana pasada surgieron los primeros rumores acerca de la posibilidad de que Gorman no se presentara para la reelección. Obviamente, los rumores se habían visto confirmados.

—Nell, me parece que hay una sola persona, y sólo una, a mi modo de ver, que pueda saltar a la palestra para conservar ese escaño para el partido. —MacDermott frunció el ceño—. Deberías haberlo hecho hace dos años cuando me retiré. Y tú lo sabes. —Hizo una pausa—. Mira. Es algo que llevas en la sangre. Lo quisiste desde el principio, pero Adam te lo desaconsejó. No permitas que vuelva a suceder.

—Mac, por favor, no vuelvas a empezar con Adam.

—No empiezo con nadie, Nell. Sólo digo que te conozco y sé que eres un animal político. Te he estado instruyendo para desempeñar mi trabajo desde que eras una adolescente. No me entusiasmo que te casaras con Adam Cauliff, pero no olvides una cosa: yo le ayudé a empezar en Nueva York cuando le presenté a Walters & Arsdale. Una firma de arquitectos excelente y uno de mis más apreciados valedores.

Mac frunció los labios.

—Y no me hizo quedar muy bien cuando, después de tres años, él les dejó llevándose al subdirector, para abrir su propio despacho. No digo que no se trate de un buen negocio. Pero Adam conocía desde el principio mis planes para ti, tus propios planes. ¿Qué le hizo cambiar de parecer? Se suponía que tú debías presentarte para ocupar mi escaño cuando me retirara, y él lo sabía. No tenía ningún derecho a alejarte de ello y sigue sin tenerlo.

—Mac, a mí me gusta ser una columnista. Quizá no te hayas dado cuenta, pero me resulta del todo gratificante.

—Escribes columnas espléndidas. Te lo aseguro. Pero no te basta con eso y lo sabes.

—Mira, mis reservas de ahora no se deben a que Adam me pidiera que no me presente al cargo.

—¿Ah, no? ¿Y de qué se trata entonces?

—Los dos queremos tener hijos. Ya lo sabes. Él sugirió que esperara hasta entonces. De aquí a diez años, tendré cuarenta y dos y ésa es una buena edad para empezar a pensar en presentarme. Su abuelo, impaciente, se puso de pie.

—Nell, de aquí a diez años ya habrás perdido el tren. Las cosas van demasiado deprisa. Admitelo. Tienes unas ganas de echarte al ruedo que no puedes con ellas. ¿Recuerdas cuando me informaste de que habías decidido llamarme Mac?

Nell se echó hacia adelante, enlazó las manos y las puso bajo el mentón. Lo recordaba. Había sido durante su primer año de universidad en Georgetown. Ante las protestas iniciales de su abuelo, ella se había mantenido firme: «Tú siempre dices que soy tu mejor amiga, y tus amigos te llaman Mac —le dijo—. Si sigo llamándote abuelo, seguirán viéndome como a una niña y cuando estoy contigo en público quiero que me consideren tu *aide-de-camp*».

—Y eso ¿qué significa? —respondió Mac. Recordaba cómo había sostenido el diccionario.

—Escucha la definición. En pocas palabras, un *aide-de-camp* es «un subordinado o ayudante personal». Y Dios sabe que yo soy ambas cosas para ti.

—¿Hasta cuándo? —preguntó él.

—Hasta que te retires y yo te sustituya en el escaño.

—¿Lo recuerdas, Nell? —Dijo Cornelius MacDermott, interrumpiendo sus fantasías—. Eras una colegiala engreída cuando lo dijiste, pero lo dijiste en serio.

—Lo recuerdo —dijo.

Se acercó a ella y se mantuvo en pie hasta agacharse para quedar cara a cara.

—Nell, aprovecha la ocasión. Si no lo haces, te arrepentirás. Cuando Gorman confirme que no se presenta, se armará un gran revuelo para sustituirle. Quiero que el comité ponga al resto de los candidatos detrás de ti desde la salida.

—¿Cuándo será?

—En la cena anual, el día treinta. Tú y Adam estaréis allí. Gorman anunciará su intención de dejarlo cuando haya acabado su mandato. Se le empañarán los ojos de lágrimas y se mostrará compungido al decir que, «aunque resulta una decisión difícil de tomar, ha habido algo que la facilitó enormemente». A continuación, se secará los ojos, se sonará la nariz, te señalará y declamará que tú, Cornelia Cauliff MacDermott, vas a presentarte para el escaño previamente ocupado durante casi cincuenta años por tu abuelo. «Cornelia sustituye a Cornelius. La sabia del tercer milenio».

Claramente satisfecho consigo mismo y con su visión, MacDermott sonrió expresivamente.

—Nell, el auditorio se vendrá abajo.

Con una punzada de dolor, Nell recordó cómo dos años atrás, cuando Bob Gorman se presentó para el escaño de Mac, la había embargado un sentimiento

de impaciencia compulsivo por verse a sí misma en su sitio. Mac tenía razón. Era un animal político. Si ahora no saltaba al ruedo, luego sería demasiado tarde. O, al menos, lo sería para optar al escaño desde donde pretendía empezar su carrera política.

—¿Cuál es el problema de Adam, Nell? Él no solía atosigarte con estas cosas.

—Ya lo sé.

—¿Hay algo que no funciona entre vosotros?

—No —dijo con una sonrisa desdeñosa, remarcando lo absurdo de la pregunta.

«¿Cuánto tiempo llevaban así? —se preguntó—. ¿En qué momento había empezado Adam a mostrarse ausente, distraído?». Al principio, cuando le preguntaba, preocupada, qué sucedía, Adam hacía como si no pasara nada. Más recientemente, comenzó a vislumbrar un cierto enojo y, entonces, ella le comunicó que si existía algún problema serio en su relación, tenía derecho a saberlo. «Cualquier tipo de problema, Adam, porque estar a oscuras como ahora es lo peor de todo», había dicho.

—¿Dónde está Adam? —preguntó su abuelo.

—En Filadelfia.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer. Tiene que participar en un seminario para arquitectos y diseñadores. Regresa mañana.

—Le quiero en la cena el día treinta, a tu lado y aplaudiendo tu decisión. ¿De acuerdo?

—No sé si aplaudirá mucho —dijo Nell, algo desalentada.

—Cuando os casasteis estaba loco por convertirse en el marido de una futura política. ¿Qué sucedió para que cambiara de este modo?

«Sucediste tú —pensó Nell—. Adam se volvió celoso del tiempo que me exigías».

Cuando ella y Adam contrajeron matrimonio, él estaba encantado con la idea de que Nell siguiera desempeñando su tarea como asistente de Mac. Pero todo cambió cuando el abuelo anunció su retiro.

—Nell, ahora podemos plantearnos una vida que no gire en torno al todopoderoso Cornelius MacDermott —le había dicho Adam—. Estoy harto de verte a su entera disposición todo el día. ¿Crees que esto mejorará, si te presentas para su escaño? Pues tengo noticias para ti: no te dejará ni respirar. Él lo hará por ti.

Los hijos que deseaban no habían llegado, y ése era un factor importante en la discusión.

—Nunca te has apartado de la política —alegó Adam—. Descansa un rato. El *Journal* quiere que escribas regularmente una columna. Quizá llegue a gustarte esa independencia.

Las súplicas de Adam la decidieron a no perseguir el nombramiento. Ahora, al considerar los argumentos de su abuelo, además de su persuasión y apremio, Nell se veía obligada a admitir que dedicarse a comentar la escena política no bastaba. Quería entrar en juego.

—Mac, voy a poner las cartas sobre la mesa. Adam es mi marido y le amo. A ti, por el contrario, nunca te gustó —dijo, por fin.

—Eso no es verdad.

—Entonces, digámoslo de otro modo. Desde que abrió su propio despacho, te irrita. Si me presento al cargo, será como en los viejos tiempos. Tú y yo pasaremos mucho tiempo juntos y, para que esto funcione, debes prometerme que tratarás a Adam del modo en que te gustaría que te trataran a ti si las posiciones estuvieran invertidas.

—Y yo te prometo que le acogeré en mi seno. Entonces, ¿te presentas?

Al abandonar las oficinas de Cornelius MacDermott una hora más tarde, Nell le había dado su palabra de que iba a luchar por el escaño al Congreso que Bob Gorman había dejado vacante.



Era la tercera vez que Jed Kaplan pasaba ante la planta del despacho de arquitectura Cauliff y Asociados, en la calle Veintisiete junto a la Séptima Avenida. El escaparate del edificio de piedra rojiza restaurado exhibía una maqueta que le llamaba la atención: un complejo de oficinas y centro comercial de cuarenta pisos coronado por una torre con una cúpula dorada. La asombrosa construcción posmoderna, con fachada de piedra caliza y austera en su ornamentación, contrastaba vivamente con la calidez de la torre de ladrillo iluminada por la cúpula, que rotaba pausadamente.

Jed apretó las manos en los bolsillos de los vaqueros y se acercó hasta pegar prácticamente su rostro en el cristal. Para un observador ocasional, su aspecto no tenía nada de inusual ni sorprendente. Era de altura media, delgado y el pelo corto rojizo. Pero esa apariencia resultaba engañosa. Bajo la sudadera raída, el cuerpo de Jed era robusto y musculoso y su delgadez enmascaraba una notable fortaleza. Un ojo atento habría revelado que su complexión se había curtido por una prolongada exposición al sol y al viento. Cruzar la mirada con él era una experiencia que, en la mayoría de la gente, provocaría una reacción de inquietud instintiva.

Jed tenía treinta y ocho años y había pasado la mayor parte de su vida errando a la deriva. Después de cinco años en Australia, regresó para una de sus raras visitas a su madre viuda. Fue entonces cuando tuvo noticia de la venta de la pequeña parcela de Manhattan, que había pertenecido a la familia durante cuatro generaciones. Un edificio que había albergado un comercio de pieles, antaño floreciente y ahora en la quiebra, además de una serie de apartamentos de alquiler.

El suceso dio lugar a una violenta discusión entre madre e hijo.

—¿Qué esperabas que hiciera? —Protestó su madre—. El edificio se caía a pedazos, el seguro y los impuestos en aumento, los inquilinos se iban. El ramo de las pieles está en la ruina. Por si no lo sabías, llevar un abrigo de pieles no es políticamente correcto.

—Papá quería dejarme esa propiedad —gritó Jed—. ¡No tenías derecho a venderla!

—Papá también quería que fueras un buen hijo. Quería que sentaras la

cabeza, te casaras, tuvieras hijos y un trabajo decente. Pero ni siquiera te dignaste a venir cuando te escribí diciendo que se moría —dijo sollozando—. ¿Cuándo viste por última vez a la reina Elizabeth o a Hillary Clinton vistiendo pieles? Adam Cauliff me pagó un precio justo por el terreno. Tengo dinero en el banco y para el tiempo que me queda, ya puedo dormir por la noche sin tener que preocuparme por las facturas.

Con creciente irritación, Jed observó la maqueta del complejo y rió despectivamente ante el lema que lucía bajo la torre: «Un hito de belleza que marca la pauta para el distrito residencial más moderno e interesante de Manhattan».

La torre iba a construirse en la parcela que su madre le había vendido a Adam Cauliff.

«Y valía una fortuna», pensó. Adam Cauliff había convencido a su madre para que creyera que no se podía explotar ulteriormente, dado que se hallaba junto a una ruina histórica: la vieja mansión Vandermeer. Pero Jed sabía que a su madre no se le habría ocurrido venderlo, si Cauliff no le hubiera estado zumbando en los oídos como un moscón.

No había duda de que la oferta se ceñía a los precios del mercado; pero entonces la mansión se incendió y Peter Lang, el tiburón inmobiliario, se hizo con ella. Así, juntaron ambas parcelas y obtuvieron un terreno en construcción de primer orden, mucho más valioso de lo que habrían sido ambas propiedades por separado. Jed había oído que una vieja vagabunda solía dormir en la mansión Vandermeer y que ésta había alumbrado el fuego que originó el incendio. «¿Por qué no arrasó el asqueroso enclave histórico antes de que Cauliff se hiciera con mi propiedad? Jed se enfurecía en silencio. Una rabia amarga y honda le quemaba por dentro—. Atraparé a Cauliff —se confesó—. Juro a Dios que le atraparé. Si hubiéramos mantenido nuestra propiedad después de que aquel vertedero hubiera dejado de ser histórico, habríamos sacado una millonada...».

Bruscamente, se alejó del escaparate. Contemplar la miniatura de aquella construcción le ponía enfermo. Caminó hacia la Séptima Avenida, donde se entretuvo vacilante por un minuto, y luego se dirigió hacia el sur. A las siete de la tarde se hallaba en la dársena del World Financial Center. Con ojos ávidos contempló toda la gama de pequeños y estilizados yates que se balanceaban sobre la marea alta.

Un velero a motor nuevo, de unos trece metros de eslora, le llamó la atención. En la popa se podía leer el nombre, Cornelia, escrito en letras antiguas.

«La barca de Cauliff», pensó.

Desde su regreso a Nueva York, Jed había tratado de saberlo todo acerca de Adam Cauliff y, en numerosas ocasiones, se había detenido en ese mismo lugar con un único pensamiento en la cabeza: «¿Qué es lo que voy a hacer con ese capullo y su barca?».

Después de la última sesión del seminario de arquitectura en Filadelfia, Adam Cauliff cenó con dos de sus colegas, abandonó el hotel y condujo hasta Nueva York.

Eran las diez y media y el tráfico en la autopista no era muy denso.

Durante la cena, Ward Battle confirmó el rumor según el cual Walters & Arsdale, la firma para la que Adam había trabajado hasta abrir su propia compañía, estaba siendo investigada por efectuar ofertas fraudulentas y por aceptar comisiones de los contratistas.

—Por lo que he oído, no es más que la punta del iceberg, Adam. Eso significa, naturalmente, que como antiguo empleado querrán hacerte un montón de preguntas. Quizá MacDermott pueda asegurarse de que no te atosiguen demasiado.

«¿Ayudarme Mac? —pensó Adam desdenosamente—. Olvidalo. Si creyera que estoy implicado en algún chanchullo, ya se ocuparía él de avivar el fuego».

Durante la cena se mantuvo tranquilo.

—No tengo nada de qué preocuparme —le dijo a Battle—. Yo no era nadie importante en Walters & Arsdale.

Como no sabía qué iba a suceder esa noche, había planeado de antemano la posibilidad de quedarse en Filadelfia. Tampoco Nell le esperaba en casa hasta el día después. Al emerger del túnel Lincoln, vaciló por un instante y giró a la derecha en lugar de ir a la izquierda, evitando el camino que llevaba a su apartamento de la parte alta. Cinco minutos más tarde estacionaba el coche en un aparcamiento de la calle Veintisiete.

Con el maletín en una mano y las llaves en la otra, caminó la media manzana que le separaba de su oficina. Las luces del escaparate se habían apagado automáticamente, pero, aun así, la silueta de la torre Vandermeer resultaba asombrosamente bella bajo el brillo de las farolas callejeras.

Adam estuvo observándola, ajeno al peso del maletín en su mano izquierda y apretando distraídamente con fuerza su llavero en la mano derecha.

Poco después de conocerse, Cornelius MacDermott había comentado entre risas:

—Adam, eres el paradigma de la diferencia entre apariencia y realidad.

Vienes de un pueblo de ganaderos de Dakota del Norte, pero tienes el aspecto y las maneras de un niño bien de Yale. ¿Cómo lo haces?

—Porque no trato de ser quien no soy. ¿Quizá preferirías que vistiera un mono y llevara un rastrillo?

—No seas tan susceptible —replicó Mac bruscamente—. Te estaba echando un piropo.

—Seguro.

«A Mac le hubiera gustado que Nell terminara con un niño bien de Yale —pensó Adam—. Alguien cuyo padre estuviera encaramado a la cima de Nueva York. La verdad es que Mac podía ser un pez gordo en el Congreso, pero todo lo que sabía de Dakota del Norte debía de haberlo aprendido con el video de Fargo», se dijo a sí mismo desdeñando lo que pensara el abuelo de su esposa.

Algo que vio al final de la calle desierta llamó su atención. Miró a un lado y advirtió la presencia de un tipo deambulando en un umbral cercano. Con tres pasos rápidos se plantó ante la puerta de las oficinas y la abrió. No le apetecía especialmente que le asaltaran.

No se relajó hasta llegar a su despacho y cerrar la puerta con llave. Un bonito mueble-bar de roble contenía las bebidas y la tele. Lo abrió, cogió la botella de Chivas Regal y se sirvió una dosis abundante. Se sentó en el sofá y sorbió, pausadamente, el whisky. Ante un observador involuntario, podía parecer un hombre en paz consigo mismo, descansando al final de una larga jornada de trabajo.

De hecho, la gente solía observarle. Aparentaba ser más alto que su metro ochenta de estatura porque siempre andaba disciplinadamente erguido, incluso al sentarse. El ejercicio físico riguroso le mantenía en buena forma. Los ojos color de avellana y una boca que sonreía con facilidad eran los rasgos dominantes de su rostro enjuto. Las mechas de pelo gris que veteaban sus cabellos castaños constituían un ingrediente que apreciaba, pues sabía que sin ellas su aspecto resultaría demasiado infantil.

Se quitó la americana, aligeró el nudo de la corbata y desabotonó el cuello de la camisa. Sacó el teléfono celular del bolsillo y lo dejó en la mesa junto al vaso. No tenía que preocuparse por que Nell llamara al hotel y le dijeran que ya se había ido. Si trataba de ponerse en contacto con él, le llamaría a este número, pero no confiaba en que fuera a intentarlo esa noche. Ya habían hablado por la tarde, poco antes de que ella fuera a ver a su abuelo, y no creía andar muy errado al suponer que ella trataría de encontrar el momento justo para discutir con él sobre aquella reunión.

«Así que la noche es mía —pensó Adam—. Puedo hacer lo que me apetezca. Podría incluso bajar hasta recepción y quitar la maqueta del escaparate, toda vez que mi diseño ha sido rechazado. Algo que Mac no lamentará oír», consideró amargamente. Pero, después de una hora de revisar

sus opciones una a una, decidió regresar a casa. El despacho empezaba a producirle claustrofobia y a buen seguro no le apetecía dormir en el sofá.

Eran casi las dos cuando entró cuidadosamente en el apartamento y encendió la luz del vestíbulo. Se duchó y, luego, se cambió en la habitación de invitados. Dispuso metódicamente la ropa que tenía que ponerse al día siguiente y, entonces, se dirigió de puntillas al dormitorio, deslizándose dentro de la cama. La respiración pausada de Nell le indicaba que había logrado no despertarla, cosa que agradecía enormemente. Cuando Nell se desvelaba, en mitad de la noche, podía tardar horas en volver a dormirse.

Él no compartía esos problemas. La fatiga le venció casi de inmediato y sintió cómo se le cerraban los ojos.

## VIERNES, 9 DE JUNIO

### 4

Lisa Ryan se despertó mucho antes de que sonara el despertador, programado para las cinco. Jimmy había pasado otra mala noche, revolviéndose y agitándose, mientras farfullaba en sueños. Tres o cuatro veces, ella le había pasado una mano tranquilizadora por la espalda, esperando calmarlo.

Finalmente, Jimmy pudo dormirse, pero ahora se vería obligada a despertarlo a sacudidas. Lisa todavía podía dormir un rato y esperaba que, cuando él se fuera, sería capaz de lograrlo hasta la hora en que tendría que despertar a los niños.

«Estoy tan cansada —pensó—. Apenas he podido dormir y hoy es mi jornada más larga de trabajo». Era esteticista y tenía el día entero reservado de las nueve hasta las seis.

Su vida nunca había sido tan agotadora hasta que Jimmy perdió su trabajo y todo empezó a torcerse. Había estado casi dos años en el paro antes de contactar con Cauliff y Asociados. Y, aunque habían logrado apañárselas, todavía debían un montón de facturas acumuladas a lo largo de su desempleo. Desgraciadamente, las circunstancias que causaron la pérdida de su empleo no habían ayudado en mucho. Jimmy fue despedido porque el jefe le había oído comentar una grave suposición: alguien en la compañía estaba aceptando sobornos. El motivo de tal conclusión era que el cemento que utilizaban ni era de la calidad especificada en los presupuestos.

Después de aquello, en todos los puestos donde solicitaba trabajo se oía contar la misma cantinela: «Lo sentimos, no le necesitamos».

Ser consciente de su estupidez e ingenuidad al formular dicho comentario habían acabado por alterar su comportamiento. Lisa estaba convencida de que estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa. Fue entonces cuando tuvo lugar la llamada del asistente de Adam Cauliff para comunicarle que su solicitud de empleo había sido cursada a la Compañía Constructora de Sam Krause. Poco después, y para alivio de ambos, le contrataron.

Pero la recuperación emocional que Lisa esperaba ver en Jimmy, después de volver al trabajo, no se produjo. Consultó incluso con un psicólogo y éste la

advirtió que podía estar atravesando una depresión, un estado que, probablemente, no podría superar sin ayuda. Cuando se lo comentó a Jimmy, éste se encolerizó ante la sugerencia de que, quizá, necesitaba ayuda médica.

En los últimos meses, Lisa había empezado a sentirse infinitamente más vieja de los treinta y tres años que tenía. El hombre que dormía junto a ella había dejado de ser aquel niño enternecedor que le pidió su primera cita cuando apenas había salido del patio de juegos. Su estado emocional era muy inestable. Podía tener un repentino arranque de ira con ella y los niños y, al cabo de un minuto, disculparse desolado y con lágrimas en los ojos. También había empezado a beber, dos o tres whiskys por noche, y no lo llevaba muy bien.

Sabía que esta conducta reprochable no era fruto de ninguna aventura con otra mujer. Se pasaba las noches en casa e, incluso, había perdido interés en ir a los partidos de béisbol con sus colegas. Tampoco se había planteado el riesgo que comportaba acabar apostando más de la cuenta a los caballos o en un partido. El día de paga le pasaba a ella el cheque sin cobrar directamente, quedando registrado en su cuenta la acumulación de sus ganancias semanales.

Lisa había tratado de convencerle de que ya no necesitaba deprimirse por el dinero. Poco a poco, iban liquidando los intereses acumulados por los pagos a crédito efectuados durante el período de desempleo. Pero aquello no parecía afectarle. De hecho, ya nada parecía importarle mucho.

Seguían viviendo en su pequeña casa estilo Cape Cod, en Queens, la que habían planeado como su hogar inicial al casarse, trece años atrás. Pero los tres hijos que tuvieron en siete años, quizá les obligara a plantearse la compra de literas en vez de la adquisición de una casa más grande. A menudo, Lisa solía bromear al respecto. Pero ahora ya no lo hacía, pues era evidente que a Jimmy eso no le hacía ninguna gracia.

Cuando finalmente sonó la alarma del despertador, alargó la mano y lo apagó. Se volvió hacia su marido, suspirando.

—Jimmy —dijo sacudiéndole del hombro—. Jimmy —repitió más alto, tratando de disimular la preocupación que la embargaba.

Al final pudo despertarlo. Indolente, susurró un «gracias, cariño» y desapareció en el baño. Lisa salió de la cama, se acercó a la ventana y subió la persiana. Sería un bonito día. Se arregló el pelo castaño claro en una trenza, la sujetó y se puso la bata. Ya desvelada, decidió tomarse el café con su marido.

Jimmy bajó diez minutos después a la cocina y pareció sorprendido de verla allí. «Ni había notado que me había levantado de la cama», pensó Lisa, apenada.

Le observó atentamente, aunque con cautela por temor a que él la notara inquieta. Había algo terriblemente vulnerable en el modo en que la miraba esa mañana. «Cree que voy a empezar a agobiarle para que busque ayuda psicológica», pensó.

—Hace un día demasiado bonito para quedarse en la cama. He pensado en tomar café contigo y salir a ver cómo despiertan los pajaritos —anunció con voz tenue.

Jimmy era un hombre corpulento, de pelo que antaño fue de color rojo encendido y ahora era cobrizo opaco. El trabajo al aire libre le había proporcionado un aire rubicundo, pero Lisa se dio cuenta de que su rostro se estaba abotargando.

—Me parece muy bien, Lissy.

No se sentó, sino que se mantuvo en pie mientras bebía el café y rechazaba con la cabeza su oferta de tostadas o cereales.

—No me esperes a cenar —dijo—. Los peces gordos van a montar una de esas reuniones a las cinco en el yate de Cauliff. Quizá quiera despedirme y desee hacerlo con algo de estilo.

—¿Por qué iba a despedirte? —preguntó Lisa, esperando que su tono no revelara ansiedad.

—Bromeaba. Pero si sucediera, quizá me estaría haciendo un favor. ¿Cómo va el negocio de las uñas? ¿Podrías mantenernos a todos?

Lisa se acercó a su marido y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Me parece que te vas a sentir mucho mejor cuando me digas qué es lo que te corroe por dentro.

—Puedes pensar lo que quieras. —Los poderosos brazos de Jimmy Ryan estrecharon a su esposa—. Te quiero, Lissy. Recuerda siempre esto.

—Nunca lo he olvidado. Y...

—Lo sé: « Yo también, está claro» .

Jimmy sonrió un instante, adoptando la expresión tontorrón con la que solían agasajarse durante la adolescencia.

Entonces se apartó y se encaminó hacia la puerta. Al cerrarla tras de sí, aunque sin estar completamente segura, Lisa creyó haberle oído susurrar « lo siento» .



Aquella mañana, Nell decidió preparar un desayuno especial para Adam. Pero enseguida la irritó la idea de utilizar la comida como pretexto para que él aceptara una decisión profesional que ella tenía todo el derecho a tomar por su cuenta. En cualquier caso, ese sentimiento no le impidió seguir con lo que estaba haciendo. Con una triste sonrisa, recordó el libro de cocina propiedad de su abuela materna, en donde se leía la leyenda: « La senda hacia el corazón de un hombre se practica por el estómago » .

Su madre, antropóloga y pésima cocinera, solía bromear acerca de ello con su padre.

Al levantarse de la cama pudo oír a Adam en la ducha. La noche anterior, Nell se despertó cuando él llegó, aunque optó por disimular. Sabía que tenían que hablar, pero las dos de la madrugada no parecía la mejor hora para discutir su reunión de aquella tarde con el abuelo.

De todos modos, tendría que planteárselo durante el desayuno, pues esa misma noche iban a encontrarse con Mac y quería tener la discusión resuelta antes de que eso sucediera. Mac la había telefonado la noche anterior para recordarle que les esperaban en la cena del setenta y cinco cumpleaños de su hermana, y tía abuela de Nell, Gert, en el restaurante Four Seasons.

—Pero Mac, ¿no creías de verdad que nos hubiéramos olvidado? —le espetó—. Claro que estaremos allí.

Sin embargo, se le olvidó añadir que prefería obviar el tema de su posible candidatura como tema de conversación. Pero era inútil, tratar la cuestión durante la cena iba a resultar inevitable.

De modo que esa misma mañana debía contar a Adam su decisión de presentarse, pues él jamás le perdonaría haberse tenido que enterar a través de Mac.

Adam salía casi siempre a las siete y media hacia la oficina y ella trataba de estar no más tarde de las ocho en su estudio, donde escribía la columna para el día siguiente. Pero antes de eso, solían desayunar juntos, leyendo los periódicos en silencio.

« ¿No sería estupendo que Adam comprendiera hasta qué punto deseo ganar el viejo escaño al Congreso de Mac o, al menos, participar de la excitación del

año electoral? —Pensaba ella, al tiempo que retiraba los huevos de la nevera—. ¿No sería magnífico dejar de tambalearse sobre la cuerda floja entre los dos únicos hombres que me importan? ¿No sería perfecto que Adam dejara de ver mi deseo de dedicarme a la política como una amenaza contra él o contra nuestra relación?

» Antes solía comprender —pensó mientras ponía la mesa, servía zumo de naranja recién exprimido y preparaba el café—. Antes solía decir que le encantaría gozar de un buen asiento en la Galería de Visitantes del Capitolio. De eso hacía tres años. ¿Qué había sucedido para hacerle cambiar de parecer?», se preguntaba.

Trató de no inquietarse por la expresión preocupada de Adam, que entró apresurado en la cocina, se deslizó sobre el banco del desayuno y agarró el Wall Street Journal, sin otro ademán que una leve cabezada.

—Gracias, Nell, pero la verdad es que no tengo hambre —dijo, cuando ella le ofrecía la tortilla recién hecha.

« Ahí va tu esfuerzo extra », pensó ella.

Se sentó ante él, barruntando qué tecla le convenía pulsar. Su expresión ceñuda no le permitía albergar muchas esperanzas de que éste fuera el mejor momento para discutir el tema. « Qué lástima —pensó, sintiendo cómo la irritación crecía en su interior—. Quizá debería atacar de una vez sin esperar su bendición ». Agarró su café y echó una hojeada al Times. Uno de los temas de portada le llamó vivamente la atención.

—Por Dios, Adam. ¿Has visto esto? El fiscal del distrito podría acusar a Robert Walters y Len Arsdale de fraude en las ofertas.

—Ya lo sé —dijo con voz calmada, monocorde.

—Trabajaste con ellos durante casi tres años —preguntó, impresionada—. ¿Te interrogarán?

—Probablemente —repuso, realista. Entonces sonrió afectadamente—; Dile a Mac que no tiene que preocuparse de nada. El honor de la familia se mantendrá a salvo.

—Adam. ¡No me refería a eso!

—Oh, venga, Nell. Puedo leer en ti como un libro abierto. Estás tratando de encontrar el modo de decirme que el viejo te ha pedido que te presentes al cargo. Cuando abra el periódico esta mañana, la primera cosa que hará será llamarte y decir que ver mi nombre asociado con una investigación así podría perjudicar tus posibilidades. Es así, ¿no?

—Tienes razón en cuanto a lo de presentarme, pero pensar que pudieras perjudicar mis posibilidades no se me pasó por la cabeza —dijo Nell, con ecuanimidad—. Creo que te conozco lo suficiente para saber que no eres una persona deshonesto.

—Hay grados variables de honestidad en el negocio de la construcción, Nell

—dijo Adam—. Afortunadamente para ti, sigo adherido a los escalafones más altos, que es uno de los motivos por los que dejé Walters & Arsdale. ¿Crees que eso hará feliz a Mac, el tótem?

Nell se levantó, sin poder disimular su enojo.

—Mira, Adam, puedo entender que estés irritado, pero no la tomes conmigo. Y, dado que has sacado el tema, pues te lo voy a contar. Sí, he decidido luchar por el escaño de Mac, visto que Gorman lo abandona. Y creo que no estaría mal un poco de apoyo por tu parte.

Adam se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Nell, yo he sido honesto contigo. Desde que nos casamos, la política me ha parecido una dedicación completamente absorbente, que puede resultar nociva para el matrimonio. Muchos no sobreviven. Pero no hay duda de que la decisión es tuya y tú ya has decidido.

—Sí, lo he hecho —respondió, tratando de no alzar la voz—. Así que, ¿por qué no tienes la bondad de aceptarlo? Te informo de que hay cosas mucho peores para un matrimonio. Por ejemplo, el hecho de que uno de los cónyuges trate de impedir que el otro haga lo que desea. Siempre he procurado ayudarte en tu carrera, así que dame un respiro. Ayúdame en la mía o, al menos, no me lo pongas tan difícil.

Adam empujó la silla hacia adelante y se levantó.

—Eso es todo, supongo. —Se encaminó para irse, pero se volvió—. No te preocupes por la cena de esta noche. Tenemos una reunión programada en el yate y luego me quedará a comer algo en el centro.

—Adam, es el setenta y cinco aniversario de Gert. Se desilusionará mucho si no apareces.

—Nell, ni siquiera por Gert, a quien quiero mucho. Perdóname, pero no me apetece pasar la noche con Mac.

—Adam, te lo ruego. Seguro que podrías acercarte después de la reunión. No pasa nada si llegas tarde. Basta con que hagas acto de presencia.

—¿Acto de presencia? Veo que el lenguaje electoralista comienza a hacer mella. Lo siento, Nell. No iré —respondió mientras avanzaba con grandes pasos hacia el vestíbulo.

—Entonces, a la mierda, y si quieres tampoco hace falta que vuelvas a casa.

Adam se detuvo y se giró para mirarla.

—Nell, espero que no lo digas en serio.

Se miraron en silencio largamente. Después, Adam se fue.

Dina Crane, la última novia de Sam Krause, no se alegró en absoluto cuando éste la llamó el viernes por la mañana para anular su cita de aquella noche.

—Podríamos vernos en el Harry's Bar cuando hayas terminado —sugirió.

—Oye, estoy hablando de trabajo y no sé cuánto va a durar —dijo bruscamente—. Tenemos que revisar un montón de cosas. Te llamaré el sábado.

Colgó sin darle la oportunidad de añadir nada. Estaba sentado en su despacho de la Tercera Avenida con la calle Cuarenta, una estancia espaciosa y aireada cuyas paredes aparecían cubiertas de recreaciones artísticas de los rascacielos contruidos por la Compañía Constructora Sam Krause.

Eran las diez de la mañana y su inquietud se había visto agravada por una llamada de la fiscalía del distrito solicitando reunirse él.

Se levantó y fue hacia la ventana, donde se mantuvo observando, con aire sombrío, la actividad callejera que se desarrollaba dieciséis plantas más abajo. Contempló un coche que sorteaba hábilmente el denso tráfico y sonrió maliciosamente cuando se vio obligado a detenerse, encajonado tras un camión que se había parado de pronto y que bloqueaba dos carriles.

La sonrisa se desvaneció en el momento en que Sam se dio cuenta de que, en cierto modo, él era como aquel coche. Había superado una serie de impedimentos para llegar a este punto de su vida y, ahora, aparecía un obstáculo casi insalvable en su camino que amenazaba con bloquearlo completamente. Por primera vez desde su adolescencia, un procesamiento criminal se cernía sobre él.

Era un hombre de cincuenta años, de recia osamenta y peso medio, piel curtida y pelo menguante. De naturaleza independiente, nunca se había preocupado mucho por su apariencia. Resultaba atractivo para las mujeres por su aire de absoluta confianza en sí mismo, además de una cínica inteligencia, que se reflejaba sobre todo en sus ojos de un gris pizarroso. Había gente que le respetaba, pero mucha más que le temía. Muy pocos le apreciaban y, en cualquier caso, Sam sentía el mismo desdén regocijado hacia todos ellos.

Sonó el teléfono, seguido del zumbido del intercomunicador.

—El señor Lang —anunció su secretaria.

Sam hizo una mueca. Empresas Lang era el tercer factor en el negocio del proyecto de la torre Vandermeer. Sus sentimientos hacia Peter Lang iban de la

envidia, por el hecho de que fuera el vástago de una gran fortuna familiar, a una admiración reluciente por su talento a la hora de hacerse con propiedades, aparentemente devaluadas, para más tarde reconvertirlas en minas de oro inmobiliarias.

Se acercó a su escritorio y cogió el auricular.

—¿Sí, Peter? Pensé que estarías en el golf.

Peter llamaba desde la hacienda costera de Southampton, heredada de su padre.

—Sí, estoy allí. Sólo quería asegurarme de que la reunión sigue en pie.

—Sigue en pie —respondió Sam y colgó sin decir adiós.

La columna periodística de Nell, llamada « Por toda la ciudad », se publicaba tres veces a la semana en el *New York Journal*. Consistía en una mezcla de comentarios acerca de lo que sucedía en la urbe y abarcaba desde el arte a la política, los acontecimientos sociales o los hechos de interés humano. Había empezado a escribirla dos años atrás, cuando Mac se retiró y ella declinó presentarse al Congreso por Nueva York.

La idea de esa colaboración la había sugerido Mike Stuart, editor del *Journal* y viejo amigo de Nell y Mac.

—Con todas las cartas al director que nos has enviado ya se puede decir que has estado trabajando con nosotros sin cobrar, Nell —le había dicho—. Eres una escritora excelente y de criterios sólidos. ¿Qué te parecería publicar ahora tus opiniones cobrando del periódico?

« Esta columna es otra cosa que tendré que abandonar cuando me presente al cargo », pensó Nell mientras entraba en el estudio.

« ¿Otra cosa? ¿En qué estoy pensando? », se preguntó a sí misma. Después de que Adam saliera por la mañana, se había aplicado con enérgico malhumor a su rutina habitual. En menos de media hora, había ordenado la mesa, limpiado la cocina y hecho la cama. Recordó que la noche anterior, Adam se había cambiado en la habitación de los huéspedes. Al entrar, notó que había dejado la americana azul marino y el maletín sobre la cama.

« Estaba demasiado ocupado resoplando su descontento para acordarse — pensó Nell—. Probablemente iba a visitar una obra, pues no llevaba más que esa chaqueta ligera de cremallera. Pues bueno, si necesita la americana y el maletín que venga a por ellos o, aún mejor, que mande a alguien a recogerlos. Hoy no voy a hacerle de chica de los recados ». Agarró la americana, la colgó en el armario, y se llevó el maletín al escritorio del pequeño cuarto que hacía las veces de estudio de ambos.

Pero una hora después, tras haberse duchado y puesto el « uniforme » —tal como llamaba a los vaqueros, camisa holgada y zapatillas que vestía para trabajar—, se le hacía imposible ignorar el hecho de que ella tampoco había hecho nada para aligerar la situación. ¿Había llegado a decirle que no hacía falta que se presentara en casa por la noche?

«¿Y si me toma la palabra? —Se preguntó, desestimando enseguida tal eventualidad—. Quizá estemos teniendo problemas o pasando una mala época, pero eso no tiene nada que ver con lo que sentimos el uno por el otro.

» Ya debe de estar en la oficina. Le llamaré. —Agarró el teléfono y colgó de inmediato—. No, no le llamo. Ya cedi hace dos años cuando me pidió que no me presentara y me he estado arrepintiendo desde entonces. Si cedo ahora, parecerá una rendición incondicional y no hay razón alguna por la que yo debería abandonar. El Congreso está lleno de mujeres que tienen esposos e hijos de los que ocuparse. Además, no es justo: jamás le he pedido que renunciara a su carrera ni a nada» .

Nell empezó a repasar las notas que había ido tomando para la columna que iba a escribir esa mañana. Sin embargo, era incapaz de concentrarse y acabó por dejarlas.

Sus pensamientos la remontaban a la noche anterior. Cuando Adam se deslizó en la cama, se había dormido casi inmediatamente. Al escuchar su respiración pausada, se le acercó y él la abrazó y murmuró su nombre en sueños.

Entonces le vino a la memoria el día en que se conocieron. Fue en una recepción y la primera impresión que tuvo de él era que se trataba del hombre más atractivo que había visto nunca. Era su sonrisa, aquella sonrisa lenta y delicada. Abandonaron juntos la recepción para ir a cenar. Adam le dijo que iba a estar dos días fuera de la ciudad por trabajo, pero que la llamaría al regresar. Pasaron dos semanas antes de que la llamada se produjera y, para Nell, fueron las dos semanas más largas de su vida.

Justo entonces sonó el teléfono. «Es Adam», pensó mientras cogía el auricular.

Era su abuelo.

—¡Nell, acabo de ver el periódico! Pido a Dios que ese genio de Adam no tenga nada de qué preocuparse en esta investigación sobre Walters & Arsdale. Trabajaba allí durante el período que están investigando, de modo que si ha participado en algún amaño fraudulento, deberíamos saberlo. Todo esto tiene que ser trigo limpio, no quiero que perjudique tus posibilidades de ganar la elección.

Nell respiró hondo antes de responder. Quería a su abuelo con toda su alma, pero a veces le daban ganas de gritar.

—Mac, Adam dejó el despacho justamente porque no le gustaban algunas de las cosas que vio allí, de manera que no tienes que preocuparte por nada al respecto. Y, por cierto, ¿no te pedí ayer que abandonararas el rollo este de «ese genio de Adam» . y demás?

—Lo siento.

—No lo parece.

Mac ignoró el comentario.

—Te veré esta noche. Y hablando de ello, llamé a Gert para felicitarla y debo

decirte que me parece que la mujer está majara. Me dijo que iba a pasar el día en un maldito evento espiritista. Afortunadamente, no se ha olvidado de esta noche y dice que está muy ilusionada con la cena. También insistió en las ganas que tenía de ver a tu marido, al que hace mucho tiempo que no ve. Por algún motivo desconocido, parece pensar que el sol sale y se pone con Adam Cauliff.

—Sí, ya lo sé.

—Me preguntó si podía traer un par de médiums de esas con las que pasa el rato, pero le dije que se olvidara.

—Pero, Mac, es su cumpleaños.

—Puede ser, pero a mi edad no quiero que ninguna de esas chaladas se ponga a estudiarme para ver si mi aura está cambiando o, aún peor, se está desvaneciendo. Debo colgar. Te veo esta noche, Nell.

Nell depositó el auricular en la horquilla del teléfono y se reclinó en la silla. Estaba de acuerdo en que Gert era una verdadera excéntrica, pero no estaba «majara», como había dicho Mac. Después de la muerte de sus padres, fue Gert quien la obsequió con todo su apoyo, convirtiéndose en una especie de madre y abuela para ella. Y era precisamente por su creencia en los fenómenos paranormales por lo que fue capaz de comprender lo que ella quiso decir cuando afirmó que había sentido la presencia de sus padres, tanto el día en que murieron como aquella vez en que se vio arrastrada por un remolino en Hawai. «Gert lo entiende porque también experimenta esos sentimientos. Aunque está claro que para ella se trata de algo más que sentimientos —pensó Nell con una sonrisa—. Ha estado larga y activamente implicada en investigaciones parapsicológicas». No era por su salud mental por lo que Nell estaba preocupada, sino por la física, dado que últimamente no se había sentido muy bien. «En cualquier caso, se presentaba a la fiesta de su setenta y cinco cumpleaños con casi todas sus facultades en perfecto estado y lo mínimo que Adam podía hacer era procurar acudir al evento», reflexionó Nell. Estaba convencida de que su negativa la decepcionaría terriblemente.

Ese último pensamiento borró cualquier intención que Nell sintiera de llamar a Adam para tratar de arreglar las cosas entre ellos. Las arreglaría, estaba segura, pero no iba a tomar la iniciativa por ahora.



Dan Minor había heredado la estatura y anchura de hombros de su padre, pero no la cara. Los rasgos acentuadamente sofisticados y hermosos de Preston Minor se habían visto suavizados por su mezcla genética con la serena belleza de Kathryn Quinn.

Los ojos azules de Preston se hacían más oscuros y cálidos en el rostro de su hijo. La boca y la quijada eran más suaves y relajadas. Los genes Quinn coronaban la cabeza de Dan de pelo claro y arremolinado.

Un colega suyo había observado que incluso vestido con bermudas, camiseta y zapatillas, Dan tenía el aspecto de un médico. Se trataba de una observación bastante acertada. Dan tenía un modo de saludar a la gente que revelaba un interés genuino en su expresión. Un interés al que sucedía una mirada indagadora, como si escrutara el buen estado de su interlocutor. Quizá estaba destinado a ser médico y, sin duda, era lo que siempre había deseado. De hecho, siempre supo que sería cirujano pediátrico. Se trataba de una elección basada en motivos muy personales y sólo un puñado de gente comprendía aquella decisión.

Educado en Chevy Chase, Maryland, por sus abuelos maternos, se acostumbró desde niño a contemplar las infrecuentes visitas de su padre con una creciente falta de interés, que acabaría por derivar en un abierto desdén. No había visto a su madre desde que tenía seis años, aunque siempre llevaba en la cartera una foto de ella, donde aparecía sonriente, con la melena al viento y abrazándole. La foto, tomada el día de su segundo cumpleaños, era el único recuerdo tangible que conservaba de ella.

Dan se licenció en la Universidad John Hopkins e hizo la residencia en el Hospital St. Gregory de Manhattan, de modo que cuando le propusieron que regresara para encabezar la nueva unidad de quemados, no dudó en aceptar. De corazón inquieto, y consciente de la proximidad del nuevo milenio, decidió que ya era hora de cambiar. En el hospital de Washington se había ganado una sólida reputación como cirujano especializado en quemaduras. Tenía ya treinta y seis años y sus ancianos abuelos se habían trasladado a Florida para retirarse. Ahora, aunque seguía tan dedicado a ellos como siempre, ya no sentía la necesidad de tenerles tan cerca. En cuanto a su padre, las relaciones, lejos de mejorar empeoraron, y en la época en que sus abuelos se trasladaron, había vuelto a

casarse. Dan no acudió a esa cuarta boda de su progenitor, del mismo modo que tampoco asistió a la tercera.

Sus nuevas responsabilidades en Manhattan empezaban el día 1 de marzo. Dan cerró su consulta privada y pasó varios días en Nueva York, buscando un lugar donde establecerse. En febrero, adquirió un apartamento en el barrio del SoHo e hizo transportar allí las pocas pertenencias que quería mantener de su austera vivienda en Washington. Afortunadamente, también pudo escoger varios de los bonitos accesorios que hicieron tan confortable la casa de sus abuelos, de modo que logró decorar, con cierto estilo, su nuevo espacio residencial.

Sociable por naturaleza, disfrutó de las cenas y reuniones de despedida que sus amigos le dedicaron, así como de las citas mantenidas con las tres o cuatro mujeres con las que había salido a lo largo de aquellos años. Uno de sus amigos le regaló una cartera, donde guardó su carnet de conducir, tarjetas de crédito y billetes, aunque dudó en hacer lo mismo con la vieja foto de su madre. Finalmente, la retiró y la puso en el álbum que sus abuelos se iban a llevar a Florida. Sabía que era hora de abandonar aquello y todo lo que representaba detrás de él. Una hora más tarde, cambió de parecer y volvió a recuperarla.

Entonces, sintiéndose a la vez nostálgico y aligerado, fue a despedir a sus abuelos a la estación, montó en el jeep y condujo hacia el norte. Un trayecto de cuatro horas desde la capital hasta su nuevo hogar. Al llegar al apartamento, dejó las maletas, subió y bajó varias veces para descargar todo el coche y aparcó luego en un garaje cercano. Deseoso de conocer mejor su nuevo barrio, se dispuso a buscar un sitio donde cenar. Una de las cosas que más le gustaba de la zona era que resultaba un hormiguero de restaurantes. Encontró uno que no había visto en excursiones previas, compró el periódico y se sentó a una mesa junto a la ventana.

Tomando un refresco, empezó a leer la portada, pero enseguida levantó la vista y se puso a contemplar a la gente que pasaba por la calle. Trató de concentrarse de nuevo en el artículo que había empezado. Una de sus resoluciones del milenio había sido intentar detener la búsqueda azarosa de aquello que sabía que jamás encontraría. Eran demasiados los sitios donde hurgar y las posibilidades de encontrarla algún día eran extremadamente remotas.

Pero, a pesar de esa resolución, una voz persistente le susurraba en la cabeza para recordarle que, una de las razones de su traslado a Nueva York era la esperanza de encontrarla; pues era el último sitio donde había sido vista.

Horas más tarde, inmerso en el rumor amortiguado del tráfico callejero, Dan decidió probar por última vez. Si hacia finales de junio no había dado con nada, entonces abandonaría la búsqueda.

Acomodarse al puesto y entorno nuevos le robaba buena parte de su tiempo. El día 9 de junio se demoró con una operación de urgencia en el hospital y tuvo que esperar hasta el día siguiente para cumplir con lo que había jurado que sería

una de sus últimas tentativas de hallar a su madre. Esta vez su destino era el sur del Bronx, un área desolada de Nueva York, aunque en apariencia algo mejorada respecto a lo que había sido veinte años antes. Sin esperanzas o expectativas reales, empezó formulando las preguntas habituales, mostrando la foto que todavía llevaba consigo.

Entonces sucedió. Una mujer vestida andrajosamente que parecía tener unos cincuenta años, de aire ansioso y mirada perdida, le sonrió de pronto.

—Me parece que estás buscando a mi amiga Quinny —le dijo.

Winifred Johnson, de cincuenta y dos años, nunca entraba en el vestíbulo del edificio de apartamentos de su jefe, en Park Avenue, sin dejar de sentirse intimidada. Había trabajado para Adam Cauliff durante tres años, primero en Walters & Arsdale y, después, en el despacho que Cauliff estableció por su cuenta, en el último otoño. Adam había confiado plenamente en ella, desde el principio.

De todos modos, cuando Winifred le visitaba en su apartamento, no podía evitar recordar el día en que el portero la instó a que entrara por la puerta de servicio.

Sabía que su suspicacia era fruto del eterno resentimiento de sus padres ante desaires más bien imaginarios. Desde que tenía edad de recordar, los oídos de Winifred se habían saturado de sus plañideras historias sobre las personas que les habían maltratado: « Se sirven de su poca autoridad contra gente como nosotros que no podemos replicar. Ya te lo puedes esperar, Winifred. Ése es el mundo que te vas a encontrar ». Su padre se había ido a la tumba rezongando contra todas las indignidades que había padecido en manos del que había sido su jefe durante cuarenta años. Su madre vivía ahora en una residencia de ancianos, donde las quejas contra supuestas desatenciones y negligencias deliberadas proseguían contumaces.

Winifred iba pensando en su madre cuando el portero le abrió la puerta esbozando una sonrisa. Hacía algunos años que había podido trasladarla a una residencia nueva y elegante, pero ni tan sólo eso logró detener el flujo interminable de quejas. Ni la felicidad ni la satisfacción parecían estar a su alcance. Winifred reconocía, desolada, esa misma tendencia en ella misma. « Hasta que me harte », se dijo a sí misma, sonriendo veladamente.

Mujer delgada, casi frágil en apariencia, Winifred solía vestir de manera austera y conservadora y limitaba su joyería a unos discretos pendientes y un collar de perlas. Reposada hasta el punto de que mucha gente se olvidaba de que estuviera allí, era capaz de absorberlo todo, percibir todo y recordarlo todo. Había trabajado para Robert Walters y Len Arsdale tras obtener el graduado en la academia de secretariado; pero, en todos esos años, ninguno de los dos hombres se había percatado de que aquella secretaria terminó por saber todo lo

que podía saberse acerca del negocio de la construcción. Adam Cauliff, por el contrario, sí apreció sus cualidades. La apreciaba a ella y a su valor incuestionable. A menudo, solía bromear diciendo: «Winifred, mucha gente debería desear que jamás se te ocurra escribir tus memorias».

Robert Walters cazó el comentario al vuelo y su reacción devino desagradable y maleducada. En cualquier caso, siempre la había maltratado abiertamente y jamás tuvo un detalle con ella. «Ya lo pagaré», pensaba Winifred. Y lo iba a pagar.

Nell tampoco le tenía mucho cariño.

Adam, por su parte, andaba entonces algo contrariado por una esposa volcada en su propia carrera y un abuelo famoso que le exigía hasta el punto de que ella nunca tenía tiempo suficiente para él. Así que, ocasionalmente, le decía: «Winifred, Nell vuelve a estar ocupada con el viejo y yo no quiero comer solo, así que vamos a picar algo».

Merecía algo mejor. A veces, Adam le contaba cosas de su infancia en una granja de Dakota del Norte y sus expediciones a la biblioteca para retirar libros con fotos de bonitos edificios. «Cuanto más alto, mejor —solía bromear Adam—. Cuando alguien construía una casa de tres pisos en el pueblo, había gente que recorría treinta o cuarenta kilómetros para venir a verla».

En otras ocasiones, era él quien la animaba a hablar y Winifred daba rienda suelta al cotilleo sobre las personas implicadas en el negocio de la construcción. Entonces, a la mañana siguiente, se inquietaba por la posibilidad de haber hablado demasiado, animada en su locuacidad por el vino que Adam no dejaba de servirle. Pero nunca llegaba a preocuparse seriamente; confiaba en Adam del mismo modo en que él confiaba en ella y disfrutaba de sus relatos fidedignos sobre aquel mundo, historias de los primeros tiempos de Walters & Arsdale.

«¿Quieres decir que ese viejo santurrón recibió comisiones ilegales cuando las contratas se hicieron públicas?», exclamaba y luego la reconfortaba ante su temor de haber hablado más de la cuenta. Siempre le prometía que jamás diría una palabra a nadie de lo que le contaba. Ella recordaba, también, la noche en que Adam le insinuó apremiante: «Winifred, a mí no me engañas. Hay un hombre en tu vida». Y ella asintió, e incluso le reveló el nombre. Fue el momento en que empezó realmente a confiar en él y a confiar en estar haciendo lo debido.

El conserje uniformado colgó el intercomunicador del vestíbulo.

—Puede subir, señorita Johnson. La señora Cauliff la está esperando.

Adam le había pedido que recogiera su americana y el maletín para la reunión de aquella noche.

—Salí a toda prisa esta mañana y me los olvidé —le explicó, excusándose por la petición—. Los dejé sobre la cama en la habitación de invitados. Las notas para la reunión están en el maletín, y necesito la americana por si cambio de

parecer y decido ir a encontrarme con Nell en el Four Seasons.

Winifred pudo percibir por el tono de su voz que debía de haber surgido un serio contratiempo entre ambos, y eso no hizo más que ahondar su certidumbre de que aquel matrimonio iba de mal en peor.

Mientras subía en el ascensor; pensó en la reunión programada para última hora. Estaba contenta de que fuera en un barco. Le encantaba salir a navegar. Resultaba romántico, incluso si el propósito de la excursión eran los negocios.

Asistirían cinco personas. Además de ella, estaban citados los tres asociados en el proyecto de la torre Vandermeer: Adam, Sam Krause y Peter Lang. El quinto sería Jimmy Ryan, uno de los capataces de obra de Adam. Winifred desconocía por qué le habían invitado, aunque a Jimmy se le veía bastante taciturno últimamente. Quizá les sería útil para tratar de sondear, entre todos, el fondo del problema e intentar, además, resolverlo.

Sabía también que todos estarían preocupados con la historia que había saltado a la primera página de los periódicos aquel día; pero ella no se sentía personalmente afectada, sólo impaciente por ver los resultados. « Lo peor que puede suceder en este tipo de casos, incluso si te pillan, es que acabes pagando una multa —pensó—. Sacas la cartera y el problema desaparece» .

El ascensor se abrió ante el vestíbulo del apartamento, donde la esperaba Nell.

Winifred vio cómo se desvanecía su sonrisa cordial en el momento en que salió del ascensor.

—¿Pasa algo malo? —preguntó, ansiosa.

« Dios santo —pensó Nell alarmada—. ¿Por qué tiene que suceder esto?» . Mientras miraba a Winifred, casi pudo sentir una corazonada recorriendo todo su cuerpo: « El viaje de Winifred en este vuelo ha terminado» .

Adam llegó al barco quince minutos antes que el resto de los convocados. Al entrar en la cabina vio que el proveedor de la empresa de catering ya había pasado por allí con su selección de quesos y una bandeja de galletas saladas. Era de prever que el mueble-bar y la nevera hubieran sido igualmente provisionados, de modo que ni se molestó en comprobarlo.

Le parecía que la atmósfera distendida del barco, combinada con el aire social que las bebidas daban a una reunión, servían para aligerar la lengua, tanto de sus asociados como de los clientes potenciales. En tales ocasiones, Adam solía sustituir a escondidas su bebida preferida, vodka con hielo, por agua mineral.

A lo largo de la jornada no dejó de pensar en llamar a Nell, pero al final había decidido no hacerlo. Odiaba discutir con ella casi tanto como había empezado a odiar la mera presencia de su abuelo. Nell se negaba a reconocer el hecho de que Mac la quisiera para su antiguo escaño por una única razón: pretendía convertirla en su marioneta. Toda esa cháchara acerca de retirarse a los ochenta años para no convertirse en el miembro más viejo de la cámara no era más que demagogia. La única verdad era que el tipo elegido por los demócratas para arrebatarle el escaño era realmente fuerte y podía protagonizar el relevo. Mac no quería retirarse, pero aún deseaba menos tener que salir por la puerta trasera.

En todo caso, tampoco quería abandonar el juego. De modo que ahora tenía a Nell, carismática, lista, atractiva, razonable y popular, para ganar el escaño y devolverle el poder.

Frunciendo el ceño ante la imagen de Cornelius MacDermott, Adam se dirigió a comprobar el indicador de gasóleo. Tal como esperaba, el depósito estaba lleno. Después de haber salido a navegar la semana pasada, la compañía proveedora lo había revisado y rellenado.

—Hola. Soy yo.

Adam se apresuró hacia el puente para ayudar a Winifred a saltar al barco. Le satisfizo ver que llevaba su americana y maletín bajo el brazo.

Sin embargo, percibía algo que, sin duda, la angustiaba. Podía verlo por el modo en que se movía y por cómoladeaba la cabeza.

—¿Qué sucede, Winifred?—preguntó Adam.

Ella trató de sonreír, pero fracasó.

—Tú puedes ver a través de mí, ¿verdad Adam? —Agarrándole la mano, aterrizó en el puente—. Tengo que preguntarte algo y tienes que ser completamente honesto —dijo, franca—. ¿Qué he hecho yo para que Nell esté enojada conmigo?

—¿Qué quieres decir?

—No parecía ella cuando me pasé por el piso. Actuaba como si no viera el momento en que me fuera de allí.

—No te lo deberías tomar como algo personal. No creo que fueras tú el motivo para que se comportara de manera diferente. Nell y yo tuvimos una discusión esta mañana —dijo Adam, tranquilo—. Supongo que seguía pensando en ello.

Winifred no le había soltado la mano.

—Si quieres hablar de ello, puedes hacerlo conmigo. Adam se deshizo de su apretón de manos.

—Ya lo sé, Winifred. Gracias. Mira, ahí llega Jimmy.

Jimmy Ryan se sentía obviamente turbado en el barco. No se había adecentado en lo más mínimo, aun después de una jornada entera de visita en la obra; sus botas de trabajo iban dejando polvorientas huellas sobre la moqueta de la cabina. Mientras, seguía silenciosamente las instrucciones de Adam para servirse una copa. Winifred le observó prepararse un buen lingotazo de whisky y pensó que quizá debería hablar con Adam al respecto. Jimmy Ryan se sentó a la mesa de la cabina como si la reunión estuviera a punto de comenzar. Cuando se dio cuenta de que Adam y Winifred no parecían tener intención de abandonar el puente, se irguió, incómodo, aunque sin hacer ningún esfuerzo por departir con ellos.

Sam Krause llegó diez minutos más tarde, iracundo por el tráfico y por la ineptitud de su conductor. Estaba de un humor de mil demonios y entró directamente en la cabina. Saludó a Jimmy con una lacónica cabezada y se sirvió una ginebra a palo seco, para salir luego al puente.

—Veo que Lang llega tarde como siempre —apuntó.

—Hablé con él justo antes de salir del despacho —le dijo Adam—. Estaba en el coche y entrando en la ciudad, de modo que debería llegar en cualquier momento.

El teléfono sonó media hora después. La voz de Peter Lang denotaba inquietud.

—He tenido un accidente —dijo—. La policía quiere que vaya al hospital para hacerme una revisión, y supongo que es mejor para asegurarme. Podéis cancelar la reunión o seguir sin mí. Es decisión vuestra. Después de ver al médico, me iré a casa.

Cinco minutos después, el *Cornelia II* zarpaba del puerto. La brisa ligera



empezaba a soplar con fuerza y las nubes velaban el sol.

## II

—No me encuentro bien —se quejó Ben Tucker ante su padre, mientras permanecían acodados a la barandilla del barco de paseo que regresaba de la Estatua de la Libertad.

—El mar se está agitando —explicó el padre a su hijo de ocho años—, pero pronto habremos llegado. Observa el panorama. No regresarás a Nueva York en mucho tiempo y quiero que recuerdes todo lo que veas.

Las gafas de Ben se habían ensuciado y se las quitó para limpiarlas. « Me va a volver a contar que la Estatua de la Libertad fue donada por Francia a Estados Unidos, pero que no fue hasta que esa dama, Emma Lazarus, escribió un poema para ayudar a recaudar fondos para el pedestal, cuando la pusieron allí. Y otra vez con el cuento de que mi tatarabuelo fue uno de los tipos que colaboraron en la recaudación. "Dadme a vuestras masas hacinadas que anhelan la libertad..." Muy bien, vale. Dame un respiro» , pensó Ben.

Le había gustado visitar la Estatua de la Libertad y la isla de Ellis, pero ahora lamentaba haber venido porque tenía ganas de vomitar. Aquella cafeteraapestaba a gasóleo.

Observó, melancólico, los yates de recreo amarrados a su alrededor en el puerto deportivo de Nueva York. Deseaba estar en uno de ellos. Algún día, cuando fuera rico, eso sería lo primero que haría: comprar un velero a motor. Al salir, dos horas antes, había un par de docenas navegando. Ahora, a medida que el tiempo empeoraba, iban regresando a puerto.

La mirada de Ben se entretuvo posada sobre uno verdaderamente distinguido que se veía a lo lejos: el *Cornelia II*. Su hipermetropía le permitía leer el nombre sin necesidad de sus gafas. De pronto, sus ojos se abrieron desmesurados.

—¡Nooooo...!

No era consciente de haber hablado ni de que su exclamación, entre la consternación y la plegaria, hubiera resonado en boca de todos los que se hallaban a estribor del barco; así como en la de todos cuantos estuvieran en aquel momento mirando en esa dirección, ya sea desde la parte baja de Manhattan o desde Nueva Jersey.

El *Cornelia II* había explotado, convirtiéndose repentinamente en una inmensa bola de fuego que despedía restos centelleantes de la nave por los cielos,

antes de volver a precipitarse sobre el océano Atlántico.

Antes de que su padre le diera la vuelta para asirle fuertemente a su lado y antes de que la debida conmoción emborronara la visión de los cuerpos desperdigándose en pedazos, Ben dispuso del tiempo suficiente para registrar una impresión que se aposentó inmediatamente en su subconsciente, donde permanecería como fuente inagotable de horribles pesadillas.

« Y llegué a decirle que no volviera a casa —reflexionaba Nell, atormentada por el aciago día que ya tocaba a su fin—. Adam había replicado "Espero que no lo digas en serio" y yo no respondí. Pensé en llamarle más tarde, para deshacer el entuerto, pero fui demasiado cabezota y orgullosa. Dios santo, ¿por qué no le llamé? Durante todo el día me embargó la certeza de una terrible corazonada, la seguridad de que algo iba decididamente mal» .

« Winifred. Cuando la vi, sentí que iba a morir. ¿Cómo es posible que lo supiera? Fue como el sentimiento que experimenté con mis padres. Recuerdo que salía del patio después del recreo y, de pronto, supe que estaban conmigo. Llegué a sentir incluso que mamá me besaba la mejilla y papá me pasaba la mano por el pelo. Ya estaban muertos, pero vinieron a despedirse. Adam, dime adiós, por favor. Dame la oportunidad de decirte lo mucho que lo siento.

—Nell, ¿hay algo que yo pueda hacer?

Era vagamente consciente de que Mac le estaba hablando. Era más de medianoche. El cumpleaños de Gert se había celebrado con normalidad, sin que nadie estuviera al corriente de lo sucedido. Nell había dado la pobre excusa de que Adam no podría asistir a causa de una reunión importante. Lo dijo con la mayor convicción posible, pero el desencanto en la expresión de Gert y la forzada alegría que reinaba en la velada intensificaron su irritación contra él.

Para cuando llegó a casa, a las diez de la noche, ya había decidido que iba a tener que arreglar las cosas con Adam esa misma noche, asumiendo, claro está, que él no hubiera tomado en serio sus últimas palabras antes de salir aquella mañana. Razonaría con Adam, escucharía sus objeciones, vería qué concesiones cabría hacer; pero no estaba dispuesta a seguir, ni un día más, con aquella incertidumbre y malhumor. Ser un buen político consistía en tener la habilidad suficiente para negociar y, ante la necesidad, saber llegar a un compromiso. Le sorprendía advertir que, quizá, también eran las mismas cualidades necesarias para ser una buena esposa.

Cuando Nell entró en el vestíbulo de su edificio notó cómo el presentimiento que la había angustiado durante todo el día estaba alcanzando su clímax. La asistente de Mac, Liz Hanley, y el inspector de la policía de Nueva York, George Brennan, la estaban esperando. Enseguida, Nell supo que algo iba mal, pero no se

habló de nada hasta que todos estuvieron dentro del apartamento.

Entonces, con toda la delicadeza que el inspector Brennan fue capaz de demostrar, le contó el accidente y, disculpándose, le dijo que tenía que hacerle varias preguntas.

Varios testigos habían visto a su marido llegando al barco, seguido, al menos, por otras tres personas. ¿Conocía ella los nombres de sus compañeros?, preguntó después.

Aturdida aún para pensar con claridad, Nell le respondió que se trataba de una reunión con sus asociados y que Winifred Johnson, la asistente de Adam, también debía participar. Le dijo los nombres de los asociados e, incluso, se ofreció a procurarle sus números de teléfono, pero el inspector no lo consideró necesario. Arguyó que, en adelante, él se iba a encargar de todo y que ella sólo debería acostarse y tratar de dormir. El acoso de los medios de comunicación sería inminente e iba a necesitar de todas sus fuerzas para poder lidiar contra él.

—Regresaré por la mañana para hablar con usted, señora Cauliff. Lo siento mucho —dijo, y Liz le acompañó hasta la puerta. Mac y Gert llegaron al apartamento cuando el inspector se iba.

—Nell, vete a la cama —dijo enseguida Mac.

«La voz de Mac está especialmente dotada para sonar a la vez brusca y preocupada», pensó Nell fríamente.

—Mac tiene razón, Nell. Los próximos días no van a ser fáciles para ti —la persuadió Gertrude MacDermott, sentándose en el sofá junto a ella.

Nell los miró. Eran la única familia que ahora le quedaba. Con una sonrisa apagada, recordó el comentario que uno de los ayudantes de Mac había hecho tiempo atrás: «¿Cómo pueden parecerse tanto Cornelius y Gertrude, siendo tan diferentes?». Era cierto. Ambos poseían unos mechones revoltosos de pelo blanco, vívidos ojos azules, labios finos y mandíbulas prominentes. Pero la mirada de Gert era plácida en lugar de fiera, como la de Mac, y su porte era retraído, mientras que el de su hermano resultaba combativo.

—Me quedaré contigo esta noche —se ofreció Gert—. Hoy no deberías estar sola.

Nell sacudió la cabeza.

—Gracias, tía Gert. Pero esta noche necesito estar sola —dijo. Liz volvió para despedirse y Nell se levantó para acompañarla hasta la puerta.

—Nell, lo lamento profundamente. Cuando escuché las noticias en la radio esta noche, acudí enseguida. Sé que para Mac representas más que nada en el mundo y también sé que se siente fatal por lo sucedido, aunque a veces fuera algo tirante con Adam. Si hay algo que yo pueda hacer...

—Lo sé, Liz. Gracias por venir tan deprisa. Gracias por haberte ocupado y ya de tantas cosas.

—Mañana hablaremos de las disposiciones que hay que tomar —dijo Liz.

« ¿Disposiciones? —pensó Nell, de pronto—. Disposiciones. Un funeral» .

—Adam y yo nunca hablamos de cuáles serían sus deseos si algo le ocurría —dijo Nell—. No parecía necesario hacerlo. Pero me acuerdo que una vez en Nantucket, donde habíamos ido a pescar, dijo que cuando llegara el momento le gustaría que lo incineraran y esparcieran sus cenizas en el mar.

Miró a Liz y vio un aura de simpatía en su mirada. Nell sacudió la cabeza y se forzó a sonreír.

—Parece que su deseo se cumplió, ¿verdad?

—Te llamaré por la mañana —fijo Liz, agarrando la mano de Nell y estrechándola con suavidad.

Cuando Nell regresó al salón, su abuelo estaba en pie y Gert andaba buscando su libro de bolsillo. Mientras Nell acompañaba a Mac a la puerta, éste dijo con rudeza:

—Haces bien en no dejar que Gert se quede. Se ha pasado toda la noche con esa cháchara espiritista suya. —Luego se detuvo, se encaró con Nell y apoyó cariñosamente sus manos sobre los brazos de ella—. Lo siento más de lo que puedes llegar a imaginarte, Nell. Después de lo que sucedió con tus padres, es injusto que pierdas a Adam de este modo.

« Y menos después de una trifulca —pensó Nell, sintiendo un repentino arranque de resentimiento—. Mac, tú eras la raíz del problema. Tus exigencias acaban por ser un exceso. Adam no tenía razón en oponerse a mi carrera política, pero sí que la tenía en cuanto a eso», se dijo a sí misma.

Al ver que Nell no decía nada, Mac se volvió para retirarse. Apareció entonces Gert y tomó las manos de Nell.

—Sé que hay muy poco que yo pueda hacer o decir que sirva de consuelo, pero quiero recordarte, Nell, que no le has perdido realmente. Ahora está en otra dimensión, pero sigue siendo tu Adam.

—Venga, Gert dijo Mac, agarrando a su hermana del brazo. Nell no está para escuchar esas historias baratas. Trata de dormir, Nell. Hablaremos por la mañana.

Se fueron y Nell regresó al salón, esperando oír el tintineo de las llaves de Adam al abrir la puerta. Se paseó por el apartamento como si estuviera en trance, ordenando revistas en la mesilla, acomodando los almohadones en el mullido sofá. La estancia estaba encarada al norte y el sofá había sido retapizado el año anterior con una cálida tela roja que Adam había criticado de entrada y, más tarde, aprobado.

Miró en derredor, consciente de la ecléctica combinación de accesorios en la casa. Tanto Adam como ella tenían gustos muy definidos y no siempre coincidentes. Algunos artículos procedentes de la casa de sus padres —la mayoría adquiridos durante sus viajes— habían quedado almacenados. Otros los había comprado en remotos anticuarios o en subastas poco concurridas que día

Gert conocía. Muchas cosas requirieron de una cierta negociación antes de ser compradas. «Negociación y concesión —volvió a pensar Nell, atenazada por una punzada de dolor—. Adam y yo habríamos conseguido arreglar las cosas, sé que lo habríamos conseguido» .

Se acercó a una mesa de tres patas que Adam adquirió un día en que ella estaba en una velada de recaudación de fondos y Gert lo había acompañado, como en tantas otras expediciones urbanas.

Adam y Gert sí se habían entendido desde el principio. Fue Gert quien le alentó a que comprara la mesa para ella. «Va a extrañarlo terriblemente» , pensó Nell con tristeza.

A veces, le preocupaba la posibilidad de que alguien se aprovechara de su bondad. «Es tan confiada al dejar que todos esos médiums y espiritistas influyan sobre casi todas las decisiones que toma» . Sin embargo, cuando se trataba de regatear sobre cosas como aquella misma mesilla, Gert era sorprendentemente perspicaz. Su apartamento en la calle 81 Este era un amasijo colorido algo polvoriento de mobiliario y artículos diversos, que había heredado o acumulado a lo largo de los años, y que desprendían un intenso y confortable aire familiar y sentimental.

En la primera visita que Adam realizó al apartamento de Gert comentó alegremente que era como su cabeza: ecléctica, repleta de ideas y algo visionaria.

«A nadie más se le ocurriría tener objetos lacados estilo art déco junto a fantasías rococó» , había dicho.

¡El mobiliario de la tía Gert! ¡Los objetos de aquella estancia! ¿Qué era lo que le estaba pasando por la cabeza, pensando en mesas, sillas y alfombras en un momento así? ¿Cuándo se daría cuenta de lo ocurrido? ¿Cuándo asumiría el hecho de que Adam estaba muerto?

Pero era difícil e iba a seguir siéndolo. Necesitaba que estuviera vivo, necesitaba que abriera la puerta y dijera: «Nell, déjame decirte, antes que nada, que te quiero y que siento mucho el estallido de esta mañana» .

«El estallido» . Primero una riña explosiva y, luego, la barca de Adam había saltado por los aires. El inspector Brennan reflejó que era demasiado pronto para aventurar si la causa había sido un escape de gasóleo.

«Adam le puso mi nombre a sus dos barcos —pensó Nell—, pero apenas sali a navegar en alguno de ellos. El agua me produce pánico desde que me vi arrastrada por el remolino en Hawai. Me rogó que saliera con él. Prometió que no nos alejaríamos de la costa» .

Había tratado de superar su miedo al mar, pero fue incapaz de lograrlo. Se bañaba sólo en la piscina y, aunque podía viajar en un crucero —aun sin sentirse del todo cómoda—, no podía navegar en un barco de menores dimensiones. El vaivén de las olas le infundía la ciega conciencia de que iba a ahogarse.

No obstante, Adam amaba los barcos y le encantaba estar a bordo de ellos. « En cierto modo, lo que podría haber sido un conflicto se convirtió en una ventaja; durante muchos fines de semana, cuando Mac quería que le acompañara en sus actos políticos o yo necesitaba componer mis artículos, Adam podía salir a navegar o a pescar. Entonces regresábamos los dos a casa y estábamos juntos. Concesiones y componendas. Seguramente, lo habríamos arreglado », se repitió.

Nell apagó las luces del salón y se fue al dormitorio. « Desearía poder sentir algo —pensó—. Desearía poder llorar y lamentarme. En cambio, siento que lo único que puedo hacer es esperar. Pero ¿esperar qué? ¿A quién?» .

Se desnudó, cuidando de colgar el traje pantalón de seda verde que había vestido aquel día. Era nuevo. Cuando lo compró, Adam abrió la caja, extrajo el contenido y lo examinó atentamente.

« Te va a quedar estupendo, Nell », había dicho.

Se lo puso esa noche porque sospechaba y deseaba que Adam se hubiera sentido tan mal como ella debido a la disputa, anhelando que acabara por unirse a la fiesta, aunque sólo fuera para el postre. Se lo había imaginado entrando en el momento en que trajeran el pastel coronado por una gran vela, como solía ser tradición en los cumpleaños celebrados en el Four Seasons.

Pero Adam no había venido. « Me gustaría pensar que tenía planeado venir », pensó Nell, mientras cogía de la cómoda una bata de dormir de algodón. Maquinalmente, se lavó la cara y los dientes. La imagen que vio reflejada en el espejo del baño era la de una extraña, una mujer pálida, de ojos inexpresivos y pelo castaño claro que enmarcaba un rostro de rizos húmedos.

¿Hacia demasiado calor? Su frente transpiraba. Si era así, ¿por qué sentía tanto frío?

Al acostarse recordó cómo la noche anterior no había esperado a que Adam llegara de Filadelfia y, al oír sus llaves, había simulado estar dormida. « Me daba tanta pereza discutir lo del escaño de Mac que preferí dejarlo así », pensó, enfadándose otra vez consigo misma.

Luego, después de dormirse, Adam la había abrazado y murmurado su nombre.

—Adam. Adam. Te quiero. ¡Vuelve, por favor! ahora.

Esperó. El zumbido del aire acondicionado y el gemido de la sirena de la policía eran los únicos sonidos que pudo percibir. Entonces, en la distancia, acertó a captar el estridente sonido de una ambulancia.

« El muelle debe de estar repleto de barcas de policía y de ambulancias », razonó. La búsqueda de supervivientes continuaba, aunque el inspector Brennan le había expresado, con cierto desánimo, que iba a ser un verdadero milagro si encontraban alguno.

« Es como la mayoría de accidentes de avión. Un avión suele desintegrarse



en su caída. Sabemos que no hay esperanza de que alguien salga con vida de un trance así, pero tenemos que intentarlo», había explicado Brennan.

Al día siguiente, o durante los próximos, tendrían que contrastar los elementos necesarios para concluir los motivos precisos de la explosión.

«Era un barco nuevo. Están investigando la posibilidad de, algún problema mecánico, una fuga o algo parecido», declaró, además, el inspector.

—Adam, lo siento —murmuró Nell, nuevamente, en la habitación a oscuras—. Por favor, hazme saber que me escuchas. Mamá y papá me dijeron adiós, y Grammy también.

Era uno de sus primeros recuerdos. Sólo tenía cuatro años cuando su abuela murió. Sus padres estaban dando clases en un seminario en Oxford y ella estaba al cuidado de su niñera en casa de Mac. Su abuela permanecía ingresada en el hospital y, durante la noche, Nell se despertó y olió el aroma preferido de ella: Arpège. Casi siempre se perfumaba con él.

«La recuerdo tan bien —pensó Nell—. Estaba muy adormecida, pero me acuerdo de pensar en lo contenta que me puse por que Grammy estuviera en casa y se encontrara bien».

A la mañana siguiente, Nell se había precipitado al comedor.

—¿Dónde está Grammy? ¿Se ha despertado ya?

Su abuelo estaba sentado a la mesa con Gert.

—Grammy está en el cielo —le respondió—. Se fue anoche. « Cuando le expliqué que había estado en mi habitación la noche antes, pensó que había estado soñando. Pero Gert me creyó. Comprendió que Grammy vino a despedirse, del mismo modo que después vendrían mamá y papá. Adam, por favor, ven. Déjame sentir tu presencia. Por favor, dame la oportunidad de expresarte cuánto lo siento, antes de poder decirte adiós» .

Nell esperó durante toda la noche, despierta y mirando fijamente en la oscuridad. Al despuntar el alba, comenzó a llorar, por Adam, por todos los años que no pasarían juntos, por Winifred, por los asociados, Sam y Peter.

Y lloró también por sí misma, porque de nuevo iba a tener que acostumbrarse a vivir sin la persona a quien amaba.

Parapetado en el asiento trasero de la limusina, Peter Lang pensaba en el accidente sufrido unas horas antes. Iba de camino hacia Manhattan a su reunión con Adam Cauliff, circulando por la autopista de Long Island y, a punto de entrar en el túnel, ¡*bang!* Colisión.

Cinco horas más tarde, con una costilla fracturada, el labio cortado y una herida en la cabeza, fue recogido en el hospital por un servicio de limusinas y conducido bajo la lluvia torrencial hacia su casa de Southampton. Una propiedad con vistas al océano, en la parte más exclusiva de un área residencial extremadamente lujosa que le había sido cedida por sus padres cuando éstos decidieron repartir su vida entre Saint John's, en el Caribe, y Martha's Vineyard.

La casa, construida a caballo entre dos siglos en estilo colonial, era blanca y con los postigos verdes. El terreno, además, albergaba dentro de sus dos acres cercadas una piscina, una caseta de baño, una pista de tenis, una inmensa extensión de césped aterciopelado, plantaciones de flores y árboles meticulosamente podados.

Casado a los veintitrés años y separado a los treinta en un divorcio caro aunque amistoso, Lang era un afortunado en la vida y disfrutaba en su rol de hombre de mundo. Agraciado en el físico, con un encanto sofisticado, una inteligencia más que aceptable y un rápido sentido del humor, también había heredado un curioso instinto para comprar terrenos que algún día resultarían valiosos. Poseía el mismo instinto que indujo a su abuelo a comprar, antes de la Segunda Guerra Mundial, cientos de acres de campo en Long Island y Connecticut, y a su padre a invertir con decisión en propiedades de la Tercera Avenida de Manhattan, cuando las vías de tren elevadas estaban a punto de ser derribadas. Tal como su padre vociferaba orgulloso al hablar de su hijo de cuarenta y dos años: «Trabajar en mangas de camisa durante tres generaciones no ha sido la pauta de mi familia, y Peter se va convertir en el más listo de todos nosotros».

Con su habitual y despreocupada generosidad, Lang le dio, una propina al chófer y entró en su casa. Hacía tiempo que se había hecho cargo de la pensión de la pareja que había estado trabajando allí desde que él era un niño. En su lugar, había contratado un ama de llaves y se servía de una empresa de catering

para satisfacer las necesidades de sus huéspedes, cuando los había.

La casa era oscura y fría. Si tenía que permanecer en la ciudad, para una reunión con sus socios inmobiliarios —normalmente, los viernes por la tarde—, solía pasar la noche en su apartamento de Manhattan y conducir hasta Southampton a la mañana siguiente. Eso es lo que habría hecho si se hubiera encontrado con Adam y los otros en el barco, pero el accidente se lo impidió.

Ahora, Peter se alegraba de estar en esta casa, de prepararse una copa plácidamente y de reposar su dolorido cuerpo. Su cabeza palpitaba. Se pasó la lengua por el labio e hizo una mueca notar que la hinchazón aumentaba.

Podía ver el rostro del camionero y revivir el momento en que supo que la colisión sería inevitable.

La luz del contestador automático parpadeaba, pero Peter la ignoró. La última cosa que le apetecía hacer, en ese momento, era entablar una conversación acerca de su accidente. Y probablemente se trataría de un periodista. Desde que era un «hombre de mundo», reflexionó, todo lo que hacía era susceptible de alimentar las columnas de cotilleo.

Con la copa en la mano, atravesó la estancia, abrió la puerta del porche y salió. Durante el trayecto desde el hospital, la lluvia había ido arreciando y, ahora, caía a cántaros impulsada por la fuerza del viento. Ni siquiera la amplia marquesina del porche le protegía completamente del chaparrón. Estaba tan oscuro que ni podía ver el océano, pero no dudaba de su presencia, que se hacía notar por el oleaje desencadenado. La temperatura seguía bajando y el soleado mediodía que disfrutó en el campo de golf, parecía ahora un recuerdo distante. Con un escalofrío, volvió a entrar, cerró la puerta y subió al piso de arriba.

Tras darse una ducha de agua caliente de quince minutos, se sintió mejor y se acostó. Apagó el dispositivo de llamada del teléfono y programó la radio para que se apagara en un cuarto de hora, justo a tiempo para escuchar el informativo de las once.

Sin embargo, se durmió antes de escuchar la historia de la explosión del *Cornelia II* en el puerto de Nueva York, perdiéndose la noticia de que él, Peter Lang, prominente empresario constructor de la ciudad, era una de las personas presuntamente desaparecidas en la tragedia.

A las siete y media, Lisa se mantenía alerta, esperando la llegada de Jimmy en su coche. Estaba ilusionada por sorprenderle con su cena favorita de arroz y pollo.

Su última cita en el salón de belleza había sido cancelada y tuvo el tiempo suficiente para detenerse a comprar, además de tener a los niños ya cenados a las seis y media. Ella había decidido esperar y comer con Jimmy. Puso la mesa pequeña para los dos, mientras el vino blanco se enfriaba en la nevera. La inquietud incierta que la atenazó a lo largo del día exigía que empezara a tomar medidas. Jimmy parecía tan perdido, tan derrotado al irse de casa por la mañana, que ella no había sido capaz de liberarse de esa imagen en todo el día. Sentía la necesidad urgente de abrazarle, de demostrarle cuánto le amaba.

En ese momento, los pequeños Kyle, Kelly y Charley estaban sentados a la mesa de la cocina, haciendo sus deberes. Kyle, el mayor, tenía doce años, y normalmente no necesitaba ayuda. Era un buen estudiante. Por su parte, Kelly tenía diez años y era una soñadora...

—Kelly, no has escrito una palabra en cinco minutos —la apremió Lisa.

Charley, de siete años, estaba copiando minuciosamente las palabras de la clase de ortografía. Sabía que tenía que esmerarse, Pues había vuelto a casa con una nota de la maestra en la que se reflejaba su afán por hablar en clase.

—Ni se te ocurra pensar en la televisión durante una semana —le había advertido Lisa.

Como de costumbre, la casa se le antojaba vacía sin Jimmy. A pesar de que en aquellos días no parecía el mismo —demasiado apagado y suspicaz—, era siempre una presencia reconfortante y protectora en sus vidas y las pocas noches en que no estaba con ellos resultaban extrañas y algo incómodas.

«Quizá le haya estado atosigando demasiado —pensó Lisa—, siempre preguntándole si se siente mejor o apremiándole para que me cuente qué es lo que le preocupa o rogándole que vaya a visitar a un médico. Procuraré ser más discreta», se prometió a sí misma mientras comprobaba que la cena se mantuviera caliente en el horno.

«Se le veía tan atormentado cuando salió de casa por la mañana —volvió a pensar—. ¿Es posible que oyera bien cuando me pareció que dijo "Lo siento" en

el momento de salir? ¿Qué era lo que sentía?» , se preguntó.

Hacia las ocho y media empezó a preocuparse. ¿Dónde estaba? Sin duda, no podía seguir en el barco, pues el tiempo había empeorado demasiado. Los nubarrones que encapotaban el cielo habían desencadenado una tormenta y no era seguro seguir navegando en esas condiciones.

«Estará de camino a casa», se dijo. El tráfico era siempre terrible los viernes por la noche.

Una hora más tarde Lisa mandó a los dos pequeños a la ducha, y luego, a la cama. Kyle, tras terminar los deberes, se fue mirar la tele.

«Jimmy, ¿dónde estás? —La angustia la invadía cuando reloj estaba a punto de dar las diez. Algo iba mal—. Quizá, realmente, te despidieron. Si es eso, no importa, ya encontrarás algo. Quizá deberías dejar el sector de la construcción. Siempre te quejabas de la corrupción en ese negocio» .

A las diez y media sonó el timbre. Presa del pánico, Lisa se apresuró a abrir la puerta. Dos hombres le mostraron sus placas de identificación policiales.

—Señora Ryan, ¿podemos entrar?

Sin pensarlo, la pregunta surgió de sus labios con la voz temblorosa y agarrotada.

Jimmy se ha suicidado, ¿verdad?

Cornelius y Gertrude MacDermott compartieron taxi al abandonar el apartamento de Nell. Hicieron el trayecto en silencio, abrumados por los acontecimientos, y en estado ausente en el momento en que el vehículo se detuvo frente al edificio de Gert, en la calle Ochenta y uno esquina con la avenida Lexington.

Gert sintió, más que vio, la ojeada casi despectiva del taxista por encima del hombro.

—Oh, no me había dado cuenta —dijo ella.

Moviéndose pesadamente, se volvió y vio que el portero ya le estaba abriendo la puerta. La lluvia caía ahora como un telón sacudido por el viento y podía ver que, incluso bajo el manto protector del paraguas, el hombre se estaba mojando de pies a cabeza.

—Por Dios, Gert, muévete ya —ladró su hermano.

Se giró hacia él, ignorando su tono, consciente sólo de la trágica preocupación que compartían.

—Cornelius, Nell adoraba a Adam. Me da la impresión de que no va a ser capaz de manejar la situación. Va a necesitar todo el apoyo que podamos brindarle.

—Nell es fuerte. Lo superará.

—No lo crees de verdad.

—Gert, ese pobre hombre se va a ahogar esperándote. No te preocupes, Nell estará bien. Te llamaré mañana.

Mientras salía del taxi, una de las palabras pronunciadas por Mac la impactó de pronto. « Ahogar » . ¿Se habría ahogado Adam o habría volado en pedazos con la explosión? Advirtió que su hermano había pensado lo mismo, porque le tomó la mano, se inclinó y la besó en la mejilla.

Al pisar la calle y erguirse sintió los acostumbrados dolores en las rodillas. « Mi cuerpo empieza a erosionarse —pensó—. Adam, tan fuerte, tan sano. Esto es una conmoción terrible » .

Repentinamente, la fatiga se adueñó de ella y aceptó aliviada la mano del portero bajo su brazo, mientras recorría el breve tramo desde la acera hasta la entrada del edificio.

Pocos minutos después, a salvo en la quietud de su apartamento, se hundió en un sillón. Se reclinó hacia atrás y cerró los ojos, que se inundaron de lágrimas al tiempo que la imagen de Adam llenaba su mente. Tenía una sonrisa que podía reconfortar al corazón más endurecido. Recordó la primera vez que Nell les había presentado. Estaba radiante, absolutamente enamorada. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en el contraste entre la felicidad de los ojos de Nell, en aquel instante, y la confusión y el quebranto que habían presenciado aquella misma noche.

« Parecía como si su alma se hubiera alumbrado cuando conoció a Adam — pensó Gert—. Cornelius nunca llegó a comprender del todo el efecto devastador que le causó la pérdida de sus padres a una edad tan temprana. Hizo todo lo posible por ella, dedicándole todo su tiempo. Pero nadie podía sustituir a unos padres como Richard y Joan» .

Suspirando, se levantó y se dirigió a la cocina. Alcanzó la tetera y sonrió al recordar cómo, poco después de conocer a Adam él le había preguntado por qué, con todo el té que consumía, no se limitaba a llenar la tetera de modo que tuviera siempre agua templada para poder recalentarla rápidamente.

« No sabe igual si recalientas el agua», le había explicado. « Gert, debo decirte que eso es pura fantasía», había replicado él, riendo de todo corazón.

« Nos reíamos mucho juntos. No era como Cornelius, que siempre se impacienta conmigo. Adam me acompañó incluso algunas veces a las reuniones espiritistas. Estaba verdaderamente interesado. Quería saber cómo era posible que creyera tan devotamente en la posibilidad de comunicarse con gente ya fallecida. « Pues bueno, es posible —pensó—. Desgraciadamente yo tengo ese don, pero algunos pueden de verdad convertirse en canales entre los que estamos aquí y los que ya han abandonado es dimensión. Yo he visto lo reconfortados que estaban después haber contactado con algún ser amado que ya no está entre nosotros. Si Nell tiene problemas para aceptar la muerte de Adam le insistiré en que trate de contactar con él mediante estas canalizaciones. Se sentirá mucho mejor si halla algo de proximidad después de esta terrible pérdida. Adam podrá decirle que le había llegado la hora de irse, pero que no debe dejarse abatir, porque está aquí. Eso lo hará todo mucho más fácil para ella» .

Una vez tomada esa decisión, Gert se sintió aliviada. La tetera ya silbaba y apagó el fuego, al tiempo que alcanzaba una taza y un plato. Esa noche, el sonido habitualmente alegre del vapor filtrándose por la canilla se había convertido en un lamento funerario. Casi parecía un alma perdida aullando por poner fin a la pena.

Como niño que creció en Bayside, Queens, Jack Sclafani siempre quería estar del lado de la ley cuando jugaba con sus vecinos a policías y ladrones. En la escuela era un alumno serio y tranquilo, lo que le ayudó a obtener una beca para el instituto preparatorio St. John y luego otra para completar sus estudios en el Fairfield College, donde la educación jesuita acabó por pulir su capacidad lógica.

A pesar de su falta de pretensiones en la carrera académica, su próximo paso iba a ser la obtención de un título de posgrado en Criminología. Entonces, con toda esa educación universitaria a sus espaldas pero aún novato, Jack entró a formar parte del Departamento de Policía de Nueva York.

Ahora, dieciocho años después, ya como residente en Brooklyn Heights y a la edad de cuarenta y dos años, era padre de dos niños gemelos fruto de su matrimonio con una exitosa agente inmobiliaria. Sclafani había sido ascendido a primer inspector del equipo de elite del fiscal de distrito, la cual era una posición que le enorgullecía enormemente. Durante su época en el cuerpo de policía, tuvo ocasión de conocer a excelentes profesionales, pero aquel al que había conocido mejor y sobresalía por encima de los demás, era su compañero George Brennan. Aquél era el día libre de Sclafani y dormitaba en el salón antes de irse a la cama, cuando escuchó a Brennan entrevistado en las noticias de las once por periodistas que le asediaban con preguntas acerca del velero a motor que había explotado esa misma tarde en el puerto.

Subió el volumen con el mando a distancia y se inclinó hacia adelante, ya totalmente despierto y atento a la escena que estaba contemplando. Brennan, en el exterior de una modesta casa en Little Neck a quince minutos de Bayside en coche comentaba los hechos.

—La señora Ryan ha confirmado que su esposo, Jimmy, empleado de la Compañía Constructora Sam Krause, tenía planeada una reunión en el barco *Cornelia II*. Un hombre que encaja con la descripción fue visto subiendo a bordo antes de salir a navegar por el puerto, de modo que presumimos que el señor Ryan se halla entre las víctimas.

Jack escuchaba atentamente las preguntas que le iban formulando a Brennan.

—¿Cuánta gente había en el barco? —preguntó una voz fuera del campo visual.



—Hemos sabido que, además del señor Ryan, se esperaba que otras cuatro personas asistieran a la reunión —respondió.

—¿Es habitual que un barco a motor Diesel explote?

—Estamos investigando la causa de la explosión —dijo Brennan, parco en palabras, tratando de no dar más información de la necesaria.

—¿Es verdad que Sam Krause estaba a punto de ser imputado por fraude?

—Sin comentarios.

—¿Hay esperanzas de encontrar supervivientes?

—Siempre las hay. Las operaciones de búsqueda y rescate sí siguen su curso.

« ¡Sam Krause! —Pensó Jack—. Claro que estaba a punto de ser imputado. ¡Así que estaba en el barco! ¡El muy sinvergüenza! La punta de lanza de todo lo que anda podrido en el negocio de la construcción. Cuando empiecen a indagar, aparecerá una lista interminable de gente encantada de haberse desembarazado de él.

—Estoy en casa. ¿No hay nadie que palpite de emoción por el regreso? —preguntó una voz justo detrás de él.

Jack se volvió.

—No oí la puerta, cariño. ¿Qué tal la película?

—Estupenda, aparte de ser demasiado larga y deprimente. Nancy le dio un beso en la mejilla a su esposo, al tiempo que se aposentaba en el sofá. Bajita, de pelo rubio y corto y ojos del color de la avellana, rezumaba siempre calor y energía. Echó una mirada a la televisión y se sorprendió al reconocer a Brennan.

—¿Qué pasa con George?

—El barco que explotó cerca de la Estatua de la Libertad es dentro de su jurisdicción, aunque durante la entrevista debed haberse acercado a casa de alguna de las presuntas víctimas de Queens.

La información al respecto había terminado y Jack apagó televisor. «El gasóleo no produce explosiones —pensó—. Me apuesto lo que sea a que si ese barco acabó convertido en una piñata es porque alguien puso una bomba en su interior. Puedes estar seguro» .

—¿Están los niños arriba? —preguntó Nancy.

—Mirando una peli en su habitación. Yo estoy listo para acostarme.

—Yo también. ¿Cierras tú?

—Claro.

Mientras Jack apagaba las luces y se aseguraba de que las puertas de enfrente y de atrás estuvieran cerradas con llave, siguió barrantando sobre las noticias de la explosión. Si se confirmaba que Sam Krause se hallaba en el barco, el hecho de que la explosión no hubiera sido un accidente era una posibilidad que debía de considerarse seriamente. No era de extrañar que alguien quisiera deshacerse de él antes de que se indagara a conciencia. Krause sabía demasiado y no era el tipo de individuo que iba a plantearse la eventualidad de una larga temporada en la

cárcel como una opción a considerar.

« Qué desgracia, sin embargo, que otras cuatro personas tuvieran que morir por él. Sin duda, quien lo hizo podría haber encontrado un modo más económico en vidas humanas —pensó Jack—. Quien fuera el que lo hizo debía ser alguien de probada y cruel profesionalidad». Y Jack conocía a más de uno que podía encajar con esas cualidades.

## MIÉRCOLES, 14 DE JUNIO

### 17

—Nell, no puedo decirte cuánto lo siento. Todavía no me lo puedo creer. Es inconcebible.

Peter Lang estaba sentado frente a Nell en el salón del apartamento. Todavía tenía la cara dolorida y el labio hinchado. Se le veía verdaderamente afectado y su conducta distaba mucho de la del personaje seguro de sí mismo y convencido que solía proyectar. Nell percibió, por primera vez en su vida, algo de simpatía por aquel hombre. En el pasado, siempre se había sentido asqueada por sus maneras. El gallito del lugar, como solía llamarle desdeñosamente Mac.

—Estaba tan molido que, al llegar a casa por la noche, desconecté el teléfono y me fui a la cama. Entonces, los medios de comunicación localizaron a mis padres en Florida. No veas qué suerte que no les diera un ataque al corazón a los dos. Mamá no podía parar de llorar cuando supo que estaba bien. Casi sigue sin creérselo. Ayer me llamó cuatro veces.

—Lo puedo entender —dijo Nell, mientras pensaba en cuál habría sido su reacción si Adam hubiera llamado diciéndole que no estaba a bordo, que algo le había entretenido y que Sam procedió con la reunión sin él.

Supongamos...

« Pero eso no tenía razón de ser. La suposición era absurda. Los otros no habrían salido en el barco de Adam sin él —se vio obligada a aceptar—. El barco de Adam, que llevaba mi nombre. Algo en lo que ni siquiera quise jamás poner el pie y le puso mi nombre... Y se convirtió en su ataúd», pensó Nell.

« ¡No, no en su ataúd!» . El domingo hallaron restos corporales identificados como los de Jimmy Ryan. Hasta la fecha, era el único que iba a tener un funeral con ataúd. Las posibilidades hallar e identificar otros cuerpos, o partes de los mismos, parecían ser ínfimas. Adam, Sam Krause y Winifred debían de haberse quemado o saltado en pedazos. Si todavía quedaban restos suyos, las fuertes corrientes los barrerían probablemente de la bahía, más allá del puente Varrazano, incluso hasta el océano Atlántico.

« No quemado, Nell, sino incinerado y enterrado en el mar Trata de verlo de ese modo» .

Eso era lo que monseñor Duncan le había dicho en el momento de hacer las disposiciones funerarias para la misma en memoria de Adam.

—El jueves se celebrará una misa por Adam —le dijo a Lang, interrumpiendo el silencio que reinaba entre ellos.

De entrada, Lang no dijo nada y luego empezó a hablar suavemente.

—Hay cantidad de rumores circulando, Nell. ¿La policía ha confirmado que fue una bomba lo que destruyó el barco?

—No, no lo ha confirmado oficialmente.

Sabía de las sospechas acerca de una bomba y era un pensamiento que la obsesionaba. ¿Quién iba a hacer una cosa así? ¿Un acto de violencia al azar como cuando alguien dispara a la gente en masa por la calle? ¿O quizá se trata de un resentido, celoso del propietario de aquel estilizado barco nuevo y con ganas de darle su merecido? Fuera cual fuese el motivo, era algo que necesitaba saber, necesitaba quitárselo de encima, antes de dar por terminado este terrible asunto.

La esposa de Jimmy Ryan también necesitaba esa respuesta. Había llamado el día después de la tragedia, tratando de comprender por qué estaba muerto su marido.

« Señora Cauliff, me siento como si la conociera. La he visto en televisión, leo su columna en los periódicos y, a lo largo de años, he leído sobre usted y de cómo su abuelo la crió después de la muerte de sus padres. Lo lamento terriblemente. Ha sufrido mucho en la vida. No sé lo que le habrán contado de mi marido, pero no quiero que piense que alguien a quien yo amaba fue el causante de lo ocurrido. Jimmy no hizo esto. Fue una víctima lo mismo que su marido. Sí, estaba deprimido. Había estado sin trabajo durante mucho tiempo y teníamos un montón de facturas a las que hacer frente. Pero las cosas iban mejorando y, en buena medida, gracias a su marido. Sé con seguridad lo muy agradecido que le estaba a él y a quien fuera que trasladó su licitud a la constructora de Krause. Pero ahora la policía insinúa que fue él quien causó la explosión. Quiero que sepa que por más pensamientos de suicidio que Jimmy albergara —y por más que me duela, debo admitir que los tenía—, nunca jamás causaría la muerte de otro ser humano. ¡Nunca! Era un hombre bueno, un padre y marido excelentes. Yo le conocía, nunca habría hecho algo así» .

Las fotos del funeral de Jimmy Ryan habían aparecido en la página tres del *Post* y en la portada del *News*. Lisa Ryan, con sus tres hijos agrupados a su lado, aparecía caminando tras el ataúd que albergaba los restos despedazados de un padre y esposo. Nell cerró los ojos.

—Nell, la semana que viene me gustaría repasar algunos asuntos de negocios contigo —dijo Lang, con tacto—. Hay algunas decisiones que debo tomar y necesito tu colaboración. Pero ya tendremos tiempo para eso. —Se levantó—. Trata de descansar. ¿Puedes dormir bien por la noche?

—Bastante, teniendo en cuenta por lo que estoy pasando. La alivió cerrar la

puerta detrás de Peter Lang, avergonzada por cierto resentimiento que la embargaba por el hecho de que fuera él quien había sobrevivido. En unos pocos días sus moretones desaparecerían y la hinchazón del labio no sería más que una anécdota.

—Adam —dijo en voz alta—. Adam —repetió, pausadamente, como si estuviera escuchando.

No hubo respuesta.

La tormenta del viernes por la noche dio fin al cálido intervalo. Ahora el tiempo resultaba desacostumbradamente fresco para el mes de junio. En el edificio ya habían cambiado la calefacción por el aire acondicionado y, a pesar de haberlo apagado, el apartamento seguía estando frío. Nell se apretó con los brazos y se fue al dormitorio a buscar un suéter.

Liz, espléndida como siempre, se acercó por el apartamento el sábado por la mañana con una bolsa de la compra.

—Tienes que comer —dijo vivamente—. No sabía lo que tenías en casa así que traje pomelo, beicon y panecillos frescos.

Después de una segunda taza de café, añadió:

—Nell, ya sé que no es problema mío, pero lo es en cierto modo. Mac está destrozado por ti. No le excluyas.

—Él excluyó a Adam y, ahora mismo, me cuesta mucho pensar en el perdón.

—Pero sabes que deseaba de corazón lo que fuera mejor para ti. Sentía que lo que era bueno para ti, o sea, presentarte al cargo tenía que ser bueno para tu matrimonio.

—Bueno, supongo que ya nunca lo sabremos, ¿verdad?

—Piensa en ello.

Desde aquella mañana, Liz había venido a verla cada día.

—Mac todavía no tiene noticias tuyas, Nell —comentó, tristemente, aquel día.

—Le veré en la misa. Después comeremos juntos aquí con los demás. Ahora mismo necesito acostumbrarme a esto sin soportar su presencia, atosigándome.

«Acostumbrarme a esta casa que compartí con Adam durante los tres últimos años. Acostumbrarme a estar sola», pensó. Había comprado el apartamento hacía once años, después de licenciarse en Georgetown, empleando el dinero que le administraban hasta que cumpliera veintidós años. Era un momento en que el volátil mercado inmobiliario neoyorquino atravesaba uno de sus períodos de escasez, cuando los vendedores superaban en mucho a los compradores y un espacioso apartamento en condominio resultaba una inversión excelente.

«Sea cual sea el nido al que te lleve, dudo que se encuentre por aquí —había bromeado Adam, cuando empezaron a hablar de matrimonio—. Pero dame diez años y te prometo que el panorama va a cambiar».

« ¿Por qué no pasamos esos diez años aquí mismo? A mí encanta este sitio» , había respondido ella.

Después recordó cómo había vaciado dos de los grandes armarios y cogido de casa de Mac la antigua cómoda de su padre. Se dirigió entonces hacia ésta y agarró la bandeja oval de plata que estaba junto a su foto de bodas. Allí era donde Adam depositaba siempre su reloj, llaves, cartera y las monedas cuando se desvestía por las noches.

« No me había dado cuenta de hasta qué punto me sentía sola hasta que nos casamos y él pasó a estar siempre conmigo —pensó—. El jueves por la noche se desvestió en la habitación de invitados. No quería despertarme. Y no quise que notara que ya estaba despierta por temor a tener que hablar acerca de mi jornada y de mi decisión de presentarme al escaño de Mac» .

De pronto, le pareció tremendamente importante y molesto el hecho de haberse perdido aquel ritual familiar que su marido practicaba, cada noche, antes de acostarse. Liz había sugerido venir, en algún momento de la semana siguiente, para ayudar a Nell a empaquetar la ropa y los efectos personales de Adam.

—Sigues diciendo que su muerte no te parece real, Nell, y no creo que sepas cuándo empezará a cicatrizar todo esto. Quizá resultará más fácil y real cuando todos sus recuerdos dejen de estar aquí.

« Pero todavía no —pensó Nell—. ¡Todavía no!» .

Sonó el teléfono y lo cogió con desgana.

—¿Diga?

—¿Señora Cauliff?

—Sí.

—Soy el inspector Brennan. ¿Le importaría mucho si yo y mi colega Sclafani le hacemos una visita para hablar un rato?

« Ahora no —pensó Nell—. Necesito estar sola. Necesito agarrarme a la idea de Adam y sentirme cerca de él» .

La tía Gert le había enseñado a mantenerse en contacto con un ser querido y difunto, sosteniendo un objeto que había pertenecido a su madre. Recordaba que habían pasado seis meses después de la muerte de sus padres y estaba arriba en su habitación de la casa de Mac, acucillada en una silla, agarrada a un libro sobre el que debía redactar un trabajo. No lo estaba leyendo, pero tampoco oyó entrar a la tía Gert.

« Estaba allí sentada, mirando por la ventana —pensó—. Les quería tanto a los dos; pero en ese momento era mi madre a quien necesitaba. Deseaba que estuviera conmigo. Gert entró y se arrodilló a mi lado. Su voz era tan suave» .

—Di un nombre.

—Mamá —susurró.

—Lo sabía —dijo Gert— y te he traído algo. Una de esas cosas que tu abuelo no pensaba que valiera la pena conservar. « Se trataba de una cajita de marfil

que mamá tenía en su tocador cuando yo era pequeña. Desprendía un especial aroma silvestre que me encantaba. Cuando mamá y papá salían de viaje, yo solía ir a su cuarto para cogerla y, en el momento de abrirla me sentía en su compañía.

» Volvió a suceder aquel día. La cajita había permanecido cerrada durante tanto tiempo que el aroma silvestre resultó particularmente intenso. Y entonces, sentí que mamá estaba allí, conmigo en la habitación. Recuerdo cuando le pregunté a la tía Gert cómo supo que tenía que traerme ese objeto específico» .

« Lo sabía —había dicho—. Y recuerda: mamá y papá están contigo siempre que los necesites. Tú serás quien les liberará cuando te veas con fuerzas para hacerlo» .

« Mac no puede soportar que ella hable de ese modo —pensó Nell—. Pero Gert tenía razón. Y después de que mis padres me salvaran en Maui, les pude liberar. Lo hice. Aunque todavía estoy preparada para hacerlo con Adam. Aún quiero agarrarme al hecho de que sigue cerca de mí. Tengo que mantenerlo a mi lado durante algo más de tiempo, antes de decirle adiós para siempre» .

—Señora Cauliff. ¿Está usted bien? —preguntó el inspector interrumpiendo su silencio.

—Oh, sí. Perdone, es que no acabo de acostumbrarme —dijo con la voz palpitante.

—Mire, no es mi intención molestarla ahora, pero es importante que nos veamos.

Nell sacudió la cabeza, un gesto propio de Adam, señal consciente de desagrado ante la imposibilidad de expresar su desacuerdo con algo.

—Está bien. Vengan si eso es lo que deben hacer —le dijo tajantemente, y colgó.

El miércoles por la tarde, la vecina de Lisa, Brenda Curren, y su hija de diecisiete años, Morgan, se presentaron para recoger a los niños Ryan, llevarlos al cine y, luego, a cenar.

—Venga, subid al coche con Morgan —ordenó Brenda—. Quiero hablar con vuestra madre un minuto. —Entonces esperó a que todos salieran—. Lisa, no te preocupes. Estarán bien con nosotros. Hiciste lo correcto al no llevarlos hoy a la escuela, ahora necesitas algo de tiempo para ti misma.

—Oh, Brenda, no lo sé —dijo Lisa, sumida en un hondo pesar—. Todo lo que veo ante mí es el tiempo infinito. Cuando pienso en ello, me pregunto qué es lo que voy a hacer yo con todas esas horas y días. —Miró a su vecina y advirtió su expresión preocupada—. Pero tienes razón. Necesito un poco de tiempo para mí sola. Tengo que hurgar en el escritorio de Jimmy y rellenar la solicitud de los niños para la Seguridad Social. Al menos, de ahí sacaremos algo de dinero mientras trato de averiguar qué vamos a hacer.

—Tienes seguro, ¿verdad? —Preguntó Brenda, cuya expresión agradable se emborronaba por la preocupación—. Lo siento —añadió enseguida—. Ya sé que no es asunto mío. Sólo que Ed es siempre tan consciente de estas cosas que es lo primero que ahora me viene a la cabeza.

—Tenemos un seguro —dijo Lisa.

«Lo justo para enterrar a Jimmy y poco más», pensó. Pero lo guardó para sí, ya que no le apetecía confesarlo ni a una buena amiga como Brenda.

«Guárdate tus cosas para ti sola —era la advertencia que le había escuchado pronunciar siempre a su abuela—: lo que tengas o no tengas no es asunto de nadie, Lisa. Déjales que conjeturen» .

«Sólo que no hay mucho con que conjeturar —pensó Lisa, sintiendo la presión de la carga que se le venía encima—. Todavía debemos catorce mil dólares de los intereses del crédito y con un dieciocho por ciento mensual» .

—Lisa, Jimmy siempre se ocupó de arreglarlo todo en vuestra casa. Ed no es tan mañoso como él, pero me ha dicho que, en caso de que lo necesites, procurará hacer lo que pueda. Ya sabes que los lampistas y electricistas cuestan un dineral.

—Sí, lo sé.



—Lisa, sabes también lo mucho que sentimos todo esto. Era un gran tipo y os queremos a los dos. Haremos cualquier cosa por ayudarte. Puedes estar segura.

Lisa percibió las lágrimas que Brenda trataba de ocultar, parpadeando, y se forzó en sonreír.

—Ya lo sé. Y ya me estás ayudando. Anda, ve y que se diviertan los niños.

Acompañó a Brenda a la puerta y regresó por el estrecho pasillo. La cocina era lo bastante grande para que cupieran una mesa y sus sillas, aunque no lo suficiente para dejar de estar siempre abarrotada. El escritorio era de obra, un elemento que al agente de la propiedad le pareció fuera de lugar cuando había ido a visitar la casa, por primera vez, años atrás.

—No se suelen añadir elementos de obra de este presupuesto —había exclamado el hombre cuando ella le comunicó su intención.

Lisa observó la pila de sobres sobre el escritorio. La hipoteca, el gas y el teléfono ya llevaban una semana de retraso. «Si Jimmy estuviera en casa, nos habríamos sentado allí para hacer cuentas y pagarlo todo durante el fin de semana, y así evitar recargos por atrasos. Ahora todo esto es cosa mía, algo que voy a tener que hacer aprovechando todo el tiempo disponible», pensó.

Rellenó los cheques para las facturas y, con el corazón en puño, agarró otro montón de sobres sujetos con una goma elástica. Las facturas de las tarjetas de crédito, tantas y tantas de ellas. No se atrevió a anotar más que una cifra testimonial en los talones para cada una de ellas.

Después pensó en limpiar el cajón del escritorio. Amplio y profundo, se había convertido en el auténtico cajón de sastre donde iba a parar una gran cantidad de correo inútil que, inmediatamente, debería haberse tirado. «Cupones para comprar cosas de las que nunca llegamos a servirnos —pensó—. Incluso cuando no teníamos nada de dinero para extraer y no había modo alguno de pagarlas, Jimmy seguía recortando fotos de herramientas de los catálogos. Cosas que deseaba comprar, algún día, cuando pudiera pagarlas».

Agarró un puñado de papeles sueltos y advirtió un sobre lleno de cálculos. No necesitaba examinarlos para saber de qué trataba. ¿Cuántas veces había visto a Jimmy sentado en el escritorio, sumando facturas, abatido y desalentado a medida aumentaban? Era uno de los panoramas más familiares de aquellos años.

«Luego, bajaba al sótano y se entretenía en su mesa de trabajo simulando que arreglaba algo —pensó—. Sólo para que yo viera lo preocupado que estaba. ¿Por qué no dejó de preocuparse una vez que volvió a trabajar?». Ésa era la pregunta que la había estado martirizando durante esos últimos años. Casi sin pensarlo, atravesó la estancia y abrió la puerta del sótano. Mientras bajaba las escaleras, trató de no pensar en cómo Jimmy se había afanado por transformar aquel espacio inhóspito en un salón familiar confortable y en su propio taller.

Se dirigió hacia allí y encendió la luz. «Ni los niños ni yo nos acercábamos aquí. Era como su santuario. Decía que le daba miedo que alguien se hiciera

daño con alguna de las herramientas». Ahora resultaba doloroso ver lo limpio y ordenado que está cuando, habitualmente, solía estar abarrotado de las herramientas que Jimmy usaba para cualquiera de los proyectos en los que estuviera inmerso. En aquel momento, estaban todas en su sitio, alineadas en el panel colgado sobre la mesa, mientras los caballetes para aserrar, que a menudo sostenían láminas de cartón de fibra o de madera contrachapada, estaban arrinconados en la esquina junto al fichero.

Ahí estaba el fichero que Jimmy utilizaba para el papeleo de los impuestos y otros documentos que consideraba necesario guardar. Era algo que, en algún momento, iba a tener que revisar cuidadosamente. Lisa abrió el cajón superior y hojeó las cartillas de papel Manila debidamente etiquetadas. Tal como esperaba, contenían declaraciones de Hacienda secuencialmente numeradas. Al abrir el segundo cajón, advirtió que Jimmy había quitado los divisores. Copias perfectamente dobladas y hojas de datos específicos se amontonaban unas sobre las otras. Sabía de qué se trataba: eran sus planos. Planos para terminar el sótano, planos para la tarima de la cama en la habitación de Kyle, planos para cerrar con mamparas el porche del salón.

«Quizá estaban, incluso, los planos para la casa de nuestros sueños —pensó—. Aquella que algún día sería nuestra. Me los dibujó como regalo de Navidad hacía dos años y medio, antes de perder su trabajo. Me había preguntado, exactamente, lo que quería tener en la casa e hizo los planos de acuerdo con esos requisitos, habilitando el espacio en función de todo lo que yo le pedía».

Emocionada ante ese recuerdo, Lisa se había dejado llevar por la imaginación. Había pedido una cocina con una claraboya que fluyera hacia el salón familiar, donde levantaría un hogar. También pidió un comedor con asientos al pie de los ventanales y un vestidor junto al dormitorio principal. A partir de todas aquellas descripciones, Jimmy construyó una maqueta a escala.

«Espero que guardara aquellos planos», pensó. Alargó la mano en el cajón y cogió un montón de papeles. Sin embargo, no había tantos como parecía en un principio y debajo de ellos, al fondo del cajón, vio un paquete abultado, envuelto con papel de embalar y cordel. Eran dos cajas estrechamente encajonadas y tuvo que arrodillarse y deslizar las manos por debajo hasta conseguir liberarlas.

Las puso sobre la mesa, agarró una navaja del panel de herramientas, cortó el cordel, quitó el papel y levantó la tapa de la primera caja.

Entonces, con una mezcla fascinada de horror e incredulidad, fijó la mirada en los fajos de billetes que yacían apilados ordenadamente dentro de la caja: billetes de veinte, cincuenta y algunos de hasta cien dólares, viejos y nuevos. En la segunda, eran todos de cincuenta.

Una hora más tarde, tras un esmerado cálculo, seguido de recuento todavía más cuidadoso, Lisa admitió asombrada que en el sótano de su casa había cincuenta mil dólares, guardados por Jimmy Ryan, su amado esposo quien, de

pronto, parecía haberse convertido en un extraño.

En los dos años transcurridos desde su llegada a Nueva York procedente de Florida, la médium Bonnie Wilson se había creado una sólida clientela a la que solía citar en su apartamento de la sección oeste de la ciudad.

A sus treinta años, delgada, pelo lacio oscuro que le caía sobre los hombros, piel clara y rasgos agradables, Bonnie semejaba más una modelo que una maestra de los fenómenos parapsicológicos. No obstante, se había asentado de manera envidiable en el negocio y era especialmente requerida por todos aquellos ansiosos por establecer contacto con sus seres queridos y a fallecidos.

Ante un recién llegado, se solía explicar del siguiente modo: « Todos tenemos determinadas capacidades mentales, algunos más que otros. De todos modos, se pueden ir desarrollando con el tiempo. En mi caso, sin embargo, esa facultad ya estaba perfectamente sintonizada desde que nací. Incluso de niña, tenía la capacidad de sentir lo que pasaba en la vida de los demás, intuir de manera instintiva sus preocupaciones, ayudarles a encontrar las respuestas que buscaban.

» Mientras seguía estudiando, elaborando y relacionándome con grupos de gente que compartían este don especial, tuve la certeza de que cuando las personas venían a consultarme sobre aquellos a quienes amaban y que se hallaban ya en un plano superior, acudían a reunirse con nosotros. A veces, sus mensajes eran concretos. En otras ocasiones, sólo querían que los que estaban de luto supieran que eran felices y que su amor era eterno. Con el tiempo, mi capacidad para comunicar se ha ido perfeccionando. Hay gente que encuentra inquietante lo que les digo, pero la mayoría sienten un gran alivio. Estoy siempre deseosa de ayudar a los que vienen a mí y sólo pido que traten con el mayor respeto mi modo de proceder. Quiero ser de ayuda, pues Dios me ha otorgado este don y mi obligación consiste en compartirlo con los demás» .

Bonnie asistía regularmente a las reuniones de la Asociación Psíquica de Nueva York, que solían tener lugar el primer miércoles de cada mes. Aquel día, tal como ya suponía, Gert MacDermott, habitual de aquellas sesiones, no se había presentado. Con tono pausado, los participantes comentaban la horrible tragedia que se había cernido sobre la familia. Gert, persona siempre locuaz, se sentía extremadamente orgullosa de su brillante sobrina y, a menudo hablaba de sus facultades psíquicas. Incluso había mencionado voluntad de hacerla participar en

el grupo, pero hasta el momento no había logrado persuadirla.

—Conocí al marido de la sobrina, Adam Cauliff, en una de las veladas en casa de Gert —le dijo el doctor Siegfried Volk a Bonnie—. Gert parecía tenerle mucho cariño. No creo que él estuviera muy interesado en nuestra disciplina, pero ella estaba encantada de poder disfrutar de su compañía. Era un hombre encantador. Ya le mandé a Gert una nota expresando mis condolencias y espero llamarla la semana que viene.

—También yo pensaba visitarla —dijo Bonnie—. Quiero ayudarla a ella y a su familia en todo lo que pueda.

Aquella mañana temprano, Jed Kaplan se disponía a dar uno de sus paseos preferidos, de los cuales cada vez disfrutaba más. Iba desde el apartamento de su madre en la calle Catorce, esquina con la Primera Avenida, hasta el río Hudson en el muelle norte junto al World Financial Center, allí donde Adam Cauliff tenía el amarre de su barco. Era el quinto día consecutivo en que Jed hacía ese mismo trayecto, una caminata que solía llevarle algo más de una hora, dependiendo de aquello que le distrajera por el camino.

En aquel momento, tal como había hecho en días anteriores, se sentó a contemplar el Hudson, con una leve sonrisa en los labios. El pensamiento de que el *Cornelia II* ya no flotara arrogantemente sobre el agua le causaba una emoción, que como un placer sensual le embargaba todo su cuerpo. Saboreó la imagen del cuerpo de Adam Cauliff volando en pedazos, empezando por el mismo momento en que el hombre debió de registrar en su mente, despavorido, el hecho irrefutable de que estaba a punto morir. Entonces pensó en el cuerpo desgarrado, despedido por el aire antes de caer al agua. Una imagen que iba alimentando repetidamente en su mente, deleitándose enormemente con ella.

La temperatura descendía paulatinamente y, ahora que el sol estaba a punto de ponerse, la brisa procedente del río acentuaba el frío punzante. Jed miró en derredor y se dio cuenta de que las mesas de las terrazas de la plaza, tan atestadas durante aquellos días, estaban en aquel momento vacías. Los pasajeros que llegaban en los transbordadores procedentes de Jersey City y Hoboken abandonaban la nave buscando inmediato refugio. «Una pandilla de afeminados —pensó Jed desdeñosamente—. Tendrían que vivir en campo abierto durante un par de años».

Observó un crucero que se adentraba entre los estrechos y se preguntó hacia dónde se dirigiría. «¿Europa? —pensó—. ¿Sudamérica? Diablos, quizá debería pensar en ir a alguno de esos sitios». Sin duda, le había llegado la hora de largarse. La vieja estaba volviendo loco y suponía que él también la estaba enloqueciendo día a día.

Al prepararle el desayuno aquella mañana, le había dicho:

«Jed, eres mi hijo y me preocupo por ti, pero no puedo seguir aguantando que me hagas enfadar a cada momento. Tienes que hacer algo. A pesar de lo que

tú creyeras, Adam Cauliff era buen hombre o, al menos, eso me parecía. Ahora, desgraciadamente, está muerto, de modo que ya no tienes motivos para seguir odiándole. Ya es hora de que te plantees seriamente tu vida. Te daré dinero para que empieces de nuevo en algún otro sitio».

Al principio, ella le había ofrecido cinco mil dólares. Para cuando terminaron el desayuno, había conseguido que subiera hasta los veinticinco mil. Además, le permitió echar una ojeada al testamento que mostraba claramente su disposición a dejárselo casi todo. Antes de que aceptara abandonar la ciudad, le hizo jurar por el alma de su padre que jamás cambiaría su última voluntad.

Cauliff le había pagado ochocientos mil dólares por la propiedad. Visto lo tacaña que era su madre, lo más probable era que la mayor parte de ese dinero siguiera allí cuando, con los pies por delante, abandonara su casa.

Sin duda no era la cantidad esperada, ya que aquella propiedad valía diez veces más. Pero, de momento, estaba bien así, al comprobar que su madre le había cedido casi toda su herencia. Jed se encogió de hombros y volvió a imaginar la muerte de Adam Cauliff.

Un testigo de la explosión embarcado en el transbordador que regresaba de la Estatua de la Libertad, había sido citado en el *Post* diciendo: «El barco no se movía. Supuse que había echado el ancla y estaban tomando una copa o algo parecido. El mar comenzaba a agitarse y recuerdo que pensé que la fiesta no iba a poder durar mucho. Entonces, de pronto, ¡boom! Como si le hubiera dado de lleno la bomba atómica».

Jed había recortado esa declaración sobre la explosión y la había guardado en su bolsillo. Disfrutaba releýéndola y haciéndose una idea de los restos humanos y del barco saltando por los aires, despedidos por el impacto. Lo único que lamentaba era no haber estado allí para verlo.

«Claro que era una lástima que hubieran muerto otras personas pero, si trabajaban con Cauliff, tampoco podían valer mucho la pena —pensó—. Seguro que le asistían en su fraudulento afán por encontrar ancianas seniles a las que convencer para que vendieran sus propiedades por una fracción de su verdadero valor. En fin, al menos no va a haber un *Cornelia III*».

—Perdone, señor.

Despertado de sus fantasías, Jed se levantó de repente y a la defensiva, para decirle a quien pretendiera molestarle que se fuera al diablo. Pero en lugar del vagabundo clásico que esperaba encontrar, se vio a sí mismo ante la mirada perspicaz de un hombre de aspecto grave.

—Inspector George Brennan —dijo el hombre, mostrándole la placa.

Jed reconoció, demasiado tarde, que pasear por el muelle podría muy bien convertirse en el error más estúpido que hubiera cometido jamás.

La búsqueda de su madre por parte de Dan Minor prometía finalmente dar resultados. La mujer del asilo que la reconoció en la foto, y que incluso la llamó Quinny, le trazó el primer rayo de esperanza que había tenido en mucho tiempo. Tanto tiempo buscándola, sin dar con una sola pista, que ese mero indicio ya bastaba para darle energías.

Aquel día, de hecho, se sentía tan animado que al terminar por la tarde en el hospital se había cambiado a toda prisa y dirigió sus pasos a Central Park para proseguir allí con las indagaciones.

Parecía como si la hubiera estado buscando toda su vida. Su madre había desaparecido cuando él tenía seis años, justo después del accidente que casi le costó la vida.

Mantén un vívido recuerdo del momento en que despertó para hallarla arrodillada junto a su cama del hospital, sollozando. Más tarde supo que, como resultado del accidente, fue acusada de negligencia criminal por conducir en estado ebrio. Antes de enfrentarse con un juicio público y perder con casi toda seguridad la custodia de su hijo, decidió desaparecer.

En el día de su cumpleaños, solía recibir una postal que, aunque sin firmar, sabía que era de ella. Durante la mayor parte de su vida, ésa era la única confirmación que tuvo de que seguía con vida. Entonces, siete años atrás, viendo la televisión con su abuela en el salón de la casa familiar, le llamó vivamente la atención un documental sobre la vida de los vagabundos, los «sin techo» residentes en Manhattan.

Algunas de las entrevistas habían sido filmadas en asilos, otras en la calle. Una de las mujeres entrevistadas aparecía en una esquina de la sección superior de Broadway. La abuela de Dan estaba leyendo en aquel momento, pero al oír hablar a esa mujer, saltó del sillón con expresión pasmada y los ojos pegados al televisor.

Cuando el entrevistador le preguntó su nombre a la vagabunda, ésta respondió: «La gente me llama Quinny».

«—¡Dios mío, es Kathryn! —Había exclamado su abuela—. ¡Dan, mira! ¡Es tu madre!».

¿Recordaba aquella cara o era a causa de la cantidad de fotos que había



contemplado durante esos años por lo que estaba absolutamente seguro de que, en efecto, aquélla era su madre? El rostro que aparecía en pantalla estaba ajado, los ojos inexpresivos, sin embargo, seguía conservando rasgos que antaño pertenecieron a una chica hermosa. El pelo oscuro estaba ahora veteado de blanco, suelto, demasiado largo y descuidado. A sus ojos, seguía siendo una mujer bella. Vestía un abrigo andrajoso, muy holgado, sus manos reposaban, protectoras, sobre un carro de la compra repleto de bolsas de plástico.

«Tenía cincuenta años cuando vi el programa —pensaba Dan a menudo—. Pero aparentaba muchos más».

«—¿De dónde es usted, Quinny? —había preguntado el periodista.

»—Ahora, de aquí.

—¿Tiene familia?

»—Tuve un hijo precioso, pero no me lo merecía. Estaba mejor sin mí, de modo que me fui —espetó a la cámara en su respuesta.

Al día siguiente, los abuelos de Dan contrataron a un detective privado para tratar de localizarla, pero Quinny se había desvanecido. Dan logró saber algunas cosas acerca de cómo había vivido y de su estado anímico, de aquello que la entristecía y que había quebrado el corazón de sus padres.

Ahora, pocos días después de haber hallado a alguien que pudo identificar el retrato de su madre, estaba más decidido que nunca a localizarla. «Está en Nueva York —pensó Dan—. La encontraré. ¡Lo haré! Pero cuando la encuentre, ¿qué le voy a decir?, ¿qué voy a hacer?».

Aunque no tenía de qué preocuparse, pues había ensayado el reencuentro durante largo tiempo. Quizá limitaría sus comentarios a unas pocas palabras que significaran algo para ella: «Deja de castigarte. Fue un accidente. Si yo puedo perdonarte, ¿por qué no puedes hacerlo tú?».

Le entregó una tarjeta a Lilly Brown, la mujer que había conocido en el asilo.

—Si la ve, llámeme —le había dicho—. Por favor, no le diga que la busco porque podría volver a desaparecer.

—Quinny regresará —le había asegurado—. Conociéndola, ya debería de estar aquí. Nunca se aleja demasiado de Nueva York y en verano le gusta quedarse por Central Park. Dice que es el mejor sitio del mundo. Preguntaré por ahí para saber algo más. Quizá alguien la haya visto últimamente.

«—Por ahora, debo darme por satisfecho con eso —pensó Dan mientras recorría los senderos de Central Park, con el cielo aún levemente iluminado por el crepúsculo, el aire enfriándose progresivamente y el viento punzándole en la espalda y las piernas. Ahora que el verano ya casi está aquí, aunque espero que esta noche no sea un indicio de lo que va a ser, porque la pobre se va a congelar». Aún existía la esperanza de que la mujer que se llamaba así misma Quinny apareciera sentada en alguno de los bancos del parque.

Cornelius MacDermott llegó al apartamento de Nell a las seis en punto. Al abrir ella la puerta, se miraron distantes y silenciosos por un momento. Entonces, Mac se aproximó y la abrazó.

—Nell —dijo—, ¿recuerdas lo que dicen los viejos irlandeses a la viuda durante el velatorio? Dicen: «Lamento tu pesar». Tú solías pensar que era el comentario más idiota del mundo. Con tu tono de sabelotodo de entonces, dijiste: «No lamentas el pesar de alguien. Lamentas que esté experimentando ese pesar».

—Lo recuerdo —dijo Nell.

—¿Y qué te dije yo?

—Dijiste que esa expresión significa: «Tu pesar es el mío. Comparto tu dolor».

—Exacto. Pues piensa en mí como en uno de esos viejos irlandeses porque, en verdad, tu pesar es el mío. Y hazte una idea de hasta qué punto lamento lo que le ha sucedido a Adam. Haría cualquier cosa por ahorrarte el dolor que estás pasando en estos momentos.

«Sé justo con él —se dijo Nell—. Mac tiene ochenta y dos años. Me ha querido y se ha ocupado de mí desde que era una niña. Quizá no podía evitar sentir celos de Adam. Había multitud de mujeres que hubieran estado encantadas de casarse con Mac después de la muerte de Gram. Yo fui la razón más probable de que no hiciera caso a ninguna de ellas».

—Sé que lo harías —le dijo— y estoy contenta de que estés aquí. Supongo que sólo necesito un poco de tiempo para dejar que las cosas se aposenten de nuevo.

—Bien, desgraciadamente, no tienes tanto tiempo —le dijo Mac, en tono brusco—. Ven. Vamos a sentarnos. Tenemos que hablar.

Sin saber a qué atenerse, ella obedeció y le siguió hasta el salón. Tan pronto como estuvo sentado, Mac inició su diatriba.

—Nell, entiendo que éste es el peor momento para ti, pero hay algunas cosas de las que tenemos que hablar. Todavía no hemos celebrado la misa en memoria de Adam y ya te estoy presionando con cuestiones delicadas. Lamento tener que ser tan expeditivo. Quizá quieras echarme de casa y, si lo haces, lo entenderé.

Pero hay cosas que no pueden esperar.

Nell sabía qué es lo que iba a decir seguidamente.

—Éste no es cualquier año electoral: es el año de las elecciones presidenciales. Sabes tan bien como yo que puede suceder cualquier cosa, pero nuestro hombre va en cabeza con diferencia y, a menos que haga algo verdaderamente estúpido, será el próximo presidente de la nación.

«Probablemente lo será —pensó Nell—. Y será bueno». Por primera vez desde la muerte de Adam, sintió que algo se agitaba en su interior, como un primer indicio de que la vida regresaba a ella. Miró a su abuelo y vio que sus ojos brillaban más de lo habitual últimamente. Nada como una campaña electoral para que el viejo carro de combate vuelva a funcionar.

—Nell, acabo de saber que un par de tipos más van a salir al ruedo a luchar por mi escaño: Tim Cross y Salvatore Bruno.

—Hasta ahora, Tim Cross no ha hecho más que estorbar en el consejo y Sal Bruno lleva perdidos en Albany más votos que personas censadas tiene la ciudad —replicó Nell.

—Ésa es mi chica. Podrías haber ganado ese escaño.

—¿Podría? ¿De qué estás hablando, Mac? Me voy a presentar. Tengo que hacerlo.

—Puede que no tengas la ocasión de hacerlo.

—Te lo repito: ¿de qué estás hablando?

—No resulta fácil decirlo, Nell, pero Robert Walters y Len Arsdale vinieron a verme esta mañana. Una docena de contratistas han firmado declaraciones en las que afirman haber pagado millones de dólares en sobornos y comisiones a Walters & Arsdale con el fin de conseguir las grandes contratatas. Robert y Len son dos hombres sin tacha. Les conozco de toda la vida y nunca harían una cosa así. No aceptaban sobornos.

—¿Qué estás tratando de decirme, Mac?

—Nell, trato de decirte que Adam podía estar implicado en el asunto.

Miró a su abuelo un instante y sacudió la cabeza.

—No, Mac. No me lo creo. No lo haría. Además, resulta de lo más fácil y oportuno dejar que las culpas recaigan sobre un hombre muerto. ¿Alguien ha afirmado que le había entregado dinero a Adam?

—Winifred era la mediadora.

—¡Winifred! Por Dios santo, Mac. Esa mujer tenía la malicia de una coliflor. ¿Qué puede hacerte pensar que sería capaz de implicarse y controlar el pago de sobornos?

—Pues de eso se trata. Robert y Len apuntan que Winifred conocía el paño por dentro y por fuera y que habría sabido amañar algo así, pero también son conscientes de que nunca habría tratado de hacerlo por su cuenta.

—Mac —protestó Nell—, ¿quieres prestar atención a lo que dices? Crees en la

palabra de tus viejos colegas como si ellos fueran nieve inmaculada y mi marido un ratero. ¿No te parece posible que al morir les haya procurado el chivo expiatorio perfecto para sus irregularidades?

—Bien, déjame preguntarte una cosa: ¿de dónde sacó Adam el dinero para comprar aquella propiedad en la calle Veintiocho?

—Lo sacó de mí.

Cornelius MacDermott la miró fijamente.

—No me digas que has echado mano de tu fondo fiduciario.

—Es mío, ¿no te parece? Le presté a Adam el dinero para que adquiriera la propiedad y abriera su propio despacho. Si hubiera estado aceptando dinero, como tú dices, ¿habría necesitado pedírmelo?

—Lo hubiera hecho con el fin de no dejar rastro de papeleo. Nell, debes ser consciente de una cosa: si resulta que tu marido estaba implicado en un escándalo de soborno, ya te puedes despedir de tus posibilidades como congresista.

—Mac, en este momento estoy mucho más preocupada en proteger la memoria de mi marido que en mi propio futuro político.

« Todo esto no puede ser verdad —pensó, pasándose las manos por la cara—. En pocos minutos, me habré despertado de una pesadilla, Adam estará aquí a mi lado y nada habrá sucedido» .

Nell se levantó en silencio y se acercó a la ventana. « Winifred. La plácida y tímida Winifred. Cuando la vi salir del ascensor supe que iba a morir. ¿Podría haberlo prevenido? —se preguntó—. ¿Podría haberla advertido?

» Por lo que Mac dice, Walters y Arsdale están seguros de que estaba estafando. No creo que Adam la hubiera llevado consigo a su nuevo despacho, si creyera que era deshonesto. Está claro —decidió—. Si había sobornos, Adam no sabía absolutamente nada» .

—Nell, te das cuenta de que todo esto arroja una luz enteramente nueva sobre la explosión —dijo Mac, interrumpiendo sus pensamientos—. No pudo ser un accidente y, con casi toda seguridad, se hizo para evitar que alguien hablara con la oficina del fiscal del distrito.

« Es como el remolino —pensó Nell, volviéndose hacia su abuelo—. Una ola tras otra siguen rompiendo contra mí y no puedo mantenerme a flote. Me van arrastrando mar adentro.

Hablaron unos minutos más acerca de la explosión y del plan de soborno descrito por Walters y Arsdale. Al ver que Nell se estaba ensimismando cada vez más, Mac trató de persuadirla para ir a cenar, pero ella rechazó la invitación.

—Ahora no podría comer nada. Pero pronto, te lo prometo, muy pronto seré capaz de poder hablar de todo esto —dijo.

Al marcharse Mac, Nell fue al dormitorio y abrió la puerta del armario de Adam. La americana azul marino que había llevado en Filadelfia seguía colgada de la percha donde la había dejado esa misma mañana. « Cuando Winifred vino

el viernes por la tarde, le debí dar la otra —pensó—, que es igual que ésta, pero con los botones plateados. De modo que ésta es la que llevaba el día antes de morir» .

Nell la descolgó y deslizó sus manos por las mangas. Había esperado consolarse, como si los brazos de Adam pudieran aún rodearla, pero, en cambio, le invadió una impresión de fría alienación, seguida del recuerdo repentino de la agria discusión mantenida por ambos y que había ahuyentado a Adam de casa, aquella última mañana de su vida.

Con la americana puesta, se puso a recorrer una y otra vez la estancia. Un indicio, inoportuno e ingrato, tomaba forma en su cabeza. Adam se había comportado de un modo muy extraño durante meses. Aparte de la presión y el desasosiego de abrir despacho nuevo, ¿podía haber algo más que le alterara? ¿Era posible que hubiera estado sucediendo algo grave que ella no llegó a percibir? ¿Tenía algo que temer de la investigación que se iba a poner en marcha?

Se detuvo un momento y permaneció como estática, sopesando las palabras de Mac. Entonces sacudió la cabeza. « No. Nunca me creeré una cosa así» .

## JUEVES, 15 DE JUNIO

### 23

Después de la llamada de su colega para informarle sobre el tipo que había detenido en el muelle, el día anterior, Jack Sclafani salió a toda prisa hacia el centro para encontrarse con George Brennan.

—Es demasiado fácil —le dijo Brennan—. Si te fijas en el modo en que todo esto va tomando forma, ese tío no sólo lo hizo, sino que luego se sentaba allí esperando a que le arrestáramos. Puso a Jack en antecedentes sobre el individuo.

—Treinta y ocho años. Criado en Manhattan, en Stuyvesant, calle 14 Este. Siempre metido en problemas. Su expediente del Tribunal de Menores está cerrado y archivado, pero como adulto cumplió un par de condenas breves en la isla de Riker por peleas en los bares. Se comporta de un modo realmente desagradable cuando se acerca a una botella o consume drogas.

Brennan sacudió la cabeza en un gesto de fastidio mientras proseguía.

—Su padre y abuelo fueron peleteros de prestigio. La madre es una buena mujer. La familia poseía un edificio en la calle Veintiocho. Adam Cauliff lo compró a la madre de Kaplan, a un precio razonable, el año pasado. Kaplan llegó a Nueva York el mes pasado, después de pasar cinco años en Australia. Por lo que dicen los vecinos, montó en cólera cuando supo que su madre había vendido el edificio. Lo que parece sublevarle es que el terreno triplicó su precio porque la mansión Vandermeer, la vieja casa de al lado declarada monumento histórico, se quemó el pasado mes de septiembre. No puedes ser un monumento histórico cuando te conviertes en un montón de cenizas, así que la propiedad se vendió a Peter Lang, el tiburón inmobiliario que, si lo recuerdas, debía de estar en el barco cuando explotó, pero que no llegó a la reunión por un accidente que tuvo de camino.

Brennan bajó la vista hacia su escritorio y alcanzó el café que había dejado enfriar.

—Adam Cauliff tenía un trato con Lang para construir un complejo comercial, oficinas y viviendas de cierta categoría, en el terreno de las dos parcelas. Diseñó una torre que iba a erigirse sobre el mismo enclave en el que los Kaplan solían colgar sus pieles. De modo que tenemos un móvil, el joven Kaplan

estaba furioso por el hecho de que el terreno se hubiera vendido por mucho menos de lo que acabó valiendo, y la oportunidad. Pero ¿nos basta para arrestarlo y condenarlo? En absoluto, pero es un buen comienzo. Ven conmigo, está dentro.

Kaplan levantó la vista e hizo un ademán despectivo al verlos entrar.

Jack no necesitaba echarle una segunda ojeada para saber que estaban tratando con un malhechor de segunda. El aspecto le delataba. Los ojos huidizos, la mueca de desdén que parecía llevar grabada, el modo en que se sentaba a horcajadas, como listo para saltar y atacar... o escapar. Además de un tenue aroma dulzón de marihuana que desprendían sus ropas.

«Seguro que en Australia también se ha labrado una buena hoja de servicios», pensó Jack.

—¿Estoy arrestado? —preguntó.

Los dos inspectores se miraron.

—No. No lo está —dijo George Brennan.

Kaplan tiró la silla para atrás.

—Pues me largo.

George Brennan esperó a que se fuera, entonces se volvió hacia su viejo amigo y le preguntó con aire meditabundo:

—¿Qué te parece?

—¿Kaplan? Es un *matao* —dijo Jack Sclafani—. ¿Le creo capaz de volar por los aires aquel barco? Sí, le creo capaz —se detuvo—. Lo que me inquieta es que si fue él quien mandó a toda esa gente al reino de los cielos, no me parece que sea tan estúpido como para ir a pasear por los muelles. Puede que sea un tipo ruin, pero ¿es un idiota?

De madrugada, Ken y Regina Tucker se vieron sorprendidos por los gritos de terror que procedían del dormitorio de su hijo Ben. Era la segunda vez, desde su malogrado viaje a Nueva York que Ben experimentaba espantosas pesadillas.

Ambos saltaron de la cama y corrieron por el pasillo, abrieron de un empujón la puerta del dormitorio de su hijo, encendieron la luz y se abalanzaron sobre él. Ken agarró a su hijo y lo abrazó estrechamente.

—Está bien, chico, no pasa nada —le dijo suavemente.

—Que se vaya la serpiente —sollozó Ben—. Que se vaya.

—Ben, no era más que una pesadilla —dijo Regina, al tiempo que le acariciaba la frente—. Estamos aquí contigo. Estás a salvo.

—Cuéntanoslo —le dijo su padre.

—Estábamos navegando en el río y yo miraba por encima de la barandilla. Y entonces el otro barco... —Los ojos de Ben seguían cerrados mientras balbuceaba y arrastraba la voz.

Sus padres se miraron.

—Está temblando —susurró Regina.

Les llevó casi media hora asegurarse de que Ben había vuelto a dormirse. Al regresar a su dormitorio, Ken dijo en tono pausado:

—Creo que será mejor que le llevemos a un psicólogo. No soy ningún experto, pero por lo que he leído y visto en televisión, parece un caso de lo que suelen llamar síndrome de estrés postraumático.

Se sentó al borde de la cama.

—¡Qué horror de vacaciones! Tratas de que tu hijo tenga un día memorable en Nueva York y mientras va mirando un barco que le llama la atención, explota con cuatro personas dentro. No sabes cuánto desearía que nos hubiéramos quedado en casa.

—¿Crees de verdad que vio a esa gente saltar en pedazos?

—Con lo observador que es, bien podría el pobre. Pero es joven y resistente. Con algo de ayuda estará bien. Ya sé que casi es hora de levantarse, pero vamos a tratar de dormir unos minutos más. Me espera un día muy ajetreado y no quiero pasarlo adormilándome por las esquinas.

Regina Tucker apagó la luz y se tendió en la cama, estrechándose contra su



marido para sentir alivio.

«¿Por qué estaría Ben soñando con serpientes? —se preguntó—. Quizá porque sabe que siempre me han dado miedo. Quizá he hablado demasiado del tema. Pero eso sigue sin explicar por qué ha introducido mi temor por las serpientes dentro de la pesadilla del barco».

Sintiéndose abatida y culpable, cerró los ojos y se forzó a dormir, a pesar de que mantenía todos los sentidos alerta ante la eventualidad de otro grito de terror por parte de Ben.

A última hora de la mañana, en la misa en memoria de Adam Cauliff, Nell se sentó en el primer banco de la iglesia, con su abuelo y su tía abuela uno a cada lado. Se sentía desapegada, como una persona ajena a la ceremonia. A medida que el rito avanzaba, la asaltaban los recuerdos, y pensamientos al azar se agolpaban en su mente.

Se había sentado allí, en ese mismo banco, veintidós años atrás para asistir a la misma ceremonia, celebrada en aquel caso en honor a sus padres. Sus cuerpos, como el de Adam, se habían perdido en la explosión y el fuego del avión estrellado.

Adam era hijo único y sus padres también lo fueron.

« Yo fui hija única y mis padres lo fueron también» .

El padre de Adam había muerto cuando él estaba en el instituto, su madre poco después de que terminara la universidad.

« ¿Fue eso lo que la había atraído hacia él? —se preguntaba—. ¿Un sentimiento de aislamiento compartido?» .

Recordaba que en su primera cita, Adam había dicho:

—No volveré jamás a Dakota del Norte. Ya no tengo parientes allí y me siento mucho más cerca de mis amigos de la universidad que de los chicos con los que crecí.

Desde la muerte de Adam, Nell no había sabido nada de esos amigos de la universidad. No le parecía que ninguno de ellos asistiera a la misa.

« Mi vida estaba tan llena de cosas —pensó—. Tan ocupada. Siempre pasaba algo. Encajé a Adam en mi rutina del mismo modo en que lo hacía con las tareas y responsabilidades, como algo más. Nunca le preguntaba acerca de su infancia. Nunca le pregunté si le gustaría que algunos de sus viejos amigos nos visitaran. Por otra parte, ¿sugirió Adam alguna vez que los invitáramos? Le hubiera dicho que sí, sin pensármelo» , se dijo Nell.

La iglesia estaba atestada de amigos de ella y de Mac, con algunos allegados políticos que se consideraban parte de la familia. Mac tenía la mano bajo su brazo, sosteniéndola para que se aguantara en pie. Mientras, monseñor Duncan leía el Evangelio.

*«Lázaro, que regresó de entre los muertos».*

«Regresa, Adam; por favor, regresa», imploró.

Monseñor habló de la violencia absurda que se había cobrado la vida de cuatro personas inocentes. Cuando terminó la plática, regresó al altar.

«Es la pausa antes de la bendición final», pensó Nell. Entonces vio que Mac había salido al pasillo y se encaminaba hacia el altar, donde se detuvo ante el atril.

—Adam era mi yerno —empezó.

«Mac va a hacer la alabanza de Adam —pensó Nell—. No me lo dijo». Entonces le sobrevino la angustiada aprensión de que quizá nadie más se habría dignado a hablar; nadie conocía a Adam lo suficiente o le quería lo bastante para encomiarle en este día.

Por un momento, se sintió al borde de la risa histérica, al recordar la broma que Mac solía contar en los mítines para hacer chanza de sus rivales políticos: «Pat Murphy ha muerto y, durante la misa en su memoria, el sacerdote se levanta y pide unas palabras de alabanza. Bien, Pat no tenía un solo amigo en el mundo y con razón, de modo que nadie se molesta en recoger el guante. El sacerdote vuelve a pedir un voluntario para hablar y, de nuevo, nadie se presenta. A la tercera, el sacerdote ya parece bastante enojado y casi a voz en grito dice: "Nadie se va de esta iglesia hasta que alguien hable de Pat Murphy." Al oír eso, un tipo se levanta y dice: "Su hermano era todavía peor."»

«Adam, ¿por qué no hay nadie que hable por tí? ¿Por qué había alguien que te odiaba hasta el punto de asesinarte?».

Mac regresó al banco. Luego, el sacerdote pronunció la bendición final y sonó la música de cierre. La misa había terminado. Mientras Nell salía con Mac y Gert de la iglesia, una mujer la alcanzó y la detuvo.

—¿Puedo hablar con usted? —Preguntó—. Por favor, es muy importante.

—Claro que sí. —Nell se separó de Mac y Gert—. «Conozco a esta mujer —pensó—. Pero ¿de dónde?».

La mujer semejaba tener la misma edad de Nell y, al igual que ella, iba vestida de negro. Tenía los ojos hinchados y el dolor marcado en el rostro. «Es Lisa Ryan —recordó entonces por la foto que había visto en los periódicos—. Su marido, Jimmy, estaba en el barco con Adam. Me llamó después de que empezara a circular la historia de que la explosión podría haber sido un acto suicida y de que él podía ser el responsable de las muertes. Cuando me habló, reconoció que su marido estaba deprimido, pero insistió en que Jimmy habría sido incapaz de hacer daño a nadie de manera deliberada».

—Señora Cauliff —empezó Lisa apresuradamente—. Me preguntaba si nos podríamos ver en privado. Y pronto. Es muy importante. —Miró en derredor nerviosamente. De pronto, sus ojos se abrieron exageradamente y una expresión

de pánico apareció en ellos—. Perdone que la haya molestado —dijo bruscamente, se volvió y desapareció a toda prisa por la escalinata de la iglesia.

« Está aterrorizada —pensó Nell—. ¿De qué? ¿De qué va todo esto?» .

Miró hacia atrás y reconoció al inspector Brennan que, junto a otro hombre, salía de la iglesia y se acercaban a ella. ¿Por qué la presencia de aquellos dos hombres iba a aterrar de ese modo a la viuda de Jimmy Ryan?

Aquel jueves por la tarde, Bonnie Wilson llamó por teléfono a Gert MacDermott y le propuso si le parecía bien que le hiciera una breve visita.

—Bonnie, honestamente, hoy no es el mejor día para mí —dijo Gert—. Esta mañana celebramos la misa en memoria de Adam Cauliff y luego mi hermano había concertado un almuerzo para los asistentes en el Plaza Athenée. Yo me he venido para casa. Ha sido una larga jornada.

—Gert, sólo sentía que debía ir. Puedo estar allí en veinte minutos y te prometo que no me demoraré más de media hora. Gert suspiró en el momento en que Bonnie colgaba. Después del mazazo emocional de aquel día, sólo deseaba ponerse la bata y preparar una taza de té.

«Desearía que, en algún punto de mi vida, hubiera aprendido a ser un poco más firme y enérgica —pensó—. Aunque, por otro lado, Cornelius ya es lo bastante enérgico por los dos. Estuvo bien que hablara tan encomiásticamente de Adam». Y así se lo dijo después de la misa.

—Cualquier político que se precie de serlo puede hablar bien de quien sea, Gert —había respondido con aspereza—. Después de todos estos años oyéndome fabular, ya lo deberías saber.

Irritada ante ese descaro, le había advertido que no osara decirle algo así a Nell y que cerrara la boca cuando viniera a darle las gracias, si quería conservar su ascendente sobre ella.

«Oh, pobre Nell —meditó, recordando su actitud durante la misa—. Si al menos hubiera mostrado algún signo de emoción. Pero se estuvo allí sentada, como aturdida, de modo parecido a cómo reaccionó durante la misa por Richard y Joan, tantos años atrás».

Aquel lejano día Cornelius había llorado en silencio durante toda la misa. Y fue Nell, que entonces tenía diez años, quien le había agarrado la mano para tratar de consolarle. Al igual que hoy, Nell no vertió una sola lágrima.

«Desearía que me dejara quedar con ella por un tiempo —pensó Gert—. No ha aceptado la muerte de Adam, ni se ha enfrentado a ella». Después de la misa, había vuelto a decir: «Me sigue pareciendo tan irreal...».

Suspiró de nuevo mientras atravesaba su dormitorio y abrió el armario. «Dios santo, habría preferido que Bonnie no hubiera insistido tanto en venir:

Bueno, al menos voy a tratar de ponerme cómoda antes de que llegue».

Se puso unos pantalones holgados y un cárdigan de algodón y se calzó las zapatillas. Se pasó agua por la cara y se peinó. Sintióse algo más fresca, regresó al salón, en el momento en que el intercomunicador zumbaba y el portero le preguntaba si esperaba a la señorita Wilson.

—Sé que habrías preferido que no viniera —dijo Bonnie en el momento de entrar—. Pero me parecía necesario. —Sus intensos ojos grises estudiaban la expresión de Gert—. No te preocupes —dijo, tranquila—. Creo que puedo ayudar a tu sobrina. Tengo la impresión de que estás a punto de prepararte una taza de té. ¿Por qué no lo tomamos juntas?

Pocos minutos después, ambas mujeres se sentaban una frente a la otra a la pequeña mesa de la cocina.

—Recuerdo que mi abuela solía leer las hojas de té —dijo Bonnie—. Era extremadamente precisa. Estoy segura de que tenía poderes psíquicos naturales que ni siquiera comprendía. Después de predecir que un primo suyo iba a enfermar seriamente, mi abuelo le pidió que dejara de predecir cosas a la gente. La convenció de que era justamente su poder de sugestión lo que había enfermado a su primo.

Los largos dedos de Bonnie envolvían la taza de té. Unas pocas hojas se habían filtrado por el colador y las estaba observando atentamente. Su pelo negro le caía por delante, tapándole el rostro. Gert estudió a la mujer con inquietud creciente. «Sabe algo —pensó—. Me va a dar malas noticias. Lo sé».

—Gert, tú sabes lo que son los fenómenos de voz independiente, ¿verdad? —le preguntó Bonnie de repente.

—Sí, claro. Bueno, al menos he oído hablar de ellos. Por lo que sé, se trata de algo muy poco común.

—Sí, lo es. Ayer me vino una nueva clienta para una consulta. Pude comunicarme con su madre fallecida y creo que eso la ayudó a aceptar finalmente el hecho de que estuviera muerta. Pero entonces, justo cuando su madre me decía que estaba cansada y tenía que dejarnos, sentí que alguien más estaba tratando de contactar conmigo.

Gert dejó la taza en la mesa.

—Mi clienta se fue y yo me quedé tranquilamente sentada, esperando por si tenía, efectivamente, que recibir un mensaje. Entonces, la oí. Era la voz de un hombre, pero de un modo tan apagada que, al principio, no podía entender lo que decía. Esperé, presentía todo su esfuerzo y afán por llegar hasta mí y, luego, me di cuenta que no hacía más que repetir un nombre, una y otra vez: «Nell, Nell, Nell».

—¿Qué...? —La voz de Gert se arrastró y flaqueó.

Los ojos de Bonnie se ensancharon e iluminaron. El gris oscuro del iris se había teñido de negro.

—Le pedí que me diera su nombre. Perdía su energía por momentos, de modo que apenas podía seguir conmigo. Pero antes de abandonarme, dijo: « Adam. Soy Adam» .

Al término del almuerzo, Nell había insistido en ir sola a casa, paseando desde el Plaza. Sabía que caminar esas diez manzanas hasta su apartamento le iría bien y deseaba disponer de tiempo para pensar.

—Mac, estoy bien —le dijo a su abuelo, tratando de confortarle—. Deja de preocuparte.

Finalmente, pudo escaparse mientras seguía atendiendo a los últimos invitados, viejos amigos, peces gordos del partido. Varios de ellos apenas acababan de presentarle sus condolencias, cuando ya entraban a hablar sin reparos de política.

Mike Powers le había confiado:

—Nell, para decirlo claramente, Bob Gorman no ha hecho más que perder el tiempo en los dos años en que ha ocupado el escaño de Mac. Estamos encantados de que se vaya a trabajar con el señor Internet punto com. Adiós, pues. Contigo saldremos ganando.

«¿Puedo ganar? —Se preguntaba Nell, caminando por la avenida Madison hacia el norte—. ¿Aun sabiendo que sus antiguos jefes están tratando de echarles la culpa a Adam y Winifred por ofertas fraudulentas y sobornos que seguramente cometieron ellos? Qué fácil resulta culpar a dos personas que ya no están aquí para defenderse —pensó furibunda—. Y qué cómodo» .

No obstante, Nell seguía acosada por un pensamiento persistente que le había estado royendo el subconsciente. «¿Era posible que Adam y Winifred hubieran muerto porque sabían demasiado acerca del escándalo de los sobornos que el fiscal del distrito estaba investigando?» .

Si Adam estaba implicado de algún modo, incluso mínimamente, ella perdería sin duda el escaño; en el caso de que todo saliera a la luz después de que hubiera anunciado su candidatura.

«¿Y de qué iba esa escena en la iglesia aquella mañana? ¿Por qué tuvo Lisa un acceso de pánico al ver a los dos inspectores encargados de la investigación de la explosión del barco? ¿Era posible que su esposo fuera responsable de la misma? ¿O quizá no era más que el objetivo? Según lo que contaban los periódicos, Jimmy Ryan había estado desempleado durante cierto tiempo y su esposa alegaba que ello se debía al desliz de haber hecho públicas sus quejas por



el material de segunda que estaban utilizando en la obra. ¿Sabía alguna otra cosa que le hiciera particularmente peligroso?» .

Durante el paseo, Nell sintió cómo el sol se le reflejaba en el rostro. Levantando la cabeza para mirar a su alrededor, contempló el panorama de una perfecta tarde de junio. « Adam y yo siempre solíamos pasear por la avenida Madison », pensó tristemente. A ambos les gustaba mirar los escaparates, aunque muy raramente compraban algo. En ocasiones, decidían regalarse con un almuerzo en uno de los restaurantes de la zona, aunque a menudo se detenían simplemente a tomar café en algún bar.

Nunca dejaba de maravillarse ante el hecho de que tantos restaurantes logaran sobrevivir en aquella ciudad. Entonces, pasó ante dos de los más pequeños que conocía, ambos con pequeñas sillas y mesas de hierro forjado en el exterior.

Mientras observaba, dos mujeres se sentaron a mesas dejando los paquetes que llevaban a su lado.

—Las terrazas de los cafés me hacen sentir como si estuviera en París —dijo una de ellas.

« Adam y yo pasamos nuestra luna de miel en París —recordó—. Era la primera vez que él visitaba la ciudad y yo estaba encantada de pasearle... Mac se había enfadado tanto porque nos casáramos al poco de habernos conocido...» .

—« Espera un año —le había aconsejado—. Entonces, te montaré una boda de la que hablará toda la ciudad. Además, será buena propaganda» .

Él no podía entender por qué ella no deseaba una boda a lo grande, aunque los motivos eran obvios. Las grandes bodas eran para gente que tenía un montón de familia. Hubiera necesitado primas que le hicieran de damas de honor, abuelas que aportaran regalos cargados de sentimiento, sobrinas que llevaran flores y fueran las reinas de la velada.

Había hablado con Adam de todo ello. Una multitud de amigos no compensa la ausencia de familia cercana en un acontecimiento así. Y, dado que ninguno de los dos contaba con algo parecido, más allá de Gert y Mac, habían decidido casarse de la manera más sencilla.

—Celebremos una boda sencilla y en la intimidad —propuso Adam—. No necesitamos un montón de periodistas deslumbrándonos con sus flashes. Y si empiezo a invitar a mis amigos, no sabré cómo discriminar a unos o a otros.

« ¿Dónde estaban hoy esos amigos?» , se preguntó Nell.

Mac se enfureció cuando le dijo que ya habían decidido una fecha.

« —¿Quién diablos es ese tipo?, Nell, apenas le conoces. Muy bien, un arquitecto de Dakota del Norte que vino a Nueva York, donde empezó con un trabajo de nada. ¿Qué más sabes de él?» .

Mac, evidentemente, había indagado en su pasado.

« —La universidad a la que fue es una fábrica de mediocres, Nell. Hazme

caso, ese individuo no procede de Stanford. Y sólo ha trabajado en proyectos de estar por casa, con empresas dedicadas a centros comerciales y asilos de ancianos. Ese tipo de cosas» .

« Pero Mac, como siempre, ladraba pero no mordía cuando se trataba de mí », pensó Nell. Una vez que aceptó el hecho de que ella ya lo había decidido, tuvo el gesto de presentar a Adam a sus amigos Robert Walters y Len Arsdale, que le ofrecieron un buen trabajo.

Nell llegó a la puerta de su edificio. Once años atrás, cuando compró el apartamento, acababa de terminar sus estudios. Mac tampoco comprendió, entonces, por qué no seguía viviendo con él en la vieja casa familiar.

« —Algún día te presentarás al escaño por Nueva York y para eso tendrás que pasar por la Facultad de Derecho. Ahorra dinero» —había planteado Mac.

« —Llegó el momento» —había insistido ella.

Carlo, el portero, en aquel entonces era nuevo en el trabajo. Recordaba que la había ayudado a descargar el coche con las pocas cosas que se había traído de la casa de su abuelo. Hoy, al abrirla la puerta, su rostro aparecía nublado por la tristeza.

—Un día muy duro para usted, señora MacDermott —le dijo, compartiendo el dolor.

—Sí, Carlo, lo ha sido. —Nell se sintió extrañamente consolada por la voz de aquel hombre.

—Espero que, al menos, pueda descansar el resto de la jornada.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Sabe, estaba pensando en la mujer que solía trabajar para el señor Cauliff —dijo Carlo.

—¿Te refieres a Winifred Johnson?

—Sí, ésa. Estuvo aquí la semana pasada, el día del accidente.

—Cierto.

—Se ponía siempre tan nerviosa cuando venía aquí. Parecía tan tímida.

—Era muy tímida —dijo Nell.

—La semana pasada, cuando le abrí la puerta al salir, sonó su teléfono móvil. Se detuvo para responder. No pude dejar de escuchar algo al vuelo. Era su madre. Me parece que está en una residencia para la tercera edad.

—Sí. Está en la Residencia de los Viejos Bosques de White Plains. El padre de una amiga mía estuvo allí. Es de lo mejor que hay.

—Me parece que la señora Johnson se quejaba de lo deprimida que se sentía —dijo Carlo—. Espero que la anciana tenga a alguien que la visite ahora que la señorita Johnson ha muerto.

Una hora después, ya duchada y vestida con una chaqueta de algodón y

pantalones holgados, Nell cogió el ascensor hasta el garaje y entró en el coche. Se avergonzó de no haber pensado antes en contactar con la madre de Winifred, como muestra de respeto y para ver si podía hacer algo por ella.

Pero mientras Nell se dirigía por la siempre atestada circunvalación de F. D. Roosevelt, reconoció que había otro motivo en su repentina visita a la Residencia de los Viejos Bosques. La amiga cuyo padre había residido allí siempre se quejaba de lo caro que resultaba ese sitio. Nell empezaba a preguntarse durante cuánto tiempo había estado la señora Johnson viviendo allí y cómo se las había apañado Winifred para hacerse cargo de la estancia.

Recordaba que Adam le había dicho que Winifred conocía todos los pormenores de los contratos en el negocio de la construcción. Y Mac había sugerido que Winifred podía no ser la mosquita muerta que todos suponían.

En aquel momento, se preguntaba si las necesidades de una madre con problemas no habrían impelido a Winifred a cometer prácticas fraudulentas para aumentar sus ingresos. Quizá sabía algo acerca de los sobornos que Walters y Arsdale le habían mencionado a Mac. Y quizá fuera ella el motivo por el que el barco explotó y Adam había muerto.

Peter Lang tenía intención de asistir a la misa en memoria de Adam Cauliff, pero en el último momento había recibido una llamada de Curtis Little, uno de los directores del Overland Bank y potencial socio inversor en el proyecto de la torre Vandermeer. Little deseaba que pusieran al día a su socio John Hilmer del estado de las negociaciones. El único espacio de tiempo disponible para la reunión coincidía con la misa.

Se reunieron en la sala de sesiones de la empresa de Peter, en la calle Cuarenta y nueve esquina con la avenida de las Américas.

—Mi padre nunca dejó de quejarse desde que cambiaron el nombre de Sexta Avenida por el de avenida de las Américas —le decía Peter a Hilmer mientras se sentaban a la mesa de conferencias—. Éstas fueron sus dependencias desde el principio y hasta el día en que se retiró siguió diciendo que trabajaba en la Sexta Avenida. Era un tipo práctico y sin manías.

Hilmer sonrió levemente. Era su primera reunión con el legendario Peter Lang, y era evidente que no se le podía catalogar del tipo «sin manías». Incluso con los cortes y moratones causa dos por el accidente, Lang era un hombre atractivo que rezumaba confianza en sí mismo y vestía sus trajes caros de manera grácil y despreocupada.

El tono levemente bromista desapareció en el momento en que Lang señaló un objeto cubierto por un paño que estaba sobre la mesa.

—Curt, en unos minutos tú y John vais a ver una maqueta del complejo comercial, apartamentos y oficinas, que fue diseñado por Ian Maxwell. Como bien sabes, Maxwell acaba de ganar un premio por su rascacielos de uso mixto en el lago Michigan. Muchos la ven como la estructura más imaginativa y hermosa que se ha construido en Chicago en los últimos veinte años.

Hizo una pausa y un gesto de dolor le ensombreció el rostro. Excusándose con una sonrisa, alcanzó su frasco de píldoras y engulló una con un sorbo de agua.

—Ya sé que parece que me hayan pegado una paliza, pero el verdadero problema es la costilla fracturada —explicó.

Curtis, hombre de unos cincuenta años, de pelo cano y nerviosa energía, repuso con aspereza:

—Estoy seguro de que, habida cuenta de las circunstancias del caso, estarás

contento de haber acabado con unas pocas heridas y una costilla fracturada. — Sus dedos no dejaron de dar golpecitos sobre la mesa mientras hablaba—. Lo que nos lleva al motivo de esta reunión. ¿En qué situación se encuentra la propiedad de Adam Cauliff?

—Curt, tú has estado metido en esto desde el principio —dijo Peter—; permíteme que ponga en antecedentes a John. Como sabes, las manzanas que se hallan entre las calles Veintitrés y Treinta y uno de la parte oeste serán la próxima área de explotación innovadora en Manhattan. De hecho, la renovación ha empezado ya. Yo peleé porque el ayuntamiento eximiera a la mansión Vandermeer de su condición de monumento histórico. Todos estamos de acuerdo en que resulta un escándalo que terrenos de un enorme potencial en Manhattan sean prisioneros de un apego conservador sentimental a estructuras inútiles y arruinadas que deberían haber sido derribadas hace años. Vandermeer era un ejemplo particularmente ilustrativo de enajenación burocrática; un edificio que no resultaba particularmente interesante y había acabado por ofender la vista.

Lang se reclinó en la silla, tratando de encontrar una postura más cómoda.

—A pesar de mi convicción de que la casa no merecía ese estatus histórico, confieso en que nunca pensé en lograr convencer al Comité de Valoración para que la eliminara de su lista de edificios protegidos. Ése fue el motivo por el que tampoco perseguí la adquisición de la finca Kaplan adyacente. De todos modos, seguí presionando al comité y, finalmente, tuve éxito. Lo irónico del caso, claro está, es que la casa se incendió, desgraciadamente, con una mujer dentro, pocas horas después de que el comité votara a favor de su recalificación —dijo Lang, sonriendo tristemente por un segundo.

Alcanzó de nuevo el vaso de agua y dejó que el líquido flotara brevemente sobre su labio hinchado.

—Como bien sabéis, mientras yo hacía todas esas gestiones con el ayuntamiento, Adam Cauliff compró la finca Kaplan. Le ofrecí entonces el doble de lo que había pagado, pero no era eso lo que quería. Propuso, en cambio, ser el arquitecto del complejo que teníamos planificado construir, al tiempo que pretendía involucrar a Sam Krause en el negocio.

Curtis Little se agitó en su asiento.

—Peter, no podemos asumir la financiación del edificio que Adam Cauliff propuso erigir. Es repetitivo, pedante, aburrido y un refrito de estilos.

—Estoy de acuerdo —repuso Lang con prontitud—. Adam pensó que podía canjear la venta de la propiedad en el contrato con su designación como arquitecto. Pensó que haríamos cualquier cosa para quedarnos con esa parcela. Pero se equivocaba y eso es lo que me lleva hasta el diseño de Ian Maxwell. Varios socios míos han trabajado con él en el pasado y me aconsejaron que le llamara.

Peter se inclinó hacia adelante y levantó el paño de la estructura que había en

la mesa, mostrando la maqueta de un edificio posmoderno con fachada déco.

—Ian estuvo en la ciudad hace dos semanas. Le llevé hasta el enclave y le conté el problema. Ésta es una idea aproximada de su concepción del complejo que queremos construir sin echar mano de la finca Kaplan, propiedad de Adam Cauliff. La semana pasada ya informé a Adam de que estábamos desarrollando un plan alternativo.

—¿Cauliff sabía que no íbamos a seguir con su propuesta?—preguntó Little.

—Sí, lo sabía. Abrió su propio despacho con la expectativa de que no podríamos trabajar sin él, pero se equivocaba de nuevo. Visité a su esposa, a su viuda, debería decir, ayer. Le comenté que era muy importante que nos viéramos la semana próxima por asuntos de negocios. Entonces le explicaré que no queremos su parcela, llamémosla la parcela Kaplan, para entendernos, pero que le pagaremos un precio justo de mercado si ella desea venderla.

—¿Habría aceptado Adam Cauliff un precio de mercado por la parcela?—preguntó John Hilmer.

Peter Lang sonrió.

—Claro que lo habría hecho. Adam era un ególatra con una concepción absolutamente irreal de sí mismo (como arquitecto y como hombre de negocios), pero no era idiota y no se sintió particularmente feliz ante la posibilidad de verse arrebatado la parcela Kaplan de las manos por un modesto beneficio. Le advertí, en todo caso, que si no aceptaba nuestra oferta de compra, lo mejor que iba a poder hacer con aquello era donarlo a la ciudad para construir un parque de juegos infantiles. —Lang sonrió ante su propio cinismo.

Curtis Little estaba examinando la maqueta.

—Peter, puedes poner la torre en la parte posterior de la estructura si quieres, pero perderás el grueso del efecto estético y una cantidad ingente de espacio rentable. No estoy seguro de que invirtamos en ello si se mantiene así.

Peter Lang sonrió.

—Ya sé que no. Pero Adam Cauliff no lo sabía. No era más que un chaval de pueblo jugando en un campeonato que no era de su categoría. Créeme, nos habría vendido la propiedad y lo habría hecho bajo nuestras condiciones.

John Hilmer, recientemente nombrado vicepresidente de inversiones y operaciones conjuntas del Overland Bank, había trabajado duro para llegar a esa posición privilegiada. Mientras escrutaba a Peter Lang desde el otro lado de la mesa, y pensaba en cómo había gozado de todas las facilidades desde el principio, crecía en su interior una aversión por ese tipo.

Un pequeño accidente de tráfico había salvado a Lang de una muerte segura en la explosión del barco de Cauliff. Pero, durante su exposición, no se molestó ni una sola vez en expresar la más mínima muestra de pesar por el hecho de que Adam y otras tres personas hubieran perecido en aquel atentado.

«Lang sigue furioso porque Adam Cauliff fuera lo bastante astuto para

arrebatarle la parcela Kaplan —pensó Hilmer—. Había encontrado el modo de hacerle creer a Cauliff que podía encontrar la financiación para su edificio sin contar con esa parcela y, ahora que el hombre está muerto, ya se relame, convencido de que conseguirá el terreno al precio que él desea. ¡Qué tipo más ruin!, incluso para un negocio tan corrupto» .

Mientras Hilmer se levantaba para abandonar la reunión, un nuevo pensamiento le vino a la mente. Su hijo, que jugaba de defensa en el equipo de fútbol del colegio, a menudo llegaba a casa con un aspecto mucho peor que el que presentaba Peter Lang después de haber chocado con un camión.

Abastecidos de bocadillos calientes de pastrami y unos vasos de café, Jack Sclafani y George Brennan regresaron a la oficina del primero, después de la misa. Comieron en silencio, ambos inmersos en sus pensamientos.

Luego, al unísono, metieron el papel de plata, las servilletas y los restos de pepinillos en bolsas de plástico y las tiraron a la papelera. Mientras acababan de sorber el café, se miraron el uno al otro.

—¿Qué me dices de la viuda Ryan? —preguntó Brennan—. Está asustada y terriblemente angustiada por algo. Huyó como un conejo cuando nos vio.

—¿Qué es lo que puede temer?

—Sea lo que sea, yo creo que quiere desahogarse, sacárselo de encima.

Brennan sonrió.

—¿Sentimiento católico de culpa? ¿Necesidad de confesarse?

Ambos hombres eran católicos practicantes y creían de común acuerdo que cualquiera que hubiera sido educado como católico tendría tentaciones de confesar sus pecados y pedir perdón. Solían bromear con que eso, a menudo, les facilitaba el trabajo.

Al salir de la iglesia, Jack Sclafani estaba más cerca de Lisa Ryan que su compañero, cuando ésta miró por encima del hombro de Nell MacDermott y les vio acercarse. « Tuvo un acceso de pánico —pensó—. Había miedo en sus ojos. Daría mucho por saber qué le estaba diciendo o qué le habría dicho a la señora MacDermott si no nos hubiera divisado» .

—Creo que deberíamos hacerle una visita —dijo pausadamente—. Conoce algo que la atemoriza y no sabe qué hacer con ello.

—¿Crees que puede tener alguna prueba de que su marido provocó la explosión? —preguntó Brennan.

—Tiene alguna prueba de algo, pero es demasiado pronto para saber de qué. ¿Hay algún informe de la Interpol sobre Kaplan?

Brennan alcanzó el teléfono.

—Llamaré abajo para ver si se ha recibido algo desde que salimos.

El pulso de Sclafani se aceleró al ver la tensión repentina en el rostro de Brennan, en el momento en que le preguntó sobre las noticias de la Interpol. « Sabe algo» , pensó.



Brennan terminó su llamada y colgó el auricular.

—Tal como sospechábamos, Kaplan tiene una ficha en Australia más larga que la barrera de coral. Casi todo pequeños delitos, salvo una acusación por la que pasó un año en la cárcel: le pillaron con explosivos en el maletero de su coche. Por aquel entonces, trabajaba para una compañía de derribos y robó los explosivos del trabajo. Afortunadamente le cogieron, pero nunca pudieron averiguar qué pretendía hacer con ellos. Las sospechas se centraban en que alguien le había pagado para que hiciera volar algo por los aires, pero jamás se pudo probar.

Brennan se levantó.

—Creo que es hora de que volvamos a ver a Kaplan de nuevo, ¿no?

—¿Orden de búsqueda?

—Sí. Con su expediente y la hostilidad declarada que tenía por Adam Cauliff, estoy convencido que el juez no pondrá reparos. La podríamos conseguir a última hora de la tarde.

—Sigo con ganas de ver a Lisa Ryan —dijo Jack Sclafani—. Incluso si viera a Kaplan con un cartucho de dinamita en la mano, tengo el presentimiento de que aquello que la atormenta es la clave de lo que sucedió esa noche.

La Residencia de los Viejos Bosques quedaba a poca distancia de la salida de la ruta 287 en el condado de Westchester, al norte de Nueva York, pero cuando Nell giró por el sendero que conducía al edificio, el escenario cambió de manera radical. Cualquier rasgo previo del universo residencial había desaparecido. El bonito edificio de piedra que se erigía ante sus ojos podría haber sido la morada campestre de un acaudalado propietario rural en Inglaterra.

Cuando su abuelo era congresista, ella le había acompañado a menudo en misiones de sondeo. A su lado, tuvo ocasión de contemplar un gran abanico de residencias, desde instalaciones que deberían de haberse cerrado definitivamente, a modestos pero adecuados anexos hospitalarios, e incluso complejos casi de lujo, bien gestionados y cuidadosamente diseñados.

Tras aparcar el coche, entrar y ser saludada por el conserje en una recepción amueblada con lujosos motivos decorativos, se fue consolidando la impresión inicial de que aquello era la *crème de la crème* de las residencias para ancianos.

Una mujer elegante de unos sesenta años que se presentó a sí misma como Georgina Matthews acompañó a Nell hasta el ascensor y luego hasta el segundo piso.

—Vengo como voluntaria varias tardes a la semana —explicó—. La señora Johnson está en la habitación 216. La muerte de su hija la ha dejado postrada. Todos estamos haciendo lo posible por ayudarla de la mejor manera, pero le advierto que su estado emocional actual es de una crispación general con el mundo entero.

«Bien, pues ya somos dos», pensó Nell.

Salieron del ascensor y caminaron por el pasillo cuidadosamente enmoquetado. A su paso salieron varios ancianos en sillas de ruedas o apoyados en andadores. Georgina Matthews adoptaba una sonrisa o un comentario amable para todos ellos.

Habituada a ese entorno, Nell percibió que todos los ancianos parecían muy bien cuidados y exquisitamente aseados.

—¿Cuántos asistentes hay por residente?—preguntó.

—Buena pregunta —respondió Matthews—. Hay dos para cada tres residentes. Naturalmente, eso incluye a enfermeras y terapeutas. —Hizo una

pausa ante una puerta—. La estancia de la señora Johnson. La está esperando.

Llamó a la puerta y la abrió.

Rhoda Johnson estaba descansando en una tumbona con los ojos cerrados y los pies levantados, cubierta por una manta liviana. Su aspecto físico sorprendió a Nell. Parecía una mujer de unos setenta años, ancha de hombros y de exuberante melena de tonos blancos y negros.

Nell quedó momentáneamente asombrada por el contraste entre madre e hija. Winifred era de constitución delgada, pelo lacio y fino, y esperaba que su madre se ajustara al mismo molde. Pero estaba claro que Rhoda Johnson había sido cortada con otro patrón.

Abrió los ojos en el momento en que entraron en la habitación y fijó la mirada en Nell.

—Me dijeron que iba a venir. Supongo que debería estar agradecida.

—Señora Johnson... —la amonestó Georgina Matthews. Rhoda Johnson la ignoró.

—Winifred estaba muy contenta y agradecida mientras trabajó para Walters & Arsdale, durante todos esos años. Incluso le subieron el sueldo lo bastante para que pudiera trasladarme aquí. Odiaba la última residencia donde estuve. Le repetí una y otra vez que se quedara dónde estaba en lugar de irse con su marido cuando abrió su propio despacho, pero no quiso escucharme. ¿Tenía razón o no?

—Lamento muchísimo lo que le ha pasado a Winifred —dijo Nell—. Sé que todo esto es tan terrible para usted como lo está siendo para mí. Sólo vine para ver si la podía ayudar en algo.

Entonces percibió un rápido movimiento en los ojos de la señora Matthews. «Tiene que saber lo de Adam —pensó Nell—, pero cuando llamé no imaginó mi vínculo con Winifred». En un gesto de espontánea simpatía, Georgina Matthews palpó el brazo de Nell.

—No me había dado cuenta —murmuró—. Las dejo a las dos para que hablen. —Se volvió hacia Rhoda Johnson—. Sea educada, por favor.

Nell esperó a que la puerta se cerrara tras ella.

—Señora Johnson, comprendo la tristeza y el temor que la atenaza. Yo me siento del mismo modo y ése es el motivo por el que quería verla.

Acercó una silla y besó de manera impulsiva a la señora Johnson en la mejilla.

—Si lo prefiere, me iré. Lo entenderé —dijo.

—Supongo que no es culpa suya. —El tono áspero de la señora Johnson se redujo—. Pero ¿por qué su marido siguió insistiendo para que Winifred dejara su otro trabajo? ¿Por qué no esperaba a ver si funcionaba antes de llevársela? Winifred tenía un buen trabajo, buenos ingresos y estaba asegurada. ¿Pensó en mí cuando se arriesgó para irse a trabajar con su marido? No, no lo hizo.

—Quizá tenía una póliza de seguro con la que podría cubrir sus gastos aquí —

sugirió Nell.

—Si la tenía, nunca me dijo nada al respecto. Winifred podía ser muy reservada. ¿Cómo se supone que debo saber algo sobre un seguro del que nunca me habló?

—¿Tenía contratada alguna caja fuerte?

—¿Para poner qué?

Nell sonrió.

—Entonces, ¿dónde guardaba sus documentos personales?

—En el escritorio de su vivienda, creo. Era un buen apartamento, de alquiler bajo. Vivíamos allí desde que estaba en el parvulario y yo allí seguiría si no estuviera impedida por la artritis.

—Quizá podríamos hacer que algún vecino lo inspeccionara y le mandara a usted los papeles.

—No quiero que nadie revuelva mis cosas.

—¿Tiene un abogado? —preguntó Nell.

—¿Por qué iba a necesitarlo? —Rhoda Johnson escrutaba con la mirada a Nell—. Su abuelo es Cornelius MacDermott, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—Un buen hombre. Uno de los pocos políticos honestos del país.

—Gracias.

—Si le dejara ir a mi apartamento a buscar esos documentos, ¿iría él con usted?

—Si se lo pido, lo haría. Sí.

—Cuando Winifred era todavía una niña y vivíamos en su distrito, votábamos por él. Mi marido estaba convencido de que era el mejor.

Rhoda Johnson empezó a llorar.

—Voy a echar de menos a Winifred —dijo—. Era una buena persona. No merecía morir. Le faltaba iniciativa, ése era su problema, pobrecita. Siempre tratando de complacer a los demás y, como a mí, nunca la apreciaron lo bastante. Se molió los huesos por ese despacho, aunque, al menos, al final le aumentaron el sueldo como merecía.

«Quizá —pensó Nell—. O quizá no» .

—Sé que mi abuelo me acompañaría a su apartamento, y si se le ocurre cualquier otra cosa que desea que le traigamos, también nos ocuparemos de eso.

Rhoda Johnson hurgó en el bolsillo de su suéter para sacar un pañuelo. Al mirarla, Nell observó sus dedos deformados por la artritis.

—Hay algunas fotos enmarcadas —dijo—. Tráigalas. Ah, sí, ¿le importaría traer también las medallas de natación de Winifred? De joven, ganaba todas las carreras. Un entrenador me dijo una vez que si seguía con ello podía convertirse en otra Esther Williams. Pero con la artritis devorando mis energías y sin un padre que se ocupara de ella, ¿cómo iba a poder acompañarla por todo el país?

Cuando Bonnie Wilson se fue, Gert empezó a desesperarse. No sabía cómo decirle a Nell lo que acababan de comunicarle. ¿Cómo iba a darle la noticia de que Adam estaba tratando de contactar con ella? Evidentemente, Gert estaba convencida de que lo que Bonnie Wilson le acababa de explicar era absolutamente cierto, pero sabía que Nell se resistiría a aceptarlo. «Se niega a comprender que algunas personas estén dotadas de un verdadero don psíquico — pensó Gert—, un don del que se sirven para ayudar a los demás. Y está asustada porque ella sabe que también tiene ese poder. No me extraña, visto el modo en que Cornelius ha hablado siempre de sus "vuelos de fantasía"» .

Los ojos de Gert se llenaron de lágrimas al recordar a Nell, con diez años, sollozando en sus brazos.

—Tía Gert, mamá y papá vinieron a despedirse. ¿Recuerdas que papá siempre solía pasarme la mano por el pelo? Estaba en el recreo, y vino a mí y volvió a hacerlo y luego mamá me besó. Sentí cómo lo hacía y empecé a llorar. Entonces supe que habían partido. Lo supe. Aunque el abuelo diga que esas cosas no pasan y que me lo imaginé todo —había dicho Nell.

» Le pregunté a Cornelius cómo explicaba el hecho de que Nell hubiera sentido aquello en el mismo momento en que el avión de sus padres desaparecía de la pantalla del radar —recordó Gert—. Le pregunté cómo podía estar tan seguro de que sólo se trataba de imaginaciones de Nell. Su respuesta fue que estaba llenando de pajaritos la cabeza de la niña.

» E incluso años antes de ese terrible suceso —siguió pensando Gert—, Nell intuyó la muerte de su abuela. No tenía más que cuatro años, pero yo estaba allí cuando vino corriendo escaleras abajo, feliz porque Grammy había visitado su habitación durante la noche al salir del hospital. Para Cornelius, evidentemente, sólo se trataba de un sueño.

» No pienso decirle a Mac lo que Bonnie Wilson me ha contado. Tanto si Nell habla con Bonnie como si no, debe prometerme que no se lo contará a Mac» .

A las ocho de la noche llamó a Nell. El contestador automático se accionó a la tercera llamada. «Probablemente, quiere que la dejen en paz esta noche» , pensó. Trató de ocultar su nerviosismo al dejar su mensaje: «Nell, sólo estaba inquieta por saber cómo te encuentras —empezó. Luego, tras un instante de

vacilación, prosiguió—: Oye, es muy importante que hable contigo. Acabo de...» .

Oyó entonces el chasquido del auricular.

—Tía Gert, estoy aquí. ¿Pasa algo malo?

Por su tono, Gert supo que Nell había estado llorando, pero abandonó toda cautela.

—Nell, hay algo que debo decirte. Bonnie Wilson, una médium amiga mía vino a verme hoy. Intenta poner en contacto a personas ya fallecidas con sus seres queridos. Yo podría hablarte de un montón de gente que tiene una confianza absoluta en ella. Es auténtica, te lo aseguro. Al venir hoy aquí, me confesó que Adam se había puesto en contacto con ella desde el otro mundo u otra dimensión y quiere hablar contigo. Nell, por favor, deja que te acompañe a verla.

Soltó las palabras como disparos, ansiosa por sacárselas de encima antes de que Nell colgara o de que ella misma perdiera el afán por contárselo.

—Gert, yo no creo en esas cosas —dijo Nell suavemente—. Ya lo sabes. Sé que significa mucho para ti, pero a mí no me va. Así que, por favor, no vuelvas a hablar del asunto, y menos si tiene que ver con Adam.

Gert se sobresaltó por el clic del teléfono al cortar Nell la comunicación. Se vio tentada de volver a marcar el número y pedir perdón por haberse entrometido en su dolor en aquel momento tan difícil. Lo que no sabía era que, tras colgar el auricular, Nell se puso a temblar por el miedo y la incertidumbre que la acosaba.

«Una vez vi a Bonnie Wilson en aquel programa de televisión tan extraño el año pasado —pensó Nell—. Ese en el que invitan a la gente a llamar para poner a prueba los poderes psíquicos de los expertos. A menos que fuera un amaño sin contemplaciones, era sorprendente el modo en que se relacionaba con algunas personas del público». Nell recordaba, particularmente, la vívida imagen que Bonnie evocó cuando una mujer le preguntó acerca de su marido fallecido en un accidente de coche.

«—Usted le estaba esperando en el restaurante donde, años atrás, se prometieron —había dicho—. Era su quinto aniversario de bodas. Él quiere que sepa que la quiere y que está feliz a pesar del amargo dolor que siente por todos los años que todavía esperaba poder pasar con usted» .

«Por Dios santo —pensó Nell—. ¿Es posible que Adam esté tratando realmente de comunicarse conmigo? Sé que Mac odia que hable de ello, pero yo sí creo que los muertos tienen una presencia importante en nuestras vidas. En definitiva, afirmo con total seguridad que mamá y papá vinieron a decirme adiós cuando murieron; y sé que estaban conmigo, orientándome hacia la salvación, cuando estuve a punto de ahogarme en Hawai. ¿Por qué iba a ser tan improbable que Adam tratara de contactar conmigo ahora? Y ¿por qué se dirigió primero a otra persona en lugar de venir directamente a mí tal y como hicieron mamá,

papá y Grammy?» .

Nell miró el teléfono. Todo su ser se debatía por resistir los deseos de llamar a Gert y confesarle lo confundida que se sentía.

Cuando regresó a casa después de su paseo diario por Central Park, un sentimiento de inquietud había sustituido la euforia previa de Dan Minor. Admitió que estaba buscando una aguja en un pajar al pretender localizar a su madre — Quinny, como Lilly Brown la había llamado— sentada en un banco del parque o esperar a que Lilly le llamara un día para decirle: « Esté aquí, en el asilo» .

No obstante, una buena ducha le ayudó a reanimarse. Se puso unas bermudas, una camisa informal y unas zapatillas y se dirigió a la nevera del mueble-bar. No estaba seguro de si cenaría, pero tenía ya preparada una copa de Chardonnay y algo de queso y galletitas saladas.

Se acomodó en el sofá de la espaciosa sala de estar de altos techos y decidió que, después de tres meses y medio, la estancia empezaba a tomar forma. « ¿Por qué me siento mucho más en casa en este apartamento de Manhattan de lo que jamás me sentí en la catedral Parkway de Washington?», se preguntó conociendo de antemano la respuesta.

« Son los genes de Quinny», dedujo. Aunque sus abuelos se habían trasladado con ella a Maryland cuando tenía doce años, su madre había nacido allí y, según Lilly Brown, Nueva York era « su sitio favorito en todo el mundo» .

« ¿Hasta qué punto la recuerdo y en qué medida lo que sé de ella procede de las cosas que me han contado?», se preguntaba Dan.

Sabía que su padre se había enamorado de otra mujer cuando él tenía sólo tres años, de modo que no guardaba ningún recuerdo de la vida en común de sus padres. « La única cosa cierta que puedo decir de papá —pensó Dan—, es que jamás luchó por mi custodia después de que mamá desapareciera» .

Sabía que sus abuelos le despreciaban, pero fueron lo bastante discretos para no demostrárselo en sus años de matrimonio.

« —Desgraciadamente, hay un montón de matrimonios que se rompen, Dan —le habían dicho—. Y el que no desea terminar con la relación acaba algo maltrecho. Después de un tiempo, la gente suele superarlo; tu madre también lo habría superado, pero lo que no pudo superar es lo que te sucedió a ti» .

« ¿Por qué sigo pensando que después de todos estos años mi madre y yo podríamos restablecer una relación?... Pero seguro que podríamos. Sé que podríamos» . El detective privado encargado de su busca después de haberla visto



en aquel documental televisivo había logrado recabar alguna información» .

« —Trabajaba como asistente para ancianos —les informó—. Y parece que era una buena profesional. Pero cuando la depresión se apoderaba de ella empezaba a beber de nuevo y volvía a las calles» .

El investigador conversó con un asistente social que le informó de haber mantenido una larga charla con Quinny. En ese momento, mientras sorbía su copa de vino, Dan recordó una cosa en especial que ese asistente había dicho: « Le pregunté a Quinny qué es lo que más le gustaría recibir de la vida. Tras sostener mi mirada largo rato, susurró: "Redención"» .

La palabra retumbó en su cabeza.

El teléfono sonó. Dan se dirigió al aparato y comprobó el identificador de llamadas. Arqueó las cejas al ver que la llamada era de Penny Maynard, la diseñadora de modas que vivía en el cuarto piso de su mismo edificio. Algunas veces habían cruzado alguna palabra en el ascensor. Tenía más o menos su edad y un atractivo peculiar. Incluso una vez estuvo tentado de pedirle una cita; pero, finalmente, decidió que no deseaba mantener una amistad demasiado próxima con alguien a quien iba a ver regularmente en el ascensor.

Dejó que el contestador registrara el mensaje. La máquina se accionó.

—Dan —dijo Penny con firmeza—. Sé que estás en casa. Un par de vecinos han pasado por aquí y acabamos de decidir que ya era hora de que conociéramos todos a nuestro pediatra. Así que baja y reúnete cota nosotros. No tendrás que quedarte más de veinte minutos si no quieres, a menos, claro, que decidas unirme a una de mis cenas comunitarias a base de pasta.

Dan oía murmullos de fondo. Repentinamente alborozado ante la perspectiva de pasar un rato con otra gente, cogió el teléfono.

—Estaré encantado en asistir —dijo.

Algo más relajado y animado al ver que los presentes en la reunión parecían gente agradable, se quedó a cenar y regresó a su loft a tiempo para ver las noticias de las diez. Hubo una breve sección dedicada a la misa en memoria de Adam Cauliff, el arquitecto muerto en accidente de navegación en el puerto de Nueva York

Rosanna Scotto, de la Fox News estaba informando: « La explosión que mató a Cauliff y a otras tres personas sigue bajo investigación. El ex congresista Cornelius MacDermott está ahora acompañando a la viuda de Adam Cauliff, su nieta, fuera de la iglesia. Se intensifican los rumores acerca de la posibilidad de que Nell MacDermott se presente al antiguo escaño que su abuelo ocupó durante casi cincuenta años, ya que Bob Gorman, el congresista que lo ocupaba hasta ahora se retira de la vida pública» .

Los ojos de Dan se abrieron por completo al ver un primer plano de Nell en la pantalla. Le parecía familiar. « Espera un segundo —pensó—. La conocí hace cuatro o cinco años en una recepción en la Casa Blanca. Estaba con su abuelo y

yo acompañaba a la hija del diputado Dade» .

Recordó que había charlado con Nell MacDermott durante unos minutos y que ambos eran licenciados por la Universidad de Georgetown. Resultaba extraño pensar que, desde aquel encuentro, se hubiera casado, envidado y que, ahora, estuviera ya pensando en proyectar su propia carrera política.

La cámara se mantuvo enfocada en el rostro de Nell. Las facciones tensas y la mirada ida por el dolor contrastaban vivamente con la mujer sonriente y vivaz que Dan recordaba.

« Le escribiré una nota de pésame. Quizá no me recuerde en absoluto, pero me gustaría hacerlo. Parece verdaderamente afligida. Adam Cauliff debía de ser todo un carácter» , pensó.

## VIERNES, 16 DE JUNIO

### 33

Winifred Johnson vivía en un edificio de la esquina de la avenida Amsterdam con la calle Ochenta y uno. A las diez en punto de la mañana del viernes, Nell se encontró con su abuelo en el vestíbulo del edificio.

—La grandeza venida a menos, Mac dijo ella al verle llegar. Él contempló el vestíbulo que, sin duda, había vivido días mejores. Él suelo de mármol aparecía manchado y la iluminación era crepuscular. El mobiliario constaba de dos sillones desvencijados.

—La madre de Winifred llamó esta mañana al administrador para decirle que veníamos —explicó mientras el encargado que parecía hacer las veces de portero les indicaba el camino hacia el ascensor.

—Nell, me parece que venir aquí es un gran error —dijo Cornelius MacDermott, al tiempo que subían al cuarto piso—. No sé adónde nos va a llevar la investigación del fiscal del distrito, pero si Winifred estaba implicada o tenía conocimiento alguno de los sobornos, o si...

—Ni te atrevas a insinuar que Adam estuviera involucrado en sobornos o fraudes en comisiones, Mac —dijo Nell ofendida.

—Sólo estoy insinuando que si, en cualquier momento, la policía consigue una orden de registro para esta casa, no creo que les sienta bien que tú y yo nos hayamos adelantado.

—Mac, por favor. —Nell trató de disimular la tensión en su voz—. Sólo estoy intentando ayudar. En primer lugar, he venido aquí para ver qué tipo de disposiciones financieras podría haber contratado Winifred para su madre. Hay que buscar pólizas de seguro y ese tipo de cosas. La señora Johnson tenía pavor ante la sola idea de tener que abandonar la Residencia de los Viejos Bosques. Allí es feliz. No me parece que sea una persona de carácter fácil, pero es evidente que la terrible artritis reumática que padece debe influir en su comportamiento. Si yo pasara el día entero sumida en el dolor de ese modo, tampoco creo que fuera la alegría de la huerta.

—¿Qué tiene eso que ver con lo de venir a husmear en el apartamento de Winifred? —Preguntó Mac, mientras salían del ascensor—. Venga, Nell.

Solíamos ser honestos el uno con el otro. No has venido actuando de buena samaritana. En caso de que se hubieran producido casos de soborno en Walters & Arsdale, lo que más te conviene es encontrar algo que vincule a Winifred y exima a Adam de toda culpa.

Se encaminaron por el pasillo deslustrado.

—El apartamento de Winifred es el 5E —dijo Nell.

Se llevó la mano al bolso para coger las llaves que le había dado la señora Johnson.

—Doble cerradura de seguridad —observó Mac, hosco—. Un profesional las podría forzar con un abrelatas.

En el momento de abrir la puerta, Nell vaciló un momento y entró. Winifred había estado allí hacía sólo una semana, pensó; pero un aire de dejadez y abandono ya invadía por completo el apartamento.

Permanecieron un instante en el vestíbulo, intuyendo el modo de orientarse antes de entrar. Un jarrón de flores marchitas, el tipo de ramo que vendían en las tiendas de comestibles, adornaba una mesa a la izquierda de la puerta. El salón quedaba enfrente de ellos, un espacio angosto, alargado y deslucido, con una alfombra raída de estilo persa, un sofá desvencijado de terciopelo y un sillón a juego, un piano y un escritorio.

Un tapete de encaje cubría la mesa, sobre la que se disponían varias fotos enmarcadas y dos lámparas gemelas con pantallas de flecos. Estaban tan pasadas de moda que le recordaron a Nell las películas ambientadas en la época victoriana.

Se acercó hasta la mesa y observó las fotos. La mayoría mostraban a una joven Winifred vistiendo un traje de baño y recibiendo alguna medalla. En otra más reciente, donde parecía tener veintipocos años, se la veía como a una criatura flaca, sonriente pero de mirada algo extraviada.

—Éstas deben de ser las fotos que quiere su madre —le dijo a Mac—. Las recogeré al salir.

Nell regresó al vestíbulo y miró en la cocina, que quedaba a su izquierda. Luego giró a la derecha y se fue por el pasillo con su abuelo pegado a ella. La habitación principal albergaba una cama de matrimonio, un armario y una cómoda. La felpilla extendida sobre la cama le recordó una que tenía su abuela cuando ella era una niña.

Entró a la estancia contigua, de la que Winifred parecía servirse como alacena y oficina al mismo tiempo. Apiñados en el reducido espacio, había un sofá, un televisor, un revistero y un mueble para el ordenador. Dos hileras de estantes sobre el escritorio y otras tantas de medallas sobre el sofá, intensificaron la sensación de claustrofobia que Nell empezaba a sentir. «Este sitio es tremendamente depresivo —pensó—. Winifred pasó aquí la mayor parte de su vida y estoy segura de que, aparte de este cuarto, no se le ocurrió cambiar nada

desde que recluyó a su madre en la residencia» .

—Nell, si has acabado con el paseo, sugeriría que trataras de encontrar lo que buscas y saliéramos cuanto antes de aquí.

Nell sabía que cuando Mac se ponía así de cascarrabias era señal inequívoca de preocupación. Reconoció que no se le había ocurrido que esta intrusión en el apartamento de Winifred podía ser malinterpretada por la oficina del fiscal del distrito y, dado que su abuelo había apuntado esa eventualidad, comenzó a sentirse igualmente preocupada.

—Tienes razón, Mac —dijo—. Lo siento.

Se dirigió al escritorio e, inquieta por lo que estaba haciendo, abrió el cajón central.

Fue como descubrir un nuevo mundo. El cajón estaba atiborrado de pedazos de papel de todos los tipos y tamaños, desde notas adhesivas hasta planos arquitectónicos. En cada uno de ellos, escrito a mano, en letras enormes o diminutas hasta el punto de dificultar la lectura, Winifred había estampado el mensaje: « Winifred ama a Harry Reynolds» .

El encargado del salón en el que trabajaba Lisa Ryan le dijo que se tomara la semana libre: «Necesitas algo de tiempo para estar sola, querida, y para empezar el proceso de cicatrización».

«"El proceso de cicatrización" —pensó desdeñosamente Lisa, mientras contemplaba las pilas de ropa sobre la cama—. Deben ser las palabras más idiotas jamás pronunciadas». Recordaba la actitud despectiva de Jimmy cuando escuchaba esta frase pronunciada por algún periodista encargado de informar acerca de un accidente de avión o de un terremoto.

«Los parientes han sido informados, los cuerpos no han sido todavía encontrados y ese atontado del micro se pone a hablar del inicio del proceso de cicatrización», solía decirle a su esposa, sacudiendo la cabeza irritado.

Alguien le había dicho que resultaría terapéutico si se mantenía activa y ocupada. Una de las actividades sugeridas era la de limpiar el armario y cajones de Jimmy. Y ahí estaba ella, clasificando su ropa y poniéndola en cajas para donarla a la beneficencia. «Mejor que ayuden a algún pobre en lugar de pudrirse en el armario, como sucedió con las cosas del abuelo», pensó.

Su abuela había guardado prácticamente todo lo que pertenecía a su abuelo, casi erigiendo una especie de altar en su memoria. Recordaba que, de niña, había visto sus chaquetas y abrigos ordenadamente colgados junto a los vestidos de quien había sido su esposa.

«Yo no necesito la ropa de Jimmy para recordarle —pensó, al tiempo que doblaba las camisas de deporte que los niños le habían regalado para las últimas Navidades—, no pasa un solo instante en que no esté pensando en él».

—Cambia tu rutina —le había sugerido el sacerdote que ofició el funeral—. No te sientes en el mismo lugar que solías ocupar a la mesa. Modifica el orden del mobiliario. Te sorprendería ver hasta qué punto las pequeñas cosas pueden ayudar a superar el primer año, después de una pérdida de ese calibre:» Cuando terminó de vaciar el armario de Jimmy, se dispuso a trasladarlo al cuarto de los niños. Ya había llevado la maqueta de la casa de sus sueños al salón, pues no podía soportar mirarla cuando yacía sola en la misma cama que había compartido con su esposo.

«Mañana cambiaré la cama de sitio y la situaré entre las ventanas», pensó,

aunque dudaba que todos esos cambios la ayudaran a olvidar. No podía imaginar que llegara a pasar un solo día sin pensar en Jimmy.

Miró el reloj y la descorazonó comprobar que ya eran las tres menos cuarto, lo que significaba que los niños estarían en casa en veinte minutos. No quería que la vieran clasificando las cosas de su padre.

El dinero, recordó de repente.

Había conseguido no pensar en él en todo el día. Al ver a los dos polis saliendo de la iglesia el día antes, después de la misa por Adam Cauliff, creyó que venían a hablar con ella. «Imagina que averiguan lo del dinero —pensó—. O que sospechan algo y consiguen una orden de registro de la casa. E incluso llegar a creer que yo sé dónde lo obtuvo y me arrestan. ¿Qué haría entonces?».

Ya no conseguía expulsar ese pensamiento de su cabeza. «No sé qué hacer —pensó—. Oh Dios santo, ¡no sé qué hacer!».

El sonido repentino del timbre quebró la quietud de la casa. Con un jadeo de sorpresa, Lisa dejó caer la camisa que sostenía y se apresuró en bajar. «Será Brenda —se reconfortó—. Ya dijo esta mañana que se pasaría más tarde».

Pero incluso antes de abrir la puerta, supo con certeza absoluta que, en lugar de Brenda, iba a encontrarse con uno de los inspectores.

Jack Sclafani sintió una punzada de honda compasión al observar los ojos hinchados y enrojecidos de la viuda de Jimmy Ryan. «Parece como si hubiera estado llorando todo el día —pensó—. Debe de haber sido un impacto terrible. Y a los treinta y tres años es demasiado joven para quedarse sola con tres criaturas por educar».

La recordaba de cuando vino con Brennan para informarle de que el cuerpo de su marido había sido identificado. «Más bien, pedazos del cuerpo de su marido», corrigiéndose mentalmente. Además, Sclafani sabía que ella le había reconocido a la salida de la iglesia, después de la misa en recuerdo de Adam Cauliff.

—Inspector Jack Sclafani, señora Ryan. ¿Se acuerda de mí? Me gustaría hablar con usted unos minutos, si no le importa. Mientras la observaba, vio cómo su expresión de intenso dolor era sustituida por otra de temor. «No va a resultar muy difícil. Sea lo que sea aquello que la trae de cabeza, lo va a soltar enseguida».

—¿Puedo entrar? —preguntó educadamente.

Lisa parecía inmobilizada, incapaz de hablar o moverse. Finalmente, susurró:

—Sí, naturalmente. Pase.

«Bendíceme, Padre, porque he pecado», pensó Jack al seguirla dentro de la casa.

Se sentaron, rígidos, uno frente al otro en el pequeño y agradable salón. Jack

se detuvo a examinar el gran retrato fotográfico familiar que colgaba sobre el sofá.

—Parece pertenecer a mejores tiempos —señaló—. Jimmy tiene el aspecto de conocer el secreto de la felicidad, un padre y esposo lleno de orgullo.

Las palabras lograron el efecto deseado. Al tiempo que los ojos de Lisa Ryan empezaban a inundarse de lágrimas, se relajó un poco la tensión acumulada en su rostro.

—Conocíamos el secreto de la felicidad —repuso ella más tranquila—. Bueno, ya sabe lo que quiero decir. Vivíamos al día como la mayoría de la gente que está en una situación como la nuestra, pero eso no era problema. Nos divertíamos y teníamos un montón de planes y de sueños.

Entonces, señaló la mesa.

—Ésa es una maqueta de la casa que Jimmy iba a construir algún día para nosotros.

Jack se levantó y se acercó para examinarla atentamente.

—Muy bonita. ¿Puedo llamarla Lisa?

—Sí, claro.

—Lisa, su primera reacción cuando conoció la muerte de su marido fue la de preguntar si se había suicidado. Eso significaba que algo no iba del todo bien en su vida, ¿no? Y tengo la impresión de que no se trataba de un problema entre ustedes dos.

—No. No lo era.

—¿Estaba preocupado por su salud?

—Jimmy nunca estuvo enfermo. De hecho, solíamos bromear acerca del despilfarro que suponía pagar un seguro médico para un hombre como él.

—Cuando no se trata de un problema marital ni de salud, entonces acostumbra ser una cuestión de dinero —sugirió Jack «*Touché*», pensó en el momento en que vio cómo Lisa se retorció las manos.

—Es fácil que las facturas se acumulen cuando tienes que mantener a una familia. Lo vas cargando todo en la tarjeta de crédito. Siempre estás seguro de poder devolverlo en un par de meses, pero de pronto resulta que necesitas neumáticos nuevos para el coche o arreglar el tejado de la casa o que uno de los niños tiene que ir al dentista —suspiró—. Estoy casado y soy padre. Todo eso sucede.

—Nunca se nos acumularon las facturas —dijo Lisa a la defensiva—. Al menos eso no ocurrió hasta que Jimmy perdió su trabajo. ¿Y sabe por qué? —le espetó—. Era un trabajador honesto y decente y le escandalizaba que el contratista para el que trabajaba utilizara cemento de mala calidad en la obra. Sí, ya se sabe que algunos contratistas recortan gastos y flecos. Así funciona el negocio de la construcción, pero Jimmy decía que aquel tipo estaba poniendo en peligro la vida de mucha gente. —Lisa hizo una pausa—. Pero no sólo le



despidieron por su celo sino que además pasó a formar parte de la lista negra en el oficio —dijo—. No pudo encontrar trabajo en ningún sitio y fue entonces cuando los problemas financieros empezaron a acuciarnos.

« Ten cuidado —se dijo Lisa a sí misma—. Estás hablando demasiado». Pero la comprensión que desprendían los ojos de Jack Sclafani actuaban de bálsamo. « Sólo ha pasado una semana y ya necesito hablar de ello con un hombre adulto», pensó.

—¿Cuánto tiempo estuvo Jimmy sin trabajo, Lisa?

—Casi dos años. Bueno, siempre conseguía cuatro chapuzas sin contrato aquí y allá, pero ningún trabajo a largo plazo que aportara dinero continuado a la familia. Corrió el rumor de que era un bocazas y trataron de destruirle por ello.

—Debió de sentirse bastante aliviado cuando recibió una oferta del despacho de Adam Cauliff. ¿De qué modo contactó con él? Cauliff acababa de abrir su despacho.

—Jimmy daba voces a todo el mundo —dijo Lisa—. Adam Cauliff vio su currículum e hizo que su asistente se lo pasara a Sam Krause, y Krause le contrató.

De repente, a Lisa se le ocurrió una posibilidad. « Claro, por eso le contrató. Jimmy me dijo una vez que Krause era muy conocido en el mundillo por amañar los presupuestos. Así que, al trabajar para él, quizá le forzaron a aceptar esas irregularidades bajo amenaza de rescindirle el contrato» .

—Parece que algo preocupaba terriblemente a Jimmy, a pesar de que había conseguido un empleo —sugirió Sclafani—. No hay duda de que no podía ser de otro modo, si usted misma llegó a pensar en la opción del suicidio. Creo que usted sabe algo al respecto, Lisa. ¿Por qué no me lo cuenta? Quizá había algo que él deseaba que supiéramos, aunque ahora ya no esté aquí para explicárnoslo en persona.

« Eso es lo que sucedió —pensó Lisa, ajena a las palabras del inspector—. Estoy convencida. Jimmy averiguó que algo olía a podrido en una de las obras de Krause y le ofrecieron dos opciones: el despido o una paga extra para que hiciera la vista gorda. No tenía elección, a pesar de saber que cuando aceptara ese dinero bajo mano, le iban a tener bien pillado» .

—Jimmy era un hombre bueno y honesto —afirmó.

Sclafani asintió ante el retrato de familia.

—A mí también me lo parece.

« Ya está —pensó—. Se va a poner a hablar» .

—El otro día, después del funeral... —procedió Lisa, pero cortó en seco en el momento en que oyó abrirse la puerta de la cocina y el ruido de los pasos de los niños que penetraban en la casa.

—Mamá, estamos en casa —exclamó Kelly.

—Estoy aquí —dijo Lisa, levantándose, casi horrorizada por haber estado a

punto de contarle a un miembro de la policía que en el sótano había un par de cajas repletas de dinero sucio.

«Tengo que librarme de ese dinero —pensó—. Ayer debí hablar con Nell MacDermott. Creo que puedo fiarme de ella y quizá me ayude a devolverle ese dinero a quien pertenezca de la empresa de Krause. Además, fue su marido quien puso a Jimmy en contacto con Krause» .

Los niños se le acercaron para darle un beso. Lisa miró a Jack Sclafani.

—Jimmy estaba muy orgulloso de los tres —dijo con voz pausada—; y ellos de él. Como ya le dije, Jimmy Ryan era un hombre bueno y decente.

—Así que ¿Winifred tenía un novio?

—Estoy asombrada —admitió Nell ante su abuelo, con quien regresaba ya del apartamento de Winifred—. Yo solía hacerle broma a Adam con el tema de que estaba enamorada de él.

—Sí lo estaba, del modo en que las mujeres pueden estarlo de los Beatles o de Elvis Presley —dijo amargamente Cornelius MacDermott—. Adam la engañó para que dejara Walters & Arsdale y se fuera con él para abrir su propio despacho.

—¡Mac!

—Perdona —dijo apresuradamente—. Lo que quiero decir es que Adam era un hombre joven casado con una mujer hermosa. Winifred no era una idiota. Y evidentemente estaba liada con, o al menos loca, por un tipo llamado Harry Reynolds.

—Me pregunto por qué el tipo no se deja ver —dijo Nell—. Es como si Winifred nunca hubiera existido. Según su madre, nadie se puso en contacto con ella salvo el administrador de la finca, quien le dijo que, a menos que estuviera planeando regresar a casa, esperaba que dejara libre el apartamento. En definitiva: que ni se le ocurra subalquilarlo.

—Sigo creyendo que ha sido un error haber ido allí. Y visto que no guardaba documento alguno, aún me parece peor —dijo Mac—. Tendrías que haber ido antes a la oficina.

—Mac, fui al apartamento de Winifred por petición expresa de su madre.

Las fotos enmarcadas que Nell había recogido yacían en su falda. Cornelius MacDermott las ojeó.

—¿Quieres que le diga a Liz que las mande por correo a la residencia?

Nell vaciló. « Quizá visite a la señora Johnson de nuevo, pero no enseguida », pensó.

—De acuerdo, haz que se las mande —aceptó—. La llamaré para decirle que están de camino.

Sintió que el brazo de Mac la envolvía.

—Estoy contigo —le dijo abrazándola tiernamente.

—Lo sé, Mac.

—Si necesitas hablar de algo, lo que sea, llámame; me puedes llamar de día o de noche. No lo olvides. El dolor de una pérdida no es ninguna novedad para mí.

«No, no lo es —pensó Nell—. Tu esposa, tu hijo, tu nuera... todos ellos de manera imprevista. Nadie podría darte clases de sufrimiento».

Al volverse, Carlo ya le estaba abriendo la puerta del taxi. Entonces, se oyó la voz de Mac.

—Nell, sólo una cosa.

Su tono era vacilante, desacostumbrado en él. En el momento de sacar un pie del vehículo, se volvió para mirarle y esperó.

—Nell. ¿Hiciste alguna vez una declaración de Hacienda compartida con Adam?

Estuvo a punto de abalanzarse sobre él cuando vio su mirada de preocupación. Como una bofetada, se percató de que, cada día que pasaba, Mac ya empezaba a demostrar su edad.

Recordó que cuando se casó con Adam, Mac le había advertido que les convenía cumplimentar sus declaraciones de manera separada.

«—Nell —había dicho por entonces—, tú intentas hacer carrera en un cargo gubernamental. Eso significa que los buitres te, circundarán a cada momento en busca de algún paso en falso que puedas haber dado. No te puedes permitir darles la ocasión de que te infamen y calumnien. Deja que Adam haga su declaración por su cuenta. Si se equivocara en su declaración, incluso eso se podría usar en tu contra. Tú harás la tuya y eso simplificará las cosas. No te la juegues con trucos fiscales».

—No, las hicimos por separado —dijo tensa—. Deja de preocuparte. —Hizo ademán de marcharse y, luego, se giró otra vez—. Pero dime una cosa, ¿hay algo que tú sepas que te sugiera en lo más mínimo que Adam estaba involucrado en los sobornos?

—No —repuso algo reticente, sacudiendo la cabeza—. Nada.

—Entonces, lo que te hace creer en la posibilidad de una implicación de Adam, en lo que sea que esté investigando el fiscal del distrito, no son más que los rumores y las alegaciones de Walters & Arsdale y tu famoso instinto atávico.

Asintió.

—Mac, ya sé que estás intentando protegerme y supongo que debería quererte por ello...

—No me siento muy querido por ti en este momento, Nell.

Nell esbozó una sonrisa.

—En verdad, no lo eres y, al mismo tiempo, lo eres más que nadie. Créeme, se trata de ambas cosas.

Con una mirada exculpatoria, saludó a Carlo y salió del taxi. Una vez en el ascensor, y de camino al santuario bendito que constituía su apartamento, Nell tomó una decisión.

No comprendía su propia capacidad psíquica para percibir determinados acontecimientos. Tampoco entendía —ni aceptaba— la idea de la comunicación con los muertos a través de los médiums. Pero que Bonnie Wilson afirmara haber estado en contacto con Adam, la obligaba a verificar esa afirmación.

« Tengo que hacerlo si no por mí, al menos por Adam » .

Desde la explosión del *Cornelia II*, la Guardia de Costas prosiguió un día tras otro con la tediosa tarea de buscar y recuperar cualquier resto del barco y de sus pasajeros. El viernes por la tarde, por primera vez en cuatro días, se produjo un hallazgo significativo. En la zona del puente Verrazano, un trozo de madera astillada de casi un metro de longitud flotaba en el agua junto a la orilla. Entre las astillas, se recuperaron hilachas de una camisa azul de deporte manchada y fragmentos óseos.

El macabro hallazgo confirmaba a los expertos que acababan de encontrar nuevos restos despedazados de una de las víctimas. Cuando se le pidió a la secretaria de Sam Krause que describiera la vestimenta de su jefe en el momento de abandonar la oficina para dirigirse a la reunión, la mujer afirmó que llevaba una camisa informal de manga larga azul y pantalones de color caqui.

George Brennan recibió la noticia en el momento de salir al encuentro de Jack Sclafani, que le esperaba en el número 405 de la calle 14 Este. En su bolsillo llevaba una orden de registro que le permitía indagar en la residencia de Ada Kaplan, cuyo hijo, Jed, se había convertido en el sospechoso principal de la explosión del yate.

Se encontraron en el vestíbulo del edificio, donde Brennan informó a Jack de las noticias del hallazgo.

—Ya sabes, Jack, que quien quiera que hizo esto empleó suficiente explosivo para volar un crucero. El viernes pasado era un día perfecto para salir a navegar y había muchos veleros por el puerto. Tuvimos suerte de que casi todos regresaran a sus amarres antes de que el de Cauliff explotara. Es imposible hacer un cálculo de las víctimas que podría haber habido si otros barcos hubieran estado realmente cerca.

—¿Piensas que utilizaron un control remoto o un temporizador? Quien lo hizo tuvo que ser muy cuidadoso al prepararlo.

—Sí, muy cuidadoso si se trataba de alguien experimentado en explosivos como Jed Kaplan, o simplemente afortunado si no era más que un novato. En caso contrario, incluso podría haber saltado él mismo por los aires al manejar el aparejo.

Ada Kaplan, turbada en extremo, lloraba avergonzada pensando en lo que podrían murmurar los vecinos al ver que su apartamento era registrado palmo a palmo por la policía. Su hijo Jed permanecía sentado a una mesa del pequeño comedor con expresión de desdén en el rostro.

«No está preocupado —pensó Jack—. Si hizo volar el yate, aquí no guardó nada que pudiera constituir una prueba contra él. En todo caso, se alzaron con un pequeño triunfo al descubrir en el armario una bolsita de lona llena de marihuana.

—Venga ya, ese material es de hace años —protestó Jed—. Ni siquiera lo había visto y la última vez que estuve aquí fue hace cinco años.

—Es verdad —protestó Ada Kaplan—. Guardaba sus viejas bolsas en ese armario por si las pudiera necesitar, pero no las ha tocado desde que llegó a casa. Lo juro.

—Lo siento, señora Kaplan —dijo Brennan— y también lo siento por ti, Jed, pero aquí hay hierba suficiente para ficharte por posesión con intención de venta.

Tres horas después, Sclafani y Brennan, encerraron a Jed en la celda de la comisaría del distrito.

—Su madre pagará la fianza, pero al menos el juez aceptó invalidarle el pasaporte —observó Brennan, aunque poco satisfecho.

—Debió de aprender la lección cuando le pillaron en Australia con los explosivos —dijo Jack Sclafani—. En el apartamento no había nada que pudiera vincularle ni remotamente con lo que ocurrió en el barco.

Se encaminaron hacia los coches.

—¿Has tenido suerte con tu visita a Lisa Ryan?

—Desgraciadamente, no. Pero iba a decirme algo cuando llegaron los niños de la escuela. —Jack sacudió la cabeza, al tiempo que sacaba las llaves del coche—. Te lo juro, dos minutos más y me habría contado lo que sabe. Incluso me quedé un rato por allí, jugando con los críos.

—¿Te tomaste la leche y las galletas?

—Y el café con ella, cuando salieron a jugar. Créeme, lo intenté. Sólo que ya no se tragaba mucho más la expresión «confía en mí».

—¿Por qué se echó atrás?

—No lo sé con seguridad —dijo Sclafani—, pero sospecho que no quiere contar nada que, si saliera a la luz, pueda manchar la reputación de Jimmy ante los ojos de sus hijos.

—Sabes, creo que tienes razón. Bien, te veo mañana. Quizá entonces nos podamos tomar un respiro.

Antes de llegar a sus coches, George Brennan recibió una llamada al móvil que le informaba de que el monedero de una mujer había sido hallado junto a la orilla, en la misma zona del puente de Verrazano donde se habían encontrado la

madera astillada y la camisa desgarrada.

Dentro de la cartera empapada, habían encontrado las tarjetas de crédito y el carnet de conducir de Winifred Johnson.

—Dicen que apenas estaba chamuscada —dijo Brennan al cortar la comunicación—. Qué extraño. Debió de propulsarse directamente a las alturas para aterrizar sobre el agua.

—A menos que no hubiera estado en el barco cuando la bomba explotó —sugirió Sclafani.



Nell pasó la tarde respondiendo a los mensajes de condolencia que se habían ido acumulando sobre su escritorio a lo largo de la semana. Cuando terminó, ya eran casi las cinco. «Tengo que salir de aquí. No he hecho ejercicio en toda la semana».

Se puso unos pantalones cortos y una camiseta, introdujo una tarjeta de crédito y un billete de diez dólares en su bolsillo y se dispuso a correr las tres manzanas que la separaban del Central Park. En la calle Setenta y dos viró en dirección al parque y empezó a correr hacia el sur. «Solía correr tres o cuatro veces por semana —pensó—. ¿Por qué me permití dejarlo?».

Mientras recuperaba la vieja rutina y gozaba del sentimiento de libertad que le procuraba su actividad al aire libre, Nell siguió pensando en las muchas notas de condolencia recibidas.

« Parecías tan feliz con Adam...» .

« Estamos muy apenados por la tragedia...» .

« Cuenta con nosotros para lo que haga falta...» .

« ¿Por qué no hay una sola carta que diga lo fantástico que era Adam y que le echarán de menos?» , pensó.

« ¿Por qué me siento tan ajena? ¿Por qué no puedo llorar?» .

Nell mantenía el ritmo, pero no pudo dejar de pensar en ello: « ¿Dónde leí que no puedes ir más aprisa que tus propios pensamientos?» , se preguntó.

Dan Minor salió por Central Park South y volvió a entrar por el acceso opuesto dirigiéndose de nuevo parque arriba. « Un día perfecto para correr» , pensó. El sol vespertino era agradablemente cálido y la brisa refrescante. El parque estaba lleno de corredores, patinadores y paseantes. La mayor parte de los bancos estaban ocupados por gente que disfrutaba del vaivén o que se entretenía leyendo.

Dan se sobresaltó al pasar ante un banco en el que se sentaba una mujer desaliñada que llevaba un vestido raído. « Nadie se sienta a su lado» , pensó, observando la pila de bolsas de plástico a sus pies.

« ¿Es así como Quinny ha pasado la mayor parte de su vida? ¿También la

ignoraban y evitaban?» .

Resultaba extraño que se le hiciera más fácil pensar en ella como Quinny. «Mamá» era otra persona, una mujer hermosa, de pelo oscuro y manos cariñosas, que solía llamarle Niño Danny, como el título de la vieja canción irlandesa.

« Pero también era una mujer que empezó a beber noche tras noche, después de acostarme —pensó—. A veces, me despertaba en mitad de la noche y la cubría con una manta cuando ya estaba durmiendo la mona» .

En el trayecto, la visión pasajera de una mujer alta de pelo castaño que pasó ante él corriendo lo sacó de sus ensoñaciones. « La conozco» , pensó.

Fue una reacción inmediata, el tipo de sensación que uno tiene cuando algo familiar acciona el mecanismo de la memoria. Dan se detuvo y se volvió. « Pero ¿quién es y por qué la recuerdo?» .

Sabía que había visto esa cara en las últimas veinticuatro horas.

« Claro —pensó—. Es Nell MacDermott. La vi anoche en las noticias de las diez cuando salía de la iglesia en la que habían celebrado la misa en memoria de su esposo» .

Una reacción compulsiva le hizo volver sobre sus pasos y correr de nuevo hacia el sur de Central Park, tras la estela de la melena castaña de Nell MacDermott.

A medida que se acercaba a Broadway, Nell aminoró el ritmo. La librería Coliseum Books estaba en la esquina de Broadway con la Cincuenta y siete. El dinero y la tarjeta que había cogido de casa al salir eran por si decidía detenerse allí de regreso a su apartamento. Y lo hizo.

« Si voy a ver a Bonnie Wilson y acepto su versión de que ha estado en contacto con Adam, necesitaré saber algo más acerca de los fenómenos parapsicológicos —pensó—. Sé que Mac se reiría de la idea, ya que sólo los simplones y las viejas chifladas como la tía Gert daban algún crédito a toda esa cháchara psíquica» . De hecho, si antes rechazó las sugerencias de Gert había sido por la actitud de su abuelo al respecto. « Pero si lo que vi hacer a Bonnie Wilson en ese programa fue auténtico, entonces quizá podría comunicarme con Adam. En cualquier caso, si decido verla, quiero estar preparada. Quiero saber a qué atenerme y qué puedo preguntar» .

Dan siguió a Nell por Broadway, hasta que entró en la librería. Dudó qué hacer, y permaneció fuera, en la acera, mirando el escaparate y simulando estar interesado en los libros exhibidos.

« ¿Debería seguirla hasta dentro?» , pensó. Si no sabía qué quería no podía

aparentar que compraba. Además, había estado corriendo a buen ritmo antes de avistarla y sabía que su aspecto revelaba la necesidad de una ducha y un cambio de ropa. No mostraba el aspecto adecuado con que uno se presenta a comprar en una librería.

Levantando el borde de la camiseta, se enjugó el sudor de la frente. « Quizá debería mandarle una nota —pensó—. Sin embargo, me gustaría hablar con ella. Su número de teléfono puede no estar en el listín y, en una situación como ésta, estará recibiendo toneladas de correo como para poder lidiar con todo. Entraré », decidió.

Pudo verla por el escaparate mientras se encaminaba por entre los estantes de libros. Entonces, con un sentimiento de alivio e inquieta anticipación, la vio dirigirse hacia la caja.

Al salir de la tienda, dio un par de largas zancadas hasta la esquina e hizo señas a un taxi que bajaba por Broadway.

« Ahora o nunca », pensó Dan. Y se decidió.

—Nell.

Ella se detuvo. La corredora alta, de pelo castaño en chándal de manga larga resultaba, sin duda, familiar.

—Dan Minor, Nell. Nos conocimos en la Casa Blanca. Fue hace varios años.

Ambos sonrieron.

—Tienes que admitir que una presentación así supera en mucho el clásico: « ¿No nos hemos visto antes? » —bromeó Dan y añadió—. Tú estabas con tu abuelo y yo era la pareja de la hija del diputado Dade.

« Estoy segura de que le conozco », pensó Nell, mientras examinaba su expresión agradable. Entonces, le recordó.

—Ah, sí. Me acuerdo. Eras médico —dijo—. Cirujano pediatra y fuiste a Georgetown.

—Exacto. « ¿Y ahora qué le digo? » —se preguntó Dan, mientras la espontánea sonrisa desaparecía de los labios de Nell MacDermott—. Sólo quería decirte lo mucho que lamento la muerte de tu marido —dijo rápidamente.

—Gracias.

—Señora, ¿quiere el taxi o no? —exclamó el taxista, impaciente.

—Sí; espere, por favor —le tendió la mano a Dan—. Gracias, por detenerte a saludar, Dan. Me ha alegrado verte de nuevo.

Dan se quedó mirando cómo el taxi cambiaba de carril en Broadway y giraba en la calle Cincuenta y siete.

« ¿Cómo le pides a una mujer que acaba de enviudar si le apetecería salir a cenar? », se preguntó.

El viernes por la tarde, en Filadelfia, Ben Tucker fue a la consulta de la psicóloga infantil, la doctora Megan Crowley.

Se sentó solo a esperar en la recepción, mientras su madre, entraba en otra estancia para hablar con la doctora. Sabía que él también iba a tener que hablar con esa mujer, pero no quería porque seguro que le preguntaría por su sueño y no le apetecía hablar de eso.

Cada noche soñaba lo mismo. Incluso durante el día, temía que al dar la vuelta a una esquina, la serpiente se le echara encima.

Sus padres trataron de convencerle de que lo que estaba viendo no era real, que sólo era un trastorno pasajero. Intentaron que entendiera que era muy duro para un niño de su edad contemplar una explosión tan terrible en la que había muerto gente, y que la doctora le ayudaría a superarlo.

«Pero no lo comprenden: no se trata de la explosión. Se trata de la serpiente».

Su padre le dijo que cuando pensara en aquel día de excursión en Nueva York, debía recordar la visita a la Estatua de la Libertad, en lo divertido que fue subir todas esas escaleras y en el hermoso panorama que podía contemplarse desde la corona de la estatua.

Ben había intentado verlo de ese modo. Incluso se forzó a pensar en la aburrida historia de cómo su tatarabuelo fue uno de los chicos que habían colaborado, con unos centavos, para que la Estatua de la Libertad fuera erigida. Pensó en todas las personas procedentes de otros países que habían pasado en barco junto al monumento y que lo habían contemplado extasiados y ansiosos por desembarcar en Estados Unidos. Pensó en todas esas cosas, pero no le ayudaron mucho. Siempre resurgía la imagen de la serpiente.

La puerta se abrió y apareció su madre acompañada de otra señora.

—Hola, Ben —dijo—. Soy la doctora Megan.

Era joven, no como el doctor Peterson, su pediatra, que era realmente viejo.

—La doctora Megan quisiera hablar contigo ahora, Benjy —dijo su madre.

—¿Vienes tú conmigo? —le preguntó, algo atemorizado.

—No, te esperaré aquí. Pero no te preocupes. Estarás bien y todo acabará antes de lo que esperas. Luego, saldremos a tomar algo.

Miró a la doctora. Sabía que iba a tener que ir con ella. « Pero no le voy a hablar de la serpiente» , se prometió.

Sin embargo, la doctora Megan le sorprendió. No parecía querer hablar de la serpiente. Le preguntó por la escuela y él le dijo que hacía tercero. Luego le preguntó por los deportes y le respondió que la lucha era lo que más le gustaba y que, unos días antes, había ganado su combate, al abatir a su rival en treinta segundos. Después hablaron de la clase de música y dijo que era consciente de que no practicaba lo bastante, aunque añadió que ese mismo día había logrado tocar la flauta con las notas justas.

Hablaron de un montón de cosas, pero ni una sola vez le preguntó por la serpiente. Sólo que se volverían a ver el lunes siguiente.

—La doctora Megan es muy agradable —le dijo a su madre cuando bajaban en el ascensor—. ¿Podemos ir a tomar un helado ahora?

## SÁBADO Y DOMINGO, 17 Y 18 DE JUNIO

### 39

Nell pasó toda la noche del viernes leyendo los libros que compró esa tarde sobre fenómenos psíquicos.

El sábado por la tarde ya había leído todos aquellos capítulos vinculados con los fenómenos que ella deseaba indagar.

«¿Qué creo yo de todo esto?», se siguió preguntando, mientras leía y releía muchos de los pasajes.

«Intuí el momento preciso en el que Grammy, papá y mamá murieron — pensó—, y sé que, estando en Hawai, mamá y papá me animaron a seguir nadando, cuando yo ya estaba a punto de dejarme arrastrar por la fuerza del agua. Éstas son mis experiencias personales relacionadas con la parapsicología» .

Nell apreció que, en algunos de los libros, el autor se detenía en el concepto del «aura» de una persona. «El día de la explosión, cuando vi a Winifred, parecía como si un oscuro manto negro la envolviera. Según lo que he estado leyendo, eso sería el "aura"... Y yo la vi. Los libros apuntan a ese velo oscuro como el símbolo de la muerte» .

Nell pensó en aquella vez en que vio a Bonnie Wilson en la televisión. Su modo de hablar con aquella mujer sobre las circunstancias de la muerte de su esposo había sido decididamente convincente, recordó.

« Los escépticos proclaman que la gente que afirma poseer poderes psíquicos no hacen más que deducciones afortunadas, basadas en la información que han logrado sonsacar subrepticamente de la persona que les consulta. Bien, admito que también yo soy una escéptica —pensó Nell—, pero si Bonnie Wilson es una embaucadora, debo reconocer que me engañó a mí también» .

«¿La gente que afirma estar en contacto con los muertos se limitan a aventurar conjeturas afortunadas? —se preguntó—. Bonnie Wilson no podía haber deducido todo lo que le dijo a aquella mujer en televisión. ¿Y qué hay de la sincronización? Así denominan ellos el hecho de estar pensando en alguien y que, al cabo de un minuto, esa misma persona te llame por teléfono. Es como si alguien mandara un fax y la otra persona lo recibiera. Están sincronizados» .

Eso explicaría en buena medida el fenómeno que había apreciado en el caso de Bonnie Wilson y su paciente televisiva. «Quizá, los médiums que afirman estar en contacto con los muertos no son más que máquinas de fax que transmiten los pensamientos de aquellos que les consultan», decidí.

«Oh, Adam. ¿Por qué te dije que no hacía falta que volvieras a casa ese día? —Se atormentaba Nell—. Si no hubiera actuado así, ¿sería ahora capaz de aceptar el hecho de que te hayas ido para siempre? Pero incluso si no se hubiera producido ese malentendido entre los dos, tu muerte habría dejado igualmente muchas preguntas sin respuesta. ¿Quién te hizo esto Adam? ¿Y por qué?»

«Yo pensaba que Winifred estaba enamorada de ti, pero ahora sé que había alguien más en su vida. Eso me reconforta y espero que llegara a conocer el verdadero amor.

«Mac sigue igual de preocupado por la posibilidad de que se embarre tu nombre en la investigación sobre Walters & Arsdale acerca de sobornos y comisiones fraudulentas. Aunque esas cosas pueden haber sucedido mientras tú estabas ahí, sin saberlo. ¿Es justo que te culpen ahora de todo cuando ya no estás aquí para defenderte?»

«Trabajaste para Walters & Arsdale durante más de dos años, pero ninguno de los socios principales de la firma acudió a la misa en tu memoria. Sé que estaban furiosos porque compraste la parcela Kaplan, y luego les dejaste en la estacada para abrir tu propio despacho. Eso no era más que legítima ambición personal y yo fui educada para creer que la ambición era algo bueno», pensó Nell.

«¿La persona que voló el yate era alguien que te quería fuera de la foto? ¿Eras tú el objetivo? ¿O era Sam Krause? ¿Quizá Winifred? La viuda de Jimmy Ryan quiso hablar conmigo después de la misa, pero algo la atemorizó. ¿Iba a decirme algo que yo desconocía acerca de la reunión en el barco? ¿Podía ser que Jimmy Ryan supiera que estaban en peligro? ¿O era él el objetivo?» .

Aquella mañana fatídica, Adam hizo hincapié en la existencia de los distintos niveles de honestidad en el negocio de la construcción.

«¿Qué quería decir con ello?» .

Durante la mayor parte de la noche del sábado, Nell permaneció desvelada. Se sentía como si Adam pudiera presentarse en cualquier momento. Finalmente se durmió, pero a las seis y a estaba despierta de nuevo. Disfrutaría de otra bonita mañana de junio. Se duchó, se vistió y se fue a misa de siete.

«Que el alma de Adam y las de los fieles difuntos descansen en paz...» . Su plegaria fue la misma que se había ido repitiendo a lo largo de la semana. Y lo seguiría siendo a lo largo de muchos domingos. Tenía que encontrar respuestas, alguna explicación a todo lo sucedido.

«Pero si Adam está tratando de contactar conmigo —pensó—, debe de haber algún motivo que impida que su alma descanse en paz» .

Pensó en las enseñanzas de la Iglesia. El Santo Patrón de los sacerdotes era conocido por su notable comprensión de la vida ultraterrena. Y el Padre Pío era un místico.

« Ya no sé qué creer », pensó Nell.

De regreso a casa se detuvo para comprar un panecillo recién salido del horno. « Me encanta Nueva York los domingos por la mañana —se dijo, mientras recorría la avenida Lexington—. En mañanas como ésta, es igual que una pequeña ciudad que va despertándose con las calles tranquilas y vacías » .

Esta parte de Manhattan era el distrito electoral de Mac, sus calles.

« ¿Llegarán a ser mi distrito, mis calles? », se preguntaba con el pulso acelerado.

Sin Adam, la angustia de presentarse o no había desaparecido.

Un sentimiento de odio la invadió cuando, por sí misma, y por una milésima de segundo, llegó a sentir un cierto alivio, al concienciarse de que ese problema había dejado de existir.



Peter Lang pasó el fin de semana a solas en Southampton, después de haber rechazado media docena de invitaciones de amigos para que asistiera a partidos de golf, cócteles o fiestas.

Toda su energía e ideas estaban concentradas en la situación que, debía encarar: la financiación del nuevo proyecto Vandermeer y, la necesidad, ahora sí, de que Nell MacDermott accediera a venderle la parcela que su esposo había comprado a la viuda Kaplan.

« ¡Qué estúpido fui! Nunca previne que existía ya un clamor general para que el Comité de Valoración eximiera a la mansión Vandermeer de su condición de monumento histórico », pensó, regañándose por su falta de cálculo. Luego, cuando se hizo público lo que todos sabían menos él, ya era demasiado tarde: Cauliff le había ganado la partida.

Sin la parcela Kaplan, el complejo que pretendía construir sería funcional, pero nada especial. Con ella, por el contrario, podría convertirse en la fuerza motora de una obra maestra de la arquitectura, otra pieza de excepción en el panorama de Manhattan.

El nombre de Lang no figuraba en ninguno de sus edificios. La espera estaba siendo muy larga aunque sabía que acabaría por encontrar la combinación perfecta entre emplazamiento y diseño, arquitectónico que mereciera llevar su apellido. Y el resultado sería una construcción que se erigiría como monumento a tres generaciones de la familia Lang.

Tal como temía, cuando se dirigió a Cauliff con la oferta para comprar la parcela Kaplan, aquél le había replicado que se verían en el infierno antes que venderle esa parcela. Así que se vio forzado a aceptarle como socio.

« Bien, parece que Adam llegará al infierno pensó Peter con lúgubre satisfacción.

Y, ahora, tenía que hallar el modo de lidiar con su viuda para convencerla de que vendiera esa propiedad. Sabía lo bastante acerca de ella como para estar seguro de que no pasaba por estrecheces económicas que la forzaran a vender, ya que era una mujer acaudalada, independientemente de las propiedades de su marido. Pero Peter seguía teniendo un as bajo la manga. Una carta que pretendía jugar esa misma tarde.

Era un secreto a voces que Cornelius MacDermott se había sentido profundamente decepcionado cuando su nieta decidió no presentarse para su escaño cuando él se retiró.

«Tiene todas las credenciales —musitó Peter Lang, al tiempo que se encaminaba desde su casa hacia el mar por el sendero orillado de flores—. Lástima que no se presentara la última vez. Gorman ha sido una pérdida de tiempo, y si abandona, ella va a tener que recuperar los votos de los ciudadanos decepcionados por la gestión de aquél.

» Nell MacDermott es savia nueva del viejo tronco y, al igual que su abuelo, muy sagaz en la política. También es lo bastante lista para saber qué puedo hacer mucho para ayudarla a salir elegida y que le conviene estar de mi parte. Y no sólo eso; sospecho que cuando los tribunales empiecen a hurgar en algunas de las prácticas en las que se supone que Adam estaba implicado, acudirá a mí para defender la profesionalidad de su marido» .

Peter Lang dejó caer la toalla que llevaba. Con largas y decididas zancadas penetró en el oleaje y se zambulló en el mar.

El agua estaba tremendamente fría, pero una vez recorridos varios metros, su temperatura corporal empezó a ajustarse. Mientras nadaba con brazadas rápidas y firmes, Lang pensó en su cita fallida con el destino. Le asaltó la lúgubre idea de si Adam Cauliff seguía vivo y consciente cuando el agua le amortajó, tras la explosión del yate.

Bonnie Wilson le había dicho a Gert que la llamara, en cualquier momento, en caso de que Nell MacDermott decidiera acudir a su consulta. Era plenamente consciente de que, aunque Nell pudiera estar ansiosa por verla, la decisión no era fácil. Su trabajo como articulista del Journal, la posibilidad de que llegara a saberse que consultaba a una médium, podría procurarle más publicidad de la deseada. Además, planeaba su eventual candidatura al Congreso. Ya que la prensa andaba siempre a la caza de pretextos para desacreditar a los candidatos, si les ponía sobre la pista de sus visitas a una médium no tardarían en usarlo en contra suya.

Los medios se cebaron en Hillary Clinton cuando utilizó los servicios de una médium con el fin de comunicarse con Eleanor Roosevelt y nunca dejaron de criticar a Nancy Reagan por su afición a consultar a una astróloga.

Pero el domingo por la mañana, a las diez en punto, Bonnie recibió la llamada de Gert MacDermott que había estado esperando.

—A Nell le gustaría verte —dijo Gert, con voz apocada.

—¿Pasa algo malo, Gert? No hace falta ser médium para percibir el estrés en tu voz.

—Creo que mi hermano está terriblemente enojado conmigo. Hoy nos invitó a Nell y a mí a cenar y dejé ir que tú y yo hablábamos a menudo. Además, le conté algo de lo que tú me habías dicho. Entonces se enfureció y le prohibió a Nell que se viera contigo.

—Lo que, sin duda, significa que va a venir a verme.

—Seguramente, lo habría hecho en cualquier caso —dijo Gert—, aunque pienso que se siente insegura. Pero ahora considera que debe consultarte sin falta y quiere hacerlo tan pronto como sea posible.

—Estupendo, Gert. Dile que venga mañana a las tres.

## LUNES, 19 DE JUNIO

### 42

Aquel día como cada lunes, el salón estaba cerrado. En cierto modo, Lisa Ryan agradecía ese día de fiesta. Le daba algo más de tiempo para prepararse emocionalmente, y enfrentarse al mundo. Por un lado, tenía ganas de volver al trabajo. Pero también temía pasar por aquella primera semana, en la que todas las clientas habituales expresarían su pesar por la desgracia, para luego mostrar sus deseos de conocer todos los detalles de la explosión que había acabado con la vida de Jimmy.

Muchas de ellas se acercaron a la funeraria. Otras mandaron coronas, flores o mensajes de pésame. Pero la novedad del evento ya se había desvanecido. Para todos menos para ella. Ahora, todas sus clientas seguían con sus vidas, sólo vagamente conscientes de la pérdida sufrida por Lisa. Quizá, durante un tiempo, seguirían pensando en su conocida facultad de anticipar el rumor del coche de su esposo al llegar a casa por la noche. Pero también eso quedaría absorbido por la rutina. Sí, todas estaban verdaderamente apenadas por ella, pero también aliviadas de no haber sido ellas quienes tuvieran que pasar por ese trance y recibir el pésame.

Lisa se había sentido del mismo modo el año pasado, cuando el esposo de una de sus clientas falleció en un accidente de tráfico. Recordaba que había hablado de ello con Jimmy. Nunca olvidaré lo que me dijo: "Lissy, todos somos algo supersticiosos. Siempre tenemos la impresión de que si algo terrible le sucede a otra persona, los dioses quedarán satisfechos por un tiempo y nos dejarán a nosotros en paz"».

Hacia las nueve ya había puesto orden en la casa. Aún se amontonaban por responder cantidad de notas de amigos y conocidos expresando el pésame por lo sucedido, pero Lisa no se sentía con ánimo de hacerlo.

Amigos que ya no vivían en el área de Nueva York habían escrito, también, para mostrar sus condolencias. Uno de los mensajes más amables era el de un chico con el que ella y Jimmy se habían criado y que ahora era un pez gordo de Hollywood.

« Recuerdo a Jimmy de cuando estábamos en séptimo —decía la carta—. Un

día nos dieron una tarea de ciencias que, como padre, ahora sé que no es más que un intento de los maestros por causar problemas a las familias. La noche antes de la entrega de esos deberes, yo todavía no había hecho el mío y, como de costumbre, Jimmy había terminado el suyo. Estaba dispuesto a echarme una mano. Vino a casa y me ayudó a construir un puente de Lego y a redactar después un trabajo en el que explicaba por qué incorporaba en la estructura un cierto grado de oscilación. Era un gran chico» .

« Y yo casi vilipendí su buen nombre a la policía» , pensó Lisa, recordando la visita del inspector Jack Sclafani el pasado viernes. En todo caso, no explicar lo del dinero tampoco arreglaba las cosas: debía devolverlo. Sabía con absoluta certeza que Jimmy no se había apropiado del dinero voluntariamente: a ciencia cierta, le habían forzado a aceptarlo. No podía existir otra explicación. La disyuntiva de perder su trabajo o hacer la vista gorda ante algo podrido que se cocía en la obra. Entonces, le obligaron a aceptar un dinero que no quería y, de ese modo, le tendrían bajo control.

A pesar de que no la conocía realmente, Lisa presentía que Nell MacDermott era alguien en quien podía confiar. A lo mejor Nell podía saber en qué estaba trabajando Jimmy por aquel entonces. Después de todo, habían llamado del despacho de su marido para hacerle una entrevista a Jimmy y traspasar después su solicitud de empleo a la Compañía Constructora Sam Krause. Lo que había empezado como un gesto de aparente bondad, había finalizado con la horrible muerte de su marido.

De algún modo, el dinero de aquellas cajas tenía que estar relacionado con lo sucedido. Y, a pesar de que lo necesitaba para pagar las facturas y comprar comida, sabía que no podría gastar ni un céntimo. Era dinero sucio, manchado ahora con la sangre de Jimmy.

A las diez, trató de llamar a Nell MacDermott. Sabía que vivía en Manhattan, por la calle Setenta, en el sector este, pero su teléfono no figuraba en el listín.

Entonces, Lisa recordó haber leído en un periódico que el abuelo de Nell, el ex congresista Cornelius MacDermott, regentaba una consultoría. Consiguió el número en información y decidió llamar. Quizá alguien podría ponerle en contacto con Nell.

Casi de inmediato, la atendió una agradable voz femenina que dijo ser Liz Hanley, la asistente del ex congresista Cornelius MacDermott.

Lisa no se anduvo con rodeos.

—Mi nombre es Lisa Ryan. Soy la viuda de Jimmy Ryan y debo hablar con Nell MacDermott.

Liz Hanley le pidió que se mantuviera a la espera. Al cabo de dos minutos, retornó la comunicación.

—Si llama ahora mismo, la puede encontrar en el 212-555-6784. Está esperando su llamada.

Lisa le dio las gracias, cortó la conexión y marcó inmediatamente el número que acababan de darle. Respondieron tras la primera llamada. Cinco minutos después, a las diez y veinte, Lisa Ryan ya estaba camino de encontrarse con Nell MacDermott, la otra viuda víctima de la explosión.

Durante sus treinta y ocho años de existencia, Jed Kaplan había tenido suficientes problemas con la ley para saber cuándo se hallaba bajo vigilancia. Poseía una especie de sexto sentido para saber cuándo le iban pisando los talones.

« Puedo oler a un poli a la legua —pensó, amargamente ese lunes por la mañana, tras cerrar el apartamento de un portazo y encaminarse hacia el centro—. Qué gusto calzar unos zapatos tan cómodos. Os voy a llevar para uno de nuestros agradables paseos» .

Jed no veía el momento de abandonar Nueva York. No podía soportar seguir viviendo con su madre ni un minuto más. Al despertarse una hora antes, sintió la espalda casi paralizada por haber dormido en el desvencijado colchón del abominable sofá cama. Después se dirigió a la cocina para tomar un café y encontró a su madre sentada a la mesa, llorando desconsolada.

—Hoy, tu padre habría cumplido ochenta años —dijo, con voz rota—. Si aún viviera, le hubiera organizado una fiesta. En cambio, aquí estoy, sola y escondida, avergonzada de mirar a vecinos a la cara.

Jed intentó disipar esas preocupaciones, afirmando de nuevo su inocencia. Pero era imposible calmarla y continuó afligida durante un buen rato.

—Recuerdas las viejas películas de Edward G. Robinson; ¿verdad? —dijo—. Cuando su esposa muere, la única cosa que lega a su hijo es su sillita de niño, porque la única alegría que había dado era cuando se sentaba en ella de crío.

Entonces, sacudió el puño ante él.

—Podría decir lo mismo de ti, Jed. Tu comportamiento es una desgracia para mí, para la memoria de tu padre.

Hasta ahí llegó su aguante y su paciencia. Abandonó el apartamento y con él todo el aire de claustrofobia incurable que acumulaba. Tenía que huir, pero para hacerlo necesitaba el pasaporte. Los polis sabían que aquella miserable imputación por la hierba que habían hallado en una bolsita de lona sería desestimada en un tribunal; pero le confiscaron el pasaporte para asegurarse que no huiría.

« Nunca admití que esa hierba fuera mía —pensó Jed, felicitándose a sí mismo—. Y les dije la verdad cuando confesé que no la había tocado en cinco años» .

Pero aunque fue eximido de los cargos, no se iba a quitar fácilmente de encima a los polis. Ya inventarían algo para obligarle a que no se alejara.

«El problema es —pensó Jed, mientras se detenía en una cafetería de Broadway— que la pista que podría darles sobre la explosión también podrían usarla en mi contra» .



—Perdone que llegue tarde —se excusó Lisa Ryan ante Nell al entrar en su apartamento—. Debería haber sabido que no encontraría aparcamiento. Al final, he dejado el coche en un garaje.

Esperaba no aparentar nerviosismo y turbación como, en efecto, sentía. El tráfico de Manhattan siempre la enervaba y estacionar el coche en un garaje, con una tarifa mínima de veinticinco dólares, la irritaba. Veinticinco dólares era una gran cantidad de dinero para Lisa, similar al que recibiría en propinas por una media de entre cinco y ocho manicuras. Todo ese dinero malgastado por no poder dejar en la calle un coche viejo. De no ser por la urgencia de encontrarse con Nell MacDermott, quizá habría dado la vuelta y regresado a Queens.

Al salir del garaje y encaminarse al edificio de apartamentos, notó sus ojos anegados de lágrimas por la frustración, y se sirvió de un pañuelo para enjugarlas. No quería hacer una escena en mitad de Manhattan.

Lisa gustaba de la elegancia de su traje pantalón azul marino; pero al mirar a la mujer que estaba ante ella, supo que sus ropas debían parecer un saldo de última hora, comparadas con los pantalones color canela de esmerado corte y la blusa color crema que vestía Nell MacDermott.

«Las fotos no le hacen justicia —pensó—. Es tan hermosa. Además, hoy se la ve mucho mejor que el día de la misa en memoria de su marido».

Nell la saludó amable y cálidamente. Enseguida, la apremió a que la llamara Nell y Lisa sintió de inmediato que podía confiar en ella, algo que resultaba sumamente importante en las actuales circunstancias.

También había algo en ella que la reconfortaba. Nell MacDermott desprendía un aire de tranquila seguridad en sí misma. Mientras la observaba, Lisa pudo apreciar que Nell tenía por costumbre vivir en sitios como aquél.

Mientras la seguía hacia el salón, volvió a pensar en Jimmy y en el modo en que solía tomarle el pelo por su manía de enfrascarse en la lectura de revistas de interiorismo y decoración. Lisa recordó la cantidad de horas invertidas en amueblar mentalmente la casa de sus sueños. A veces, la concebía con una decoración clásica, una casa que integrara antigüedades y alfombras persas. En otras ocasiones, dominaba el estilo campestre inglés o incluso a la manera art déco o decididamente moderna, aunque sabía que debía descartar tales estilos

porque no eran del agrado de Jimmy. Entonces le asomó un triste recuerdo; las veces en que le había dicho que, cuando los chicos crecieran, regresaría a la academia para estudiar diseño de interiores. Pero eso ahora ya no sería posible.

—Tienes una casa preciosa —le dijo pausadamente, contemplando la ecléctica estancia y la perfecta conjunción del mobiliario.

—Gracias. A mí también me encanta —dijo Nell con cierta añoranza—. Mis padres viajaban mucho. Eran antropólogos y solían traer a casa algunas piezas realmente curiosas procedentes de todas las partes del mundo. Y si añades un par de cómodos sofás y sillones, la cosa funciona seguro. La verdad es que este lugar ha sido para mí como un paraíso en estos últimos días.

Al tiempo que hablaba, Nell MacDermott examinaba a su visitante. El maquillaje no podía ocultar los ojos hinchados de Lisa Ryan y el rostro aún evidenciaba el dolor sufrido y las lágrimas derramadas. Nell tenía la impresión de que no tardaría mucho en volver a abrir las escotillas del llanto desconsolado.

—Acabo de hacer café —dijo—. ¿Te apetece?

Unos minutos después, estaban sentadas una frente a la otra a la mesa de la cocina. Lisa sabía que era ella quien debía romper el hielo. «Soy yo quien ha propuesto el encuentro —pensó—, de modo que quizá debería empezar. Pero ¿por dónde?», se preguntó.

Respirando profundamente, empezó a hablar.

—Nell, mi marido estuvo sin empleo fijo durante casi dos años. Solicitó un trabajo en el despacho de tu esposo y, entonces, fue repentinamente contratado por su colega financiero, Sam Krause.

—Yo diría que Sam Krause era más un socio que un colega de negocios —dijo Nell—. Adam trabajaba en varios proyectos a la vez, con personas distintas a las que no consideraba realmente sus socios. Cuando estaba con Walters & Arsdale, era el arquitecto al cargo de algunas remodelaciones inmobiliarias y Sam Krause era el contratista. Luego, Adam abrió su propio despacho y planeaba trabajar con Krause en el proyecto Vandermeer.

—Lo sé. Jimmy había estado reconstruyendo viejos edificios de apartamentos, pero recientemente me dijo que esperaba implicarse en un gran proyecto, un rascacielos, remarcó, del que seguramente iba a ser el capataz.

Lisa hizo una pausa y prosiguió.

—Nell... —Su voz flaqueó y, al cabo de un momento, se aceleró—. Nell, Jimmy perdió su trabajo hace un par de años porque era un hombre honesto y denunció públicamente la baja calidad de los materiales empleados por la empresa en la que trabajaba por aquel entonces. Debido a ello fue boicoteado y le fue imposible encontrar trabajo. Así que cuando recibió la llamada para trabajar con Sam Krause, se alegró de poder volver. Mirando atrás, sin embargo, me doy cuenta que desde el momento en que empezó a trabajar allí, algo extraño debió de ocurrir. Yo le quería mucho y manteníamos una relación muy

estrecha, de modo que no pude dejar de notarlo. Había cambiado.

—¿Qué quieres decir por «cambiado»? —preguntó Nell.

—No podía dormir. Perdió el apetito y parecía estar siempre en otro mundo.

—¿Cuál crees que podría ser la causa de todo ello?

Lisa Ryan depositó sobre la mesa su taza de café y miró a los ojos a la mujer sentada ante ella.

—Creo que a Jimmy lo obligaron a hacer la vista gorda cuando vio que algo en el trabajo no funcionaba del modo debido. Él no se habría involucrado jamás en nada irregular, pero estaba en un punto de su vida en el que si se le planteaba la alternativa de perder de nuevo un empleo o colaborar en asuntos de dudosa legalidad, pienso que habría escogido esto último. Sin duda, tomó la decisión equivocada. Jimmy era un tipo demasiado honesto para poder vivir tranquilo después de cometer un acto contrario a sus principios. Y sé que eso es lo que debe de haber sucedido; y le estaba volviendo loco.

—¿Te habló alguna vez de ello, Lisa?

—No —repuso Lisa, vacilante. Cuando prosiguió su tono era nervioso y apresurado—. Nell, tú eres una extraña para mí, pero sé que alguien debe saberlo, y voy a confiar en ti. Encontré dinero escondido en el taller de Jimmy, en el sótano. Creo que era dinero que le fue entregado para que mantuviera la boca cerrada. Y, por el modo en que estaba empaquetado, estoy segura de que no tocó ni un céntimo. Él era así: jamás tocaría dinero sucio.

—¿Cuánto dinero había?

La voz de Lisa se atenuó.

—Cincuenta mil dólares —susurró.

«¿Cincuenta mil dólares! Jimmy Ryan estaba sin duda metido en algo gordo —pensó Nell—. ¿Sospechaba Adam al respecto? ¿Era ése el motivo por el que Jimmy fue invitado a la reunión del yate?».

—Quiero devolverlo —dijo Lisa—. Pero sin llamar la atención. Aunque Jimmy se arriesgara a perder el trabajo, no debería haberlo aceptado y él lo sabía. Ése es el motivo por el que durante todos estos últimos meses le veía tan deprimido, a pesar de recuperar el empleo. Él ya no puede devolverlo, pero yo sí. Ese dinero tenía que proceder de alguien de la empresa de Krause. Y debo averiguar de quién. Por eso he venido a hablar contigo.

En un gesto de coraje, mayor del que suponía poseer, Lisa se inclinó hacia adelante y tomó la mano de la otra mujer.

—Nell, cuando Jimmy cumplimentó la solicitud para un trabajo en el despacho de tu marido, no se conocían de antes. Estoy segura de ello. Después, cuando tu marido usó su influencia para que Jimmy pasara a formar parte de la plantilla de Sam Krause, algo debió de suceder, algo terrible. No sé lo que fue, pero creo que era algo relacionado con lo que, tanto Jimmy como tu marido, estaban trabajando. Tienes que ayudarme a averiguar de qué se trataba y el

modo de poder enderezar el entuerto.

George Brennan y Jack Sclafani estaban presentes en el momento en que Robert Walters, socio mayoritario de Walters & Arsdale Asociados, acompañado por el abogado de la empresa, llegó a la oficina del asistente del fiscal del distrito, Cal Thompson. Thompson era el miembro de la oficina encargado de la investigación abierta recientemente por el ayuntamiento sobre los sobornos y las comisiones fraudulentas en el negocio de la construcción.

Todas las partes presentes sabían que Walters se presentó allí bajo un acuerdo del tipo Reina por un día, lo que le garantizaba una inmunidad, aunque limitada, ante cualquier cosa que revelara durante el encuentro.

Su abogado ya había pronunciado una declaración a la prensa: «Walters & Arsdale y sus directivos niegan toda implicación en cualquier irregularidad y confían que no serán imputados por ninguna actividad criminal».

Tras su fachada de indiferencia desdeñosa y distraída, tanto Brennan como Sclafani tenían muy claro que Robert Walters estaba nervioso e inquieto. Todo lo que hacía era demasiado preciso y perfecto como para ocultar que se trataba de una escenificación bien ensayada.

«Yo también estaría nervioso —pensó Brennan—. Los peces gordos, de al menos un par de docenas de grandes despachos como el suyo, se han encomendado a una súplica para ahorrarse la investigación. Como resultado de todo ello, la mayoría no se llevará más que un cachete y una multa. Buen trato. Pagas un millón de dólares, mientras tu empresa ingresa medio billón. A veces, si el fiscal les tiene verdaderas ganas, algunos de estos tipos acaban cumpliendo un servicio social. Y con un poco de suerte algunos de los tiburones terminan pasando un par de meses en la cárcel. Pero entonces salen y ¿qué pasa? Todo vuelve a comenzar».

«Es un chanchullo muy simple —continuó divagando—. Los constructores más poderosos se ponen de acuerdo en quién se hará con el contrato. Hinchán la oferta más baja, y el arquitecto o el planificador la aceptan igualmente llevándose una comisión a cambio. Entonces aparece otro gran proyecto y, ¡hala!, es hora de que el siguiente *tiburón* se lleve el gato al agua. No es más que una transacción consensuada. Todo fraudulento y muy civilizado».

A pesar de la futilidad aparente del esfuerzo, Brennan creía en la necesidad

de perseguir estos actos. « Si hacemos que algunos de estos peces gordos se vean en un brete, quizá entonces las empresas menores podrán empezar a conseguir algunos de los grandes proyectos », pensó. Aunque, por momentos, se preguntaba si no estaba siendo demasiado optimista.

—Éste es un negocio en el que las legítimas ventas a comisión han sido malinterpretadas —iba diciendo Walters.

—Lo que mi cliente quiere decir... —interrumpió el abogado de Walters.

El interrogatorio pasó a tratar aquello que Brennan y Sclafani habían venido a escuchar.

—Señor Walters, ¿era el fallecido Adam Cauliff un miembro de su compañía?

« Oh, parece que no le gusta ese nombre », pensó Sclafani, al ver la contrariedad en el rostro de Walters ante la pregunta.

—Adam Cauliff fue empleado nuestro durante aproximadamente dos años y medio —respondió Walters, cuya voz permaneció fría y rígida como si despreciara el tema considerado.

—¿En condición de qué trabajó el señor Cauliff para Walters & Arsdale?

—Empezó como arquitecto del equipo. Posteriormente, ascendió al cargo de lo que nosotros llamamos reconstrucciones y restauraciones de rango medio.

—¿Qué es lo que usted considera de rango medio?

—Proyectos que facturan menos de cien millones de dólares.

—¿Era satisfactorio su trabajo?

—Diría que sí.

—Ha dicho que Cauliff estuvo con ustedes durante más de dos años. ¿Por qué les abandonó?

—Para abrir su propio despacho. —Robert Walters sonrió fríamente—. Adam Cauliff era un hombre detallista y muy práctico. A menudo nos encontramos con arquitectos que no quieren enfrentarse al hecho de que las oficinas se alquilan por metro cuadrado. A pesar de saber que el cálculo económico es importante, normalmente, crucial, suelen planificar elementos innecesarios que consumen espacio, como pasillos extremadamente anchos que, multiplicados por treinta o cuarenta pisos, pueden reducir terriblemente la superficie rentable en ingresos.

—Entiendo, pues, que Adam Cauliff era un trabajador valorado que no cometía ese tipo de errores.

—Era eficiente. Hacía el trabajo que se le pedía y aprendía deprisa. Fue lo suficientemente listo para adquirir la parcela adyacente a la mansión Vandermeer, que por entonces era monumento histórico. Cuando el edificio perdió esa condición, la parcela Kaplan adquirida por Adam se hizo infinitamente más valiosa.

—La mansión se incendió, ¿no es así?

—Sí, es verdad. Pero no antes de haber perdido ya su estatus histórico.

Incluso, sin el incendio, la mansión habría sido derribada enseguida. Peter Lang compró el solar y dispuso planes para erigir un complejo de viviendas y oficinas.

Walters sonrió sombrío.

—Adam Cauliff pensó que Lang desearía su parcela tan desesperadamente como para aceptar su proyecto para el edificio que debía construirse. Pero se equivocó. Si Adam se hubiera quedado con nosotros y hubiera permitido que nuestros mejores arquitectos trabajaran con él, se habría hecho con el proyecto.

—¿Quiere decir que su compañía habría obtenido el trabajo?

—Quiero decir que un equipo de profesionales imaginativos y galardonados, capaces de idear construcciones que son lo último en el diseño arquitectónico, habría colaborado con él en el proyecto. El diseño de Cauliff era ordinario y repetitivo. Los inversores no se hubieran aventurado con él; y creo que Lang se lo hizo saber. Cauliff estaba ante una especie de encrucijada. Podía vender a Lang la parcela Kaplan por, más o menos, el precio que éste ofreciera. En caso contrario, Lang le restaba la opción de seguir por su cuenta y construir un edificio mucho menos ambicioso, pero independiente del terreno de Cauliff. Si eso sucedía, la parcela Kaplan se habría visto tan encerrada que perdería prácticamente todo su valor. Así de difícil y comprometida era la situación en Cauliff.

—Usted no lamentaba en exceso ver a Adam Cauliff en ese trance, ¿me equivoco, señor Walters?—preguntó el fiscal.

—Yo le ofrecí un trabajo a Adam Cauliff por mi gran amistad personal con el ex congresista Cornelius MacDermott, con cuya nieta se casó. Cauliff me lo agradeció abandonando la compañía y llevándose con él a Winifred Johnson, que había sido mi asistente a dirección durante veintidós años y a quien consideraba mi brazo derecho. ¿Lamento su muerte? Sí, como a cualquier persona decente me afecta su fallecimiento. Era el esposo de Nell MacDermott, una mujer joven y espléndida a la que conozco de toda la vida y cuyo dolor lamento profundamente.

Entonces se abrió la puerta del despacho y entró Joe Mayes, otro asistente del fiscal del distrito. Por la expresión de su cara, Brennan y Sclafani intuyeron que sucedía algo gordo.

—Señor Walters —interrumpió bruscamente Mayes—. ¿Está inspeccionando su compañía un edificio de oficinas en la esquina de Lexington con la Cuarenta y siete que restauraron hace bastantes años?

—Sí, esta mañana nos informaron de que algunos ladrillos de la fachada parecían poco firmes. Hemos enviado un equipo de inspección al enclave.

—Me temo que los ladrillos están algo peor de lo que creía, señor Walters. La fachada entera se derrumbó esta mañana. Hay tres peatones gravemente heridos, uno de ellos en estado crítico.

George Brennan observó cómo el rostro sonrosado de Robert Walters,

repentinamente, palidecía. ¿Se trataba de material de segunda? ¿O de un trabajo chapucero? En tal caso, ¿quién se había llenado los bolsillos?



A las tres en punto de la tarde, Nell llamó al timbre del apartamento de Bonnie Wilson, en la esquina de la calle Setenta y tres y el West End. Al oír el leve rumor de unos pasos acercándose del otro lado de la puerta, pensó por un momento en retroceder a toda prisa hacia el ascensor y desaparecer.

« Por Dios. ¿Qué es lo que estoy haciendo aquí? —se preguntó—. Mac tiene razón. Toda esta palabrería de los médiums y los mensajes emitidos por los seres queridos ya muertos no es más que un camelo. Soy una idiota por ridiculizarme a mí misma si acabo por creerme todas estas cosas» .

La puerta se abrió.

—Entra, Nell.

La primera impresión de Nell fue que Bonnie Wilson resultaba más atractiva en realidad de lo que le había parecido en la televisión. Su pelo negro azabache producía un asombroso contraste con su piel de porcelana. Las dos mujeres tenían, aproximadamente la misma altura, pero Bonnie era de una delgadez extrema, parecía casi desnutrida.

Sonrió con aire culpable.

—Nunca he hecho nada de este tipo —explicó Bonnie, mientras acompañaba a Nell desde el vestíbulo y por el pasillo hasta un pequeño estudio—. A veces, ha ocurrido que, estando en contacto con alguien del otro mundo, otra persona se comunica conmigo. Pero ésta es una situación enteramente diferente.

Le indicó una silla.

—Por favor, siéntate, Nell. Comprenderé perfectamente que, si después de hablar un rato nada de esto te convence, te levantes y te vayas. No me ofenderé. Por lo que me dice tu tía, no te sientes muy cómoda con el tema de la comunicación con aquellos que fallecieron.

—Para ser sincera, es muy posible que me vaya y me alegre saber que eres consciente de ello —dijo Nell, algo envarada—. Pero después de lo que me dijo la tía Gert, sentí que tenía que venir. A lo largo de mi vida, he pasado por varias experiencias que creo que podrían ser consideradas episodios psíquicos. Probablemente, Gert te lo ha contado.

—No, no lo ha hecho. Durante los últimos años, hemos coincidido en algunos encuentros de la Asociación Psíquica y estuve en una reunión en su apartamento,

pero nunca hablamos de ti.

—Bonnie, tengo la impresión de que debo ser muy directa contigo —dijo Nell—. La verdad, no me puedo tragar que seas capaz de hacer algo semejante a coger un teléfono para comunicarse con un muerto. Ni puedo aceptar que alguien del « otro mundo », como lo denominan los libros que he leído, sea capaz de hacer lo propio y ponerse en contacto contigo.

Bonnie Wilson sonrió.

—Aprecio tu franqueza. De todos modos, personas dotadas de poderes psíquicos y yo, por razones que están más allá de nuestro alcance, hemos sido escogidas como mediadores entre los difuntos y sus seres queridos en la Tierra. Habitualmente, acude a mí gente abatida por una pérdida y con la intención de seguir en contacto con aquel ser querido. Pero, otras veces, funciona de modo distinto. Por ejemplo, un día en que estaba ayudando a un marido fallecido a mandar un mensaje a su esposa, fui interrumpida por una persona llamada Jackie, quien había muerto en un accidente de automóvil. No entendía de qué modo podía ayudarla. Una semana más tarde, recibí una llamada de una mujer a la que no conocía.

Nell tuvo la impresión de que los ojos de Bonnie Wilson se ensombrecían a medida que hablaba.

—Esa mujer me había visto en la televisión y quiso concertar una cita para una consulta. Al encontrarnos, me contó que su hijo Jackie había perdido la vida en un accidente. Era la madre del chico que me había hablado desde el otro mundo.

—Pero la coincidencia en el hecho de que yo esté aquí es mucho menor. De entrada, tú conoces a Gen —protestó Nell—. Los periódicos iban saturados de noticias relativas a la explosión del yate y casi todos ellos mencionaron el hecho de que Adam estaba casado con una nieta de Cornelius MacDermott.

—Y ésa es precisamente la razón por la que, cuando Adam contactó conmigo durante una de mis sesiones, me dio su nombre y preguntó por Nell. Entonces supe que tenía que acudir a Gert.

Nell se puso en pie.

—Bonnie, perdona, pero no creo en eso. Ya te he hecho perder bastante tiempo. Debería irme.

—No me has hecho perder el tiempo. Sólo deberías darme la oportunidad de comprobar si Adam pretende mandarte un mensaje.

Aún reticente, Nell se volvió a sentar. « Supongo que, al menos, le debo eso », pensó.

Pasaron unos minutos. Bonnie cerró los ojos y descansó su mejilla sobre la mano. Entonces, de pronto, meneó la cabeza como si tratara de escuchar algo o a alguien. Tras un corto espacio de tiempo, bajó la mano, abrió los ojos y miró directamente a Nell.

—Adam está aquí —dijo, con voz tranquila.

A pesar de su incredulidad, Nell sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. « Debo ser razonable —quiso convencerse—. Todo esto es una tontería ». Trató de que su voz sonara tan firme como tranquila.

—¿Puedes verle?

—Por el ojo de la mente. Te está mirando con una expresión de amor inmenso, Nell. Te sonrío. Dice que es natural que no creas que esté aquí. Tú eres de Missouri.

Nell jadeó. « Soy de Missouri » era una expresión a la que recurría a menudo cuando Adam trataba de convencerla de que podía acabar amando la navegación.

—¿Tiene eso algún sentido para ti, Nell? —preguntó Bonnie Wilson.

Nell asintió.

—Adam quiere disculparse contigo, Nell. Me está comunicando que os peleasteis la última vez que estuvisteis juntos antes de su muerte.

« No le he contado a nadie lo que había sucedido esa mañana —pensó Nell—. A nadie en absoluto ».

—Adam me dice que la culpa de la riña fue suya. Entiendo que parecía haber algo que tú deseabas hacer y él te lo estaba poniendo difícil.

Nell sintió cómo unas lágrimas hirvientes brotaban de sus ojos.

Bonnie Wilson permaneció sentada e inmóvil.

—El contacto se desvanece. Pero Adam todavía no quiere irse Nell, veo rosas blancas sobre tu cabeza. Son un símbolo de su amor por ti.

Nell no podía creer en sus propias palabras en el momento en que habló.

—Dile que yo también le quiero. Dile que siento mucho que nos peleáramos.

—Ahora vuelvo a verle con algo más de claridad. Parece satisfecho, Nell. Aunque dice que quiere que inicies un nuevo capítulo de tu vida. ¿Estás ante una situación que va a requerir todo tu tiempo y energías?

« La campaña », pensó Nell. Bonnie no esperó su respuesta.

—Sí, entiendo —murmuraba—. Dice: « Di a Nell que done toda mi ropa ». Veo una habitación, con estantes y cubos...

—Siempre llevo la ropa que donamos a una tienda de segunda mano vinculada a la iglesia de nuestro barrio —dijo Nell—. Tiene una habitación como la que describes donde clasifican la ropa que reciben.

—Adam dijo que la deberías donar lo antes posible. Al ayudar a otros en su nombre, le ayudas a él a alcanzar una mayor plenitud espiritual. Y dice que debes rezar por él. « Recuérdale en tus plegarias —dice—, y libérale ».

Bonnie hizo una pausa, mirando de frente, pero pareció no ver nada.

—Nos está dejando —dijo suavemente.

—¡Detenle! —Exclamó Nell—. Alguien hizo explotar su barco. Pregúntale si sabe quién fue.

Bonnie esperó.

—No me parece que nos lo vaya a decir, Nell. Eso significa que o bien no lo sabe, que ha perdonado a su asesino o que no quiere que te conviertas en un ser implacable.

Después de un instante, Bonnie sacudió la cabeza y miró directamente a Nell.

—Se ha ido —dijo sonriendo. Luego, de pronto, se agarró el pecho—. No, espera. Sus pensamientos parecen llegar hasta mí. ¿Te dice algo el nombre de Peter?

« Peter Lang », pensó Nell.

—Sí —dijo, con voz pausada.

—Nell, hay sangre goteando a su alrededor. No puedo estar segura de si eso significa que el tal Peter sea el autor. Pero tengo el convencimiento de que Adam está tratando de advertirte acerca de algo que tiene que ver con él. Te ruego que tengas cuidado con ese tal Peter, que estés en guardia...

El lunes por la tarde, Dan Minor llegó a casa. Había un mensaje de Lilly Brown en el contestador. Cuando lo escuchó no sonaba en absoluto como deseaba que lo hiciera.

Lilly parecía nerviosa y su discurso era apresurado:

—Doctor Dan —empezó—. He estado preguntando repetidamente por todas partes acerca de Quinny. Tiene un montón de amigos, pero nadie ha sabido nada de ella durante meses. Algo no va bien. Hay un grupo de gente con la que suele estar a veces, que vive en los viejos bloques de la calle 4 Este. Se estaban preguntando si quizá esté enferma y la hayan ingresado en algún hospital. A veces, cuando Quinny pasaba por una de sus depresiones más profundas, no hablaba ni comía durante días.

«¿Es allí donde la encontraré? —se preguntó Dan, sintiendo que el corazón le daba un vuelco—. ¿Encerrada en una institución psiquiátrica o algo peor?». El pasado invierno había sido terriblemente frío en Nueva York. Si en otoño aún seguía en la ciudad, se sumió en una depresión profunda, le puede haber sucedido cualquier cosa.

«¿Por qué estaba tan convencido de encontrarla? —se preguntó, sintiendo por primera vez que su resolución flaqueaba—. Pero todavía no ha terminado... Y no puedo quedarme sentado esperando que aparezca así como así. Mañana empezaré a invertir en los hospitales». También se vio obligado a admitir que tenía que averiguar cuál era el departamento del ayuntamiento que tramitaba las listas de los muertos sin identificar.

Lilly había hablado con personas sin techo que ocupaban algunos edificios de la calle Cuatro. Resolvió que la semana siguiente se acercaría hasta allí y trataría de hablar con alguna de ellas.

Pero podía hacer algo más. Gracias a Lilly, tenía la descripción actual de Quinny. Dijo que su pelo era ya completamente cano y largo hasta los hombros.

«—Es incluso más delgada que en la vieja foto que conservas —había dicho—. Le sobresalen los pómulos, pero todavía se puede adivinar que fue hermosa en su juventud».

«Hay sitios donde es posible envejecer virtualmente por ordenador —pensó Dan—. El Departamento de Policía puede hacerlo».

Decidió que ya era hora de escoger otros caminos para encontrar a Quinny e, incluso si se tratara de malas noticias, saber exactamente lo que le había sucedido.

Mientras se cambiaba los pantalones cortos por un chándal largo para salir a correr de nuevo por el parque, se vio a sí mismo deseando otro encuentro fortuito con Nell MacDermott.

Esa posibilidad le ayudó a aliviar la creciente ansiedad que atenazaba acerca de Quinny. « Me he convertido en lo que soy gracias a ella —pensó—. Por favor, déjame verla para decírselo» rogó.

El lunes por la tarde, Cornelius MacDermott recibió la visita de Tom Shea, el presidente del partido en Nueva York. Tenía la imperiosa necesidad de conocer la decisión de Nell de presentarse para el escaño vacante dejado por Bob Gorman.

—No tengo que recordarte que éste es año de elecciones presidenciales, Mac —comentó Shea—. Un candidato carismático para ese escaño va a ayudar a que los votos, en su conjunto, lleven a nuestro hombre hasta la Casa Blanca. Tú eres una leyenda en este distrito y tu presencia al lado de Nell, durante la campaña, será un recordatorio permanente para los votantes de lo que hiciste por ellos durante tantos años.

—¿Oíste alguna vez el consejo que le dan a la madre del novio antes de la boda? —Le soltó Mac—. «Viste de beige y mantén la boca cerrada». Eso es lo que pretendo hacer si Nell se presenta. Es lista, guapa, activa, sabe lo que ese trabajo entraña y es capaz de hacerlo mejor que nadie que conozca. Y, sobre todo, se preocupa por la gente. Ésos son los motivos por los que debería presentarse. Y por los que la gente la debería votar. Y no por el hecho de que a mí se me considere una especie de leyenda.

Liz Hanley estaba en el despacho con ellos, tomando notas. «¡Dios santo, hoy está quisquilloso!», pensó. Pero entendía el motivo. Mac ya le había confiado su preocupación por el estado emocional de Nell, y ahora estaba paralizado por la angustia ante la visita de su nieta a la médium y la posibilidad de que eso se supiera y se filtrara a la prensa.

—Oh, venga, Mac. Ya sabes lo que quiero decir —dijo Tom Shea con buena intención—. La gente se enamoró de Nell el día en que la vio, con diez años, enjugándote las lágrimas en el funeral de sus padres. Se ha hecho mayor a la vista del público. Podemos postergar el anuncio hasta la cena del día 30, pero tenemos que estar seguros de que el efecto de la muerte de su esposo no le pesará en exceso para emprender con fuerza la campaña.

—Nada puede con ella —replicó Mac—. Es una profesional. Pero la fachada bravucona de Mac se vino abajo cuando Shea se fue del despacho.

—Liz, ayer perdí los nervios con Nell al saber que visitaría a una médium. Llámala y ayúdame a hacer las paces. Dile, además, que quiero cenar con ella.

—Benditos sean los que hacen las paces —dijo Liz, seca—. Porque serán

llamados « hijos de Dios» .

—Ya has dicho eso antes.

—Porque ya me lo has hecho decir antes. ¿Dónde le digo que se reúna contigo?

—En Neary's. A las siete y media. Tú también vienes, ¿vale?



El lunes por la tarde, en su segunda consulta con Ben Tucker, la doctora Megan Crowley condujo hábilmente la conversación hacia el día en que el niño había visto explotar el yate en el puerto de Nueva York. Habría preferido otro par de sesiones antes de sacar a relucir el tema, pero Ben sufrió de nuevo pesadillas durante el fin de semana, y ya podía ver el grave efecto que le ocasionaban.

Empezó la sesión hablando de paseos en transbordador.

—Cuando yo era pequeña, solíamos ir a un sitio llamado Martha's Vineyard —dijo—. Me encantaba ir allí, ¡pero chico!, era un largo viaje, al menos desde aquí. Seis horas en coche y, luego, otra hora más en transbordadores.

—Los transbordadores son un asco —dijo Ben—. Cuando yo cogí uno, me dieron ganas de vomitar. No quiero volver a montar en uno nunca más.

—¿Dónde lo tomaste, Benjy?

—En Nueva York. El día en que mi padre me llevó a ver la Estatua de la Libertad. —Hizo una pausa—. Cuando aquel yate explotó.

Megan esperó.

La expresión de Ben devino reflexiva.

—Yo estaba mirándolo. Era muy bonito. Deseaba estar navegando en ese yate en lugar de ir en aquel transbordador espantoso, pero ahora estoy contento de que no fuera así. —Frunció entrecejo—. No tengo ganas de hablar de ello.

Megan vio la expresión de temor que le embargaba. Sabía que estaba pensando en la serpiente, pero desconocía aún la conexión.

—Ben, hay veces en que hablar sobre cosas molestas es de gran ayuda. Contemplar la explosión de un barco resulta terrible.

—Pude ver la gente —susurró.

—Ben, ¿sabías que si eres capaz de dibujar lo que viste, estoy, segura de que podré ayudar a quitártelo de la cabeza? ¿Te guste dibujar?

—Me encanta.

Megan guardaba en su consulta papel de dibujo, rotuladores y lápices de colores. Unos minutos después, Ben estaba inclinado sobre la mesa, profundamente concentrado.

Observándole, Megan advirtió que el niño debía de haber visto la explosión con mucho mayor detalle del que su padre sospechaba.

El cielo del dibujo se llenó de restos vivamente coloreado en llamas. Otros objetos semejaban pedazos de mobiliario y vajilla resquebrajados.

El rostro de Ben pareció agarrotarse, tenso, en el momento de dibujar lo que sin duda era una mano.

Entonces, dejó el lápiz.

—No quiero dibujar la serpiente.

A la hora concertada, Nell estaba sentada a una mesa de la esquina, bebiéndose una copa de vino y mordisqueando un palillo de pan, cuando su abuelo y Liz llegaron a Neary's, en la calle 57 Este.

Al advertir la expresión de sorpresa de su abuelo, dijo airosa:

—Pensé en seguirte el juego, Mac. Nos citamos a las siete y media y yo llego a las siete y cuarto, para luego quejarme de tu tardanza y quedarnos después en paz.

—Lástima que sea lo único que hayas aprendido de mí —espetó Mac al deslizarse junto a su nieta.

Nell le besó en la mejilla. Cuando Liz la citó por la tarde, le había explicado el estado de ánimo en que se encontraba su abuelo.

—Nell, no tengo que contarte el modo de actuar de Mac. El hombre pide cancha cuando la necesita. Está sufriendo porque sabe lo que significa para ti la muerte de Adam. No soporta verte herida. Mataría por ti y habría cambiado su sitio por el de Adam en el barco con tal de ahorrarte el sufrimiento —le había explicado Liz.

Al escucharla, Nell se había avergonzado de sí misma. Sí, tenían sus diferencias, pero Mac era como su baluarte, siempre allí, listo para ayudarla cuando le necesitaba. No tenía sentido seguir enojada con él.

—Hola, abuelo —dijo en ese momento. Sus dedos se entrelazaron.

—¿Sigues siendo mi chica preferida?

Liz se había sentado ante ellos, al otro lado de la mesa.

—¿Debo dejaros solos mientras os acarameláis?

—No. El especial de esta noche es ternera trinchada, tu favorito, y el mío también. —Nell sonrió a Liz y le hizo un ademán, señalando a su abuelo—. Aunque, naturalmente, sólo Dios sabe lo que la «Leyenda» aquí presente pedirá para cenar.

—En ese caso, me quedo. Pero ¿os parece que podríamos hablar del tiempo o de los Yankees hasta que nos sirvan la cena?

—Lo intentaremos —respondieron al unisono Cornelius y Cornelia MacDermott; luego sonrieron.

Pero inevitablemente el cóctel de gambas fue el punto de salida para discutir

sobre las elecciones.

—Nunca es tarde hasta que lo es, Nell —dijo Mac—. En año de elecciones, tanto el Estado como la ciudad de Nueva York resultan siempre impredecibles. Ése es el motivo por el que cada uno de los distritos al Congreso es tan importante. Incluso gente fuertemente implicada con un candidato puede dejarlo en la estacada por algún otro que de pronto les seduzca. Y tú eres una candidata que puede provocar esa reacción.

—¿Lo crees de verdad?

—Lo sé —replicó Mac—. No he estado haciendo esto toda mi vida para acabar no aprendiendo nada. Hagamos que tu nombre salte a escena y a ver qué pasa.

—Ya sabes que seguramente lo haré, Mac. Déjame sólo un par de días más para recomponerme.

Solventado el tema de la candidatura, próximo.

—¿Fuiste a ver a la médium?

—Sí, lo hice.

—¿Pudiste hablar con Jesucristo y la Virgen María?

—Mac —le advirtió Liz.

«No lo puede evitar», admitió Nell y escogió cuidadosamente sus palabras.

—Sí, Mac. Fui allí. Ella me dijo que Adam lamentaba haberse opuesto a mi decisión de hacer algo que yo quería. Estoy segura de que con ello se refería a mi decisión de meterme en política. Dijo que Adam quiere que siga con mi propia vida y ruegue por él. Además, me expresó su deseo de que donara toda su ropa para que otra gente disfrute de su ayuda.

—Si eso es lo que escuchaste, se trata de un buen consejo.

—Diría que no hay mucha diferencia entre lo que monseñor Duncan me hubiera dicho —dijo—. La única diferencia —añadió deliberadamente— es que Bonnie Wilson lo oyó directamente de Adam.

Nell percibió que tanto Liz como su abuelo la estaban mirando fijamente.

—Sé que suena increíble, pero cuando estuve allí, con ella, me lo creí todo, absolutamente.

—¿Lo crees ahora?

—Creo en el consejo. Pero Mac, hubo algo más. El nombre de Peter Lang apareció. Sigo sin saber qué pensar, pero sí que puedo creer en Bonnie Wilson. Adam, desde el otro mundo, me está poniendo en guardia contra él.

—¡Nell, por amor de Dios! Te estás tomando todo esto muy a pecho.

—Lo sé. Pero Adam y Peter Lang trabajaban juntos en el desarrollo de aquel proyecto en la calle Veintiocho. Adam diseñaba el edificio que iban a erigir. Peter me llamó a última hora de la tarde, diciendo que tenía un asunto importante que discutir conmigo. Nos veremos mañana por la mañana.

—Mira —dijo Mac—, Lang no ha llegado a donde está sin zurrar a unos

cuantos, de modo que seguramente no sea trigo limpio. Haré que alguien husmee en sus asuntos. —Se detuvo, dudando si plantear otro problema durante la cena, pero se animó—. Aunque él no es la única preocupación que tenemos. Nell, ¿has oído algo sobre el derrumbe de la fachada del edificio en la avenida Lexington?

—Sí, lo vi en las noticias de las seis.

—Pues ése es otro problema. Justo antes de dejar la oficina, recibí una llamada de Bob Walters. Sam Krause era el constructor del edificio, pero Adam era el arquitecto responsable de la obra de restauración para Walters & Arsdale. Si se estaba ahorrando dinero, utilizando material de peor calidad y se actuó con negligencia, entonces, presuntamente, Adam lo habría sabido. Hay varios peatones heridos y uno se halla en estado crítico. Probablemente no salga de ésta. —Hizo una pausa—. Lo que estoy diciendo es que el nombre de Adam puede estar vinculado en otra investigación criminal.

Mac vio el brillo de rabia en los ojos de su nieta.

—Nell —añadió, casi como un ruego—: Es una seria advertencia. No es nada fácil para mí, pero tampoco quiero que este jodido embrollo te afecte.

Nell se remontó al día anterior, cuando Bonnie Wilson estaba comunicándose con Adam: « Te está mirando con una expresión de amor inmenso —había dicho—. Ha perdonado a su agresor» .

—Mac, quiero saber todo lo que se rumorea acerca de mi marido, porque, aunque me deje la piel en el empeño, voy a desentrañar la verdad de todo esto. Alguien puso una bomba en el yate de Adam y le mató. ¡Te lo juro! De un modo u otro, voy a encontrar a quien lo hizo y, cuando lo haga, esa persona deseará estar ardiendo en el infierno. En cuanto a Walters & Arsdale, me querellaré contra ellos si siguen poniendo a Adam como chivo expiatorio de sus propias fechorías e irregularidades. Cuando hables con esos colegas tuyos de toda la vida, ya les puedes ir avisando.

En el silencio que siguió, Liz Hanley se aclaró la garganta y dijo suavemente:

—Ya llega la ternera. ¿Podríamos hablar de alguna otra cosa? ¿La alineación de los Yankees, quizá?

## MARTES, 20 DE JUNIO

### 51

Mientras su chofer deslizaba el coche por el tortuoso tráfico matinal de la avenida Madison, Peter Lang, algo irritable, revisaba mentalmente el enfoque que debía presentar ante Nell MacDermott, a fin de convencerla para vender la propiedad de su difunto marido. Iba a tener que proceder con cuidado; al llamar por la mañana para concertar la cita había percibido un deje de hostilidad en su voz.

«Qué extraño. Cuando la vi la semana pasada su actitud era bastante más amistosa», pensó. Nell le había hablado de la ilusión de Adam por trabajar en aquel proyecto y de lo orgulloso que estaba de su diseño.

«Si Cauliff nunca le explicó que no contaban con él para el proyecto, entonces no hay ninguna necesidad de decírselo ahora —reflexionó Lang—. Le ofreceré algo mejor que un precio ajustado; de ese modo no tendrá motivos para rechazarlo». Mientras consideraba sus opciones, sin embargo, no se fiaba mucho de su análisis. El instinto le decía que la reunión no iba a ir bien.

El coche siguió desplazándose a paso cansino. Miró el reloj. Eran las diez menos diez. Se inclinó y palpó el hombro al chofer.

—¿Hay algún motivo en particular por el que insistas en quedarte en este carril? —le espetó.

En el momento de abrir la puerta a Peter Lang, Nell no pudo evitar preguntarse hasta qué punto fue de grave el accidente de tráfico que le había impedido asistir a la fatal reunión en el barco de Adam. Menos de una semana después de su último encuentro ya no se detectaba ni un rasgo de moratones en la cara. Incluso el labio hinchado sobremanera parecía completamente curado. «Civilizado, atractivo, educado. Un verdadero visionario del negocio inmobiliario». Ésas eran las palabras con que se le solía describir en las columnas de cotilleo social.

«Hay sangre goteando a su alrededor... Adam está tratando de advertirte». Las palabras de la médium centellearon repentinamente en la mente de Nell.

Le besó en la mejilla.

—Pienso mucho en ti, Nell. ¿Cómo has estado?

—Supongo que todo lo bien que podría estar —respondió con un gélido deje

en la voz.

—Sin duda, tienes muy buen aspecto —le dijo, tomando sus manos entre las suyas, con una sonrisa en cierto modo desconcertante—. Quizá te parezca extraño, pero es la verdad.

—No hay nada como mantener las apariencias, ¿verdad, Peter? —replicó Nell, liberando sus manos y conduciéndole hacia el salón.

—Oh, sospecho que eres una mujer fuerte y orgullosa, que sabe mantener las apariencias. —Miró en derredor—. Qué bonito apartamento, Nell. ¿Desde cuándo lo tienes?

—Hace once años.

La respuesta fue automática. Últimamente las fechas no habían dejado de rondarle por la cabeza. «Tenía veintiún años cuando lo compré —pensó—. Disponía de ingresos procedentes del fondo de mamá y dinero del seguro de vida de los dos. Estuve viviendo con Mac durante mis años de universidad, pero cuando me licencié quería un poco de libertad. Mac había planteado la posibilidad de que yo gestionara su despacho en Nueva York, y estaba a punto de empezar Derecho por las tardes. Trató de evitar que me lo comprara, pero incluso él admitía que había sido una ganga».

—Hace once años, ¿eh? —Dijo Lang—. El mercado de Nueva York estaba por los suelos entonces. Seguro que ahora vale tres veces más de lo que pagaste por él.

—No está en venta.

Lang podía percibir la frialdad en su voz y advirtió que no le apetecía simular su estado en conversaciones banales.

—Nell, Adam y yo trabajábamos en un negocio conjunto —empezó.

—Lo sé.

«¿Cuánto sabe?», se preguntó Lang, haciendo una pausa.

—Como sin duda debes saber también, Adam diseñó el proyecto de la torre que planeábamos construir.

—Sí. Estaba entusiasmado con la idea —dijo Nell con tranquilidad.

—Y nosotros encantados con el trabajo preliminar de Adam. Era un arquitecto creativo y con ideas muy interesantes. Le echaremos terriblemente de menos. Por desgracia, ahora que ya no está con nosotros, creo que tendremos que volver a empezar de cero. Será otro arquitecto quien se encargará del proyecto.

—Lo entiendo.

«De modo que Adam no se lo dijo», dedujo Lang, victorioso. Mientras permanecía sentado frente a ella, vio que mantenía la cabeza gacha. Quizá se había equivocado en notar cierta hostilidad por su parte. Quizá sólo estaba desgarrada emocionalmente.

—Creo que sabes que, en agosto, Adam compró en el centro un edificio y

una parcela a la señora Kaplan, por los que pagó algo menos de un millón de dólares. Es un terreno adyacente a un solar que yo adquirí más tarde, y parte del trato acordado para el proyecto consistía en juntar ambos terrenos. El precio estimado de su propiedad la semana pasada era de ochocientos mil dólares, pero estoy dispuesto a pagarte tres millones por él. Estarás de acuerdo en que representa una óptima amortización de una inversión practicada hace sólo diez meses.

Por un instante, Nell examinó la cara del hombre sentado frente a ella.

—¿Por qué estás dispuesto a pagar tanto dinero?—preguntó.

—Porque nos permite contar con espacio suficiente para dar a nuestro complejo un aire mucho más efectista y sorprendente. De este modo, podremos añadir una serie de elementos estéticamente llamativos, como una rampa curva de acceso y un tratamiento paisajístico más elaborada que, como compartida, reforzarán el valor de nuestro negocio. Quisiera añadir que, en caso de que pretendas conservar tu terreno, cuando nuestra torre se construya asumirá una presencia dominante que hará perder buena parte de su valor a la parcela Kaplan.

A Nell le supo a mentira. Recordaba que Adam había comentado la necesidad que Lang tenía de la parcela Kaplan si quería, efectivamente, edificar la estructura que deseaba.

—Pensaré en ello —le dijo, sonriéndole levemente.

Lang le devolvió la sonrisa.

—Claro. Lo entiendo. Naturalmente querrás discutirlo con tu abuelo. —Hizo una pausa y añadió—: Nell, quizá no esté en lo cierto, pero preferiría pensar que somos amigos y que puedes ser sincera conmigo. Como debes saber, en la ciudad circulan multitud de rumores acerca de ti.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de rumores?

—Los rumores, que espero que se verifiquen, apuntan a que estás planeando presentar tu candidatura al escaño de tu abuelo en el Congreso.

Nell se levantó, decidida a dar por concluida la reunión.

—Nunca discuto los rumores, Peter —dijo, sin expresión alguna en el rostro.

—Lo que quiere decir que, si decides presentarte, ya escogerás el momento oportuno para anunciarlo. —Lang se levantó. Antes de que Nell pudiera detenerle, alargó el brazo y la tomó de la mano—. Sólo quiero que sepas que puedes contar con mi apoyo incondicional.

—Gracias —dijo ella, apartando su mano. «Eres tan sutil como una taladradora», pensó.

La puerta apenas se había cerrado, detrás de Lang, cuando sonó el teléfono. Era el inspector Sclafani, quien pedía autorización para que él y su compañero, el inspector Brennan, pudieran, registrar la oficina de Adam y examinar el contenido del escritorio y los archivos de Winifred Johnson.



—Podríamos conseguir una orden de registro —explicó Sclafani—, pero sería mucho más fácil hacerlo de esta manera.

—No importa. Nos veremos allí —le dijo Nell, y añadió con cautela—: Debo decirle que, a petición de su madre, fui al apartamento de Winifred y revisé su escritorio. Me pidió que buscara pólizas de seguro o cualquier otro documento financiero que revelara los pasos seguidos por Winifred para asegurar su futuro. Dado que no encontré nada útil, estaba planeando acercarme a la oficina por si había olvidado algo allí.

Los inspectores llegaron a la calle Veintisiete unos minutos antes que Nell. Permanecieron frente al edificio y examinaron la maqueta del proyecto que aún seguía en el escaparate.

—Qué moderno —observó Sclafani—. Te deben pagar un montón de pasta por soñar con algo tan fino.

—Si Walters no mentía ayer —replicó George Brennan—, es más del agrado de gente como nosotros que de los que entienden de arquitectura. Según él, el proyecto fue desestimado.

Nell había salido del taxi y llegado justo a tiempo para oír el último comentario de los detectives.

—¿Qué? —inquirió—. ¿Dice que rechazaron el proyecto de Adam?

Sclafani y Brennan se giraron al unísono. Viendo la expresión de asombro de Nell, Sclafani se dio cuenta de que ella no tenía ni idea de que su marido había sido apartado del proyecto. «¿Desde cuándo lo sabía Cauliff?», se preguntó.

—El señor Walters estuvo en la oficina del fiscal del distrito ayer —dijo—. Y eso es lo que nos contó.

Su expresión se endureció.

—Yo no me fiaría mucho de nada de lo que dijera el señor Walters. —Dicho esto, Nell se giró bruscamente, se encaminó hacia la puerta del edificio y llamó al timbre para que les abriera el encargado—. No tengo llave —explicó tajante—; la de Adam estaba probablemente en el barco.

Esperó, dando la espalda a ambos hombres, tratando de calmarse. «Si lo que acaban de decir acerca del diseño de Adam es cierto, ¿por qué me ha mentido Peter Lang hace menos de una hora? —se preguntó—. Y si es cierto, ¿por qué no me lo contó Adam?, ¿era ése el motivo por el que había estado tan preocupado, tan irritable aquellos últimos días? Me lo tendría que haber contado. Podría haberle ayudado —pensó—. Habría entendido perfectamente su decepción.

El encargado, un hombre corpulento de cincuenta y tantos años, se acercó y les abrió la puerta. Mientras procedía, le presentó sus condolencias a Nell y le informó de que habían llamado para preguntar por el solar. «¿Lo vendería?», se preguntó el hombre.

Jack Sciafani dedujo por la expresión de su colega que pensaba lo mismo que él acerca del cuartel general de Adam Cauliff: bien amueblado, pero sorprendentemente pequeño. Consistía en un área de recepción y dos despachos, uno grande y el otro un poco más que un agujero cavado en el muro. Toda la estancia desprendía un aire frío e impersonal. No era un sitio atractivo ni suscitaba mucha confianza respecto a la creatividad potencial de las personas empleadas allí. La única pintura expuesta en la recepción era un cuadro del proyecto diseñado y, en aquel contexto, resultaba algo mezquino.

—¿A cuánta gente tenía contratada su marido?—preguntó Sciafani.

—Aquí sólo tenía a Winifred con él. Hoy día, buena parte del trabajo de un arquitecto se hace por ordenador, de modo que cuando empiezas por tu cuenta no necesitas una fuerte inversión.

Adam podía encargarse de partes del trabajo implicadas en el proyecto a otros, como a ingenieros de estructuras, por ejemplo.

—Así que el despacho ha estado cerrado desde... —Brennan vaciló— ¿desde el accidente?

—Sí.

Nell era consciente de que, durante los últimos diez días, había estado forzándose por parecer tranquila y bajo control. «Bien, ahora el montacargas ya está en el nivel superior». Ése era el pensamiento que le rondó por la cabeza a lo largo de la noche, mientras seguía sin poder dormir hasta el alba. Seguir exhibiendo esa fachada plácida se hacía cada vez más difícil.

«¿Qué iban a pensar esos detectives si tuvieran conocimiento del desafío planteado por Lisa Ryan? —se preguntó—. Pues, más allá de la intención práctica se trataba de un desafío: "Averigua dónde y por qué alguien hizo que mi marido aceptara cincuenta mil dólares por mantener la boca cerrada y ayúdame a enderezar este entuerto." ¿Cómo puedo siquiera empezar a intentarlo?». Esas preguntas le asaltaban continuamente.

«¿Qué pensarían estos detectives pragmáticos y poco dados a las tonterías de Bonnie Wilson?». Una hora después de haber regresado a la normalidad de su casa, empezó a dudar de toda la conversación, incluido el hecho de que hubiera estado hablando con Adam. «Creo de verdad en su capacidad de leer mis pensamientos —había decidido por fin—. Por otra parte, yo no estaba ciertamente pensando en "Soy de Missouri" cuando Bonnie habló de ello. Y no le dije absolutamente nada a nadie acerca de la riña que Adam y yo mantuvimos...»

»¿Y qué pasa con el derrumbe de la fachada en la avenida Lexington? ¿Pueden culpar a Adam por ello?». Había tantas preguntas y tantas fuerzas tirando de ella... Necesitaba tiempo para pensar, tiempo para recomponer el rompecabezas. Pero en aquel momento, no sabía hacia dónde dirigirse.

De pronto, percibió que los dos inspectores la estaban mirando con una

expresión no ajena de interés, mezclado con un poco de preocupación.

—Perdonen —dijo—. Estaba soñando despierta, supongo. Estar aquí resulta más difícil de lo que pensé.

Aunque lo que no supo leer en sus rostros era que la comprensión y simpatía enmascaraban una repentina certidumbre de que, al igual que Lisa Ryan, Nell MacDermott sabía algo que temía compartir con ellos.

El escritorio de Winifred estaba cerrado con llave, pero George Brennan sacó un manojito de llaves, una de las cuales encajaba perfectamente en el cerrojo.

—Encontraron su bolso —le dijo a Nell—. Y las llaves dentro. Extrañamente, el bolso apenas estaba chamuscado. Eso es lo sorprendente de estas explosiones.

—Multitud de hechos asombrosos han estado sucediendo en estos últimos diez días —dijo Nell—. Incluida la tentativa, por parte de Walters & Arsdale, de pretender que cualquier irregularidad que pudiera descubrirse en su compañía debía ser atribuida a mi marido. Esta mañana hablé con el contable de Adam. Me aseguró que no hay absolutamente nada en sus asuntos que no pudiera superar el escrutinio más riguroso.

«Eso espero —pensó Brennan—. Porque alguien de Walters & Arsdale debe de haber estado trabajando estrechamente con la constructora de Sam Krause, visto el tipo de material de segunda que emplearon para construir la fachada que se derribó ayer. Cuando suceden cosas así, no son simples errores: alguien lo sabe y cobra por ello».

—No quiero entretenerla —le dijo Brennan—. ¿Por qué no echamos una rápida ojeada en el escritorio de la señora Johnson y luego nos vamos?

Sólo llevó unos minutos verificar que allí no había nada fuera de lo común.

—Igual que en su casa —les dijo Nell—. Facturas, cuentas y notas, salvo que aquí hay un sobre con pólizas de seguro y la escritura de la tumba de su padre.

Los dos cajones superiores del archivador junto al escritorio contenían varios documentos. El de abajo guardaba paquetes de folios para la copiadora y la impresora, papel de embalar marrón y rollos de cordel.

Jack Sclafani hojeó los archivos.

—Correspondencia ordinaria —dijo. Señaló entonces la agenda de teléfonos de Winifred—. ¿Le importa si me quedo con esto? —preguntó a Nell.

—No, claro que no. De todos modos, quizá tendría que acabar en manos de su madre.

«Hay una diferencia con el escritorio de su casa: aquí no hay nada relacionado con Harry Reynolds. ¿Quién es él? Quizá estaba ayudando a Winifred a mantener a su madre en esa exclusiva residencia», reflexionó Nell.

—Señora MacDermott, esta llave de una caja fuerte fue hallada en el bolso de mano de la señorita Johnson. —Mientras hablaba, George Brennan cogió una llave de un pequeño sobre de papel Manila y lo dejó sobre el escritorio de Winifred—. Hay un número, el 332. ¿Sabe usted si procedía de la oficina o era

una llave personal de ella?

Nell la examinó.

—No tengo ni idea. Si era de la oficina, no sé nada de ella. He tenido mi propia caja de caudales durante años y, por lo que yo sé, Adam no tenía; ni personal ni para los negocios. ¿Pueden llevarla al banco y averiguarlo allí?

Brennan sacudió la cabeza.

—Desgraciadamente, todas las llaves de cajas fuertes se parecen, y no hay en ellas identificación bancaria. Las nuevas ni siquiera tienen número. La única manera de identificarlas sería yendo al banco que las expidió, y adivinar esto podría llevarnos un buen tiempo.

—Parece como buscar una aguja en un pajar.

—En parte sí, señora MacDermott. Pero, es probable que resultara ser de un banco situado en un radio de diez manzanas del apartamento de Winifred Johnson o bien de este mismo edificio.

—Ya veo —dijo Nell, haciendo una pausa y dudando, como si no estuviera segura de lo que iba a decir a continuación—. Miren, no sé si esto es relevante o no, pero creo que Winifred estaba liada con un hombre llamado Harry Reynolds.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Brennan con rapidez.

—Cuando fui a indagar en su escritorio, había un cajón repleto de pedazos de papel de todo tipo, desde planos arquitectónicos a sobres o servilletas. En cada uno de ellos estaba escrito «Winifred ama a Harry Reynolds». Mi impresión cuando lo vi era que parecía obra de una quinceañera locamente enamorada de alguien.

—Para mí, suena más como una obsesión que como un amor —observó Brennan—. Por lo que puedo entrever, Winifred Johnson era una mujer tranquila que vivía con su madre hasta que ésta ingresó en una residencia.

—Exacto.

—De modo casi infalible, ése es el tipo de mujer que se cuelga del tipo equivocado. —Arqueó las cejas—. Tendremos en cuenta lo de Harry Reynolds. —Con un decidido empujón, Brennan cerró el cajón del archivador—. Señora MacDermott, ya casi hemos terminado aquí. ¿Le gustaría unirse a nosotros para tomar un café?

Nell dudó por un momento, pero aceptó. Por algún motivo, no deseaba quedarse sola en aquella oficina. Mientras iba en el taxi, le asaltó la idea de tomarse un tiempo para hurgar en el escritorio de Adam; pero aquél no era el mejor día. Aún la atormentaba la misma impresión de irrealidad acerca de la muerte de Adam y por alguna razón, que seguía sin poder sopesar, la visita a Bonnie Wilson no había hecho más que acrecentar esa impresión.

«¿Cuánto tiempo hacía que Adam conocía el rechazo a su proyecto para la torre Vandermeer?», se preguntó. Recordaba lo confiado que estaba cuando se lo había contado por primera vez. Le habló de la visita de Peter Lang, que había

comprado el solar de la mansión Vandermeer y deseaba adquirir la parcela Kaplan. Adam aceptó vendérsela sólo con la condición de que él formara parte del proyecto como arquitecto. « Los inversores de Lang me han encargado que prepare los planos y una maqueta », le contó.

Pero Nell recordaba haberle preguntado qué sucedería si no aceptaban su diseño. También conocía la respuesta exacta: « La parcela Kaplan es indispensable para el tipo de complejo que Lang quiere erigir. Lo aceptarán » .

—Sí, gracias. Me gustaría tomar un café —dijo—. Tuve una reunión con Peter Lang esta mañana de la que me gustaría hablarles. Cuando termine, quizá entiendan o compartan mi sentimiento de que se trata tanto de un mentiroso como de un manipulador. Alguien que, sin duda, podía beneficiarse de la muerte de mi esposo.

Al igual que su nieta, Cornelius MacDermott había pasado la noche en vela. El martes no acudió a la oficina hasta casi el mediodía, y cuando llegó, Liz Hanley se quedó asombrada al ver que su tez rubicunda se había desteñido en una especie de gris ceniciento.

Enseguida le aclaró los motivos de unas señales tan evidentes de estrés. A pesar de lo convincente de sus razonamientos, por los que su nieta parecía estar al borde de perjudicar de manera irreparable cualquier opción de presentarse a las elecciones; no fue más que la preocupación de Liz por su salud lo que la convenció para seguir con el plan de Mac. Quería demostrar que la célebre médium Bonnie Wilson no era otra cosa que una charlatana.

—Llama para concertar una cita —le dijo—. Utiliza el nombre de tu hermana, pues a Gert quizá se le ocurrió mencionar el tuyo a la tal Wilson. No creo en ella y quiero que me confirme personalmente qué intenciones tiene esa mujer.

Su voz era tensa, inhabitual en el tono de Mac.

—Si llamo desde aquí y tiene identificador de llamadas, sabrá perfectamente quién soy —apuntó Liz.

—Bien pensado. Tu hermana vive en Beekman Place, ¿verdad?

—Sí.

—Hazle una visita y llama desde allí. Esto es muy importan Liz regresó a la oficina a las tres de la tarde.

—Yo, bajo mi nueva personalidad de Moira Callahan, tengo una cita con Bonnie Wilson mañana a las tres —anunció.

—Bien. Si por alguna razón tuvieras que hablar con Nell o con Gert...

—Mac, no irás a advertirme para que no les soltara lo que estoy haciendo, ¿no?

—Supongo que no —dijo algo cohibido—. Gracias, Liz. Sabía que podía contar contigo.

Lisa Ryan regresó al trabajo el martes. Soportó pacientemente la reacción y esperada de sus compañeras y clientas: una mezcla de solidaridad auténtica y ávida curiosidad acerca de los detalles de la explosión que había acabado con la vida de su esposo.

Llegó a casa a las seis y encontró a su mejor amiga, Brenda Curren, en la cocina. El tentador aroma de pollo asado flotaba el aire. La mesa había sido puesta para seis y el marido de Brenda Ed, intentaba ayudar a Charley en sus tareas de lectura.

—No lo puedo creer —dijo Lisa pausadamente.

—No es nada —dijo Brenda, animada—. Sólo pensamos que un poco de compañía te vendría bien después de tu primer día de regreso al trabajo.

—Me viene bien.

Lisa fue al baño y se mojó la cara con agua. « No has llorado en todo el día —se dijo a sí misma—. No empieces ahora». Durante la cena, Ed Curren sacó el tema del material de trabajo del taller de Jimmy.

—Lisa, tengo una ligera idea de lo que Jimmy estaba haciendo allí últimamente, y sé que tenía algunas herramientas bastante sofisticadas. Creo que las deberías vender ya o perderán su valor enseguida.

Empezó a trinchar el pollo.

—Si quieres, yo podría examinar el taller y seleccionar los utensilios.

—¡No! —exclamó Lisa.

Entonces, al ver los rostros sorprendidos de sus amigos e hijos sentados ante ella, se dio cuenta de lo vehemente que había sido al rechazar aquella amable oferta.

—Perdona —dijo—. Sólo que la mera idea de vender las cosas de Jimmy me obliga a pensar que ya no va a regresar. Y no me siento con ánimos de batallar con eso en este momento.

Observó las miradas de tristeza que ensombrecían los rostros de sus hijos y trató de templarlas bromeando un poco.

—¿Os imagináis que papá regresara y encontrara su taller vacío?

Más tarde, cuando los Curren ya se habían ido y los niños dormían, se deslizó hasta el sótano, abrió el cajón del archivador y ojeó de nuevo el paquete de

dinero. « Es como una bomba de relojería —pensó—. ¡Tengo que desprenderme de esto ya!» .



Dan Minor reorganizó su agenda del martes por la tarde con el fin de disponer de tiempo suficiente para poder ir a la Oficina de Personas Desaparecidas, en la Jefatura Superior de la Policía de Nueva York.

Sin embargo, no tardó mucho en darse cuenta de lo inútil que resultaba tratar de obtener información sobre Quinny en aquel lugar. El agente con el que habló se mostró comprensivo, pero expuso los hechos de manera realista y convincente.

—Siento mucho decírselo así, doctor Minor, pero usted ni siquiera está al corriente de si su madre se hallaba en Nueva York cuando inició su búsqueda. Tampoco sabe con seguridad que esté realmente «desaparecida». Sólo que ha sido incapaz de encontrarla. ¿Tiene idea de cuántas denuncias de personas desaparecidas se reciben cada año en esta ciudad?

Abandonó el edificio y tomó un taxi con un sentimiento de derrota absoluta. Lo mejor que podía hacer, decidió, era rondar por la zona de la calle 4 Este.

Desconocía el procedimiento a seguir para contactar con los grupos de vagabundos que vivían en los edificios abandonados «No puedo entrar allí sin más —razonó—. Supongo que debería tratar de entablar una conversación amistosa con alguno de ellos y mencionarle el nombre de Quinny para ver qué sucede. Lo de mostrar una vieja foto funcionó con Lilly —recordó, tratando de animarse—. Al menos, ya sé cómo la llaman sus amigos».

Se puso un chándal ligero y unas zapatillas de deporte. En el momento de salir de su edificio, se topó con Penny Maynard, que estaba a punto de entrar.

—¿Una copa en mi casa a las siete? —le propuso, brindándole una tentadora sonrisa.

Era muy atractiva y lo había pasado bien con ella y los otros vecinos la noche en que compartieron un plato de pasta y unas bebidas. No obstante, Dan declinó la oferta, aduciendo que ya tenía planes para la noche. «No quiero entrar en la dinámica de dejarme caer por casa de alguien que vive tan cerca», se autoconvenció mientras atravesaba la ciudad a pie.

A medida que aceleraba el ritmo, el rostro de Nell MacDermott levitó vaporosamente en su cabeza: era algo que le sucedía a menudo desde el día en que coincidieron en el parque.

Sabía que su teléfono no estaba en el listín porque lo había comprobado. Pero sí el de la consultoría de su abuelo, y pensó que quizá podría llegar a ella a través de alguien que trabajara allí.

« Podría llamar y pedirle su número a MacDermott —pensó Dan—. O quizá sería mejor pasar por allí y verle directamente. Ya nos encontramos una vez, en la recepción de la Casa Blanca. Así se verá que no soy un acosador o un tonto sentimental» .

La posibilidad de ver a Nell MacDermott mantuvo a Dan animado durante el par de horas que duró su caminata, una manzana tras otra, en la zona de la calle Cuatro, tratando de recoger información sobre Quinny.

Al salir de casa cogió un montón de tarjetas personales que entregaba a casi todos aquellos con quienes hablaba.

—Cincuenta dólares para quien me dé una pista de dónde puede encontrarse —prometió.

Finalmente, a las siete de la tarde se dio por vencido, tomó un taxi en dirección a la parte superior de Central Park y se puso a correr. En la calle Setenta y dos volvió a toparse con Nell.

Después de dejar a Nell MacDermott, Jack Sclafani y George Brennan condujeron directamente hacia comisaría. De tácito acuerdo, esperaron a llegar hasta su oficina, antes de discutir la versión del ex congresista.

Jack se aposentó en su escritorio y empezó a teclear sus dedos en el brazo de la silla.

—MacDermott ha expresado su creencia de que Lang puede tener algo que ver en la explosión del barco. Pero si examinamos el caso, su versión del accidente de tráfico parece plenamente comprobada. Tal como yo lo recuerdo, declaró que estaba hablando por el teléfono móvil cuando el sol le cegó y chocó por detrás con un camión. Y al verle, el hombre parecía bastante molido.

—Quizá sí, pero fue él quien chocó con el camión y no al revés. El camión no lo golpeó —dijo Brennan—. Podría haber sido intencionado. De todos modos, Nell MacDermott nos ha proporcionado una buena gama de detalles interesantes. —Sacó un bloc y empezó a tomar notas—. Aquí hay algo que me trae de cabeza y tal vez no estaría mal que le echáramos un vistazo: ¿Qué tipo de edificio quería exactamente erigir Lang sobre el solar de la mansión Vandermeer, y hasta qué punto era esencial la parcela Kaplan en el objetivo que perseguía? La pregunta bien vale un móvil.

—Y añade esta otra —replicó Sclafani—. ¿Cuándo le dijo Lang a Cauliff que iban a rechazar su proyecto?

—Lo que nos lleva a mi siguiente pregunta, Jack. ¿Por qué Cauliff no le contó a su esposa que Lang se lo había quitado de encima? Eso sería lo normal, en caso de que la pareja mantuviera buenas relaciones.

—Hablando de buenas relaciones. ¿Qué te parece lo del novio de Winifred Johnson, Harry Reynolds? —preguntó Sclafani.

—Voy a poner otra sugerencia sobre el tapete —añadía Brennan—. Vamos a husmear un poco y a ver si hay forma de establecer una conexión entre Lang y nuestro viejo amigo, Jed Kaplan.

Sclafani asintió, retiró su silla, se levantó y se encaminó hacia la ventana.

—Bonito día —observó—. Mi mujer cree que sería estupendo pasar un largo fin de semana en casa de sus padres en Cape May. Pero me da la impresión de que eso no va a ocurrir, al menos en un cierto tiempo.

—No ocurrirá —le aseguró Brennan.

—Ahora que ya nos hemos puesto a trabajar, me gustaría añadir un nombre a la lista.

—Puedo suponer de quién se trata: Adam Cauliff.

—Exacto. Kaplan le odiaba. Su antiguo jefe, Robert Walters le odiaba. Peter Lang rechazó su proyecto. El tipo no parecía que fuera muy apreciado. Me pregunto quién más pudo haber pensado que sería una buena idea que su barco no regresara al muelle.

—Bien. Manos a la obra —dijo Brennan—. Empezaré haciendo algunas llamadas sobre Cauliff.

Un par de horas más tarde, Brennan sacó la cabeza por la oficina de Sclafani.

—He obtenido algunos datos preliminares de un tipo con el que hablé de Dakota del Norte. Parece que, con el jefe que tuvo allí, Cauliff era tan popular como las hormigas en una merienda campestre. Esto nos podría llevar a alguna parte.

Mientras corrían juntos por los senderos de Central Park Nell percibió que había algo muy reconfortante en la presencia de Dan Minor a su lado. Exudaba una fuerza innata reflejada en el perfil definido de su mandíbula, en la disciplina de sus movimientos y en el fuerte agarrón de su mano para sujetarla en el momento en que estuvo a punto de tropezar.

Corrieron al norte hacia el embalse y lo rodearon hasta quedar en el lado este, a la altura de la calle Setenta y dos. Jadeando, Nell se detuvo.

—Aquí es donde yo termino —anunció.

Tras haberla encontrado por casualidad una segunda vez, Dan no tenía intención de dejarla marchar sin saber dónde vivía y cuál era su número de teléfono.

—Te acompaño a casa —dijo rápidamente. Por el camino, distraídamente añadió:

—No sé tú, Nell, pero yo empiezo a tener mucha hambre. Estaré mucho más presentable después de ducharme y cambiarme de ropa. ¿Aceptarías salir a cenar conmigo en una hora o así?

—Oh, me parece que...

—¿Tienes planes? —la interrumpió.

—No.

—No olvides que soy médico. Aunque no estés hambrienta, tienes que comer.

Tras unos minutos de amable persuasión, se separaron tras acordar encontrarse en el Il Tinello en la calle 56 Oeste.

—Dame una hora y media —sugirió Nell—. A menos que todos los semáforos se pongan verdes cuando te vean venir.

Ese mismo día por la mañana, tras regresar de la oficina de Adam, Nell había pasado varias horas clasificando y doblando la ropa de Adam. Ahora, la cama y las sillas de la habitación de invitados estaban cubiertas de pilas de calcetines, corbatas, bermudas y camisetas. De paso, trasladó sus pantalones y trajes al armario de ese cuarto.

«Trabajo inútil, se dijo, mientras iba y venía acarreando colgadores. Pero

una vez inmersa en la tarea de sacar las cosas de Adam del dormitorio principal, quiso terminar el trabajo.

Cuando la cómoda estuvo vacía, hizo que los encargados de mantenimiento del edificio la llevaran al almacén. Entonces volvió a disponer del mobiliario del dormitorio tal como había estado antes de su boda.

Ahora, después del ejercicio físico y apresurándose por llegar al dormitorio a la vez que se sacaba sus pantalones de deporte y la camiseta, Nell advirtió que la estancia adoptaba una familiaridad renovada: recuperaba su condición de santuario.

«Supongo que mirar en la cómoda de Adam, abrir el armario y ver su ropa me hizo pensar en el modo, tan abrupto, en que murió, sin ni siquiera opción a decirme adiós. También recordar esos últimos momentos de enfado que pasamos juntos, antes de que huyera de casa y de mi vida para siempre».

Ahora que todas esas imágenes se desvanecían supo que, menos, cuando regresara a casa después de la cena, sería capaz dormir.

Se dio una ducha rápida; miró en su armario, ahora más espacioso, y optó por ponerse un traje pantalón de seda turquesa de final de la temporada del año anterior y del que ya se había olvidado. Al reorganizarlo todo, allí estaba. Entonces, le vino a memoria lo mucho que le había gustado cuando lo compró.

Lo mejor de todo, además, era que no tenía ningún vínculo con Adam, que siempre apreciaba lo que llevaba puesto.

Cuando llegó a Il Tinello, Dan Minor la esperaba sentado a la mesa. Estaba tan ensimismado que no la vio hasta que casi la tuvo encima. «Parece preocupado por algo», pensó Nell. Pero cuando el maître se presentó para retirarle la silla, Dan se puso en pie sonriendo abiertamente.

—Todos los semáforos se deben haber puesto verdes ante ti —dijo Nell.

—Casi todos. Tienes un aspecto espléndido, Nell. Gracias por venir. Me temo que te presioné un poco para que aceptaras. Ese es el problema de ser médico. Siempre esperamos que la gente haga lo que les decimos.

—No me presionaste. Estoy contenta de que me persuadieras para salir y, para ser honesta, estoy realmente hambrienta.

Era verdad. El incitante aroma de cocina italiana invadía restaurante y, al mirar a su alrededor, percibió que procedía del plato de pasta que el camarero estaba sirviendo en la mesa contigua. Se volvió hacia Dan y rió.

—Estoy a punto de señalar ese plato y decir: «Quiero eso».

Mientras tomaban su primera copa de vino, fueron descubriendo los amigos mutuos que habían dejado en Washington. Durante el melón con jamón hablaron de las inminentes elecciones presidenciales y descubrieron sus simpatías por el mismo candidato. Cuando se sirvió la pasta, Dan le contó todo lo relacionado con

su decisión de trasladarse a Nueva York y de las razones que le habían motivado a ello.

—El hospital está invirtiendo en una gran unidad de quemados pediátricos y, dada que ésa es mi especialidad, es una gran oportunidad para mí colaborar a que el proyecto se lleve a cabo con efectividad.

También sacó a relucir el tema de la búsqueda de su madre.

—¿Quieres decir que así fue como salió de tu vida?—exclamó Nell.

—Padecía una depresión crónica severa. Se había convertido en una alcohólica y creía que yo iba a estar mejor con mis abuelos. —Vaciló un momento—. Es una larga historia. Si algún día estás interesada te la contaré entera. El caso es que mi madre está envejeciendo. Dios sabe, su cuerpo se habrá ido ajando y corrompiendo a lo largo de todos estos años. Estar en Nueva York me permite buscarla en persona. Hubo un momento en que pensé tener una pista, pero ahora ya no es viable y nadie la ha visto desde el pasado otoño.

—¿Crees que quiere que la encuentres, Dan?

—Huyó porque se culpaba del accidente en el que casi morí. Y yo quiero demostrarle que aquel accidente acabó por no ser algo tan negativo y, de hecho, incluso muy productivo para mi futuro.

Acto seguido, le contó su visita a la Oficina de Personas Desaparecidas.

—Pero no tengo esperanza alguna de sacar nada en claro de allí.

—Mac quizá podría ayudarte —propuso Nell—. Tiene influencia y sé que registrarían los archivos si hiciera unas cuantas llamadas. Hablaré con él, pero pienso que no estaría de más que te presentaras en su oficina.

Al llegar los cafés, Dan expuso:

—Nell, te he estado atormentando los oídos con mis historias. Supongo que no tendrás ganas de hablar del tema y perdona si soy algo inoportuno, pero quería preguntarte cómo llevas toda esta situación.

—¿Quieres saber la verdad?—Nell dejó caer una piel de limón en su taza de café—. No sé cómo responder a eso. Cuando un ser querido muere y no tienes un cuerpo, ni un ataúd, ni una procesión hacia el cementerio, llegas a creer que esa muerte no sea definitiva. Parece como si esa persona siguiera en alguna parte, aunque sepas que estás equivocado. Así es como me siento: profundamente acosada por esta impresión de irrealidad. No hago más que repetirme « Adam está muerto, Adam está muerto », pero esas palabras parecen no tener mucho sentido.

—¿Te sentiste del mismo modo cuando perdiste a tus padres?

—No. Entonces acepté su pérdida. La diferencia es que murieron en un accidente. Y en cuanto a Adam, no estoy segura. Piensa en ello... Cuatro personas en un barco. Alguien pretende desembarazarse de alguno de ellos, quizá de todos, ¿quién sabe? Esa persona permanece en libertad en las calles, gozando de la vida, quizá incluso cenando en un restaurante igual que tú y yo ahora. —

Hizo una pausa, mirándose primero las manos y luego a Dan—. Dan, voy a averiguar quién lo hizo y no sólo por mí. Lisa Ryan, una mujer joven, ha quedado viuda y con tres hijos y también necesita respuestas. Su marido estaba en el barco con Adam.

—Supongo que te das cuenta, Nell, de que cualquiera que sea capaz de planificar el asesinato de cuatro personas, debe ser alguien muy peligroso.

La cara de Nell MacDermott se retorció en una mueca, ojos abiertos por completo, fiel reflejo de una súbita expresión de pánico.

—Nell, ¿qué sucede? —preguntó Dan, alarmado.

Sacudió la cabeza.

—Nada, está bien —dijo, para convencerse a sí misma y al propio Dan.

—No, no está bien, Nell. ¿Qué sucede?

Por un instante se sintió como en aquellos terribles momentos en que se vio arrastrada por el remolino. Atrapada, luchando en busca de aire. Pero esta vez, en lugar de tratar de nadar, se esforzaba por poder abrir la puerta. Y en lugar de agua fría, sentía calor. Calor abrasador y la absoluta certeza de que iba a morir.



## MIÉRCOLES, 21 DE JUNIO

57

—La parcela Vandermeer no es más que una de las muchas propiedades en estudio por parte de Empresas Lang —dijo Peter Lang con frialdad.

Decididamente, no estaba gozando con la visita matinal de aquel miércoles por parte de los inspectores Jack Sclafani y George Brennan. Conversaban en su oficina del piso superior, número 1200 de la avenida de las Américas.

—Por ejemplo —prosiguió, en tono condescendiente—. Este edificio es nuestro. Podría guiarle por todo Manhattan y mostrarle la extensa gama de propiedades que poseemos, así como las que gestionamos como agentes inmobiliarios. Pero caballeros, antes de que sigan malgastando mi precioso tiempo, debo preguntarles: ¿de qué se trata?

«Se trata —pensó Sclafani— de que estás ganando enteros como el sospechoso principal en cuatro asesinatos, así que tendrás que empezar a bajar del burro» .

—Señor Lang, somos conscientes de lo ocupado que está —dijo George Brennan, en tono conciliador—. Pero estará de acuerdo conmigo en la necesidad de formularle una serie de preguntas. Ayer fue a ver a Nell MacDermott, ¿no?

Lang arqueó una ceja.

—Sí, lo hice, ¿y qué?

«Ese tema no le interesa —dedujo Sclafani—. Hasta ahora se ha sentido jugando en casa y seguro de sí mismo. Pero todo su dinero, sus aires y su educación no le valdrán de nada si podemos colgarle un cuádruple asesinato. Y él lo sabe» .

—¿Cuál era el propósito de su visita a la señora MacDermott?

—Negocios —repuso Lang, consultando su reloj—. Caballeros, me temo que tendrán que excusarme. Tengo que asistir a reunión.

—Esto es una reunión, señor Lang —replicó Brennan, cuya voz se aceraba por momentos—. Cuando hablamos con usted hace unos diez días, nos dijo que estaba en tratos con Adam Cauliff en un posible proyecto conjunto del que él sería el arquitecto.

—Lo cual es y era verdad.

—¿Podría explicarnos en qué consiste ese proyecto?

—Me parece haberlo hecho ya en nuestro encuentro anterior. Adam Cauliff y yo poseíamos parcelas anexas en la calle Veintiocho. Considerábamos la posibilidad de unir las para construir un complejo de apartamentos y oficinas.

—¿Habría sido el señor Cauliff el arquitecto de ese proyecto?

—Adam Cauliff fue conminado a entregar un diseño a tal efecto.

—¿Cuándo rechazó usted ese diseño, señor Lang?

—Yo no diría que fuera rechazado. Diría que quizá necesitara replantearse.

—Eso no es lo que le dijo a su esposa, ¿verdad?

Peter Lang se puso en pie.

—He intentado cooperar. Veo que estoy malgastando mis esfuerzos y que no es posible hablar con ustedes amistosamente. Detesto su tono y su actitud. Si esto ha de seguir por este camino, insistiré en llamar a mi abogado.

—Sólo otra pregunta, señor Lang —pidió el inspector Sclafani—. ¿Hizo usted una oferta terminante sobre la propiedad Vandermeer, después de que la mansión perdiera su condición monumento histórico?

—El ayuntamiento quería desesperadamente unos terrenos que yo poseía y negocié. La ciudad se quedó con la mejor parte.

—Sólo una última cosa, por favor. Si no hubiera contratado a Adam Cauliff como arquitecto para el proyecto, ¿él le hubiera vendido a usted su parcela?

—Hubiera sido una locura no hacerlo. Pero, obviamente murió antes de poder completar transacción alguna.

—Y presumo que ése fue el motivo de su visita a la viuda. Suponga que ella se niega a venderle la propiedad.

—Esa es, sin duda, su decisión. Señores, deben excusarme. Si tienen otras preguntas que hacerme, llamen a mi abogado. —Lang pulsó el intercomunicador—. Los señores Brennan y Sclafani se van ya —le dijo a su secretaria—. Por favor, acompañailes al ascensor.

Gert MacDermott telefoneó a Nell el miércoles por la mañana.

—¿Vas a estar en casa? —preguntó—. He cocinado un pastel de migas y sé que es uno de tus preferidos.

Nell estaba en su escritorio.

—Claro que lo es. Claro... pasa por aquí.

—Pero si estás demasiado ocupada...

—Estaba redactando mi columna y ya casi he terminado.

—Estaré allí hacia las once.

—Tendré la tetera silbando.

A las once menos cuarto, Nell apagó el ordenador. La columna estaba casi a punto, decidió, pero quería dejarla reposar un poco antes de pulirla.

«He disfrutado escribiendo esta columna durante los dos últimos años —pensó mientras llenaba de agua la tetera—. Pero ya es hora de dar un paso adelante... Aunque, un paso atrás sería la expresión más apropiada», admitió, mientras sacaba el té del armario. Atrás, hacia el mundo que representaba su segunda naturaleza, significaba campañas y noches electorales; incluso el Capitolio, en caso de que ganara. Aunque también largas jornadas de trabajo y viajes constantes entre Nueva York y Washington.

«Al menos ya sé en lo que me estoy metiendo si gano —pensó—. La gente como Bob Gorman no puede soportarlo. O quizá Mac tenía razón y Gorman sólo se servía de su cargo como lanzadera hacia otras metas...».

A las once en punto, el portero avisó que la señorita MacDermott estaba ya subiendo. «Mac nos enseñó a Gert y a mí a ser siempre puntuales —pensó Nell—. Adam, en cambio, solía llegar tarde. Era algo que ponía a Mac de muy mal humor».

Se sintió algo desleal al pensar en eso.

—Tienes mejor aspecto —fueron las primeras palabras de Gert al besarla. Sostenía un pastel entre las manos.

—He podido dormir decentemente por primera vez en casi dos semanas —dijo Nell—. Eso ayuda.

—Sí que ayuda —asintió Gert—. Traté de llamarte anoche pero habías salido. Bonnie Wilson me llamó para preguntar qué tal estabas.

—Ah, qué amable. —Nell cogió el pastel de su tía abuela. Ven. Vamos a tomar el té.

Mientras bebían su té, Nell se dio cuenta de que las manos Gert temblaban ligeramente. «No es inusual para alguien de edad —pensó—, pero, Dios, me inquieta y no quiero pensar que algo malo pudiera sucederle a ella o a Mac».

Recordó lo que Dan Minor le comentó durante la cena: «Ojalá tuviera parientes. Quizá no encuentre nunca a mi madre y una vez que muera mi padre, se acabó la familia —añadió—. Pero ya no cuento con él. Desgraciadamente, no es más que un accidente en mi vida. No nos hemos visto en mucho tiempo —entonces sonrió—; creo que ahora tengo una hermosa madrastra y ya tuve otras dos antes».

Hizo un apunte mental para llamar a Mac y decirle que esperara una llamada de Dan Minor.

A las once y media, Gert se levantó.

—He de irme, Nell. Acabo de recordar algo. Si te sientes abatida y quieres compañía, ya sabes a quién llamar.

Nell la abrazó.

—A ti.

—Exacto. Y escucha, espero que te hayas decidido a donar la ropa de Adam. Bonnie piensa que es importante.

—Ya he empezado a empaquetar las cosas.

—¿Necesitas ayuda?

—La verdad es que no. El encargado me trae algunas cajas. Las cargaré en el coche y las dejaré allí el sábado por la mañana. Es el día en que aceptan las donaciones, ¿verdad?

—Sí. El sábado estaré allí. Es el día en que comprobamos lo que vamos recibiendo.

Una pequeña parroquia en la esquina de la Primera Avenida y la calle Ochenta y cinco gestionaba la tienda de segunda mano en la que Gert trabajaba como voluntaria, y donde Nell dejó toda la ropa que había seleccionado. Sólo aceptaban lo que denominaban atavíos «ligeramente envejecidos» y los vendían a un precio mínimo.

Con una oleada de emoción, Nell recordó cómo, el sábado antes de Acción de Gracias, había estado hurgando en el armario y reuniendo todo lo que ya no se volvería a poner; entonces, había desafiado a Adam a que hiciera lo mismo. Después, lo había empaquetado todo y lo trasladaron allí.

En aquel momento, con la satisfacción que otorga las buenas acciones, habían comido juntos en un restaurante tailandés de la Segunda Avenida en la esquina con la Ochenta y uno. Durante el almuerzo, Adam había admitido lo difícil que le

resultaba donar ropa que aún podía ponerse. Quizá era algo heredado de su madre, una mujer que nunca donaba nada, porque « siempre servirá para un día de lluvia» .

—En ese sentido, supongo que soy un poco como ella —había admitido—. Si no hubieras insistido, todo aquello se habría quedado en el armario hasta que los colgadores se hubieran derrumbado.

No era su recuerdo preferido de Adam.

Con un solo gesto, Liz Hanley llamó y abrió la puerta del despacho de Cornelius MacDermott.

—Ya me voy —le dijo.

—Sólo quería recordarte que te vayas preparando. Son las dos y media.

—Tengo hora a las tres.

—Liz, me siento algo culpable por haberte pedido esto, pero es muy importante para mí.

—Mac, si la mujer me echa mal de ojo, será culpa tuya.

—Vuelve enseguida, cuando hayas terminado.

—O cuando ella haya terminado conmigo.

Liz dio la dirección de Bonnie Wilson al taxista; entonces se reclinó y trató de calmar su excitación.

«El problema —admitió— es que, de hecho, creo en que algunas personas tienen facultades psíquicas verdaderas o como quiera que las llamen». Mac sabía de sus reparos pero, como de costumbre, ya tenía lista una respuesta.

«Mi madre no pensaba que tuviera facultades psíquicas, pero estaba absolutamente convencida de poder discernir las señales de mal agüero —le había dicho él—. Tres golpecitos en la puerta mitad de la noche, un cuadro que se caía de la pared o una paloma volando hasta la ventana, y ya te sacaba el rosario del cajón. Creía que cualquiera de aquellas señales eran un claro indicio de una muerte inminente». Entonces hizo una pausa, enormemente satisfecho con su monólogo.

«Si recibía una carta de Irlanda expresando que su tía de ochenta y nueve años había muerto, le decía a mi padre: "Lo ves Patrick, ¿no te dije cuando oí esos tres golpes en la puerta que íbamos a recibir malas noticias?"».

«Mac es un hombre convincente y hace que todo esto suene ridículo —pensó Liz—, pero hay cientos de casos documentados según los cuales personas recientemente fallecidas visitaban a sus seres queridos para despedirse. Hace años, en el *Reader's Digest* leí una historia acerca de Arthur Godfrey, la vieja estrella de la televisión. Cuando era un crío, mientras navegaba en un barco de la

armada americana, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, soñó que su padre se encontraba al pie de su cama. A la mañana siguiente conoció la noticia de su muerte, que se produjo en aquel momento preciso. Me haré con ese artículo y se lo enseñaré a Mac —pensó Liz—. Quizá sea capaz de creerse lo de Arthur Godfrey.

» Aunque no serviría de mucho —admitió, al tiempo que el taxi se aproximaba al bordillo—. Mac ya encontraría un modo ocurrente de echarlo por tierra» .

Su primera reacción ante la presencia de Bonnie Wilson fue parecida a la que Nell le había descrito durante la cena en Neary's. Bonnie era una mujer asombrosamente atractiva y más joven de lo que Liz había supuesto. De todos modos, la atmósfera del apartamento se mantenía en línea con lo que se esperaba. El vestíbulo sombrío contrastaba vivamente con la tarde brillante de junio que acababa de dejar atrás.

—Están arreglando el aire acondicionado —se excusó Bonnie— y el único modo de que el apartamento no resulte irrespirable es mantenerlo bien cerrado. Estos edificios disponen de grandes y hermosas estancias, pero están envejeciendo y se nota.

Liz estuvo a punto de decir que ella vivía en un apartamento muy parecido en la avenida York, cuando recordó que la cita concertada era bajo el nombre de Moira Callahan, de Beekman Place. « Nunca seré una buena mentirosa —pensó con nerviosismo— y a los sesenta y un años ya es un poco tarde para empezar a practicar» .

Dócilmente, siguió a Bonnie Wilson desde el vestíbulo hasta su estudio en el lado derecho del largo pasillo.

—¿Por qué no se sienta en el sofá? —Dijo Bonnie—. De ese modo, puedo acercar la silla. Quisiera cogerle las manos durante unos segundos.

Sintiendo cómo crecía el nerviosismo en su interior, Liz se sentó y obedeció.

Bonnie Wilson cerró sus ojos.

—Veo que aún lleva su anillo de bodas, pero percibo que enviudó hace largo tiempo, ¿es verdad?

—Sí.

« Dios mío, ¿cómo ha podido captarlo tan deprisa?» , se preguntó Liz.

—Acaba de pasar por un aniversario muy especial. Veo el número cuarenta. Ha estado sumida en la melancolía estas dos últimas semanas porque se hubieran cumplido los cuarenta años de casados. Se casó en el mes de junio.

Atónita, Liz no pudo sino asentir.

—Oigo el nombre de « Sean» . ¿Había un Sean en su familia? No creo que se trate de su esposo. Más bien, un hermano, un hermano más joven. —Bonnie Wilson alzó una mano hasta la sien—. Siento un dolor intenso aquí —murmuró—. Creo que significa que Sean se mató en un accidente. Un accidente de coche,

¿verdad?

—Sólo tenía diecisiete años —dijo Liz, atragantada por la emoción—. Iba muy rápido y perdió el control del vehículo. Se fracturó el cráneo.

—Está en el otro lado, junto a su marido y todos los miembros de su familia que fallecieron. Quiere que sepa que le mandan todo su amor. No está destinada a unirse a ellos en mucho tiempo. De todos modos, eso no significa que no estemos constantemente rodeados de nuestros seres queridos, o que no se conviertan en nuestros guías espirituales mientras permanecemos aquí. ¡Consuélese!, convéznase de que es así.

Más tarde, como en una nebulosa, Liz Hanley siguió a Bonnie por el sombrío pasillo. Una mesa con un espejo encima estaba dispuesta contra la pared opuesta en la esquina del vestíbulo. Una bandeja de plata sobre la mesa mostraba las tarjetas de visita de Bonnie. Liz se detuvo y cogió una. De pronto, su sangre pareció congelarse y se paralizó. Se miró al espejo, pero allí había otro rostro, una cara detrás de la suya propia, mirándola. Fue una impresión fugaz, desvanecida casi antes de poder capturarla.

Pero en su camino de regreso al despacho, Liz, aturdida y espantada, reconoció sin ningún género de dudas que Adam Cauliff era la imagen materializada en el espejo.

Se juró que nunca jamás confesaría a nadie la aparición que acababa de contemplar.



Ben Tucker volvió a tener pesadillas en las noches del lunes y del martes, pero no eran tan alarmantes como las de días precedentes. Desde que había dibujado el barco explotando y había hablado con la doctora Megan acerca de cómo cualquiera en su lugar se alteraría y asustaría después de vivir una experiencia tan terrible, había empezado a sentirse mejor.

Ni siquiera le importaba que acudir de nuevo a la consulta significara perderse su partido de liga y eso que jugaban contra los segundos. Al entrar en la consulta, así se lo hizo saber.

—¡Eh!, me haces sentir muy bien, Benjuí —dijo ella—. ¿Te apetece seguir dibujando para mí?

Esta vez le resultó más fácil porque la serpiente no parecía tan terrible. De hecho, Ben se dio cuenta de que la «serpiente» ni siquiera parecía una verdadera serpiente. En los sueños de las últimas noches, no había estado tan asustado y había podido ver con mayor claridad.

A medida que dibujaba, su concentración era tan intensa que se mordió la lengua, chisporroteando saliva por la desagradable picazón.

—Mi madre siempre se ríe cuando hago eso.

—¿Cuándo haces qué, Ben?

—Cuando me muerdo la lengua. Dice que su padre siempre lo hacía cuando se concentraba mucho.

—Qué bueno es ser como el abuelo. Sigue concentrándote.

La mano de Ben empezó a moverse con trazos rápidos y seguros. Le gustaba dibujar y era bueno haciéndolo. Le enorgullecía. Él no era como otros chicos de la clase que se reían de todo y dibujaban siempre tonterías, en lugar de tratar de hacer algo que pareciera real. Pensaba que eran auténticos idiotas.

Prefería que la doctora Megan se mantuviera un poco aparte, tomando notas sin prestarle atención. De ese modo, le era mucho más fácil.

Terminó el dibujo y dejó el bolígrafo. Reclinándose hacia atrás, miró atentamente su creación.

Le gustó cómo había quedado, aunque el dibujo le sorprendía. Ahora podía ver que la «serpiente» no se parecía en nada a una serpiente. En el momento de la explosión todo le resultó aterrador y quizá por ello se confundió.

Lo que había visto deslizándose lejos del barco no era un reptil. Más bien parecía una persona embutida en un traje negro, ajustado y brillante con una máscara, que sostenía un objeto semejante al bolso de una mujer.

El miércoles por la tarde en el trabajo, Lisa Ryan recibió una llamada del tutor de Kelly, la señora Evans.

—Está terriblemente apenada por la muerte de su padre —dijo Evans—. Hoy se puso a llorar en clase.

Acongojada por el dolor, Lisa dijo:

—Pensaba que, de los tres, era la que lo llevaba mejor. En casa parece estar bien.

—Traté de hablar con ella, pero no quiere contarme nada —dijo la señora Evans—. Sin duda, es una niña muy madura para sus diez años. Me da la impresión de que está tratando de ahorrarle otra carga, señora Ryan.

«No tiene por qué hacerlo —pensó Lisa, apesadumbrada—. Soy yo quien debería hacerlo por ella. Me he encerrado demasiado en mí misma, preocupada en extremo por el puto dinero. Tengo que hacer algo al respecto, y pronto».

Estuvo hurgando en su bolso, encontró el número que quería y fue hacia el teléfono público. Entonces, mientras su clienta miraba enfurruñada el reloj, se acercó a la oficina y le dijo al encargado que tenía que cancelar las dos últimas citas.

Y mientras éste voceaba sus protestas, le replicó llanamente:

—Tengo cosas de las que ocuparme esta noche y es absolutamente necesario que las haga. Pero antes, tengo que darles de comer a mis hijos.

—Lisa, te ofrecimos una semana para solventar tus asuntos. No lo conviertas en un hábito.

Regresó a su puesto y sonrió con aire culpable a su clienta.

—Lo siento mucho. Me llamaron de la escuela. Uno de los críos ha tenido problemas.

—De veras lo siento, pero ¿podrías terminar conmigo? Yo también tengo un millón de cosas por hacer.

Morgan Curren había quedado en venir a las siete para hacer de canguro. A las cinco y media, Lisa ya había cenado. Como a partir de ahora sólo iban a ser cuatro, había suprimido la hoja adicional de madera de la mesa y ésta recuperó

su forma circular. Tal como había sido hasta que Charley abandonó su taburete de bebé. Con pesar, recordó el gran acontecimiento que supuso trasladarle una «silla de chico mayor».

Con sus sentidos nuevamente conectados al dolor que sus hijos estaban experimentando, se fijó en la expresión turbada de Kyle, así como el hondo dolor que desprendían los ojos de Kelly, y comprendió, también, el silencio desacostumbrado de Charley.

—¿Qué tal fue la escuela hoy? —preguntó, tratando de sonar animada, sin dirigirse a nadie en particular.

—Estuvo bien —dijo Kyle, en un tono seco—. ¿Sabes lo de la excursión con los chicos el fin de semana próximo?

A Lisa se le partió el corazón. La excursión era una salida de padres e hijos al lago Greenwood, donde uno de los amigos Kyle tenía una casa.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Lisa.

—El padre de Bobby llamará para pedirme que vaya con él y con Bobby, pero yo no quiero. Por favor, mamá, no me obligues a ir.

A Lisa le vinieron ganas de llorar. Kyle sería el único chico sin padre en la excursión.

—Quizá no vaya a ser muy divertido para ti —admitió—. Le diré al papá de Bobby que por esta vez prefieres no ir.

Recordó otro consejo del encargado de las exequias; «Ofréceles a los niños algo con que puedan ilusionarse», había dicho Bueno, gracias a Brenda Curren, aquello podría hacerse.

—Tengo buenas noticias —dijo animada—. Los Curren van a alquilar una casa más grande en Breezy Point este año porque quieren que vayamos a visitarles cada fin de semana. Y, ¿sabéis la mejor parte? La casa está justo frente al mar.

—¿De verdad, mamá? Es fantástico —dijo Charley, suspirando profundamente.

Charley *la nutria*, pensó Lisa, gozando de la sonrisa complacida que brillaba en su cara.

—Qué bien, mamá —exclamó Kyle, ya más relajado y satisfecho.

Lisa miró a Kelly. Parecía indiferente a las buenas noticias, como si no fuera con ella. Ni había tocado el plato de pasta.

No era, sin embargo, el momento de achucharla. Necesitaba más tiempo para poder asumir esa pérdida. Y en aquel momento tampoco disponía de tiempo para lidiar con eso, pues debía limpiar la mesa, hacer que empezaran los deberes y estar en Manhattan a las siete y media.

—Kyle —dijo—, tan pronto como acabemos de cenar, quiero que me ayudes a subir un par de paquetes que papá tenía en el taller. Pertenecen a alguien para quien trabajó y se los voy a dejar a una señora que averiguará a

quién debo entregárselos.

Después de abandonar el hospital el miércoles por la tarde, Dan Minor se dirigió al despacho de Cornelius MacDermott. Cuando telefoneó para concertar una cita, Nell ya le había contado el caso a su abuelo, de modo que ya esperaban su llamada. MacDermott le saludó cordialmente.

—Me han dicho que te licenciaste en Georgetown, como Nell.

—Sí, aunque yo iba seis o siete años por delante de ella.

—¿Qué te parece la vida en Nueva York?

—Mis abuelos nacieron aquí y mi madre se educó en Manhattan, donde permaneció hasta los doce años. Luego se mudaron a Washington D.C. Siempre sentí que tenía un pie aquí y el otro allí.

—Yo también —dijo MacDermott—. Nací en esta casa y, en mis tiempos, no era lo que se dice un vecindario elegante. De hecho, el comentario de entonces era que te podías emborrachar con sólo oler los humos de la destilería de Jacob Rupert.

Dan sonrió.

—Más barato que un paquete de seis cervezas.

—Sí, pero no es lo mismo.

Mientras charlaban, Cornelius MacDermott se dio cuenta de lo mucho que le gustaba el doctor Dan Minor. Afortunadamente, no era astilla del mismo palo. A lo largo de los años, tuvo ocasión de coincidir con el padre de Dan por asuntos diversos en Washington y siempre lo catalogó como alguien pretencioso y aburrido. Dan, sin duda parecía hecho de madera noble. Cualquiera otro habría renunciado a una madre que le hubiera abandonado, especialmente sabiendo que ahora no era más que una vagabunda borracha. Su hijo, por el contrario, quería encontrarla y ayudarla. « Mi tipo de hombre », pensó MacDermott.

—Veré si puedo lograr que unos cuantos funcionarios muevan el culo para poner en marcha una búsqueda eficaz de Quinny como la llamas tú —dijo—. ¿Dijiste que la última vez que se la vio fue en los edificios ocupados de Tompkins Square, en septiembre pasado, hace nueve meses?

—Sí, aunque sus colegas de allí piensan que puede haber abandonado la ciudad —explicó Dan—. Por lo poco que sé, la última vez que se la vio se hallaba bajo una de sus terribles depresiones y, cuando eso ocurría, no le apetecía estar

con gente. En ese estado emocional solía buscarse un refugio y quedarse allí por un tiempo.

Con cada palabra que decía, crecía en Dan la temible sospecha de que su madre ya no estaba viva.

—Si está viva, quisiera cuidar de ella, pero intuyo que podría estar muerta —le dijo a Cornelius—. Si lo está y la enterraron una fosa común, quisiera encontrarla y trasladar sus restos al panteón familiar en Maryland. En cualquiera de los dos casos, sería un gran alivio para mis abuelos saber que ha dejado de vagar por las calles, enferma y quizá alucinada. —Hizo una pausa—. Y sería también un gran alivio para mí.

—¿Tienes alguna foto? —le preguntó Cornelius.

Dan abrió la cartera y sacó la foto que siempre llevaba consigo. Se la pasó al abuelo de Nell.

Mientras Cornelius MacDermott examinaba la fotografía, sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta. La expresión de tierno amor entre la hermosa joven y el chico en sus brazos parecía sobresalir de la superficie ajada de la instantánea en blanco y negro. Con el pelo revoloteando al aire, los rostros pegados y los pequeños brazos del niño rodeando el cuello de su madre.

—También tengo una foto tomada del documental sobre los sin techo emitido hace siete años en la televisión. Me ocupé de que la envejecieran digitalmente por ordenador y, luego, el técnico la ajustó a la descripción que un amigo de ella, había dado del aspecto que presentaba en aquel último verano.

MacDermott dedujo que la madre de Dan debía de tener unos sesenta años. En esta otra foto, la mujer macilenta con pelo cano hasta los hombros aparentaba unos ochenta.

—Haremos unas copias y distribuiremos carteles por la ciudad —prometió—. Y conseguiré que algún burócrata ocioso hojee los archivos para ver si alguna mujer que coincida con la descripción fue enterrada en alguna fosa común desde septiembre pasado.

Dan se puso en pie.

—Tengo que irme. Ya le he robado demasiado tiempo, congresista. Le estoy muy agradecido.

MacDermott le indicó nuevamente la silla.

—Mis amigos me llaman Mac. Son las cinco y media, lo que significa que se abre la veda del cóctel. ¿Qué me dices?

Liz Hanley entró en el despacho sin anunciarse mientras ambos hombres, en actitud amigable, sorbían sus martinis. Era evidente que la mujer estaba alterada.

—Fui a casa después de la consulta con Bonnie Wilson pausadamente. Estaba muy aturdida.

MacDermott se levantó.

—¿Qué te ha ocurrido? ¡Estás muy pálida!

Dan ya estaba en pie.

—Soy médico... —empezó.

Liz sacudió la cabeza y se hundió en una silla.

—Estoy bien. Mac, ponme un vaso de vino. Me ayudará. Sólo que... Mac, ya sabes que fui allí dominada por el escepticismo, pero debo decirte que ha logrado hacerme cambiar de opinión. Bonnie Wilson está a la altura, es una auténtica médium. Lo que significa que si puso a Nell en guardia contra Peter Lang, hay que tomarla en serio.



Después de que Gert saliera del apartamento, Nell había regresado a su escritorio y releído la columna que ya había bosquejado antes para la edición del viernes del Journal. Era un artículo acerca de las largas y frenéticas campañas que, cada vez más, caracterizan las elecciones presidenciales en Estados Unidos.

Su siguiente —y según lo decidido— última columna sería al mismo tiempo una despedida y un anuncio de su intención de vivir el frenesí de la campaña en persona, presentándose como candidata para el escaño de diputado de su abuelo al Congreso «Lo decidí hace dos semanas —pensó Nell mientras corregía el trabajo redactado—, pero no ha sido hasta ahora cuando la confusión, las dudas y la inseguridad parecen haberse disipado. Inspirada por Mac, siempre supe que quería seguir una carrera política, pero durante todo aquel tiempo no había dejado de albergar muchos temores y recelos.

» ¿Había procedido de Adam toda esa negatividad?», se preguntaba. Sentada en su estudio, volvió a pensar en las discusiones que habían tenido por su voluntad de volcarse en la carrera política. «No entiendo qué es lo que le hizo cambiar de idea —pensó—. Cuando nos casamos hace tres años, no cabía en sí de gozo por verme ocupar el viejo escaño de Mac, pero luego no sólo no me apoyó ante la expectativa sino que se volvió directamente hostil. ¿Por qué ese vuelco radical en su actitud?» .

Era una cuestión que la roía por dentro y que tenía una significación añadida desde su muerte. «¿Había algo en la vida de Adam que le pusiera nervioso a la hora de tener que lidiar con el escrutinio público?». Se levantó del escritorio y empezó a caminar impaciente por el apartamento, deteniéndose junto a los estantes que flanqueaban el hogar en el salón. Adam solía coger algún libro que no hubiera leído, hojearlo brevemente, y reponerlo en su sitio. Moviéndolo simultáneamente ojos y manos, Nell reordenó los volúmenes para que los libros que solía releer estuvieran más al alcance de su cómodo sillón de lectura.

«Estaba sentada en este sillón leyendo una novela, cuando me llamó por vez primera —recordó—. Me sumía en el desconcierto por no saber nada de él. Nos habíamos conocido en una fiesta y nos sentimos mutuamente atraídos. Cenamos y prometió llamarme. Pero tuve que esperar dos semanas. Estaba decepcionada. » Recuerdo que acababa de llegar de la boda de Sue Leone en Georgetown.

Buena parte de los invitados estaban casados y se mostraban mutuamente fotos de sus hijos recién nacidos. Yo estaba ansiosa por conocer a alguien que valiera la pena y con Gert solíamos bromear acerca de ello. Dijo que había desarrollado un aguzado instinto por anidar... Y me advirtió que no esperara demasiado.

» Y lo hice. Cuando miro atrás pienso en un par de hombres con los que podría haberme casado y me pregunto qué es lo que en el nombre de Dios, estaba yo esperando.

» Entonces Adam llamó. Eran casi las diez de la noche. Dijo que había estado fuera de la ciudad por trabajo y le había tomado más tiempo del esperado. Dijo que me echaba de menos, pero que le fue imposible telefonarme porque olvidó mi número en su apartamento de Nueva York.

» Estaba tan deseosa de enamorarme y Adam era tan atractivo. Yo trabajaba para Mac, Adam acababa de comenzar en su primer trabajo en la ciudad en un pequeño despacho de arquitectos. Teníamos tanta vida ante nosotros, cuando nuestra vida en común estaba aún por empezar. Fue un noviazgo tormentoso — recordó—. Nos casamos tres meses después, una boda plácida a la que sólo asistió mi familia. Pero no me importó. Nunca deseé una gran fiesta».

Sentada ahora en su sillón favorito, le asaltaban de nuevo los recuerdos de aquellos tiempos tan especiales e impetuosos. « Todo ocurrió tan deprisa y resultó tan excitante. ¿Qué fue lo que me atrajo tan descaradamente hacia Adam? —se preguntaba Nell, rememorando con tristeza al hombre que había amado y que había perdido de manera tan brutal—. Sé lo que era: era un ser absolutamente encantador. Me hacía sentir especial.

» Y, naturalmente, había más —se dijo Nell—. Adam era, de algún modo, la antítesis de Mac. Sé lo que Mac siente hacia mí, pero es de esos hombres que se atragantarían al pronunciar la palabra amor. Yo estaba hambrienta porque alguien me dijera enseguida y apasionadamente que me amaba. "Mi madre quería financiar mi carrera profesional, pero yo no se lo permití —le había dicho Adam—. Yo le recordé que había sido ella quien me enseñó a no pedir prestado ni a ser un prestador. Y así fue".

» Yo admiraba esa actitud —pensó Nell—. Creo que Adam, al igual que Mac, te darían hasta el último centavo, sintiéndose al mismo tiempo horrorizados ante la posibilidad de que fueran ellos los que pidieran dinero prestado. "Apáñate con lo que tengas o no lo hagas, Nell", era la lección que Mac me había enseñado.

» Sin embargo, todo eso cambió más tarde. Adam no tuvo reparos en pedirme que dispusiera de mi fondo fiduciario para prestarle un millón de dólares —pensó Nell—. ¿Qué ocurrió con sus aguerridos principios?». Pero, naturalmente, no se lo preguntó. Tan pronto como estuvieron casados, le pidió a Mac que le ayudara a conseguir un trabajo mejor. Y así es como acabó trabajando para Walters & Arsdale.

« Entonces, los abandonó para abrir su propio despacho, sirviéndose del resto

del dinero que yo le había prestado» .

Las últimas dos semanas habían sido terribles. Primero la muerte de su marido, y luego todas esas insinuaciones de que el hombre con quien se había casado no era el que parecía ser. « No quiero creer que estaba implicado en esa trama de fraudes y sobornos —se dijo Nell—. ¿Por qué se involucraría él en algo así? No necesitaba el dinero. El yate era su único lujo. No habría tenido que pedirme dinero, si hubiera estado apropiándose de cantidades bajo mano» , razonó.

« Pero ¿por qué no me dijo que su proyecto había sido rechazado por Peter Lang?». Ésa era la pregunta para la que iba a tener que hallar una respuesta.

« Y ¿por qué dio ese giro de ciento ochenta grados cuando empecé a plantear seriamente la posibilidad de presentarme para el escaño de Mac? Él siempre echaba las culpas de todo a Mac.

Dijo que Mac nunca me dejaría ser yo misma, que no lo sería mientras él siguiera manteniendo la misma influencia sobre mí, y que acabaría por convertirme en su marioneta. Bien, quizá fuera así, pero ahora me inclino a pensar si no era Adam quien me estaba manipulando.

» ¿Qué motivos, aparte de su desdén hacia Mac y hacia, probablemente, la política en general, empujaban a Adam a no ser noticia en los medios de comunicación?» .

Mientras repasaba mentalmente lo que había ido descubriendo en los últimos días, empezó a formarse una respuesta con cierto sentido que la había estado asediando, una respuesta que le helaba la sangre. « Adam sabía que si me presentaba a ese puesto los medios de comunicación y mis adversarios políticos hurgarían a fondo en nuestra historia personal para ver si nos "habíamos dejado algún esqueleto en el armario". Pero se puede confiar en mi honestidad, estoy limpia —pensó—. ¿Qué es lo que temía él?... ¿Podría haber algo de cierto en los rumores de que quizás había aceptado sobornos? ¿Era él de algún modo responsable de esa restauración defectuosa del edificio en la avenida Lexington cuya fachada se derrumbó el otro día?» .

Ansiosa por apartar de su mente esos temores, Nell decidió dedicarse a una de las tareas que había relegado. El encargado de mantenimiento le había traído a casa una pila de cajas para que empaquetara en ellas la ropa de Adam. Fue al dormitorio y puso la primera caja sobre la mesa. Los ordenados montones de ropa interior y calcetines desaparecieron en su interior.

« Las preguntas engendran preguntas», pensó. Mientras seguía empaquetando la ropa de Adam, decidió enfrentarse a la cuestión que había estado evitando de manera deliberada en los últimos días: « ¿Estaba de verdad enamorada de Adam o sólo deseaba estarlo?» .

« Si no me hubiera apresurado tanto en contraer matrimonio con Adam, ¿se habría erosionado la atracción inicial? ¿Veía en él sólo lo que quería ver? ¿Quizá

me estaba negando siempre la verdad a mí misma? Lo cierto es que nuestro matrimonio no fue un éxito. Al menos, no para mí. Me dolía tener que abandonar mis objetivos profesionales por él. Tampoco me preocupaba que Adam saliera el fin de semana con su yate a pescar y navegar. Me gustaba pasar tiempo sola y pasarlo también con Mac.

» ¿Podría ser que mis dudas respondieran a algo distinto? —se preguntó cerrando una de las cajas. La dejó en el suelo y agarró otra—. ¿O es simplemente que ya he lamentado demasiadas muertes en mi vida y trato ahora de hallar una razón para dejar de hacerlo?

» He leído que mucha gente se enfada con sus seres queridos cuando éstos mueren. ¿Es eso lo que me sucede?» .

Nell dobló cuidadosamente la ropa de deporte —pantalones holgados, vaqueros y camisas de manga corta— y la dispuso en las cajas. Las corbatas, los pañuelos y los guantes fueron los últimos artículos en quedar almacenados. La cama ya estaba despejada. No tenía ánimos para proseguir con el armario. « Eso puede esperar otro día », pensó.

La señora Ryan la telefoneó a primera hora de la tarde, e insistió en que se vieran aquella misma noche. El tono denotaba brusquedad, casi maleducado; Nell incluso estuvo tentada de mandar a paseo a la mujer. Pero Lisa Ryan sufría mucho, y merecía que se le diera tiempo para poder asimilar la pérdida de su marido.

Miró su reloj. Eran más de las seis. Lisa Ryan dijo que llegaría a las seis y media; eso le daba tiempo suficiente para refrescarse y relajarse un poco. Un vasito de Chardonnay también ayudaría en algo, decidió.

El ascensorista ayudó a Lisa a subir el par de pesados paquetes al apartamento de Nell.

—¿Dónde puedo ponerlos, señora MacDermott? —preguntó.

Fue Lisa quien respondió.

—Póngalos allí —dijo, señalando la mesa redonda bajo la ventana que daba sobre Park Avenue.

El ascensorista miró a Nell, quien asintió.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Lisa habló en tono desafiante:

—Nell, tengo pesadillas. Veo a los policías llegando a mi casa con una orden de registro, encuentran el maldito dinero y me arrestan delante de mis hijos. Jamás se atreverían a hacer algo así contigo. Por eso debes quedarte con el dinero hasta que se lo puedas devolver a alguien.

—Lisa, eso es del todo imposible —le dijo Nell—. Agradezco tu confianza, pero nadie en el mundo me obligará a que yo pueda quedarme o devolver un dinero que fue entregado a tu marido porque aceptó meterse en algo ilegal.

—¿Cómo sabes que tu marido no estaba metido en lo mismo? —Preguntó Lisa—. De entrada, hay algo muy extraño en el modo en que Jimmy consiguió

su trabajo. Mandó su currículum a todas las empresas relacionadas con la construcción, pero sólo tu marido respondió ¿Era Adam un alma samaritana dispuesta a dar trabajo a un hombre continuamente boicoteado por el mero hecho de ser honesto? ¿O le consiguió un trabajo con Sam Krause, precisamente porque pensó que el pobre Jimmy andaba lo bastante desesperado para resultar útil en sus chanchullos? Eso es lo que quiero saber.

No conozco la respuesta —dijo Nell pausadamente—. Sólo sé que no importa quién salga mal parado. Es importan averiguar de qué modo y por qué Jimmy podía serle útil a alguien.

El rostro de Lisa Ryan palideció repentinamente.

—Quien pretenda sacar a relucir el nombre de Jimmy en este asunto tendrá que pasar por encima de mi cadáver —exclamó—. Antes cogeré el maldito dinero y lo tiraré al río. Es lo que tendría que haber hecho cuando lo encontré.

—Lisa, escúchame —le rogó Nell—. ¿Te has enterado de lo de la fachada de la avenida Lexington que se derrumbó? Hay tres personas heridas y una de ellas puede que muera.

¡Jimmy nunca trabajó en la avenida Lexington!

—No he dicho que lo hiciera, pero sí trabajó para Sam Krause y fue su empresa la que se encargó de la restauración. Si Krause es responsable de una chapuza en ese edificio, es más que posible que cometiera algunas más en otros. Quizá hubo otros trabajos donde Jimmy estuvo empleado y en el que se recortaran los gastos de manera fraudulenta y se emplearan materiales de mala calidad. Quizá haya otro edificio estructuralmente defectuoso, otro accidente a punto de suceder. Jimmy Ryan escondió ese dinero y nunca lo gastó; y por lo que me has dicho, estaba sumido en una profunda depresión. Tengo la impresión de que era el tipo de hombre a quien le gustaría que hicieras todo lo posible por evitar una nueva tragedia.

La expresión desafiante del rostro de Lisa se fue desvaneciendo y se descompuso en hondos y quebrados sollozos. Nell pasó s brazos alrededor de ella. « Es tan desvalida —pensó, conmocionada—. Sólo es unos pocos años mayor que yo, y aquí está, enfrentada a la responsabilidad de criar a tres hijos casi sin recursos. Y, aun así, tiraría cincuenta mil dólares al río antes que alimentar y vestir a sus hijos con dinero sucio» .

—Lisa —dijo—. Sé por lo que estás pasando. Yo también debo enfrentarme a la posibilidad de que mi marido haya estado involucrado en un asunto de corrupción o de que haya hecho la vista gorda ante el uso de materiales defectuosos. Yo no tengo hijos que proteger, pero si Adam hubiera sido cómplice de algo ilegal y llegara a saberse, eso me costaría mi incipiente carrera política. Quiero que me des permiso para hablar con los inspectores que se ocupan de la investigación. Les pediré que hagan todo lo posible por mantener el nombre de Jimmy fuera de toda sospecha; pero Lisa, ¿te das cuenta de que si Jimmy sabía

demasiado del asunto, es posible que fuera él el objetivo de la explosión que hizo volar el yate?

Nell hizo una pausa. Entonces prosiguió con la idea que había estado barruntando desde el lunes, cuando Lisa le contó por primera vez lo del dinero.

—Lisa, si alguien teme que Jimmy te pudiera haber explicado cómo consiguió ese dinero, tú también podrías ser considerada una amenaza. ¿Lo has pensado?

—¡Pero no me lo dijo!

—Tú y yo somos las únicas que lo sabemos —dijo Nell, rozando suavemente el brazo de la otra mujer—. ¿Te das cuenta ahora del por qué hemos de declarar la existencia de ese dinero a la policía?

## JUEVES, 22 DE JUNIO

64

El jueves por la mañana, Jack Sclafani y George Brennan estaban de nuevo de visita en el apartamento de Ada Kaplan, en la calle Catorce esquina con la Primera Avenida.

—¿Está Jed en casa? —preguntó Sclafani.

—Todavía no se ha despertado. —Ada Kaplan volvía a estar al borde del llanto—. No vendrán a registrar mi casa otra vez, ¿verdad? Ya no lo soporto más. Deben comprenderme.

Las oscuras bolsas debajo de los ojos acentuaban la extrema palidez de su rostro.

—No, no vamos a registrarla de nuevo, señora Kaplan —dijo Brennan apaciguándola—. Lamentamos tener que importunarla. ¿Le importaría avisar a Jed que se vistiera y saliera un momento? Queremos hablar con él.

—Quizá hable con ustedes... apenas lo hace conmigo. —Los miró suplicante—. ¿Qué podía ganar él causando daño a Adam Cauliff? —preguntó—. Sí es cierto que estaba muy enfadado porque Cauliff me había convencido para vender la propiedad por, lo que él considera, muy poco dinero. Pero si no se la hubiera vendido a él, lo habría hecho a ese tiburón inmobiliario de Lang. Ya se lo dije a Jed.

—¿Peter Lang? —Se sorprendió Brennan—. ¿Habló usted con él acerca de la propiedad?

—Claro que lo hice. Justo después del incendio de la mansión, vino a verme con un cheque en la mano. —Su voz se apagó en un susurro—. ¡Me ofreció dos millones de dólares y, sólo un mes antes, yo se la había vendido a Cauliff por menos de un millón! Me partió el corazón decirle que aquello ya no era mío, y no me atreví a contarle a Jed cuánto dinero de más podría haber sacado por la propiedad.

—¿Se enfadó Lang cuando supo que usted ya la había vendido?

—Oh, sí, mucho. Creo que si el señor Cauliff hubiera estado presente, Lang le habría estrangulado con sus propias manos.

—¿Estás hablando de mí, mamá?

Todos se volvieron para contemplar a Jed Kaplan, sin afeitarse, en pie junto a la puerta.

—No, no hablaba de ti —repuso Ada Kaplan, nerviosa—. Les decía a estos caballeros que Peter Lang también estaba interesado en comprar mi propiedad.

La expresión de Jed Kaplan se ensombreció.

—*Nuestra* propiedad, mamá. No lo olvides. —Se volvió hacia Brennan y Sclafani—. ¿Qué es lo que quieren?

Se pusieron en pie.

—Sólo queríamos comprobar que no hayas perdido ni un ápice de tu encanto —apuntó Sclafani—. Pero, sobre todo, no queremos que olvides que hasta que nosotros no digamos lo contrario, no planees vacaciones ni nada por el estilo. Mientras la investigación siga su curso, debes estar localizable. Así que no te sorprenda si volvemos a pasar por aquí cualquier otro día.

—Ha sido un placer hablar con usted, señora Kaplan —dijo Brennan.

Mientras bajaban en el ascensor, Sclafani fue el primero en hablar.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Sí. Creo que Kaplan no es más que un truhán de pacotilla y que estamos perdiendo el tiempo con él. Lang, por otra parte, merece una mayor atención por nuestra parte. Tenía un motivo para hacer desaparecer a Adam Cauliff, y salvó muy oportunamente su vida evitando la reunión en el yate.

Regresaron a las once a la comisaría. Un visitante inesperado aguardaba su llegada. El recepcionista les explicó:

—Su nombre es Kenneth Tucker. Es de Filadelfia y quiere hablar con quien sea que esté al frente de la investigación sobre la explosión del yate de Adam Cauliff.

Sclafani se encogió de hombros. «No hay caso de cierta importancia que no atraiga la atención de chiflados con pistas alucinantes o teorías esperpénticas», pensó.

—Danos diez minutos para tomar un café.

Trató de no arquear las cejas cuando vio entrar a Kenneth Tucker en la oficina. Tenía la pinta de un joven ejecutivo y sus primeras palabras, «Puede que esté malgastando su tiempo», convencieron a ambos hombres de que eso era exactamente lo que iba a hacer.

—Iré al grano —dijo Tucker—. Mi hijo y yo íbamos en un transbordador por el puerto de Nueva York cuando ocurrió la explosión hace dos semanas. Desde entonces, le asaltan horribles pesadillas.

—¿Qué edad tiene su hijo, señor Tucker?

—Benjy tiene ocho años.

—¿Y usted cree que esas pesadillas están relacionadas con la explosión?



—Sí, lo creo. Tanto él como yo fuimos testigos de la tragedia. Regresábamos de una visita a la Estatua de la Libertad. A decir verdad, todo el episodio devino algo borroso para mí, pero Ben vio algo que creo que puede ser importante.

Sclafani y Brennan intercambiaron una mirada.

—Señor Tucker, hemos hablado con bastantes personas que viajaban en ese transbordador por entonces. Aquellos que contemplaron la explosión dijeron que el yate estaba demasiado lejos para poder ver algo con cierta claridad. Puedo entender por qué un niño de ocho años sufre pesadillas después de haber presenciado lo que ocurrió, pero le puedo asegurar que, desde esa distancia, es imposible que apreciara algo significativo.

Kenneth Tucker se sonrojó.

—Mi hijo padece una hipermetropía infrecuente —prosiguió con serena dignidad—. Lleva gafas para corregir su visión con el fin de poder leer, pero se las había quitado justo antes de la explosión. Y como le he dicho, fue justo después de la tragedia cuando empezó a sufrir pesadillas. En esos sueños afirma que, cuando el barco explotó, una serpiente saltaba del mismo y empezaba a avanzar hacia él. Visitamos a una psicóloga. Después de varias sesiones, la especialista consiguió que dibujara lo que había visto. Entonces, el señor Tucker les entregó el dibujo de Ben.

—Ahora cree que lo que vio era a alguien vestido de buzo, llevando un bolso de mano y alejándose del yate en el momento en que salta por los aires. Podría muy bien ser la fantasía de un niño, pero creo que, al menos, deberían ver el dibujo. Soy consciente de que reciben muchas llamadas delirantes después de un suceso como éste e imaginé que si se lo mandaba por correo, lo ignorarían, y no quería que eso sucediera. Quizá no sirva de nada, pero pensé que tenían que verlo.

Se puso en pie.

—Evidentemente, la máscara impidió que Ben se hiciera la mínima idea del aspecto que esa persona tenía. Si otorgan un cierto crédito al dibujo, espero que también entiendan que no hay motivos para interrogar a mi hijo. Anoche pudo dormir por primera vez en dos semanas. Y además, no deseamos la atención de los medios de comunicación.

Brennan y Sclafani intercambiaron una nueva mirada.

—Le estamos muy agradecidos, señor Tucker —dijo George Brennan—. Sin ulteriores investigaciones tampoco puedo asegurarle nada, pero el dibujo de su hijo podría ser importante. El nombre de Ben no se mencionará, se lo prometo, pero debo pedirle que no revele a nadie lo que nos acaba de contar. Incluso si alguien consiguió salir del barco, sabemos que dos personas y, probablemente, una tercera, murieron en la explosión. Nos encontramos ante un caso de homicidio múltiple y sea quien sea el responsable, se le debe considerar como alguien extremadamente peligroso.

—Creo que nos hemos entendido.

Cuando la puerta se cerró detrás de Tucker, Sclafani emitió un silbido de estupefacción.

—Nadie filtró a los medios que nuestros chicos habían encontrado el bolso de Winifred Johnson —dijo—. De modo que no es posible que ese tipo lo supiera.

—Imposible.

—Eso explicaría por qué apenas estaba chamuscado. Quien fuera que saltó del *Cornelia II*, lo llevó consigo.

—Y probablemente lo perdió cuando el barco explotó. Si el niño está en lo cierto, quien fuera que saltó de la embarcación se salvó por los pelos.

—¿Y quién crees que fue? —preguntó Sclafani.

Sin llamar, Cal Thompson, el asistente del fiscal del distrito que había entrevistado a Robert Walters, abrió la puerta y sacó la cabeza.

—Pensé que estaríais interesados en los últimos progresos. Hemos conseguido a otra «reina por un día». El asistente de Sam Krause vino a vernos con su abogado. Admite que han estado sirviéndose de materiales de baja calidad en muchos de sus proyectos y facturando sistemáticamente de más en los trabajos que conseguían de Walters & Arsdale.

—¿Te ha dicho quién, de Walters & Arsdale, era el que hacía el trato con ellos?

—No. Está convencido de que se trata de Walters y Arsdale, pero no puede verificarlo. El contacto para las transacciones era Winifred Johnson. Dijo que incluso había un mote para la mujer: *Winnie la de la bolsa*.

—También parece ser una nadadora endemoniada —dijo Brennan.

Thompson arqueó las cejas.

—A menos que haya un malentendido, sus días de nadadora quedaron atrás.

—Quizá sí. Quizá no —replicó Sclafani.

El jueves por la mañana, Nell se había despertado al alba. El poco sueño que había podido conciliar se había visto enturbiado por pesadillas; agitada por sonidos imaginarios en la noche se había despertado en varias ocasiones, incluso sintiendo la cara humedecida por las lágrimas.

«¿Eran por Adam?». No lo sabía. «No estoy segura de nada», admitió esa mañana, mientras se envolvía estrechamente con las sábanas. Cuando se había acostado, el aire de la noche era fresco, de modo que había apagado el aire acondicionado y abierto las ventanas de par en par.

Como resultado, el rumor de la ciudad de Nueva York la acompañó toda la noche: tráfico, sirenas de policía o de ambulancias, el leve sonido de la música del apartamento de abajo, cuyo propietario tenía puesto el tocadiscos todo el día.

Pero el dormitorio la envolvía, impregnándola de la sensación de estar en casa. Sin el armario de Adam, la estancia volvía a resultar espaciosa, con su cómoda en su emplazamiento original, situada de modo que bajo la minúscula luz de lectura pudiera ver la foto de sus padres cuando se despertaba.

La foto evocaba muchos recuerdos, afortunadamente recuerdos felices. De niña, antes de empezar la escuela, sus padres la llevaron consigo en uno de sus viajes de trabajo a Sudamérica. Conservaba vagos recuerdos de ellos hablando con los nativos, en aldeas remotas, o de ella misma jugando con otros niños. El juego consistía, a menudo, en nombrar las palabras que correspondían a las distintas partes del cuerpo: nariz, orejas, ojos, dientes. Nell tenía la sensación de que recordaba esos tiempos porque ahora experimentaba unos sentimientos parecidos: los de estar en una tierra extraña y tener que aprender el lenguaje. «La diferencia —pensó— es que ahora ya no tengo a mis padres para protegerme y evitar que me meta en problemas».

Varias veces, al despertar, se le había aparecido el rostro de Dan Minor. Esa visión la reconfortaba, era otra alma viajera, otro superviviente de una infancia rota, otra persona en busca de respuestas.

Aquella mañana, tomando una taza de café, decidió abrir los paquetes y contar el dinero que trajo Lisa Ryan, la noche anterior, cincuenta mil dólares. «No sería mala idea verificar esa cifra», pensó.

Los paquetes eran pesados y resultó un verdadero problema trasladarlos hasta

la mesa del comedor. Con meticuloso esmero, deshizo los nudos de cuerda, sintiendo el roce de la sarta verde que la recorría. El papel marrón de embalar le traía recuerdos de infancia, los de sus padres mandando paquetes a las personas cuya amistad habían cultivado en todas partes del mundo.

Cuerda y papel de embalar.

Nell ignoró una creciente sensación molesta que se estaba aposentando en su subconsciente, mientras procedía a abrir la primera de las cajas y miraba los ordenados fajos de billetes sujetos con gomas elásticas. Antes de empezar a contar, examinó cuidadosamente la caja. Era de aproximadamente dos tercios el tamaño de las cajas empleadas para empaquetar un vestido de mujer. Nada identificaba el producto que había contenido o la empresa de la que procedía. La caja había sido escogida con cautela por alguien que no deseaba que se supiera su origen.

Se sirvió más café y sacó su calculadora. Mientras contaba y recontaba cada fajo, iba sumando la cifra. La primera caja contenía veintiocho mil dólares, casi todos en billetes de cincuenta.

Abrió la segunda y empezó a contar de nuevo, advirtiendo que ésta albergaba billetes más pequeños y gastados; de cinco, diez y veinte, así como algunos de cincuenta y muy pocos de cien. « Quien lo preparó era lo bastante listo para saber que alguien como Jimmy Ryan llamaría inevitablemente la atención si se le veía con billetes de cien dólares », pensó.

El total de la segunda caja ascendía a veintidós mil dólares. « El total no variaba ni un céntimo de los cincuenta mil que alguien entregó a Jimmy, por lo que fuera que tuvo que hacer para ganárselos. Pero ¿por qué no gastó ni un dólar? ¿Tan fuerte era el sentimiento de culpa que no podía soportar tocarlos? » .

Reflexionando en lo que debía de haber sentido Jimmy Ryan, Nell recordó que en la Biblia, después de la crucifixión de Jesús judas, abrumado por la culpa, trataba de devolver las treinta monedas de plata que recibió por su traición.

« Y entonces se colgó », pensó Nell mientras reponía el dinero en la segunda caja. ¿Y si Jimmy Ryan se había suicidado? Mientras empezaba a doblar el papel marrón de embalar sobre el primer paquete, repentinamente percibió aquello que la había estado inquietando toda la mañana respecto a las cajas. Ya había visto ese papel antes, así como la cuerda veteada de una sarta verde que la recorría.

En el archivador de Winifred.

Durante la noche, Lisa Ryan no paró de dar vueltas en la cama, inquieta, atenta a los sonidos familiares del exterior que llenaban la noche. Algunos de ellos eran reconfortantes, como la brisa susurrando entre las hojas de los arces en el patio anterior. Pero también había oído a su vecino de al lado, un camarero, aparcando su coche ante el garaje a primera hora de la mañana y, luego, el fragor del tren de mercancías circulando por las vías cercanas.

Hacia las cinco ya había renunciado a tratar de dormir. Saltó de la cama y se puso su bata de felpa. Mientras anudaba el cinturón, se dio cuenta de que había perdido mucho peso desde la muerte de Jimmy.

« Ahí tienes una dieta eficaz, se dijo sombríamente.

Lisa no dudaba de que, después de que Nell MacDermott hablara con los inspectores que investigaban el caso, les faltaría tiempo para venir a interrogarla. En los meses que había pasado trabajando para Sam Krause, Jimmy colaboró en diferentes proyectos de construcción. Ahora quería tratar de averiguar en qué emplazamientos lo había hecho y cuándo. Quizá de ese modo, Lisa podría decirles a los inspectores dónde estaba trabajando en el momento en que lo asaltó la depresión. Sabía que la ubicación era clave para aquello en que Jimmy hubiera intervenido, o no, a fin de aceptar el soborno.

Antes de bajar, entró a ver cómo estaban los niños. Kyle y Charles dormían profundamente en sus literas.

Bajo la leve luz matinal examinó sus rostros. La mandíbula de Kyle empezaba a dar muestras de su inminente entrada en la adolescencia. « Seré siempre delgado, como toda mi familia », pensó.

Charley tenía una constitución más robusta. Sería un chicarrón como Jimmy. Ambos habían heredado de su padre el pelo rojizo y los ojos color avellana.

Kelly dormía en el más pequeño de los dormitorios; « un armario consagrado », como lo denominaba Jimmy. Su cuerpo esbelto estaba acurrucado en postura fetal. Algunas mechass del pelo rubio claro le tapaban la mejilla y se deslizaban por los hombros.

El diario personal en el que escribía cada noche se hallaba bajo la almohada. Kelly lo empezó como una tarea escolar y luego había proseguido por su cuenta.

—Es una cosa muy íntima —dijo en su momento con solemnidad—, y la

maestra dice que nuestras familias deben respetar esa intimidad.

Todos prometieron no leerlo nunca. Jimmy, receloso ante el intercambio travieso de miradas entre Kyle y Charley, construyó una pequeña caja fuerte para ella, que solía tener sobre la cómoda. La caja tenía dos llaves. Una que Kelly llevaba anudada al cuello y otra que guardaba Lisa, escondida en un cajón, por si la primera se perdía.

Kelly hizo prometer a su madre que jamás usaría la llave para abrir la caja, y nunca lo había hecho. Pero, en aquellos momentos mientras observaba a su hija, Lisa sabía que iba a romper esa promesa.

No lo hacía únicamente porque necesitara saber lo que Nelly, la «niña de los ojos de papá», pensaba y sentía en estos momentos tan difíciles. Era también por lo que Kelly —siempre atenta y sensible a los cambios de humor de su padre— pudiera haber escrito acerca de Jimmy en el momento en que éste se sumió en la depresión.

En la mañana del jueves, Dan Minor había llegado temprano al hospital. Le esperaban tres operaciones, una detrás de otra, y la primera estaba programada a las siete. Luego, tuvo la satisfacción de dar de alta a un paciente de cinco años que había pasado un mes en el hospital.

Con su natural buen humor, restó importancia a las muestras de gratitud de los padres.

—Mejor que se lo lleven de aquí cuanto antes. Las enfermeras ya están cumplimentando una solicitud para adoptarlo.

—Temía tanto que quedara desfigurado dijo la madre.

—Oh, le quedarán algunas marcas, pero nada que le perjudique con las chicas, de aquí a diez o doce años.

Era ya la una cuando Dan pudo hacer una pausa para comer un bocadillo y tomar una taza de café en la sala de los médicos. Aprovechó el receso para llamar a la oficina de Cornelius MacDermott, con el fin de saber si les había llegado alguna información sobre su madre. Sabía que era algo muy improbable, ya que no había pasado ni un día, pero no pudo resistir la tentación de llamar. « Probablemente ha salido a comer », pensó mientras marcaba el número.

Liz Hanley respondió tras el primer timbrazo.

—Está en el despacho, doctor —le dijo—, aunque debo advertirle que ni Dios nuestro Señor corriendo por la Quinta Avenida en monopatín podría hoy arrancarle una sonrisa. Así que, si le ladra como un perro, no lo tome como algo personal.

—Casi me abstendré de hablar con él, por ahora.

—No, no, en absoluto. Pero espero que no le importe esperar un segundo. Está hablando por la otra línea, pero termina enseguida. Le paso con él tan pronto como cuelgue.

—Antes de dejarme, Liz, ¿cómo se siente hoy? No sé si se dio cuenta, pero ayer casi estaba usted en estado de shock.

—Oh, ahora estoy bien, pero ayer sufrí, sin duda, un fuerte impacto emocional. Doctor, tiene usted que creerme si le digo que Bonnie Wilson es una médium con todas las de la ley. Por eso estoy completamente segura de que vi... bueno, mejor que no siga con ello.

Dan percibió, por el brusco cambio de tono de Liz Hanley, que había algo inquietante en aquello que había experimentado, aunque ella no iba a decirle de qué se trataba.

—Bien, mientras ya se encuentre bien...

—Completamente. Oh, espere doctor. «La Presencia» acaba de honrarme con su aparición.

Dan la oyó decir «Es el doctor Dan, congresista».

Hubo un momento de pausa, en el que escuchó cómo el aparato cambiaba de manos; entonces pudo oír la voz impetuosa Cornelius MacDermott.

—Liz es igual que Nell. Cuando está enfadada conmigo me llama congresista. ¿Cómo estás Dan?

—Estoy bien. Sólo llamaba para agradecerle su amabilidad.

—Bueno, esta mañana he movido algunos hilos y tengo gente trabajando en los archivos. Si hay algo que se pueda saber sobre tu madre, ellos lo encontrarán. De todas maneras, no sé si Liz te ha dicho que tengo un problema gordo.

—Me ha comentado que está usted alterado por algo —dijo Dan con cautela.

—Eso, por decirlo suavemente. Tú cenaste la otra noche con Nell. ¿Te dijo algo de presentarse para ocupar mi escaño?

—Sí, lo hizo. Está muy ilusionada con ello.

—Pues me ha llamado hace media hora para comunicarme que les diga a los jefes del partido que no tiene intención de presentarse.

Dan se sorprendió.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión? No estará enferma, ¿verdad?

—No, pero está empezando a creer que lo que le he contado acerca de los posibles chanchullos de su marido en los negocios quizá sea cierto. Adam Cauliff, o al menos su asistente, puede que estuvieran implicados en el escándalo de los sobornos sobre el que supongo ya habrás leído algo.

—Pero eso no tiene nada que ver con Nell.

—En política, todo tiene que ver con todo. Le he dicho que, de todos modos, no cambiara de opinión todavía y que esperara hasta la semana que viene.

Dan decidió dar un paso adelante.

—¿Cómo era Adam Cauliff, Mac? —preguntó.

—Podría haber sido un hombre de negocios listo y algo rudo, o bien un paleta tratando de jugar en una liga que acabó por desbordarle. Probablemente, nunca sabremos quién era realmente. Pero de una cosa estoy seguro. No era el hombre adecuado para mi nieta.



Después de llamar a Mac, Nell marcó el número del inspector Sclafani, pero enseguida cortó la comunicación. Antes de llamarlo, decidió que se acercaría al despacho de Adam para hacerse con la cuerda y el papel de embalar que había visto en la oficina de Winifred.

Se duchó y se vistió con unos pantalones holgados blancos, una blusa de manga corta y una chaqueta ligera azul de algodón y unas sandalias.

« Ya es hora de dar el gran paso », decidió mientras se cepillaba el pelo y lo recogía con un lazo. Entonces, se detuvo al verse sorprendida por la imagen del espejo. Era su rostro, pero la cara que vio parecía ser la de una extraña, con una expresión tensa y ansiosa. « Toda esta odisea está empezando a dejar secuelas — pensó—. Acabaré hecha una completa ruina si algo no se soluciona, y pronto.

» La verdad es que no quiero arruinar mis posibilidades de salir elegida — admitió—, y me satisface que Mac insistiera en que esperara hasta la semana próxima para tomar una decisión definitiva. Quizá por entonces, obtenga algunas respuestas. Es posible que Adam fuera sólo un poco ingenuo y no se diera cuenta de las corruptelas que se tramaban a un palmo de sus narices» .

El papel de embalar y el cordel estaban en el archivador de Winifred, lo recordaba con claridad. También sabía que Winifred estaba liada con alguien llamado Harry Reynolds, aunque no tenía ninguna pista de quién podría tratarse. Winifred trabajó en Walters & Arsdale durante más de veinte años, mucho antes de la llegada de Adam. « Cuando empezó a trabajar estrechamente con él, ¿se aprovecharía de su confianza? », se preguntaba Nell. Era nuevo en el despacho, sin experiencia, mientras que ella conocía el negocio de la construcción del derecho y del revés, incluidos los detalles menos claros.

Mientras salía del apartamento, Nell pensó en el dinero que Lisa Ryan le había forzado a guardar. « No puedo dejarlo allí, sobre la mesa », pensó. Sabía que quizá estaba actuando de un modo algo paranoico, pero cualquiera que apareciera por el apartamento sospecharía enseguida por qué había tanto dinero.

« Empiezo a comprender cómo se sentía Lisa con todo esto bajo su techo », pensó al tiempo que llevaba las cajas al cuarto de los invitados y las depositaba en el suelo del armario empotrado.

Los trajes, chaquetas, pantalones y abrigos de Adam seguían colgados allí. Se

detuvo ante la puerta del armario, mirando toda esa ropa, buena parte de la cual le había ayudado a escoger. Ahora se le antojaba como una recriminación, por el hecho de estar cuestionando la integridad del hombre que la había vestido y disfrutado. Las prendas parecían regañarla por dudar de aquel hombre, de su marido. Nell se prometió que antes de que acabara el día, toda la ropa sería empaquetada y preparada para ser llevada a la tienda de segunda mano, el sábado por la mañana.

El taxista giró a la derecha al sur de Central Park y luego a la izquierda en la Séptima Avenida, en su camino hacia el despacho de Adam. Una manzana antes de llegar, pasaron ante la valla erigida para cercar las ruinas de la mansión Vandermeer. El edificio desastrado y estrecho junto a la misma era el que ahora le pertenecía, aquel que Peter Lang deseaba más que cualquier otra cosa.

«El que Adam había deseado más que cualquier otra cosa», rectificó Nell.

—Déjeme aquí—conminó al taxista.

Tras apearse en la esquina, se encaminó hacia su propiedad y permaneció observándola. La mayoría de los edificios adyacentes eran viejos, pero podía apreciarse el inicio de un cierto cambio en el vecindario. Al otro lado de la calle, se edificaba un complejo de apartamentos y un cartel anunciaba la construcción de otro. Cuando Adam le pidió prestado el dinero para comprar la propiedad, comentó que aquello se estaba convirtiendo en el área de mayor futuro inmobiliario de la ciudad.

La mansión Vandermeer ocupaba una parcela de notables dimensiones, en tanto que la suya no constituía más que una franja estrecha. Todos los residentes habían abandonado el edificio que, ahora, desprendía un aire de abandono absoluto; los grafitos que embadurnaban la fachada empeoraban el efecto desolador de aquel exterior oscuro.

«¿Qué pensaba Adam hacer con esta propiedad? —se preguntó—. ¿Cuánto dinero hubiera necesitado para poder derribarla y construir algo en su lugar?». Mientras examinaba la ubicación, se daba cuenta, por vez primera, que su único valor real dependía de las posibilidades de anexionarla a la parcela Vandermeer.

«¿Entonces por qué estaba tan ansioso por comprarla?». Resultaba particularmente extraño, ya que en el momento de la adquisición, la mansión Vandermeer seguía en pie y era un monumento histórico.

«¿Podría Adam haber tenido en sus manos información privilegiada sobre la inminente pérdida de ese estatus?».

Era otra posibilidad inquietante.

Se giró y anduvo la manzana y media que le quedaba hasta las dependencias de Adam. El martes, al abandonar el edificio con los inspectores, el encargado le había hecho entrega de una llave sobrante de la puerta principal. Entró y, de

nuevo, experimentó un sentimiento de profunda agitación al cerrar la puerta tras de sí.

Se dirigió hacia el cubículo de Winifred y la pudo visualizar sentada en su escritorio, sonriendo tímidamente, tal como hacía siempre que entraba un visitante.

Nell permaneció ante el escritorio, recordando. Era la expresión en los ojos de Winifred lo que más le llamaba la atención. Siempre ansiosos, casi suplicantes, como temiendo que la fueran a reprender. ¿Había sido una escenificación teatral?

Abrió el cajón inferior del archivador y sacó el papel de embalar y el cordel. Los puso en una bolsa de la compra para llevárselos. Incluso antes de compararlos, sabía que el dibujo del cordel coincidía exactamente con el utilizado para atar las cajas del dinero.

Sólo llevaba allí unos pocos minutos, pero ya percibía que la temperatura había subido de manera repentina. «Está volviendo a suceder», pensó, sintiendo cómo le invadió la desorientación. «Tengo que salir de aquí».

Cerró el archivador de golpe, agarró la bolsa de la compra y salió a toda prisa del cubículo de Winifred hacia el vestíbulo de recepción y la puerta principal.

Tiró del pomo, pero la puerta no se abrió. Estaba encallada. La manilla resultaba extrañamente caliente al tacto y, de pronto, Nell empezó a toser. Frenética, pateó la puerta y empezó a sentir que sus manos se inundaban de ampollas.

—¿Pasa algo, señora Cauliff? ¿Se ha vuelto a encallar la puerta? El encargado del edificio apareció de pronto, empujando con calma la puerta con el hombro. Nell tropezó ante él y salió. Una vez fuera, sus piernas cedieron y se sentó en el escalón inferior, tapándose la cara con las manos.

«Está volviendo a suceder —pensó—. Es una advertencia». La tos empezó a remitir, pero seguía jadeando. Se miró las manos... No había ampollas.

—Supongo que le resulta duro regresar a la oficina de su marido —dijo el encargado, comprensivo—. El hecho de que él y la señorita Johnson no vayan a volver por aquí, quiero decir.

Nell regresó a su apartamento. Había un mensaje de Dan Minor en el contestador.

«—Nell, acabo de hablar con Mac —decía—. Acabaremos siendo viejos amigos. Tiene a su gente comprobando los archivos para ver si recaban alguna información sobre mi madre. Te llamaré luego por si estás libre para cenar esta noche».

Aún aturdida por la extraña experiencia por la que había pasado en las oficinas de Adam, Nell escuchó de nuevo el mensaje. El tono menor de

preocupación en la voz de Dan la calmó. « Probablemente, ha sabido algo de mí a través de Mac », pensó. Entonces, vio la tarjeta del inspector Sclafani junto al teléfono. Volvió a marcar su número, pero esta vez no cortó la comunicación. Sclafani respondió al momento.

—Es muy importante que le vea, pero debo rogarle que venga aquí, a mi apartamento —le dijo—. Es mejor que no se lo cuente por teléfono.

—Estaremos allí en una hora —prometió.

Tratando de disipar de su cabeza el recuerdo aterrador momento pasado en las oficinas de Adam, Nell se dirigió al cuarto de invitados y empezó a vaciar el armario. Mientras sacaba chaquetas, trajes y pantalones de los colgadores, reflexionó sobre el hecho de que Adam, todavía un hombre joven, hubiera sido clásico en su modo de vestir. El azul marino, el gris oscuro y marrón eran los colores imperantes. Recordó que un año atrás le había instado a comprarse una chaqueta de verano verde que había visto en el escaparate de Saks. En su lugar, se había comprado otro blazer azul marino.

« Le comenté que era exactamente igual a otro que ya tenía —recordó Nell mientras agarraba la chaqueta azul marino del armario—. De hecho, parecen idénticas » .

Pero mientras la sostenía advirtió que estaba equivocada. « Ésta era la más nueva de las dos » .

Lo sabía por el peso. Confundida, pensó en que aquélla era la que había querido darle a Winifred aquel día. « Esta es la que tenía preparada. La otra habría resultado de demasiado abrigo. ¡Ah, claro! —Se dijo, de pronto, rememorando la secuencia de los acontecimientos—. La última noche, Adam se había cambiado, aquí y había dejado lista la ropa que pretendía ponerse al día siguiente. Después, salió de casa a toda prisa tras la discusión, y yo puse su maletín en el estudio y colgué su chaqueta en el armario. La que le di a Winifred era la equivocada, la que abrigaba más. Si hubiera sobrevivido, probablemente habría agradecido el error —pensó—. La temperatura cayó en picado durante el día y por la noche llovió a cántaros » .

Nell empezó a doblar la chaqueta para ponerla en la caja, luego vaciló. Recordó cómo, pocos días después de su muerte, y abatida por el desconsuelo, se había puesto este mismo blazer, en un intento por sentir de algún modo la presencia de Adam. Ahora, la sensación era distinta, como si no pudiera desprenderse de él.

Oyó el zumbido del intercomunicador. Sin duda, los inspectores Jack Sclafani y George Brennan subían ya en el ascensor. Nell colgó la chaqueta del respaldo de la silla. « Ya decidiré luego si me la quedo o no », se dijo, al tiempo que se apresuraba hacia la entrada sintiendo cómo crecía su turbación.

En su conversación con Dan Minor, Cornelius MacDermott no le dijo que una de las llamadas efectuadas por Liz para tratar de averiguar el paradero de su madre, la había realizado a la Oficina Forense de Nueva York.

Liz supo a través de aquella llamada que, sólo en el último año, habían sido enterrados cincuenta cadáveres en la fosa común: treinta y dos varones y dieciocho mujeres.

A petición del encargado de la oficina, Liz mandó por fax la foto digitalizada de Quinny que Dan le había entregado, así como sus datos personales.

A media tarde, recibió una llamada de la morgue.

—Quizá tengamos a quien busca —expresó la lacónica voz del empleado.

Jack Sclafani y George Brennan se sentaron junto a Nell en el comedor. Habían trasladado las cajas llenas de dinero hasta la mesa, las abrieron y confirmaron la cantidad.

—No te dan cincuenta mil dólares sólo por hacer la vista gorda cuando no se utiliza el cemento debido —dijo Sclafani—. Por esa cantidad de dinero, Jimmy Ryan debía de estar metido en algo más gordo.

—Yo pensé lo mismo —dijo Nell, tranquila—. Y creo que sé quién se lo dio.

Había dejado la bolsa de la compra en la cocina y fue hacia allí para recuperarla. Al regresar, dejó caer el ovillo de cordel y las hojas de papel de embalar sobre la mesa, junto al dinero.

—Todo esto lo encontré en un cajón del archivador de Winifred Johnson —explicó—. Me llamó la atención el martes cuando estuve allí con ustedes.

Brennan sostuvo el cordel empleado para envolver los paquetes de dinero y lo comparó con una sarta que había desovillado.

—Lo verificarán en el laboratorio, pero juraría que el cordel de los paquetes procedía de aquí —dijo.

Sclafani, a su vez, comparaba el papel marrón.

—Yo creo que esto también coincide, pero es el laboratorio quien debe determinararlo con absoluta certeza.

—Espero que comprendan que si Winifred Johnson es el elemento transmisor del soborno a Jimmy Ryan, eso no significa necesariamente que mi marido estuviera implicado en ello —dijo Nell, con una convicción que sabía que no sentía.

Sclafani estudió a Nell mientras permanecían sentados el uno frente a la otra. «No sabe qué creer —pensó—. Está jugando limpio con nosotros y convenció a Lisa Ryan de que devolver el dinero era la única solución posible. También nosotros deberíamos jugar limpio con ella».

—Señora MacDermott, esto puede resultar algo aventurado pero tenemos un testigo, un niño de ocho años, que afirma haber visto a alguien en traje de buzo saltando del yate de su marido justo antes de la explosión.

—¿Es eso posible? —exclamó Nell, mirándole.

—Señora MacDermott, cualquier cosa es posible. ¿Es probable? No. Las

corrientes en esa zona del puerto son muy traicioneras. ¿Podría un nadador experimentado alcanzar la orilla Staten Island o Jersey City? Quizá sí.

—Entonces, ¿creen de verdad que ese niño vio a alguien?

—El detalle más impactante es que, en el dibujo que hizo niño, el buzo lleva un bolso de mano de mujer. Y la verdad es que encontramos el bolso de Winifred; pero nunca revelamos ese detalle a la prensa, de modo que no es posible de que el niño pudiera saber algo que no ha visto; a menos, claro está, que sea un genio de las adivinanzas. Existen otros hechos de los que quizá no esté al corriente. —Sclafani hizo una pausa, sabía que lo que venía no iba a ser fácil—. Por los exámenes de ADN sabemos que contamos con restos humanos que certifican que Sam Krause y Jimmy Ryan están muertos. Pero hay dos personas cuyas muertes no hemos podido verificar todavía. —Hizo otra pausa—. Winifred Johnson y Adam Cauliff.

Nell permaneció sentada, sumida en silencio, asombrada y a la vez con una expresión confusa en la mirada.

—Existe también otra posibilidad, señora MacDermott —dijo Brennan—. Alguien más, una quinta persona, podría haber subido al barco, quizá escondido en la sala de motores. Sabemos por las pruebas obtenidas que es allí donde emplazaron la bomba.

—Pero incluso si el chico decía la verdad sobre lo que vio —dijo Nell—, sigo sin entender por qué alguien querría el bolso de mano de Winifred.

—Nosotros tampoco estamos seguros —le dijo George Brennan—, aunque sospechamos la respuesta. El único objeto que hallamos en el bolso que puede tener algún valor es la llave de una caja fuerte con el número 332.

—¿Y no pueden llevarla al banco que la expidió y averiguar qué hay en la caja? —preguntó Nell.

—Quizá, pero no sabemos de qué banco se trata. En la llave no hay ninguna otra señal de identificación y mostrarla a todos los bancos del área es algo que nos robaría mucho tiempo. Pero eso es lo que estamos haciendo y seguiremos con ello, hasta que lo encontremos.

—Yo tengo una caja fuerte —dijo Nell—. Si perdiera la llave, ¿no podría simplemente llamar al banco y pedirles que me hicieran otra?

—Podría —dijo Sclafani con prontitud—. Pero necesitaría la identificación debida y su firma, naturalmente, tendría que estar archivada en el banco. Y le costaría unos ciento veinticinco pavos hacer venir a un cerrajero para que le abriera la caja e hiciera una llave nueva.

—Entonces, la llave del bolso de Winifred, ¿sólo le sirve a su propietario?

—Exacto.

Nell se los quedó mirando.

—Encontraron el bolso de Winifred; era una gran nadadora o, al menos, antaño lo fue. Las paredes de su apartamento están tapizadas de fotos con sus

trofeos y medallas. Ya sé que eso sucedió hace mucho tiempo, pero quizá siguió entrenándose.

—Ya lo estamos comprobando. Sabemos que era socia de un club en donde iba a nadar cada día, bien antes o después del trabajo. Siento preguntárselo, pero debo hacerlo y estoy seguro de que comprenderá el por qué: ¿su marido era un buen nadador?

Nell lo pensó un momento. Se sorprendió al darse cuenta de que no conocía la respuesta. Nunca había pensado en ello, y le contrarió no ser capaz de contestar a la pregunta. Otro aspecto desconocido en la vida de Adam.

Tras una larga pausa, contestó.

—Yo casi me ahogué en el mar cuando tenía quince años. Desde entonces, nunca he podido superar mi temor al agua. Sólo navegué con Adam unas pocas veces y me sentí fatal. Puedo soportar un crucero, pero no un barco pequeño, en el que soy consciente de la proximidad del agua. Esto no significa que no pueda responder a su pregunta. Sé que Adam nadaba, pero si era bueno o no, es algo que desconozco.

Ambos detectives asintieron y, entonces, se pusieron en pie.

—Haremos una visita a la señora Ryan. Hay que averiguar de dónde procede este dinero. Pero si habla con ella, dígame que trataremos de mantener el nombre de su marido fuera de esta parte de la investigación. Al menos, en lo que concierne a la prensa.

—¿Pueden responderme a esto? —Dijo Nell, poniéndose en pie ante los dos hombres—. ¿Tienen alguna prueba de que mi marido estuviera involucrado en los casos de soborno o de escándalos en las comisiones?

—No, no la tenemos —replicó Brennan enseguida—. Sabemos que Winifred Johnson era la emisaria que trasladaba grandes cantidades de dinero, quizá de millones de dólares. Basándonos en las pruebas que usted acaba de darnos, ahora resulta que también fue quien preparó el dinero para Jimmy Ryan. La gente que pagó a Winifred ha saltado a la palestra y parece que todos tienen la impresión de que el dinero iba, directamente, a las arcas de los mismos Walters & Arsdale, aunque hasta ahora no tengamos prueba de ello.

—¿Estoy en lo cierto si afirmo que hasta el momento no hay prueba alguna que relacione a Adam con esos pagos encubiertos? —preguntó Nell.

—Sí, está en lo cierto —respondió Sclafani, después de una pausa—. No tenemos idea de qué papel, si es que desempeñó alguno, tuvo su marido en todo el asunto de Walters & Arsdale. Winifred podría haber estado trabajando por su cuenta, e incluso concebir el plan para hacer su agosto. O también que tuviera como cómplice al misterioso Harry Reynolds.

—¿Qué pasa con Peter Lang? —preguntó Nell.

Sclafani se encogió de hombros.

—Señora MacDermott, la investigación sigue abierta de par en par.



« En cierto modo, lo que he aprendido es reconfortante, pensó Nell, mientras cerraba la puerta después de que los detectives hubieran salido. Bajo otra perspectiva, sin embargo, resultaba inquietante. En conclusión, Sclafani no había eximido a nadie de culpa, incluido Adam.

Por la mañana, Nell atendió al cuidado de sus plantas. Las recogió del vestíbulo, del salón y del comedor y las llevó hacia la cocina. Con rápidos y expertos movimientos, arrancó las hojas secas, removió la tierra y roció con agua las hojas y las ramas.

Casi pudo ver cómo las plantas empezaban a reponerse. « Estaban a punto de morir —pensó. Entonces, el centelleo de un recuerdo la sacudió—. Justo antes de conocer a Adam estaba ocupada en esta misma tarea y me sentía igual que las plantas: emocionalmente seca. Mac y Gert acababan de pasar una fuerte gripe y pensé que si algo les ocurría, iba a quedarme sola en el mundo. Sabía que necesitaba ser amada del mismo modo en que estas plantas necesitaban el agua.

» Y entonces me enamoré. Pero ¿de quién? —se preguntó—. Quizá sólo me enamoré del amor... ¿no había una canción con esta misma letra?

» Siempre fui un poco condescendiente con Winifred —pensó—. Era educada con ella, pero siempre la vi como una simple hormiga trabajadora de confianza. Ahora, estoy empezando a pensar que bajo esa apariencia sumisa y apocada, acechaba un personaje enteramente distinto. Si se sentía necesitada de amor y había conocido a alguien que la hiciera sentirse amada, ¿quién sabe hasta dónde podía llegar para complacerle y conservarlo?

» Yo abandoné mi carrera política para complacer a Adam. Ése fue mi sacrificio por amor» .

Terminó de ocuparse de las plantas y empezó a depositarlas en sus respectivos emplazamientos del apartamento. Bruscamente, puso una sobre la encimera de la cocina. Siempre le costó reconocer que no le gustaba la planta que Adam le había regalado para su cumpleaños, dos años atrás. Impulsivamente, la apartó y la puso junto al incinerador. « Alguno de los encargados de mantenimiento estaría encantado de quedarse con ella» ; se dijo.

El resto de plantas ocuparon sus respectivos alféizares, sobre la mesilla de café y encima del arca india. Cuando terminó, permaneció de pie en el vestíbulo, contemplando el salón.

Como sorpresa de aniversario de bodas, Adam había mandado copiar su foto de bodas a un pintor. El retrato, demasiado; grande para su gusto, colgaba encima del hogar.

Nell agarró el marco con ambas manos y lo descolgó de la pared. El artista era, como mucho, un aficionado. Había algo mortecino en su sonrisa y la de Adam parecía igualmente inexpresiva. ¿Quizá el artista era muy bueno y captó lo que la cámara no había podido? Nell meditaba esa posibilidad mientras llevaba el retrato al trastero y ponía en su lugar la acuarela del pueblo suizo de

Adelboden que adquirió años atrás cuando se encontraba esquiando en Suiza.

Después de colgarla, contempló de nuevo el salón desde vestíbulo. Todo aquello que le recordara a Adam había sido expurgado tanto del salón como del comedor.

También se acordó de la ropa y decidió que tenía que acabar con aquello. Regresó al cuarto de invitados. Sólo le llevó quince minutos acabar de empaquetar los trajes y chaquetas en las cajas. Las cerró y las rotuló.

Entonces se percató de la chaqueta azul marino que seguía colgando del respaldo de la silla y, nuevamente, se vio sacudida por un recuerdo repentino. El verano pasado, una cena íntima, los dos solos. El aire acondicionado del restaurante te calaba los huesos y ella no llevaba más que un vestido sin mangas.

Adam se levantó, se quitó su chaqueta y la cubrió con ella. «Venga, abrigate», la había instado. Pero él llevaba manga corta y ella le replicó que él sería el próximo en resfriarse. Adam, caballero, repuso que mientras ella estuviera bien, él estaría estupendamente.

«El maestro de la pequeña galantería, de la frase cariñosa» pensó Nell al tiempo que agarraba la chaqueta y pasaba sus brazos por ella. Se envolvió con la misma, tratando de nuevo de evocar el sentimiento de consuelo y calidez que le produjo cuando Adam la había posado aquel día sobre ella.

Era la misma chaqueta que llevaba en su última noche. Sostuvo el cuello contra su rostro, preguntándose si seguía conservando algún rastro del aroma de Polo, la colonia que utilizaba. Quizá podía percibir un resto de perfume, pero no estaba segura. Bonnie Wilson le había dicho que Adam deseaba que donara toda su ropa para ayudar a otra gente. Quizá el hecho de que no hubiera sido generoso con sus prendas en desuso hasta que la conoció a ella, le había servido como reproche una vez muerto. Decidió que iba a donar la chaqueta con el resto de la ropa. Puso las manos en los bolsillos laterales para asegurarse que no había dejado nada en ellos. Siempre solía sacar el contenido de los bolsillos antes de desvestirse; pero él había planeado llevar esa misma chaqueta al día siguiente, de modo que Nell pensó que debía comprobar si quedaba algo en su interior.

Sacó un pañuelo perfectamente planchado en el bolsillo de la izquierda. El derecho estaba vacío. Luego introdujo un dedo en el bolsillo delantero. Vacío.

Nell dobló la chaqueta, volvió a abrir la última caja que había rellenado y la puso ahí. Pero recordó que esa chaqueta tenía varios bolsillos interiores. Para estar completamente segura, decidió comprobarlo. Dentro de un bolsillo interno había un pequeño compartimiento que se abotonaba. Parecía no contener nada, pero Nell sintió algo bajo sus dedos. Desabotonó el bolsillo, alargó los dedos y extrajo un pequeño sobre de papel Manila.

Lo abrió y sacó una llave de caja fuerte. Llevaba grabado el número 332.

A las tres en punto, Lisa Ryan recibió en el trabajo la llamada tan temida.

El inspector Jack Sclafani dijo que era necesario que él y el inspector George Brennan se reunieran con ella apenas llegara a casa.

—Acabamos de hablar con la señora MacDermott —le dijo Sclafani.

Lisa tuvo que atender la llamada desde el despacho del encargado.

—Lo entiendo —replicó.

Se volvió de espaldas para no obviar la abierta curiosidad en los ojos de su jefe.

—Necesitamos hablar con franqueza —le advirtió Sclafani—. Sé que ello no fue posible para usted la semana pasada, cuando los niños llegaron a casa.

—Tengo una amiga que se ocupará de ellos durante la cena. ¿Qué les parece a las seis y media?

—Estupendo.

Fingiendo una entereza que estaba lejos de sentir, Lisa pasó la tarde y aguantó a sus clientas como pudo.

Cuando los dos detectives llegaron, abrió la puerta, y señalando una taza de café que llevaba en una mano, dijo:

—Acabo de hacerlo, ¿les apetece?

Aunque fuera un ofrecimiento de circunstancias, Jack Sclafani aceptó. No solía tomar café en ayunas. A pesar de las maneras cordiales con que les había dado la bienvenida, podía percibir que Lisa Ryan estaba asustada y a la defensiva. Era preciso que se relajara, porque deseaba que se sintiera como si fueran amigos.

—No pretendía aceptar, pero huele bien —respondió Brennan, sonriendo.

Jimmy adoraba mi café —dijo Lisa, cogiendo unas tazas del estante—. Decía que tenía un toque mágico. Sonaba algo tonto, claro. Todos hacemos café del mismo modo. Supongo que era para contentarme.

Tomaron el café en el salón. Sclafani vio de inmediato que la maqueta de la casa de los sueños ya no estaba encima de la mesa.

Lisa le siguió con la mirada.

—La retiré —dijo—. Era bastante duro tenerla siempre presente y verla cada vez que los niños y yo estábamos aquí.

—Lo entiendo.

Era aquello que Kelly había escrito en su diario lo que le indujo a retirarla.

«Cada vez que miro la casa de los sueños de mamá, pienso que el día en que papá me dejó verla mientras estaba haciéndola. Dijo que era nuestro secreto, que era su regalo de Navidad para mamá. Nunca se lo dije a nadie. Echo tanto de menos a papá. Echo de menos la ilusión de vivir en la casa de los sueños, especialmente en la habitación que iba a construir para mí».

Había otro secreto reflejado en el diario de Kelly. Y Lisa sabía que iba a tener que compartirlo con los inspectores. Decidió no esperar a que fueran ellos los que formularan las preguntas.

—Creo que ambos tienen hijos —empezó—. Si algo les sucediera a ustedes, no les gustaría que ellos, ni cualquier otra persona, les juzgaran por un error que fueron empujados a cometer.

Miró a los detectives. Sus ojos desprendían comprensión. Lisa quería creer que no disimulaban, que no se trataba de un mero truco profesional para hacerle creer que entendían perfectamente lo que le había sucedido a Jimmy.

—Les diré todo lo que sé —prosiguió—, pero les ruego que mantengan el nombre de Jimmy apartado de la investigación. Esas cajas llenas de dinero las mantuvo selladas. Yo creo que alguien le pidió que las guardara y él nunca llegó a saber lo que había en su interior.

—Usted no cree realmente eso, Lisa —dijo Sclafani.

—Ya no sé qué creer. Lo que sí sé es que si Jimmy hubiera tan sólo sospechado algo acerca de emplear materiales defectuosos en una obra, y que éstos hubieran podido ocasionar un grave accidente, lo habría hecho público. Y sé que, dado que él no está aquí para hablar por sí mismo, todo eso tiene que salir a la luz ahora.

—Usted le dijo a la señora MacDermott que encontró los paquetes sellados en el archivador de su marido —dijo Brennan.

—Sí. El archivador del taller. Estaba hurgando en él, por si había dejado documentos que necesitara guardar, como declaraciones de impuestos y esas cosas. —Un principio de sonrisa quebró los labios de Lisa—. Me crié escuchando la historia de cómo mi tía abuela había encontrado una póliza de seguro en el escritorio de su esposo que ella nunca supo que poseía. Era de veinticinco mil dólares, lo que en 1947 significaba mucho dinero. —Hizo una pausa y se miró las manos, que yacían sobre la falda—. No encontré ninguna póliza, pero sí estos paquetes.

—¿No tiene idea de dónde pueden proceder?

—No. Pero pienso que puedo decirles cuál fue el momento justo en que Jimmy hizo algo como para que le fuera entregada esa suma. El nueve de

septiembre pasado.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Por el diario de mi hija. —La voz de Lisa se quebró y se entrelazó las manos—. Dios, ¿qué estoy haciendo? —exclamó—. Le juré a Kelly que nunca lo leería.

« Va a volver a echarse atrás, pensó Sclafani.

—Lisa —dijo—, tiene razón en lo de que ambos tenemos hijos. No queríamos herir a un niño más de lo que usted lo desea. Pero, por favor, díganos lo que sucedió el nueve de septiembre y por qué cree usted que es importante. Después de eso, nos iremos. Se lo prometo.

« Al menos por ahora —pensó Brennan mientras miraba a su compañero—. Jack está siendo muy comprensivo, como si fuera el hermano mayor de Lisa; y además lo siente de verdad» .

Lisa mantuvo la cabeza gacha mientras hablaba.

—Después de leer el diario, recordé que el jueves nueve de septiembre Jimmy llegó tarde a casa. Estaba trabajando en una obra en el lado oeste, cerca de la calle Cien. Creo que se trataba de un proyecto de restauración de un edificio de apartamentos. Antes de llegar a casa, recibí una llamada de alguien que pidió hablar urgentemente con Jimmy y preguntó si tenía un teléfono móvil; pero a Jimmy no le gustaban los móviles. Le pregunté si podía coger el mensaje.

—¿Era un hombre o una mujer?

—Un hombre que hablaba en voz baja y nerviosa.

Lisa se puso en pie y se encaminó hacia la ventana.

—El mensaje que me pidió que le diera a Jimmy fue « Se cancela el trabajo» . Me asustó que eso significara que Jimmy volvía a estar sin trabajo. Finalmente, llegó hacia las nueve y media y le conté lo de la llamada. Se alteró enormemente.

—¿Qué quiere decir por « alterarse» ?

—Palidecí como un fantasma y empecé a sudar. Entonces se agarró el pecho. Por un momento, pensé que iba a tener un infarto. Pero luego se recuperó y me explicó que el propietario había pedido ciertas modificaciones que ya había hecho y que ahora no podía corregir.

—¿Por qué recuerda el episodio con tanta claridad?

—Por algo que Kelly escribió en su diario. Por entonces, yo pensaba que Jimmy estaba aterrado ante la posibilidad de que sucediera algo que le hiciera perder el trabajo. Pero después de esa noche, dejé de pensar en ello. Recuerdo que me fui a la cama una hora después de que Jimmy llegara. Él dijo que quería salir a dar un paseo, tomarse una cerveza y que regresaría al cabo de un rato. Kelly escribió en su diario que aquella noche se despertó y oyó la televisión. Bajó al salón para darle las buenas noches, porque cuando Jimmy había llegado ese día ella ya dormía y no había podido hacerlo.

Lisa avanzó hasta el escritorio y sacó un pedazo de papel de un cajón.

—Copié esto de su diario, con fecha del nueve de septiembre « Me senté en la falda de papá. Estaba tan quieto. Miraba las noticias. Entonces, de pronto, empezó a llorar. Quise correr para llamar a mamá, pero no me dejó. Dijo que no pasaba nada; que estuviera triste iba a ser nuestro secreto. Dijo que estaba agotado y que había tenido un día muy malo en el trabajo. Me llevó de nuevo a la cama y se fue al baño. Pude oír cómo vomitaba, de modo que supuse que había pillado una gripe estomacal o algo así» .

Lisa dobló concienzudamente el trozo de papel y empezó a romperlo en pedazos.

—No sé mucho de leyes, pero sé que en un tribunal esto no sería considerado como una prueba. Espero que, por decencia, nunca harán mención pública de ello. Pero sugeriría que fuera cual fuese el trabajo del que Jimmy habló como « demasiado tarde para cancelarlo» está en el centro de todo este asunto del dinero y los pagos. Y creo que el edificio en cuya restauración estaba trabajando Jimmy, el pasado nueve de septiembre, necesitaría una concienzuda inspección.

Los inspectores salieron unos minutos después. Una vez en el coche, Sclafani dijo:

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Tenlo por seguro. Necesitamos una grabación de todos los informativos nocturnos del nueve de septiembre y ver si se habla de algo que pueda estar relacionado con la recompensa recibida por Jimmy Ryan.

—La señora Nell MacDermott al teléfono, señor. —La voz de la secretaria era remisa—. Le dije que no estaba disponible, pero insistió en que aceptara la llamada. ¿Qué le digo?

Peter Lang arqueó una ceja y pensó un segundo, mirando al otro lado de la mesa al abogado de la empresa, Louis Graymore, con quien había estado reunido.

—Pásamela —dijo.

La conversación con Nell fue breve. Tras colgar, dijo:

—Esto es una sorpresa. Quiere verme inmediatamente. ¿Qué te parece, Lou?

—Cuando la visitaste el otro día, ¿no me comentaste que casi te echó? ¿Qué le has dicho?

—Que venga. Estará aquí en veinte minutos.

—¿Quieres que espere?

—No creo que sea necesario.

—Podría recordarle, eso sí, cordialmente, que tu familia ha estado apoyando las campañas de su abuelo desde antes de que ella o tú nacierais —dijo el abogado.

—No hace falta. Ya le di una pista de mi predisposición a apoyar su candidatura si decide presentarse. Nunca me pararon los pies con tanta soltura en mi vida.

Graymore se puso en pie. Era un hombre de pelo cano, cortés, que había sido el asesor legal para asuntos inmobiliarios tanto de Peter como de su padre.

—Si puedo brindarte un pequeño consejo, Peter, cometiste un error táctico al no ser sincero sobre el uso potencial de la parcela Kaplan. Con alguna gente, lo que funciona es hablar con claridad.

«Quizá Lou tenga razón», pensó Peter en el momento en que su secretaria acompañaba a Nell hacia el despacho. Aunque iba vestida de manera informal, con pantalones holgados y una chaqueta de algodón, conservaba un porte que desprendía clase por los cuatro costados. Además, la encontraba muy atractiva y le agradaba el modo en que algunos mechones sueltos de pelo le enmarcaban el rostro.

Incluso los más exquisitos visitantes de Peter Lang no dejaban de comentar el

soberbio panorama y la exquisitez del mobiliario de su oficina. Le pareció, en cambio, que a Nell todo aquello le pasaba completamente inadvertido; el panorama, el mobiliario y las pinturas caras colgando de las paredes.

Con un ademán de la cabeza, indicó a su secretaria que acompañara a Nell a los sillones junto a las cristalerías que miraban sobre el río Hudson.

—Tengo que hablar contigo —dijo Nell bruscamente, al tiempo que se sentaba.

—Es por eso por lo que has venido, ¿no? —replicó él, sonriendo.

Nell sacudió la cabeza, impaciente.

—Peter, tú y yo no nos conocemos bien, pero hemos coincidido en numerosas ocasiones a lo largo de los años. Ahora no me interesa nada de eso. Sin embargo, lo que quiero saber es: ¿hasta qué punto conocías a mi marido y por qué me mentiste el otro día acerca del destino de la parcela Kaplan?

«Lou ha dado en el clavo», pensó Peter Lang. La simulación no era el modo de proceder con esta mujer.

—Bien, déjame decirlo de este modo. Vi a Adam varias veces cuando trabajaba para Walters & Arsdale. Mi compañía había estado ligada a ellos en proyectos de construcción durante muchos años.

—¿Te podrías considerar un amigo de Adam?

—No. Francamente no. Le conocía y basta.

Nell asintió.

—¿Qué te parecía como arquitecto? Del modo en que hablaste de él, el otro día, era como si el mundo hubiera perdido a un genio.

Lang sonrió.

—No creo que llegara tan lejos, ¿no? Lo que estaba tratando de decir es que no íbamos a poder utilizar su diseño para el proyecto Vandermeer. Sinceramente, sólo trataba de ser cortés cuando te comenté que habríamos utilizado sus servicios si Adam viviera. Dado que, evidentemente, él no te había contado que no aprobábamos su idea, me parecía inútil hablarte de esas cosas tras su muerte.

—También mentiste cuando dijiste que sólo querías la propiedad que ahora me pertenece para ajardinamiento adicional —dijo Nell, llanamente.

Sin responder, Peter Lang se acercó al muro frontal y pulsó un botón. Una pantalla escondida se fue desenrollando y se iluminó con una vista panorámica de Manhattan. En ella se apreciaban edificios y proyectos, numerados y subrayados en azul, que veteaban el paisaje de norte a sur y de este a oeste. Una leyenda en letras doradas a la derecha daba fe de los nombres y emplazamientos de las numerosas propiedades.

—Las que están marcadas en azul son propiedades mías en Manhattan, Nell. Tal como les dije a los detectives, a quienes sólo les faltó acusarme de poner la bomba en el yate de Adam, me gustaría adquirir la parcela Kaplan porque tenemos en mente un proyecto asombroso que nos gustaría sacar adelante. Pero



para ello necesitamos algo más de terreno.

Nell se acercó hacia el tramo indicado por él y lo examinó atentamente. Entonces, asintió.

Peter Lang volvió a pulsar el botón, retirando la, pantalla.

—Tienes toda la razón —dijo tranquilamente—. No fui sincero contigo y te pido excusas por ello. Me gustaría anexionar la parcela Kaplan con la Vandermeer porque mi abuelo, se asentó en ese mismo enclave cuando era un emigrante de dieciocho años, recién salido del barco procedente de Irlanda. Me gustaría erigir una torre espléndida que fuera una especie de homenaje a los logros conseguidos por tres generaciones de Langs: mi abuelo, mi padre y yo. Para conseguirlo en ese enclave en particular, necesito la parcela Kaplan.

La miró a los ojos.

—De todos modos, si no la consigo, pensaré en otra cosa. En esa área se presentará otra oportunidad tarde o temprano.

—¿Por qué no compraste tú la parcela Kaplan?

—Porque no servía para nada a menos que la mansión Vandermeer perdiera su estatus de monumento histórico. Y cuando eso sucedió, fue una sorpresa para todos.

—Entonces, ¿por qué crees que Adam la compró?

—O porque tenía una extraordinaria capacidad de previsión o porque en el Comité de Valoración alguien habló de más sobre lo que iba a ocurrir con la mansión. Y, por cierto, están empezando a investigar todo eso.

—Veo que la torre Lang ya forma parte de la lista de tu paisaje inmobiliario —y señaló la pared donde había aparecido la, pantalla—. Debías estar muy seguro de que ibas a poder construir allí.

—Esperanzado, no seguro, Nell. En este negocio, siempre tiendes a pensar que vas a conseguir aquello que persigues. No siempre es así, naturalmente, pero los promotores inmobiliarios solemos ser optimistas.

A Nell le rondaba en mente otra pregunta antes de salir de allí.

—¿Conoces a alguien llamado Harry Reynolds?

Observó atentamente la reacción de Peter Lang. Parecía confundido, luego su cara se iluminó.

—Conocí un Henry Reynolds en Yale. Enseñaba historia medieval. Pero murió hace diez años. Nadie le llamaba Harry, ¿por qué lo preguntas?

—No tiene importancia —respondió Nell, encogiéndose de hombros.

La acompañó hasta el ascensor.

—Nell, lo que hagas con tu propiedad es cosa tuya. Yo soy como un jugador de béisbol que se altera cada vez que hay que batear, pero, que si lo hace mal, no pierde el tiempo lamentándose. Si quieres mantener tu media de golpes, tienes que pensar siempre en el próximo.

—Ésa no es la melodía que me cantaste el otro día.

—Desde el otro día han cambiado una serie de cosas. Ningún pedazo de tierra vale el sacrificio de tener a la policía interrogándome para saber si soy un asesino. Tienes mi oferta de compra encima de la mesa y para que veas que estoy hablando de negocios, si no me dices nada antes del lunes, la retiraré.

«Peter Lang, no te llevarías el premio Boy Scout a la sinceridad —pensó Nell, mientras el ascensor la llevaba desde el ático hasta el vestíbulo—. Posees un ego casi maniaco. Y, en cuanto a esa propiedad, no creo, en absoluto, que seas capaz de olvidarte de ella. De hecho, me parece que la deseas hasta el punto que te duele en el alma no tenerla. Pero eso no me importa ni es el motivo por el que vine aquí. Necesitaba una respuesta, y me parece que ya la tengo» .

En alguna parte de su ser, Nell era consciente de que ahora sabía todo lo que quería saber acerca de Peter Lang. La sensación era parecida a la certidumbre que había sentido varias veces en su vida de que sus difuntos padres se comunicaban con ella.

Era la única persona en el ascensor. Mientras llegaba a la planta baja, se dijo en voz alta: «Peter Lang, no tienes las manos manchadas de sangre» .

Dan Minor había imaginado y temido el momento en que comprobara los mensajes de su contestador automático. Por alguna razón, la búsqueda desesperada de su madre iba acompañada por el sentimiento de que si se descubría su paradero, éste iba a ser el peor posible.

Cuando llegó a casa, el mensaje que había estado esperando decía «Lláname, Dan. Es importante».

Por el tono sombrío de Cornelius MacDermott, Dan supo que la búsqueda de Quinny había terminado.

Era un cirujano cuyos dedos sostenían los más delicados instrumentos, y si su destreza al utilizarlos fallaba, podía costar una vida. Esos mismos dedos temblaron en el momento de marcar el número del despacho de Cornelius MacDermott.

Eran las cinco menos cuarto, la hora en que Dan le había dicho a Mac que solía llegar a casa después del hospital. Cuando sonó el teléfono, Mac no esperó a que Liz le pasara la llamada, sino que la cogió él mismo.

—He recibido tu mensaje, Mac.

—No hay manera en el mundo de poder decir esto, Dan. Tienes que efectuar la identificación definitiva por la mañana, pero la foto que me diste coincide con la que tomaron de una vagabunda en septiembre pasado. Los datos personales son los mismos y, adherida al sujetador, llevaba la misma foto que tú tienes de ella. Dan tragó saliva por entre el nudo sofocante que se le había formado en la garganta.

—¿Qué le pasó?

Cornelius MacDermott vaciló. «No tiene por qué saberlo todo ahora», pensó.

—El lugar donde solía dormir se incendió y ella se asfixió.

—¡Se asfixió!

«Dios santo —pensó Dan, angustiado—. ¿No podía morir de otro modo?».

—Dan, sé lo duro que es esto. ¿Por qué no quedamos para cenar?

Hablar representaba todo un esfuerzo.

—No, Mac —logró decir—. Creo que necesito estar solo esta noche.

—Lo entiendo. Entonces, llámame mañana a las nueve. Nos encontraremos en las dependencias de la Oficina Forense y haremos las diligencias pertinentes.

—¿Dónde está ahora?

—Enterrada en una fosa común.

—¿Conocen la localización exacta de sus restos?

—Sí. Lo arreglaremos para que exhumen su cadáver.

—Gracias, Mac.

Dan colgó, se sacó la cartera, la lanzó sobre la mesilla de café y se sentó en el sofá. De la cartera sacó la foto que había guardado desde que tenía seis años y la sujetó.

Los minutos y las horas fueron pasando mientras él seguía sentado, inmobilizado, extrayendo todos los recuerdos que de ella pudiera recuperar, por vagos que éstos fueran.

« Oh, Quinny, ¿por qué tuviste que morir de ese modo? », se preguntó.

« Y, ¿por qué, madre, te culpaste de lo que me sucedió? No, fue culpa tuya. Yo fui el estúpido crío que lo provocó. Pero, al final, todo salió bien, me las arreglé mejor que bien. Quería que, al menos, supieras eso » .

Sonó el timbre. Lo ignoró. Volvió a sonar, esta vez de manera insistente.

« ¡Mierda! Dejádme en paz. No quiero tomar una copa con los vecinos » .

Reticente, se levantó, atravesó la estancia y abrió la puerta. Nell MacDermott estaba en pie ante él.

—Mac me lo ha contado —dijo—. No sabes cuánto lo siento. Sin pronunciar palabra, se puso a un lado y la dejó entrar. Cerró la puerta, la abrazó y empezó a llorar.

## VIERNES, 23 DE JUNIO

74

El viernes por la mañana, un mensajero fue enviado a recoger las cintas de los noticieros nocturnos del 9 de septiembre, emitidos por las seis grandes cadenas de Nueva York. Una vez reunidas, debían ser entregadas en el despacho del fiscal del distrito.

Los inspectores Scalfani y Brennan estaban esperando al mensajero y, tras llegar éste, se llevaron las cintas a la sala de aparatos en el noveno piso. Abriéndose camino en el laberinto de material y cables, seleccionaron un video y un monitor de un rincón de la estancia. Brennan acercó unas sillas, mientras Scalfani introducía la cinta de la CBS en el aparato.

—Empieza el espectáculo —le dijo a su compañero—. Ya puedes sacar las palomitas.

La noticia principal trataba del incendio que asoló la mansión Vandermeer, en la calle Veintiocho esquina con la Séptima Avenida.

Dana Adams era la reportera de la CBS en la escena del suceso, emitiendo en directo: «La mansión Vandermeer, erigida sobre una de las primeras granjas holandesas de la ciudad y monumento histórico que había permanecido vacía durante los últimos ocho años, quedó sepultada bajo las llamas esta noche. El fuego, denunciado al parque de bomberos local a las siete y treinta y cuatro minutos, se extendió rápidamente por el edificio y enseguida todo el tejado fue pasto de las llamas. Tras conocerse que algunas personas sin techo solían guarecerse en las instalaciones, los bomberos arriesgaron sus vidas para desentrañar la estructura del edificio. Desgraciadamente, en el baño del piso superior descubrieron el cuerpo de una vagabunda que, aparentemente, había muerto por asfixia. Se cree que fue ella quien provocó el fuego que asoló la mansión. Las autoridades afirman que han procedido a una identificación aproximada de la víctima, pero que no darán a conocer su nombre hasta que puedan confirmarlo y, si es posible, con la ayuda de un pariente cercano que pueda ser localizado e informado» .

Ahí terminaba la sección informativa y empezaban los anuncios.

—¡La mansión Vandermeer! —Exclamó Scalfani—. Es propiedad de Lang,

¿no?

—Sí, y Cauliff poseía la propiedad anexa.

—Lo que significa que ambos eran susceptibles de ganar una buena pasta a causa de ese fuego.

—Exacto.

—Bien, veamos el resto de cintas, por si hallamos algún otro indicio que pudiera vincularse a la recompensa que obtuvo Jimmy Ryan.

Casi tres horas después, no habían encontrado nada más en ninguna de las emisoras que tuviera relación, aun remota, con Jimmy Ryan. La destrucción de la vieja mansión había sido exhaustivamente cubierta por todas ellas.

Devolvieron las cintas al equipo técnico para que hicieran copias de seguridad.

—Y graba los segmentos de Vandermeer todos juntos —le dijo Sclafani al técnico.

Regresaron a la oficina de Sclafani para poner en común lo que acababan de descubrir.

—¿Qué tenemos? —comenzó Brennan.

—Coincidencias, que ambos sabemos que es una palabrota, y la opinión de una niña de diez años de que su papá se sintió mal mirando las noticias. Quizá, sólo se sintiera desgraciado y miserable después de un par de cervezas.

—Lisa Ryan dijo que la versión de Jimmy del momento apuntaba a que la llamada de «se cancela el trabajo» estaba vinculada a un trabajo extra del que ya se había ocupado.

—Eso no será muy difícil de comprobar, supongo. —Brennan se levantó—. Pero por otro lado, ya nos hemos enfrentado a casos de personas sin techo alumbrando fuegos en edificios abandonados —dijo, pensativo—, y de otras personas perdiendo sus vidas a causa de ello.

—Tómalo desde otra perspectiva —sugirió Sclafani—. Cuando se sabe que un vagabundo merodea por un edificio que se incendia, es más fácil asumir quién fue el culpable.

—Creo que estamos de acuerdo en que es hora de que revisemos lo que ocurrió el nueve de septiembre en la mansión Vandermeer. —George Brennan sacó su bloc de notas—. Yo empezaré husmeando por ese lado. Veamos. Calle Veintiocho, en el lado este de la Séptima Avenida. El archivo pertenece al distrito 13.

—Yo me ocuparé de la llave de la dama de la bolsa, Winnie Johnson —dijo Sclafani—. Necesitamos encontrar el banco donde tenía contratada la caja fuerte.

—A menos que sea demasiado tarde.

—A menos que sea demasiado tarde —repitió Sclafani—. Si un niño de ocho años de Wilmington está en lo cierto, alguien saltó de ese barco antes de la

explosión. Mi corazonada apunta a que esa persona podría ser Winifred Johnson. En tal caso, incluso sin la llave, podría haber accedido a la caja fuerte.

—¿Te das cuenta de que estamos siguiendo pistas aportadas por un niño de ocho años, hipermétrope, y por una niña de diez, que escribe un diario? —Dijo Brennan en un suspiro de inquietud—. Mi madre ya me advirtió de que tendría días como éste.

El viernes por la mañana, Nell llamó a la Residencia de los Viejos Bosques y preguntó por la madre de Winifred Johnson. La pasaron con las enfermeras de la segunda planta.

—Está bastante deprimida —le dijo la enfermera—. Winifred era una hija muy obediente. Venía cada sábado a visitarla y también algunas noches durante la semana.

« Winifred, la hija responsable. Winifred, la nadadora. Winifred, *la dama de la bolsa*. Winifred, la amante de Harry Reynolds. ¿Cuál de ellas era la verdadera? O, ¿sería las cuatro a la vez? ¿No estaría ahora en Sudamérica o en alguna de aquellas islas del Caribe, desde donde no la extraditarían aunque las autoridades estadounidenses la localizaran? », pensó Nell.

—¿Hay algo que pueda hacer por la señora Johnson? —preguntó.

—Creo que lo mejor que podría hacer es visitarla —dijo la enfermera, sinceramente—. Quiere hablar de su hija y me temo que los otros huéspedes de por aquí la evitan. Ya sabe, está todo el día quejándose.

—Tenía pensado ir la semana próxima —dijo Nell. « Quiere hablar de su hija. ¿Es posible que la señora Johnson pueda contarme algo que me conduzca hasta el paradero de Winifred, en caso de que siga con vida? » —. Pero iré hoy mismo —prometió—. Puedo estar allí hacia el mediodía.

Colgó y se encaminó hacia la ventana. Era una mañana gris y lluviosa y, al despertarse, se había quedado un buen rato en la cama, con los ojos cerrados, revisando lo sucedido en las dos últimas semanas.

Imaginaba el rostro de Adam, definiéndolo con meticuloso detalle. Aquella última mañana no detectó ni una señal de la sonrisa que la había cautivado cuando se conocieron. Estaba irritable y nervioso, ansioso por salir hasta el punto de que se marchó sin su chaqueta ni su maletín.

« La chaqueta con la llave número 332 de una caja fuerte. Debería entregar la llave a los detectives —pensó Nell, mientras entraba en el baño y abría el grifo de la ducha—. Sé que debería. Pero no hasta... » . No terminó su pensamiento.

Una suposición algo grotesca y descabellada iba tomando forma en su cabeza. Una suposición que sólo podía confirmar o refutar si conservaba la llave.

« Contar con la segunda llave no les ayudará a encontrar el banco más



deprisa», razonó, inmersa bajo el agua vaporosa. Estuvo a punto de confiar a Dan sus planes y los motivos para llevarlos a cabo, pero la noche anterior no era la mejor ocasión para hacerlo. Era el momento para que él expresara su dolor. En frases rotas y entrecortadas le habló del accidente que ahuyentó a su madre, de los largos meses pasados en el hospital, rogando porque la puerta se abriera y la viera aparecer de nuevo. Luego le contó cómo la absoluta y total dedicación de sus abuelos lo había ayudado a curarse tanto física como emocionalmente.

«Sé que una vez que pueda trasladar a mi madre al panteón familiar en Maryland, empezaré a sentirme en paz con ella. No despertaré en mitad de la noche preguntándome si está fuera vagando por las calles, hambrienta y pasando frío», había acabado diciendo.

«Creo de verdad que la gente a quien amamos nunca nos abandona —pensó Nell, mientras el agua a chorro le rociaba el rostro—. Le conté a Dan cuando mamá y papá vinieron a decirme adiós.

»Él me preguntó si Adam se había despedido también. Sacudí la cabeza. Anoche no me apetecía hablar de Adam» .

A las diez hurgó en la cocina de Dan para ver si había algo con que preparar la cena.

—Sin duda, no eres uno de esos solteros gourmets que abundan por ahí —le había dicho sonriendo.

Encontró huevos, queso y tomates e hizo una tortilla con tostadas y café. Mientras comían, incluso lograron bromear un poco.

—¿Es que tienes el don de hacerte invisible, Nell? No entiendo cómo has podido pasar sin que te viera el portero: es peor que un carcelero. Si no eres residente casi te tienes que dar una muestra de sangre para entrar.

—Alguien del edificio estaba dando una fiesta y me he mezclado con un grupo de seis o siete personas. Han salido en el cuarto piso y le he dicho al ascensorista que venía a visitarte. Me dejó aquí y me indicó tu apartamento. Temía que si me anunciaban, no responderías o pasarías de mí.

—Bien, tu previsión era errónea. Te hubiera dicho: «Sube, Nell. Te necesito» —contestó Dan, mirándola fijamente.

Ya era casi medianoche cuando Dan bajó con ella para acompañarla a coger un taxi.

—No podré encontrarme con Mac en Bellevue hasta mediodía —le dijo—. Tengo programadas un par de operaciones por la mañana.

Cuando Nell llegó a casa, quince minutos después, tenía un mensaje en el contestador: «Nell, creo que no te he dado las gracias por haber venido a verme esta noche. Tu visita me hizo sentir del modo tal como si la hermosa mujer a la que amaba hubiera abierto la puerta de mi habitación en el hospital y hubiera aparecido ante mí. Ya sé que tengo mucha cara por hablarte de este modo y no volveré a hacerlo hasta que pasen seis meses. Me doy cuenta de que sólo hace

dos semanas que te quedaste viuda. Sólo quería decirte lo agradecido que estoy de que hayas entrado en mi vida» .

Sacó la cinta del contestador y la puso en un cajón de la cómoda.

Nell volvió a pensar en la cinta mientras salía de la ducha esa misma mañana, se envolvía en una toalla, se secaba el pelo y se ponía unos pantalones azul celeste y una camisa de hombre blanca y azul.

Sintió la tentación de ir al cajón, sacar la cinta y volver a ponerla. Aquello parecía la promesa de un futuro mejor. Pero sabía que ese sentimiento especial, casi mágico, que le había producido el mensaje la noche anterior, no sería el mismo por la mañana.

Estaba realmente asustada por el día que tenía ante ella. La atenazaba la sensación de que iba a suceder algo terrible. Lo supo cuando abrió los ojos por la mañana, después de una noche irregular repleta de sueños inconexos. Una catástrofe se cernía sobre ella, del mismo modo que surge la espiral de un tornado, antes de descolgarse sobre la superficie y asolar todo a su paso.

Pero fuera lo que fuese se veía incapaz de prevenirlo. Ella no era más que una parte de aquello, una actriz en una escena inevitable a punto de representarse. A lo largo de su experiencia durante los años y también por la influencia de Gert, había llegado a entender que lo que estaba experimentando era precognición.

«Precognición: el conocimiento de un acontecimiento futuro por medios extrasensoriales», recordó.

Gert se lo había explicado, pues en varias ocasiones, fue víctima de esas sensaciones.

Mientras Nell se pintaba los labios, trató de razonar. « El otro día, cuando senti aquel calor que me quemaba y asfixiaba, pensé que se trataba de precognición. Cuando la madre de Dan se asfixió en el incendio, seguramente fue esa terrible experiencia por la que debió pasar. ¿Recogí yo sus vibraciones?

» El tiempo lo dirá» .

De nuevo, las preguntas que la habían acosado insidiosamente resonaron en su cabeza. « ¿Saltó alguien del barco? Si alguien lo hizo antes de la explosión, ¿se trataba de Winifred? ¿O era quizá un asesino a sueldo escondido en la sala de motores?

» ¿O se trataba de Adam?» .

Era una pregunta para la que tenía que hallar una respuesta inmediata. Y creía saber cómo encontrarla.

Al mediodía, Dan Minor abrió la puerta de la Oficina Forense sita en la calle Trece esquina con la Primera Avenida. Mac le estaba esperando en recepción.

—Lamento llegar tarde.

—No llegas tarde —dijo Mac—. Siempre llego antes. Nell dice que es mi modo de poner nerviosa a la gente. —Agarró la mano de Dan—. Lamento muchísimo que esto haya terminado así.

Dan asintió.

—Lo sé y agradezco de verdad tu ayuda.

—Nell quedó muy conmocionada cuando se lo conté. Seguro que te llama.

—Ya lo hizo. Anoche vino a hacerme compañía. —Una media sonrisa alumbró los labios de Dan—. Después de ver que no tenía nada para comer, me hizo la cena con las sobras.

—Eso es muy propio de Nell —dijo Cornelius MacDermott. Le indicó la puerta más allá de la recepción—. Un funcionario tiene el expediente de tu madre para que le echas una ojeada.

Habían tomado la foto del rostro y del cuerpo desnudo de Quinny. «Tan delgada —pensó Dan—. Debía de estar anémica». Sin duda, era el mismo rostro que en el retrato digitalizado, pero, una vez muerta, parecía como si hubiera recuperado cierta placidez. Sus pómulos altos, la nariz estrecha y los ojos grandes eran los mismos que los de la joven que recordaba.

—Los únicos rasgos distintivos en el cuerpo eran unas cicatrices en las palmas de las manos —dijo el funcionario—. El médico encargado de la autopsia afirmó que se trataba de quemaduras.

—No me extraña —dijo Dan, con voz baja y triste.

Había una copia de la misma instantánea que llevaba siempre consigo.

—¿Dónde está la foto ahora? —preguntó.

—La guardan como prueba en el distrito 10.

—¿Prueba? ¿Prueba de qué?

—No hay motivo para enfadarse —dijo Mac para suavizar—. Sin duda, no albergaba intención ninguna de incendiar el edificio, pero en opinión de los expertos, el nueve de septiembre fue una noche desacomodadamente fría para esa época del año. Aparentemente, Quinny tiró algunas astillas al hogar,

encendió el fuego y subió al baño. La escotilla de la chimenea estaba cerrada y sus cosas estaban muy cerca del fuego. En unos instantes, el lugar se convirtió en un infierno.

—Puede que mi madre muriera en aquel incendio, pero no lo provocó ella —repuso Dan sin dudar—. Y déjame que te diga por qué —respiró profundamente—. Aún mejor, déjame demostrarte por qué.

Nell ya salía cuando Gert llamó por teléfono.

—Nell, querida, sigues pensando en dejar aquellas cajas en la tienda de segunda mano mañana por la mañana, ¿verdad?

—Sí, no lo olvidé.

—Bien; si necesitas ayuda para empaquetarlas, estaré encantada de venir a ayudarte.

—Gracias tía Gert, pero ya está todo listo para ser entregado —dijo Nell—. Lo he solucionado con el servicio de alquiler de coches y furgonetas. El conductor me ayudará a trasladarlo y descargar. Todo está en orden.

Gert rió como disculpándose.

—Debería de haber sabido que todo estaría arreglado. Eres tan organizada.

—No lo digas, porque me temo que no es así. Estoy pendiente de esto por las ganas que tengo de deshacerme de ello y de los recuerdos que conllevan.

—Oh, Nell, eso me recuerda que estaba revisando algunas fotos, tratando de decidir cuáles poner en mi nuevo álbum, y...

—Tía Gert, lo siento, pero me temo que llego tarde y debo irme. En menos de una hora he de estar en White Plains.

—Oh, querida, lo siento. Tienes que irte, claro que sí. ¿Nos vemos mañana en la tienda?

—Sin duda. El conductor estará aquí a las diez. Así que podemos quedar hacia las diez y media.

—Perfecto, Nell. Adiós, querida. Nos veremos mañana.

«Dios la bendiga —pensó Nell, mientras colgaba—. El día en que muera, las acciones de su compañía telefónica bajarán un veinte por ciento».

Antes de pasar por la habitación de la señora Johnson, Nell se detuvo en la segunda planta para hablar con las enfermeras.

—Soy Nell MacDermott; he venido a ver a la señora Johnson. Hemos hablado esta mañana.

La enfermera, una mujer agradable de pelo cano, se puso en pie.

—La avisé que iba a venir, señora MacDermott. Pensé que eso la animaría, y así fue, pero sólo por un rato. Luego, la llamó el casero de su apartamento. Parece que quiere que saque los muebles de allí y eso la ha alterado

terriblemente. Me temo que usted se va a llevar la peor parte.

Mientras caminaban por el pasillo, pasaron por un pequeño comedor con tres mesas a las que se sentaban algunos ancianos, a los que se servía el almuerzo.

—Tenemos el comedor principal abajo, pero algunos residentes creen que es más agradable comer en su propia planta, y tratamos de contentarles —dijo la enfermera.

—Por lo que he podido ver hasta ahora, no hay nada que no traten de hacer por los residentes —observó Nell.

—Sólo nos falta una cosa; aquello que podría hacerles felices. Y, por desgracia, es lo que más necesitan. Es comprensible, naturalmente. Son ancianos muy sensibles. De modo que extrañan a sus maridos, esposas, hijos o amigos. Algunos se las apañan muy bien para vivir aquí, pero otros no tanto, y es doloroso verles sufrir. Hay un viejo dicho; «Mientras nos hacemos viejos, envejecemos». Los que son de naturaleza optimista tienen más posibilidades de soportarlo con relativa facilidad.

Ya casi habían llegado a la habitación de la señora Johnson.

—Sospecho que la señora Johnson no está muy a gusto —observó Nell.

—Sabe que esto es lo mejor que puede conseguir, pero, como cualquier otra, preferiría estar en su casa. Y, en su caso, llevando las riendas. Tendrá ocasión de escucharlo, estoy segura.

Permanecieron un momento ante la puerta entornada que se abría a la habitación de la señora Johnson. La enfermera llamó.

—Señora Johnson, tiene visita.

Sin esperar respuesta, empujó la puerta. Nell la siguió hacia dentro.

Rhoda Johnson estaba en el dormitorio de la pequeña suite. Yacía en la cama, rodeada de almohadones, con uno de estilo persa encima.

Mientras entraban, abrió los ojos.

—¿Nell MacDermott? —preguntó.

—Sí.

Nell quedó asombrada al ver la diferencia visible en su aspecto que presentaba la mujer desde su última visita.

—Quiero que me haga un favor. Winifred solía traerme un pastel de café del centro comercial que está a una milla de aquí, ¿podría usted hacerlo por ella? No puedo comer lo que me dan aquí. No sabe a nada.

«Oh, Señor», pensó Nell.

—Estaré encantada de hacerlo, señora Johnson.

—Que tenga una agradable visita —dijo animadamente la enfermera.

Nell acercó una silla y se sentó junto a la cama.

—No se siente usted muy bien, ¿verdad, señora Johnson? —preguntó.

—Estoy bien, pero la gente de por aquí no es muy amistosa. Ya sabe, no soy de su misma procedencia y me ignoran.

—No lo sé. La enfermera que me ha acompañado fue quien me sugirió que viniera a visitarla porque hoy se sentía usted algo desanimada. Y la señora que me condujo hasta aquí, la semana pasada, también parecía tenerle mucho cariño.

—Ellas se portan muy bien. Pero los que trabajan en el servicio de habitaciones y limpian por aquí y esas cosas ya no me tratan de igual modo desde que Winifred no está para darles propinas de veinte dólares.

—Qué generosa.

—Un derroche, en el fondo. ¿No cree usted que, ahora que ha muerto, deberían mostrar cierta comprensión?

Rhoda Johnson empezó a llorar.

—Siempre ha sido así... la gente aprovechándose. Vivi cuarenta y dos años en ese apartamento, y ahora me quieren fuera en dos semanas. Tengo ropa en los armarios, la porcelana de mi madre está allí. ¿Me creería si le dijera que en todos estos años no he roto una sola taza?

—Señora Johnson, déjeme preguntarle una cosa a la enfermera —dijo Nell—. Ahora vuelvo.

Estuvo fuera menos de cinco minutos.

—Buenas noticias —informó—. Tal como yo esperaba, le van a permitir trasladar sus muebles aquí, si eso es lo que quiere. ¿Por qué no lo organizamos para poder ir juntas al apartamento la próxima semana y selecciona usted sus enseres favoritos? Ya me encargaré de la mudanza.

Rhoda Johnson la miró con cierta desconfianza.

—¿Por qué hace todo esto?

—Porque usted ha perdido a su hija y la compadezco —dijo Nell—. Y si tener sus pertenencias a su alrededor le produce algún consuelo, será un placer para mí ayudarla.

—Quizá piensa usted que me debe algo porque Winifred estaba en el yate de su esposo. Si se hubiera quedado en Walters & Arsdale, se hubiera ido directamente a casa después del trabajo, y hoy estaría viva.

El rostro de Rhoda Johnson se contrajo, mientras sus ojos empezaban a derramar lágrimas.

—Echo tanto de menos a Winifred. Nunca dejaba de visitarme los sábados. Ni una sola vez. Durante la semana, venía algunas noches, pero el sábado era nuestro día oficial. La última vez que la vi fue la noche antes de su muerte.

—Eso sería un jueves por la noche de hace dos semanas —dijo Nell—. ¿Fue bien la visita?

—Estaba algo alterada. Dijo que quería pasar por el banco, pero no llegó a tiempo.

El instinto llevó a Nell a formular la siguiente pregunta:

—¿Recuerda a qué hora llegó aquí?

—Todavía no era de noche. Algo después de las cinco. Lo recuerdo porque yo estaba cenando y siempre lo hago a esa hora. « Los bancos cierran a las cinco —pensó Nell—. Winifred tenía todo el tiempo del mundo para ir a uno de Manhattan antes de dirigirse hacia White Plains. Por tanto, debe ser un banco en las cercanías» .

Rhoda Johnson se enjugó los ojos con el dorso de las manos.

—No debería seguir así. Sé que no voy a estar aquí demasiado tiempo. Mi corazón está tan mal que no va a poder resistir mucho más. Yo solía preguntarle a Winifred qué haría ella cuando algo me sucediera. ¿Sabe lo que me respondió?

Nell esperó.

—Dijo que dejaría su trabajo y cogería el primer avión hacia ninguna parte. Era una broma, supongo —suspiró—. No debería retenerla más, Nell. Me ha hecho un gran favor viniendo aquí. ¿Recuerda que me prometió traermé un pastel de café?

La panadería se encontraba en un centro comercial, a unos diez minutos de la residencia. Nell compró el pastel y, al salir, se detuvo unos instantes en la acera. La lluvia había remitido, pero el cielo seguía muy nublado. Alcanzaba a distinguir un banco de grandes dimensiones, alojado en una esquina del centro. « ¿Por qué no? —Pensó Nell, mientras se dirigía hacia el coche—. Es un buen sitio por dónde empezar» .

Condujo hasta allí, aparcó y entró. Una ventanilla en un extremo mostraba un rótulo metálico sobre el mostrador: « Cajas de seguridad» .

Nell se encaminó hacia allí. Sacó su cartera y extrajo el sobre de papel Manila que había encontrado en el bolsillo interior de la chaqueta de Adam.

Lo abrió y deslizó la llave sobre el mostrador. Antes de que pudiera siquiera preguntar si la llave pertenecía a una caja fuerte del banco, un encargado se aproximó sonriendo y le entregó un formulario para firmar.

—Me gustaría hablar con el director —dijo Nell, tranquilamente.

Arlene Barron, la directora, era una atractiva afroamericana de unos cuarenta años.

—Esta llave está relacionada con una investigación criminal en curso — explicó Nell—. Necesito llamar inmediatamente a la oficina del fiscal del distrito en Manhattan.

Una vez al teléfono, le dijeron que Brennan y Sclafani habían salido, pero que esperaban su llegada en cualquier momento. Dejó el mensaje referente a la ubicación de la caja fuerte a la que correspondía la llave 332, y les dio el nombre de Barron y su número de teléfono.

—Estoy segura de que llegarán aquí con una orden de registro, quizá antes de la hora de cierre —le dijo Nell.



—Comprendo.

—¿Sería una violación de las normas de seguridad decirme bajo qué nombre está registrada la caja?

Barron vaciló.

—No sé si...

Nell le interrumpió.

—¿Está registrada sólo a nombre de una mujer o es Harry Reynolds su consignatario?

—La verdad es que no debería revelar esa información —dijo Arlene Barron a la vez que, de modo casi imperceptible, asentía ante las insinuaciones de Nell.

—Eso pensaba. —Nell se levantó para irse—. Por favor, dígame otra cosa. ¿Ha sido abierta la caja desde el pasado nueve de junio?

—No llevamos un registro de esos datos.

—Entonces si alguien, por alguna razón, tratara de abrirla antes de la llegada de la policía, usted tiene el deber de detenerle. Si la caja todavía no ha sido vaciada de su contenido, puede que albergue pruebas cruciales para la resolución de un homicidio múltiple.

Estaba ya en la puerta, cuando Arlene Barron la llamó.

—Señora MacDermott, olvida usted su paquete.

La bolsa con el pastel de café estaba en el suelo, junto a la silla, donde había estado sentada.

—Gracias. Ni siquiera me acordaba que lo había traído al banco —dijo Nell—. Es para una señora de la residencia. Dios la bendiga, se ha ganado cada miga del pastel.

Cuando Sclafani y Brennan llegaron a la comisaría del distrito 13, se encontraron allí a Dan Minor y a Mac.

—Mira quién está en el mostrador —murmuró Brennan a su compañero—. El congresista MacDermott. ¿En qué andaré metido?

—Hay una forma de saberlo. —Sclafani se encaminó hacia el mostrador—. Hola, Rich —dijo saludando al sargento. Después, sonriendo abiertamente, se volvió hacia Cornelius MacDermott—. Señor, es un placer conocerle. Soy el inspector Sclafani. El inspector Brennan y yo hemos estado en contacto permanente con su nieta desde la tragedia del barco. Nos ha sido de gran ayuda.

—Nell no me dijo nada acerca de ustedes, pero eso no me sorprende —comentó Mac—. La eduqué para que fuera independiente y supongo que soy un mentor de categoría. —Hizo una pausa para estrecharle la mano a Sclafani—. Estoy aquí por un asunto totalmente distinto. El doctor Minor necesita información relativa a la muerte de su madre.

Brennan se unió a ellos.

—Lo siento, doctor —dijo—. ¿Es algo reciente?

Mac respondió por Dan.

—Ocurrió hace nueve meses. La madre de Dan era una mujer atormentada a la que ha estado buscando durante largo tiempo. Se asfixió en el incendio de la mansión Vandermeer, el pasado nueve de septiembre.

Los inspectores intercambiaron miradas. Diez minutos más tarde, los cuatro hombres estaban sentados a la larga mesa de la sala de reuniones de la comisaría. El capitán John Murphy, el agente de mayor rango, se había unido a ellos. El expediente del caso y la caja con los efectos personales de la madre de Dan Minor estaban sobre la mesa.

El capitán Murphy resumió la información más relevante del expediente: «Se avistó el humo procedente de la planta baja a las siete y treinta y cuatro minutos de la tarde, y sonó una alarma. Cuando llegó el primer contingente de bomberos, unos cuatro minutos y medio después, buena parte del edificio era ya pasto de las llamas, que se propagaron gracias al hueco de un montaplatos, a través del cual alcanzaron rápidamente el tejado. A pesar del peligro, cuatro bomberos atados por un arnés exploraron las dos primeras plantas, que estaban

casi devastadas. Para registrar la tercera y cuarta plantas, se mandó personal de refuerzo. En el baño de la cuarta planta se halló el cuerpo de una mujer caucásica adulta, que probablemente se había refugiado en la bañera, con el rostro tapado con un paño húmedo. Pero, a pesar de los esfuerzos del equipo médico, no respondió a la reanimación cardiopulmonar y fue declarada muerta a las nueve y media de la noche. La causa de la muerte: asfixia por inhalación de humo» .

El capitán observó a Dan, que escuchaba atentamente con la mirada gacha y las manos entrelazadas sobre la mesa.

—En cierto modo, es un consuelo que el fuego nunca llegara a alcanzarla. Pero el calor y la densidad del humo pudieron con ella.

—Agradezco su interés y dedicación —dijo Dan—. Lo que ahora quiero saber es por qué se la considera responsable de haber provocado el incendio.

—El fuego se inició en lo que había sido la biblioteca de la primera planta. La ventana de esa estancia explotó enseguida y algunos papeles aterrizaron en la calle, incluido un bono de racionamiento de comida. Ése fue el motivo por el que su madre no pudo ser identificada de inmediato. Resultó que el bono pertenecía a otra mujer, que declaró haber denunciado el robo de una de sus bolsas unas horas antes.

—¿Me está diciendo que había otra persona sin techo en el edificio?

—No tenemos motivos para creerlo. Sin duda, no hubo ninguna otra víctima. En la biblioteca había restos de comida y un colchón. Creemos que su madre se guarecía en la mansión Vandermeer, provocó el incendio accidentalmente, quizá mientras trataba de cocinar algo, y subió al baño del piso superior, que era el único que aún funcionaba. Allí se vio atrapada. En el caso de que hubiera tratado de salir, el humo debía de haber alcanzado tal densidad que, probablemente, no habría sido capaz de alcanzar la escalera.

—Bien, ahora dejen que les cuente algo acerca de mi madre —dijo Dan—. Ella tenía un miedo patológico al fuego y especialmente a la lumbre de un hogar. No existe ni una remota posibilidad de que fuera ella quien lo encendiera.

Observó la expresión de educada incredulidad en los rostros del capitán y los detectives.

—Mi padre se marchó de casa cuando yo tenía tres años. Mi madre entró, entonces, en un estado de depresión crónica que la llevó a la bebida. Se controlaba durante el día, pero una vez que yo estaba acostado, se ponía a beber hasta caer rendida por el sopor etílico.

La voz de Dan se quebró por un momento.

—De niño me solía preocupar por ella. A menudo, me despertaba y bajaba las escaleras envuelto en mi manta. Y, como siempre, la encontraba dormida en el sofá con una botella vacía a su lado. Por aquel entonces le gustaba el calor del fuego en el hogar y acostumbraba leerme algo antes de llevarme a la cama. Una

noche, cuando bajé para ver cómo estaba, se había desmayado en el suelo ante la chimenea. Me quité la manta para tapanla y se incendió. Cuando traté de apartarla, se me prendió el pijama.

Dan se levantó, se quitó la chaqueta y se desabrochó la manga de la camisa.

—Estuve a punto de perder el brazo —dijo arremangándose—. Pasé casi un año entero en el hospital, me hicieron varios injertos de piel, y luego pasé por un período de rehabilitación para recuperar la movilidad del brazo. El dolor era espantoso. Mi madre estaba roída por el sentimiento de culpa y temía por la posibilidad de que la acusaran de negligencia. Un día, después de pasar toda la noche junto a mi cama del hospital, se fue y no regresó jamás. No podía soportar el dolor por lo que me había sucedido. No teníamos idea de dónde estaba hasta hace siete años, cuando la reconocimos en un documental de la televisión acerca de la gente sin techo de Nueva York. Contratamos a un detective privado y éste habló con algunas personas que dormían en los refugios y la conocían. Todas contaban historias varias acerca de ella, pero había algo en lo que todos coincidían: la aterraba la mera visión de una llama.

El brazo izquierdo de Dan era una masa de carne cosida y cicatrizada. Flexionó la mano y extendió el brazo.

—Me llevó mucho tiempo recuperar el movimiento y el control —dijo—. No es algo agradable de ver, pero la dedicación de aquellos médicos y enfermeras me indujeron a que me convirtiera en un buen cirujano encargado de una unidad de quemados. Se bajó la manga y la abotonó.

—Hace unos meses conocí a una vagabunda llamada Lilly que tuvo trato con mi madre. Hablé con ella largo y tendido. También sacó el tema del temor de mi madre por el fuego.

—El caso tiene una base muy sólida, doctor —dijo Jack Sclafani—. Es posible que Karen Renfrew, la mujer que denunció el robo de su bono, fuera quien prendiera el fuego. La mansión era enorme. Posiblemente, no tenía ni idea de que también su madre se encontraba allí.

—Es posible. Por lo que yo sé, cuando mi madre pasaba por uno de sus períodos depresivos más negros, siempre buscaba un sitio donde pudiera estar completamente sola.

Dan se puso la chaqueta.

—Yo no pude salvar a mi madre de sí misma —dijo—. Pero puedo salvar su reputación, sea cual fuere. Quiero que su nombre no aparezca como sospechosa del incendio.

Sonó el teléfono.

—Dije que no pasaran llamadas —musitó el capitán mientras lo cogía—. Es para ti, Jack

Sclafani cogió el aparato.

—Sclafani —soltó.

Cuando colgó, miró a Brennan.

—Nell MacDermott dejó un mensaje hace algo más de una hora. Sabe dónde está el banco, en Westchester, cerca de la residencia de la madre de Winifred Johnson. Les informó que llegaríamos con una orden de registro.

Hizo una pausa.

—Hay algo más. Llamé esta mañana a Dakota del Norte para ver qué pasaba con el tipo que tenía algo que decirnos. Nos llamó hace un rato y dejó un mensaje. Ha compilado un informe entero sobre Adam Cauliff, y nos lo está mandando.

—¿De qué están hablando? —Preguntó Mac—. ¿Qué le pasa a Nell y por qué están investigando a Adam Cauliff?

—Como dije antes, su nieta nos ha sido de gran ayuda en esta investigación, señor —dijo Sclafani—. En cuanto a su marido, nuestro contacto en Dakota del Norte ha estado husmeando en su pasado. Aparentemente, ha dado con información bastante inquietante. Sin duda, Adam Cauliff ocultaba algo que no quería que ni usted ni su nieta supieran.

Empezó a llover de nuevo mientras Nell regresaba a la ciudad. Era una lluvia torrencial que caía ferozmente sobre el parabrisas del vehículo.

Las luces de freno del coche que estaba frente a ella emitían destellos rojizos que, intermitentemente, se volvían más duraderos y brillantes a medida que el tráfico se tornaba más y más lento, hasta casi detenerse.

Nell jadeó en el momento en que otro vehículo rozó un guardabarros del carril de la izquierda e invadió el suyo, rozando su coche. Casi había tocado la puerta del copiloto.

Su mente estaba enturbiada por los acontecimientos de la mañana, pero ahora debía concentrarse estrictamente en la conducción.

No fue hasta que hubo introducido y aparcado el coche en el garaje, cuando su mente asumió el impacto de todo lo que había averiguado: Winifred había compartido una caja fuerte con Harry Reynolds.

Y Adam tenía una llave de esa caja.

No sabía qué conclusión extraer de todo ello, pero parecían existir posibilidades, nada desdeñables, de que Adam y Harry Reynolds fueran la misma persona.

—¿Está usted bien, señora MacDermott? —le preguntó solícitamente Manuel, el ascensorista.

—Sí, gracias, sólo un poco agitada. Se hace un poco difícil conducir con este tiempo.

Eran casi las tres cuando abrió la puerta de su apartamento y entró.

«¡Santuario!» . Ahora ya no podía esperar a deshacerse de las cosas de Adam. Sin importar qué otros descubrimientos hiciera, él y Winifred debían de haber mantenido algún tipo de relación secreta. Quizá sólo mantenían una relación de negocios ilegales; o también, haber sido algo parecido a una relación romántica. Aunque Nell no estaba preparada para creer que esa versión pudiera ser cierta. Fuera cual fuera la respuesta, no quería ningún recuerdo de la presencia de Adam en el apartamento.

« Me enamoré del amor... » .

« ¡Nunca más! » , se confesó Nell en silencio.

« Nunca tendrás que volver a cometer ese error » , pensó.

La luz del contestador automático parpadeaba. Tenía mensajes. El primero era de su abuelo: «Nell, Dan y yo hemos estado comprobando la investigación de la muerte de su madre. Resulta que hemos conocido a los inspectores Brennan y Sclafani. Lea dejaste un mensaje y parece que ahora tienen cierta información sobre Adam. Algo desagradable, me temo. Vendrán a mi oficinas hacia las cinco. Dan estará allí. Por favor, trata de reunirte con nosotros» .

El siguiente era un mensaje de Dan: «Nell, estoy preocupado por ti. Llámame al móvil tan pronto como puedas: 917—555—1285» . Nell estaba a punto de apagar la máquina cuando escuchó de nuevo su voz: «Nell, te lo repito: te necesito» .

Nell sonrió anhelante mientras borraba los mensajes. Fue a la cocina y abrió la nevera. «Qué cara tengo al decirle lo mal abastecida que estaba su cocina» , pensó mientras verificaba las escasas provisiones que albergaba la suya.

«No estoy hambrienta, pero quiero comer algo» . Cogió una manzana y mientras la mordía, un recuerdo remoto en una clase de historia del instituto le vino a la cabeza. «Ana Bolena, de camino hacia el cadalso, había pedido o se había comido una manzana» .

«¿Cuál de las dos cosas?» . Por alguna razón ahora le parecía importante conocer la respuesta.

«Dios quiera que la tía Gert esté en casa» , rogó Nell mientras alcanzaba el teléfono.

Afortunadamente, la tía Gert respondió tras la primera llamada.

—Nell, cariño, tengo uno de esos días en que disfruto tanto... Estoy poniendo las fotos en mi álbum, las que tomé en las fiestas con los compañeros de la asociación psíquica. ¿Sabes que Raoul Cumberland, el del programa de televisión, estuvo en mi casa hace cuatro años? Lo había olvidado. Y...

—Tía Gert, odio tener que cortarte, pero he tenido un día demencial —dijo Nell—. Debo pedirte algo. Mañana traeré cinco cajas de ropa. Es demasiado para acarrearlo y seleccionarlo tú sola, pero me gustaría renunciar a la ayuda del conductor y ser yo quien te ayude.

—Oh, qué fantástica eres —se rió Gert, nerviosamente—. Pero eso no será necesario, querida. —Volvió a reír—. Ya tengo a alguien que se ha ofrecido para ayudarme. Pero le prometí que no se lo diría a nadie. Es que no quiere verse implicada en las vidas personales de sus clientes, aunque...

—Tía Gert, Bonnie Wilson me dijo que se iba a presentar voluntaria para recibir las donaciones en la tienda.

—¿Lo hizo? —Preguntó Gert, con un alivio en la voz mezclado de sorpresa—. ¿No es un acto de buena voluntad por su parte?

—No le digas a Bonnie que voy a estar allí —le advirtió Nell—. Te veo mañana.

—Traeré mi álbum.

A Karen Renfrew le gustaba sentarse en Central Park, en un banco cerca del restaurante Tavern on the Green. Con los fardos a su alrededor disfrutaba del sol, del vaivén de los patinadores, los corredores, las niñas empujando carritos, los turistas... Disfrutaba especialmente de estos últimos, boquiabiertos ante el panorama.

« Su panorama. Su Nueva York. La mejor ciudad en el mundo entero » .

Karen había pasado un cierto tiempo en el hospital después de la muerte de su madre. « Para un chequeo », dijeron. Luego, la dejaron ir. La casera ya no la quería en su apartamento. « No nos traes más que problemas —había dicho—. Tú y toda esa basura que arrastras » .

Pero no era basura. Eran sus cosas. Sus cosas la hacían sentir bien. Eran sus amigas. Cada una de sus bolsas repartidas en dos carros de la compra —el que empujaba y el que arrastraba— eran importantes para ella. Así como todo aquello que contenían.

Karen amaba sus cosas, su parque, su ciudad. Aquel día, sin embargo, no era uno de sus favoritos. Casi no había nadie en el parque. Llovía demasiado. Karen sacó su envoltura de plástico y se tapó con ella, al tiempo que cubría los carros. Sabía que cuando llegaran los polis, seguramente la echarían de allí. Pero hasta entonces, podía disfrutar de su parque.

Le gustaba incluso bajo la lluvia. De hecho, amaba la lluvia. Era limpia y amistosa. Aunque arreciara como lo hacía en aquel momento.

—Karen, queremos hablar contigo.

Escuchó un voz ronca, masculina, y sacó la cabeza de debajo del plástico.

Había un policía junto a sus carros. Probablemente, iba a comenzar a gritarle por rechazar el ofrecimiento de acogerse a un refugio. Aún peor, iba a forzarla a vivir en uno de esos vertederos, donde la mitad de la gente estaba chalada.

—¿Qué quiere? —preguntó enojada. Aunque sabía la respuesta.

Este poli no era tan malo como otros. Incluso la ayudó con sus cosas. Una vez en la calle, levantó uno de los carros para introducirlo en la camioneta.

—¡Deténgase! —gritó—. Éstas son mis cosas. No las toque.

—Lo sé, Karen, pero tenemos que hacerte algunas preguntas en la comisaría. Cuando terminemos, te prometo que te traeremos de regreso aquí o donde tú



quieras, junto a tus cosas. Confía en mí, Karen.

—¿Tengo otra opción? —replicó amargamente mientras se aseguraba de que al poli no se le cayera ninguna de sus preciosas pertenencias.

Nell marcó el número de Bonnie Wilson. A la cuarta llamada, saltó el contestador: «Si desea concertar una cita con la médium internacionalmente renombrada Bonnie Wilson, deje por favor su nombre y su número de teléfono», entonó una voz débil.

—Bonnie, soy Nell MacDermott. No quiero molestarte —dijo en tono de disculpa—, pero es muy importante que te vea de nuevo. No sé si podrías, pero ¿crees que sería posible que me volvieras a poner en comunicación con Adam? Es urgente que hable con él. Hay algo que necesito saber. Estaré en casa, esperando tu llamada.

El teléfono sonó una hora después. Era Bonnie.

—Nell, perdona que no te llamara antes, pero acabo de recibir tu mensaje. Estaba con una de mis clientas. Naturalmente, puedes venir enseguida. No estoy segura de poder ponerte en contacto con Adam, pero lo intentaré.

—Estoy segura que sí —dijo Nell, con voz estudiadamente neutral.

Jack Sclafani y George Brennan trajeron unos bocadillos del bar y los dejaron en la oficina de la patrulla. Antes del receso para comer, tenían que ocuparse de unas cuantas cosas. Primero, llamar al director del Westchester Exchange Bank. Después, presentarse ante un juez para pedir una orden de registro de la caja de seguridad número 332 de ese mismo banco. Finalmente, pedir al fiscal del distrito que diera la orden de abrir la caja a otro miembro de su misma patrulla.

Estaban ansiosos por saber qué es lo que contenía aquella caja, pero tampoco querían alejarse mucho de la comisaría por si se lograba localizar a Karen Renfrew, la vagabunda cuyo bono de comida había sido encontrado en la mansión Vandermeer en la noche del incendio. Si la traían hasta allí, querían estar presentes en el interrogatorio.

Ya habían dado las tres cuando pudieron, por fin, comerse sus bocadillos. Sentados en el despacho de Jack, empezaron a leer el detallado informe sobre Adam Cauliff que habían recibido de Dakota del Norte.

—Deberíamos proponerle al fiscal del distrito que contratara a este tipo de Bismarck —apuntó Sclafani—. Ha sacado más porquería a la luz en un par de días de la que pueden conseguir, en toda una vida, los periodistas de la prensa rosa.

—Y asuntos realmente inquietantes —comentó Brennan—. Proviene de un familia rota y fue fichado cuando todavía era menor. El expediente debió ser cancelado. El delito: robo en una tienda. Hurto. Interrogado por la muerte de un tío suyo a la edad de diecisiete años, pero no fue incriminado. La madre de Cauliff heredó algo de dinero de ese tío y eso le permitió ir a la universidad...

—¿Cómo ha conseguido nuestro hombre todo ese material?

—... Un mentiroso crónico. Un fantasma. Se sospecha que averiguó las preguntas de los exámenes finales en la universidad. Falseó cartas de recomendación para su primer trabajo en Bismarck. Su jefe le permitió renunciar. En su segundo trabajo, sedujo a la esposa del jefe. Despedido. En otro, fue sospechoso de haber vendido bajo mano el contenido de ofertas selladas a despachos de la competencia. El informe termina y cito textualmente: «Su último jefe, en Bismarck, dijo que Adam Cauliff estaba convencido de tener derecho a todo lo que deseara, una mujer o una propiedad. Presentó su

expediente a un amigo psiquiatra y, sobre la base de la información aportada previamente, concluyó que Adam Cauliff padece una grave alteración de personalidad y que, probablemente, fuera un sociópata consumado. Como muchas de esas personas, aparenta ser un hombre muy inteligente y capaz de explotar todo su encanto. Su comportamiento general puede que sea aceptable, quizá incluso impecable. Pero cuando se le tuercen las cosas, podría actuar de cualquier manera para asegurar sus objetivos. Los medios empleados no le importan. Parece tener un menosprecio absoluto y estar abiertamente en conflicto con el código social por el que la mayoría de la gente suele conducirse.

—¡Vaya! —Exclamó Brennan tras la lectura completa del informe—. ¿Cómo pudo una mujer como Nell MacDermott liarse con un tipo así?

—¿Cómo pueden un montón de mujeres liarse con tipos así? Te diré lo que pienso —dijo Sclafani—. No te engañes; la cagarás alguna vez, antes de comprender que los Adam Cauliff de este mundo son distintos del resto de la humanidad. A veces, peligrosamente distintos.

—La pregunta ahora es si alguien llegó a saltar del barco. ¿Era Adam o Winifred Johnson?

—O, bien, ¿llegó realmente a saltar alguien? Una vez que abran la caja, sabremos si uno de ellos ya lo había hecho antes y limpió su contenido.

Sonó el teléfono y Sclafani lo cogió.

—Bien, estamos en el buen camino. —Miro a Brennan—. Han encontrado a Karen Renfrew. Está en el distrito 13. ¡Vamos!

Ni siquiera su enorme paraguas pudo evitar a Nell mojarse en los pocos pasos que debía dar desde el taxi hasta la puerta del edificio donde vivía Bonnie Wilson. Una vez en el vestíbulo, cerró el paraguas y se secó el rostro con un pañuelo. Luego, respirando profundamente, pulsó el botón del piso de Bonnie. Bonnie no esperó a que se anunciara.

—Sube, Nell —dijo por el interfono, y abrió la puerta de entrada.

El ascensor subió trabajosamente hasta el quinto piso. Mientras salía al rellano, vio a Bonnie de pie en el umbral de su casa.

—Entra, Nell.

Detrás suyo, el apartamento estaba tenuemente iluminado. Nell jadeó, sintiendo un repentino nudo en la garganta. La luz sombría alrededor de Bonnie empezó a oscurecerse.

—Nell, te veo muy preocupada. Entra —la instó Bonnie. Paralizada, Nell obedeció. Sabía que lo que ocurriera en los instantes inmediatos en aquel lugar iba a ser inevitable. No tenía otra alternativa, ni control alguno sobre nada. Los acontecimientos que iban a sucederse ante ella tenían que materializarse hasta el fin. Entró y Bonnie cerró la puerta tras ella. Nell escuchó la doble cerradura y el desliz del pestillo.

—Están haciendo arreglos en la escalera de incendios —explicó suavemente Bonnie—. El encargado tiene la llave y no quiero que ni él ni nadie nos moleste mientras estás aquí.

Nell siguió a Bonnie, que se encaminó desde el recibidor. En la calma mortuoria, sus pasos resonaban sobre el parqué. Mientras pasaba ante el espejo, Nell se detuvo y miró.

Bonnie hizo lo propio y se volvió.

—¿Qué pasa Nell?

Estaban una junto a la otra, con sus reflejos devolviéndoles la mirada. «¿No lo ves? —Quería gritar Nell—. Tu aura está casi completamente a oscuras, igual que la de Winifred. Vas a morir».

Entonces, horrorizada, vio cómo esa oscuridad se ensanchaba y empezaba también a cubrirla a ella.

Bonnie le tocó el brazo.

—Nell, querida, entra en el estudio —la instó—. Es hora de hablar con Adam.

Dan acudió al hospital para examinar el estado de un par de pacientes recién operados. Eran las cuatro y media cuando pudo salir. De nuevo llamó a casa de Nell, pero no obtuvo respuesta. « Quizá Mac sabe algo de ella », pensó.

Cornelius MacDermott le informó de que no había hablado con su nieta, pero que, en cambio, sí lo había hecho con su hermana.

—No le bastaba con mandar a Nell a una médium chalada, sino que ahora me agobia a mí con las mismas chorradas. Está preocupada porque dice tener una premonición de que algo malo le va a pasar a Nell.

—¿Qué crees que quiere decir con eso, Mac?

—Quiere decir que no tiene nada mejor que hacer que sentarse y asustarse. Mira cómo llueve. La artritis la debe estar destrozando y ha convertido sus molestias en una especie de advertencia parapsicológica. Como si estuviera canalizando su dolor para que lo disfrutáramos nosotros. Dan, dime que soy yo el que está cuerdo. Deberías ver la mirada que Liz me está dedicando. Creo que ella también empieza a creer en estas tonterías.

—Mac, ¿crees que hay serios motivos para estar preocupado por Nell? —preguntó Dan, incisivo. « La preocupación engendra preocupación », pensó—. Todo el día de hoy no ha sido más que un motivo de inquietud tras otro.

—¿De qué tendríamos que preocuparnos? Le he dicho a Gert que viniera hacia aquí para escuchar lo que los inspectores tienen que contarnos acerca de Adam. Gert pensaba que mi yerno era el no va más porque iba por ahí abriéndole las puertas, pero Brennan me ha dicho que han averiguado un montón de porquería sobre él. No me lo querían contar por teléfono. Pero, tal como sonaba, parece que ha sido una suerte librarse de él. Los inspectores dijeron que llegarían en una hora. Primero irían al distrito 13, donde estuvimos hoy. Han localizado a la mujer cuyo bono de racionamiento fue hallado tras el incendio de la mansión. La han llevado allá para interrogarla.

—Me gustaría saber qué tiene que contarles.

—Y yo creo que deberías saberlo —dijo Mac, con un tono más cordial—. Ven aquí y podrás escuchar la versión de primera mano. Luego, cuando nos pongamos en contacto con Nell, salimos todos a cenar.

—Una cosa más. ¿Es normal que Nell ignore los mensajes? ¿Es posible que

esté en casa y no coja el teléfono porque no se siente bien?

—Dios santo, Dan, no empieces tú también. —Pero Dan advirtió la preocupación de Mac en la voz—. Llamaré al portero para ver si ha entrado o salido hace poco.



—Denuncié que mi bolsa con mis pertenencias había sido robada horas antes del fuego —dijo enfadada Karen Renfrew. Estaba con el capitán Murphy y los inspectores Sclafani y Brennan, reunidos en la misma sala donde se habían visto antes con Cornelius MacDermott y Dan Minor.

—¿A quién lo denunciaste, Karen? —preguntó Sclafani.

—A un poli que pasó en un coche patrulla. Le hice señales. ¿Saben lo que dijo?

« Ya me lo imagino », pensó Brennan.

—Dijo: « Señora, ¿no tiene ya bastante basura en esas bolsas como para preocuparse si se le ha caído una? ». Pero a mí no se me cayó nada. Me la robaron.

—Lo que quiere decir es que, fuera quien fuera el que lo hizo, debía vivir en la mansión —dijo el capitán Murphy— y que esa persona era quien prendió el fuego que mató a la madre de Dan Minor. Eso quiere decir...

Karen Renfrew interrumpió al capitán.

—Puedo decirle el aspecto que tenía ese poli. Demasiado gordo y estaba en el coche con otro poli llamado Arty.

—La creemos Karen —dijo Sclafani, suavemente—. ¿Dónde estaba usted cuando le robaron la bolsa?

—En la calle Cien. Encontré un buen portal donde pasar la noche al otro lado de la calle, donde estaban restaurando un viejo edificio.

Repentinamente alertado, Sclafani preguntó:

—¿Cuál es la avenida que cruza la calle Cien a esa altura, Karen?

—Avenida Amsterdam. ¿Por qué?

—¿Qué importancia tiene? —preguntó Murphy.

—Quizá ninguna, pero podría tener mucha. Vamos tras la pista del tipo que era el capataz de aquella obra. Según su esposa, estaba terriblemente alterado por un cambio de planes en la obra que se canceló allí. Sin embargo, no nos consta que ocurriera algo así. Y no hay ni rastro de esa orden. De modo que imaginamos que podría tratarse de algo distinto. Además, todo esto ocurrió la misma tarde que se produjo el incendio en la mansión Vandermeer. Quizá todo sea una mera coincidencia, pero basándonos en la versión de su esposa, hemos

estado tratando de conectar ambos enclaves.

George Brennan miró a su compañero. No había necesidad de aclarar con palabras la conexión que ya habían realizado en sus cabezas. Jimmy Ryan había estado trabajando al otro lado de la calle donde solía pernoctar Karen Renfrew. Era una borracha. No hubiera sido muy difícil robarle una de las bolsas y dejarla en el maletero de su coche mientras ella dormía. Era un buen modo de colocar una prueba falsa y así hacer creer que la mansión había ardido debido a un fuego provocado por una vagabunda. Pero el destino había querido que robara la bolsa con el abono de racionamiento y que éste no se quemara. Las piezas del rompecabezas, finalmente, empezaban a encajar y la imagen que se dibujaba no era muy agradable.

«Si esa línea de investigación se verifica —pensó Brennan asqueado—, Jimmy Ryan no sólo será el culpable de un incendio que provocó la muerte a una víctima inocente, sino también de robar a una mujer sin techo los trapos, papeles y porquería que tanto necesitaba para vivir y que arrastraba consigo a todas partes.

—Nell, hay algo que te atormenta.

Las dos mujeres estaban sentadas a una mesa en medio de la estancia. Bonnie agarraba las manos de Nell.

« Sus manos están heladas », pensó Nell.

Trató de retirar las suyas, pero Bonnie las agarró con mis fuerza. « Está asustada —pensó Nell— y desesperada. No sabe cuánto sé o si sospecho de Adam y la explosión » .

—Debo preguntarle a Adam acerca de Winifred —dijo Nell, tratando de aparentar tranquilidad—. Creo que ella puede seguir con vida.

—¿Por qué piensas una cosa así?

—Porque un niño que iba en el transbordador que regresaba de la Estatua de la Libertad contempló la explosión. Dijo que había visto a alguien que se deslizaba del yate en traje de submarinista. Sé que Winifred era una gran nadadora, y sospecho que pudo ser ella la persona que el chico vio.

—Puede que el niño se equivocara —dijo Bonnie, en voz baja. Nell miró a su alrededor. La estancia estaba sumergida en la sombra. Las persianas estaban bajadas. El único sonido que podía escuchar, aparte de su propia respiración, era el de la lluvia repicando en los cristales de las ventanas.

—No creo que el niño se equivocara —repuso Nell con firmeza—. Creo que alguien escapó del yate antes de la explosión. Y creo que tú sabes de quién se trata.

Sintió cómo un temblor recorría el cuerpo de Bonnie e irradiaba de sus manos. Fue entonces cuando Nell pudo liberar las suyas.

—Bonnie, te vi en la televisión y creo que posees verdaderas facultades psíquicas. No sé qué es lo que hace que algunas personas tengan ese don, pero sé que yo misma he pasado por experiencias de ese mismo tipo. Experiencias muy reales, pero difícilmente explicables desde un punto de vista racional. Sé que mi propia tía Gert las ha tenido alguna vez. Pero tu caso es distinto. Tú posees un verdadero don y pienso que eres culpable de haber hecho un mal uso del mismo. Recuerdo una ocasión en que Gert me dijo, años atrás, que los poderes parapsicológicos sólo deben explotarse para hacer el bien. Si se abusa de ellos para provocar el mal, la persona en posesión de ese don será severamente

castigada.

Bonnie escuchaba fijando la mirada en Nell, mientras sus pupilas se oscurecían con cada nueva palabra y su tez palidecía hasta asumir la blancura del alabastro.

—Llamaste a Gert para decirle que Adam había contactado contigo. No creo en esas canalizaciones, pero por entonces estaba lo bastante atribulada para desear comunicarme con él en el más allá. Cuando mis padres murieron, vinieron a despedirse de mí porque me amaban. Llegué a pensar que Adam no lo hizo porque aquel mismo día habíamos discutido. Por eso quería saber si hablaba conmigo y nos reconciliábamos. Y ése es el único motivo por el que deseaba creer en ti.

—Nell, estoy convencida que, desde el otro lado, Adam...

—Escúchame, Bonnie. Si me pusiste en contacto con Adam, lo que dijiste sobre él era mentira. Sé que él no me amaba. Un hombre que ama a su esposa no tiene una aventura con su asistente personal. No contrata con ella una caja de seguridad bajo otro nombre. Y estoy convencida de que Adam no me amaba, porque eso es precisamente lo que él hizo.

—Te equivocas, Nell. Adam te amaba.

—No, no me equivoco. Y tampoco soy una estúpida. Sé que estás ayudando a Adam o a Winifred a conseguir la llave de esa caja fuerte que Adam olvidó en su chaqueta.

«He puesto el dedo en la llaga», pensó Nell. Bonnie Wilson meneaba la cabeza de un lado a otro; ya no negaba las acusaciones, la desesperación hacía mella en ella.

—Sólo hay dos personas a las que la llave les sería útil: Adam o Winifred. Espero que sea Winifred con quien estás colaborando y Adam el que haya muerto. Me produce escalofríos pensar que durante más de tres años he estado viviendo, respirando y durmiendo con alguien que podía quitar, deliberadamente, la vida de tres personas y provocar un incendio que matara a otra más. A otro nivel, aunque igualmente importante, me desespera pensar que abandoné una prometedora carrera política sólo para complacer a un tramposo y a un ladrón. Y que Adam era ambas cosas, lo sé ahora con toda claridad. Sólo ruego que no fuera también un asesino.

Nell alargó la mano hacia un bolsillo y sacó la llave de la caja fuerte.

—Bonnie, creo que tú sabes dónde se esconden Winifred o Adam. Quizá no te des cuenta de que si les has estado ayudando, eres cómplice de un asesinato múltiple. Toma la llave. Dásela a quien sea que siga con vida. Déjales que crean a ella o a él que sigue siendo seguro ir a ese banco en White Plains. Es tu única posibilidad de poder conseguir cierta indulgencia.

—¿Qué quieres decir por «que crean que sigue siendo seguro», Nell?

No había oído los pasos acercándose a ella por detrás. Se volvió y alzó la

vista, conmocionada, horrorizada.

Adam estaba de pie ante ella.

Dan Minor miró por la ventana, esperando que el azote de la lluvia empezara a ceder. Desgraciadamente, seguía arreciando, golpeando los cristales, formando una cascada virtual en las ventanas. Su madre solía decirle que cuando llovía de ese modo, eran los ángeles que lloraban. Aquel pensamiento le pareció particularmente ominoso en ese momento.

« ¿Dónde estará Nell? », se seguía preguntando.

Estaban todos reunidos en el despacho de Mac: Mac, Gert, Liz y los dos inspectores, que acababan de llegar.

El portero del edificio confirmó que Nell había llegado a casa hacia las tres y vuelto a salir poco después de las cuatro. « Eso significa que debe de haber escuchado el mensaje que le dejé —pensó—. ¿Por qué no me llamó? ».

El portero añadió que la había visto algo inquieta.

Jack Sclafani y George Brennan fueron presentados a Liz y Gert. Entonces, Sclafani tomó la palabra.

—Empecemos hablando de la mujer sin techo que denunció el robo de una de sus bolsas pocas horas antes del incendio de la mansión. Hemos podido verificar su versión con el agente a quien se quejó del robo ese mismo día. Creemos que no fue ella quien prendió el fuego. Quizá nunca lleguemos a tener pruebas de ello, pero creemos firmemente que Winifred Johnson pagó a Jimmy Ryan, una de las personas que perdieron la vida en la explosión, para que provocara el fuego y simulara que el culpable había sido un vagabundo.

—Eso quiere decir que mi madre...

—Quiere decir que su madre ha sido eximida de toda sospecha.

—¿Winifred Johnson actuó así por su cuenta o por instrucciones de Adam? —preguntó Mac.

—Presumimos que bajo las órdenes de Adam Cauliff.

—No lo entiendo —dijo Gert—. ¿De qué modo podía él beneficiarse del incendio?

—Porque había comprado la parcela Kaplan contigua a la mansión. Era lo bastante listo para saber que incrementaría enormemente su valor si la mansión desaparecía y el solar sobre el que se edificó perdía así su condición de espacio protegido. Entonces, recurriría a Peter Lang, que compró la mansión, y le

ofrecería un trato. Era suficientemente arrogante para pensar que podía imponerse a sí mismo, ante el constructor, como arquitecto para el proyecto.

—Según su viuda, un hombre llamó a Jimmy Ryan la noche del incendio, con instrucciones de que cancelara el trabajo —explicó Brennan—. Ése es uno de los motivos por los que creemos que Adam y Winifred estaban implicados en la trama del incendio. Seguramente, aquel mismo día supieron que la mansión Vandermeer había sido desclasificada como monumento histórico. De modo que ya no necesitaban prenderle fuego.

—Bien, parece que no les sirvió de nada a ninguno de los dos —comentó Liz—, ya que volaron en pedazos.

—No lo creemos así —dijo Brennan, percibiendo las expresiones asombradas de los allí presentes—. Un testigo apunta que vio a alguien, en traje de submarinista, saltar del barco un instante antes de la explosión. Hay dos cuerpos que todavía no han sido hallados: los de Adam Cauliff y Winifred Johnson.

—Gracias al trabajo de sabueso de su nieta, congresista —dijo Sclafani, sustituyendo a Brennan en el relato de los hechos—, hemos logrado acceder a una caja de seguridad compartida por un hombre y una mujer que se llamaban a sí mismos Harry y Rhoda Reynolds. La caja contenía pasaportes falsificados y varios documentos identificatorios. No hemos visto en persona el contenido, pero nos han mandado copias de las fotos de los pasaportes. Y, aunque tanto él como ella aparecen algo disfrazados, es evidente que se trata de Winifred Johnson y Adam Cauliff.

—La caja contenía también casi trescientos mil dólares en metálico y varios millones de dólares en bonos y otros títulos —añadió el inspector Brennan.

Un largo silencio sucedió a esas revelaciones, roto por Gert que, finalmente, preguntó:

—¿Cómo llegaron a acumular esa cantidad de dinero?

—Tampoco es tan difícil si consideramos el tipo de proyectos que se manejan en Walters & Arsdale. Están facturando cerca de ochocientos millones en varios de sus proyectos actuales. También creemos que todo esto era algo que Adam y Winifred llevaban planeando hacía tiempo.

Observando el aturdimiento que mostraba la expresión de Mac, Sclafani dijo:

—Me temo que su nieta se casó con un personaje muy poco recomendable, congresista. Es una historia lamentable. Todo está reflejado en este informe. Puede repasarla a placer, si quiere. Lo siento por la señora MacDermott. Es una mujer excelente y muy lista. Sé que será una conmoción para ella, pero es fuerte, y lo superará.

—¿No se reunirá con nosotros? —Preguntó Brennan—. Nos gustaría agradecerle toda la ayuda que nos ha prestado.

—No sabemos dónde está —les dijo Gert, con una mezcla de angustia y enojo en el tono—, y nadie quiere escucharme, pero estoy terriblemente

preocupada por ella. Algo no va bien. Eso me pareció cuando hablé con ella por teléfono este mediodía. Su voz no sonaba como de costumbre. Dijo que acababa de llegar de Westchester. ¿Por qué iba a salir de nuevo y de improviso en un día así?

«Algo va mal —pensó Dan, ansioso por la incertidumbre—. Nell tiene problemas» .

Brennan y Sclafani se miraron.

—¿No tienen idea de dónde se encuentra? —preguntó Sclafani.

—Eso les inquieta —dijo Mac—. ¿Por qué?

—Porque la señora MacDermott encontró la otra llave de la caja y es lo bastante inteligente para averiguar de qué banco procedía. Si se ha hecho una idea de dónde pueden estar escondidos Winifred o Adam y trata de ponerse en contacto con ellos, correrá un grave peligro. Cualquiera que tramara deliberadamente la explosión de un barco, con varias personas dentro, es capaz de hacer lo que convenga, incluso cometer otros asesinatos, para evitar ser descubierto.

—Tuvo que ser Winifred quien se alejó nadando del barco —dijo Gert, con la voz temblorosa—. Porque Bonnie Wilson logró contactar con Adam. Pudo hablar con ella desde el otro lado, de modo que tiene que estar muerto.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Sclafani.

—¡Gert, por Dios! —explotó Mac.

—Mac, ya sé que tú no crees en nada de esto, pero Nell sí. Incluso estaba siguiendo el consejo de Adam de donar toda su ropa a una tienda de segunda mano. Me lo confirmó esta tarde. La ha empaquetado toda y la llevará mañana. Bonnie Wilson se ha prestado a ayudarme con todo ello. Se lo dije a Nell. Bonnie ha sido de gran ayuda en este asunto. La única cosa que me sorprendió es que había olvidado decirme que conoció a Adam en una de mis fiestas. Encontré una foto de los dos juntos. Me extraña que no me lo mencionara nunca.

—Así que le dije a la señora MacDermott que donara toda su ropa y que luego la ayudaría a desempaquetarla —exclamó Brennan, saltando de la silla—. Apuesto lo que sea que está tratando de obtener la llave. Está involucrada en el asunto de algún modo, confabulada o bien con Adam o con Winifred.

—Dios santo —dijo Liz Hanley—. Yo pensé que se había aparecido de verdad.

Todos la miraron.

—¿Qué quieres decir, Liz? —preguntó Mac.

—Vi aparecer el rostro de Adam en un espejo de casa de Bonnie Wilson. Creí que era obra de ella y sus poderes, pero puede que estuviera realmente allí.

«Allí es donde está Nell —se convenció Dan—. En el apartamento de esa tal Wilson. Estoy seguro» .

Preso del pánico, miró en derredor. El repentino reflejo de su temor se



reflejaba en el rostro de los allí presentes.

Adam se erguía ante ella.

A pesar de la tenebrosa iluminación, Nell podía verle. Era Adam, pero tenía medio rostro cubierto de ampollas y despellejado, y tanto su mano como su pie derecho estaban vendados. La rabia se dibujaba en su rostro.

—Encontraste la llave y llamaste a la policía —dijo él, roncamente—. Después de toda mi planificación, después de soportar a esa mujer insípida y estúpida, después de casi perder la vida porque te equivocaste de chaqueta y tuve que buscar en su maldito bolso; después de pasar por todo eso, el dolor de las heridas y las quemaduras, no me queda nada.

Levantó su mano izquierda. Llevaba agarrado algo pesado, pero Nell no podía ver de qué se trataba. Trató de levantarse, pero él la empujó hacia atrás, con su mano vendada. Pudo ver su mirada de intenso dolor mientras oía gritar a Bonnie:

—¡Adam, no! ¡Por favor, no lo hagas!

Un dolor aplastante y paralizador explotó en la sien de Nell, y sintió cómo caía, y caía...

Nell escuchó un sonido extraño y lejano, una mezcla de lamento y suspiro. Le dolía terriblemente la cabeza y tenía el pelo y la cara húmedos y pegajosos. Paulatinamente, percibió que era ella quien emitía aquel sonido.

—Me duele la cabeza —susurró.

Entonces recordó: «Adam estaba vivo. Estaba aquí». «¿Alguien la tocaba? ¿Quién era? ¿Qué sucedía?».

—¡Más fuerte! ¡Átala más fuerte! —gritaba Adam. «¿Por qué le dolían las piernas?», se preguntaba Nell. Logró abrir los ojos. Bonnie estaba doblada ante ella, llorando. En sus manos, un ovillo de cuerda recía «Me está atando las piernas».

—Las manos. Ahora las manos. —Otra vez la voz de Adam, ronca y cruel.

Nell yacía en una cama boca abajo, mientras Bonnie le ataba las manos por detrás.

Trató de hablar, pero no pudo pronunciar las palabras que se formaban en su mente. «No lo hagas, Bonnie —quería decir—. Sólo te quedan unos minutos de

vida. Tu aura se ha oscurecido completamente. No te vuelvas a manchar las manos de sangre» .

Bonnie tiraba de sus muñecas, y sintió cómo le tocaba la mano. Seguía atándola con la cuerda, pero cada vez menos fuerte. « Quiere ayudarme» , pensó Nell.

—Date prisa —le espetó Adam.

Lentamente, Nell volvió la cabeza. Pudo ver una pila de periódicos viejos sobre el suelo. Adam sostenía una vela encendida. « ¡Dios, va a incendiar la casa!» . Con nítida y repentina claridad advirtió lo que iba a suceder.

—¡A ver si te gusta, Nell! Quiero que sientas el dolor del mismo modo que lo sufrí yo. Y todo por tu culpa. Fue culpa tuya que no consiguiera la llave y, luego, con esta pinta no me podía presentar en el banco para tratar de convencerles que me dejaran abrir esa maldita caja. Todo por tu culpa y de esa imbécil, que me trajo la chaqueta equivocada.

—Adam, ¿por qué...? —atisbó a preguntar Nell.

—¿Por qué? ¿Crees que me puedes hacer esa pregunta? ¿No entiendes nada? —Su rabia estaba ahora teñida de asco—. Nunca fui lo bastante bueno para ti, nunca lo bastante bueno para mezclarme con los viejos amigos de tu abuelo. ¿No te das cuenta de que si te presentabas a un cargo público todo habría terminado para mí? Había cosas de mi pasado que habrían resultado algo embarazosas para una candidata al Congreso. Si no hubieras insistido en convertirte en la niña de Mac, haciendo lo que él quería, podría haber tenido alguna opción. Pero cuando te decidiste, supe que todo había terminado. ¿No entiendes el festín que los medios de comunicación habrían montado al escrutar en mi pasado? No podía permitir que eso sucediera.

Adam estaba ahora arrodillado ante la cama, con su rostro junto al de ella.

—De modo que, Nell, me obligaste. Tú y ese pesado de Jimmy Ryan y Winifred, con sus ojos húmedos y caídos y sus labios secos y agrietados. Bueno, qué le vamos a hacer. De todos modos, ya era hora de desaparecer. Hora de empezar de nuevo. —Se puso en pie y la miró—. No importa que sólo me queden cuatro duros para volver a empezar. Me apañaré. Pero tú no. Adiós, Nell.

—Adam, no puedes matarla —gritó Bonnie, agarrándose a su brazo, mientras las llamas empezaban a expandirse.

—Bonnie, estás en esto conmigo sí o no. Es elección tuya. Te puedes quedar con Nell o escapar conmigo.

Justo entonces sonó el timbre de manera persistente, un ruido penetrante que resonaba por todo el apartamento. El humo sepultaba la estancia, al tiempo que el fuego empezaba a prender en las paredes. Más allá del vestíbulo, una voz gritó:

—¡Policía, abran!

Adam se dirigió hacia allí y examinó la puerta principal. Entonces regresó y miró a Nell.

—¿Les oyes, Nell? Están tratando de ayudarte y, ¿sabes qué? No van a llegar a tiempo. Me voy a asegurar de eso.

Se apresuró hacia la puerta y comprobó las cerraduras y el pestillo. Regresó al dormitorio, cerró la puerta de la habitación posterior, dio una vuelta a la llave, la tiró lejos y, con el hombro, empujó la cómoda contra la puerta. Depositó algunos periódicos que no habían ardido y dejó la vela encendida encima.

—Rápido, la salida contra incendios —dijo.

Las llamas ya estaban lamiendo las cortinas.

—Abre la ventana, estúpida —le gritó a Bonnie.

—Están trabajando en la escalera contra incendios, Adam. No podemos salir por allí. No es seguro —dijo Bonnie, sollozando.

Él ya la estaba empujando fuera, hacia la escalera, bajo la lluvia torrencial. Nell vio la expresión salvaje en los ojos de Adam, mientras éste se tomaba su tiempo para cerrar la ventana tras él, recluyéndola en aquel horno crematorio.

Estaba sola con el fuego. El calor era insoportable. El colchón se quemaba. Con una fuerza engendradora por la desesperación, Nell logró deslizarse de la cama; luego pudo erguirse. Apoyándose contra la cómoda, logró liberar las manos de las ataduras que Bonnie había dejado algo sueltas. Empujó la cómoda a un lado. La puerta estaba en llamas. Nell trató de abrirla pero el pomo estaba al rojo vivo. Las ampollas, el humo... sabía que esto iba a ocurrir. Tenía los ojos inyectados en sangre. Casi no había oxígeno. No podía respirar.

Alguien golpeaba en la puerta del apartamento. Podía oírlo, pero la puerta no se podía abrir. No había llave.

«Demasiado tarde —pensó, mientras se tiraba al suelo y empezaba a reptar—. No lo lograré» .

Una voluta de humo se deslizó en el rellano. —La casa está ardiendo —gritó Sclafani.

Como un solo hombre, él, Brennan y Dan empezaron a golpear la puerta. Pero ni se movió.

—Voy al tejado —gritó Brennan.

Sclafani se volvió y corrió escalera abajo, con Dan pisándole los talones. Llegaron a la entrada y salieron a la calle. Corrieron hacia el flanco del edificio desde donde se accedía a la escalera contra incendios. La lluvia les salpicaba con fuerza mientras daban la vuelta a la esquina.

—¡Dios santo, mira! —exclamó Dan.

En la salida de incendios por encima de ellos había dos personas, resbalando y tropezando sobre los escalones traicioneros. Incluso bajo la escasa luz y a través de la densa lluvia, Jack pudo ver la cara del hombre que huía. Habían encontrado a Adam Cauliff, el hombre que Benjy Tucker había visto con traje de submarinista y la causa de todas aquellas terribles pesadillas.

En el interior del dormitorio en llamas, el humo lo había invadido todo. Nell no podía ver nada mientras se arrastraba por el suelo, jadeando por lograr una última bocanada de aire. Estaba asfixiándose. La ventana. Tenía que encontrarla. De pronto, tocó algo sólido, ¡la pared! Debía de haber cruzado la estancia; la ventana tenía que estar allí. Se irguió sobre sus rodillas y alargó los brazos para agarrarse al alféizar. Todo lo que sintió fue el metal recalentado. ¿Qué era? ¿Era la manilla? El tirador de un cajón. Dios santo, se había desplazado en círculo. Volvía a estar en la puerta.

« No puedo más —se dijo—. No puedo respirar» .

De nuevo se sintió como años atrás, arrastrada por el remolino, succionada hacia abajo por una turbina abismal. Estaba más allá del cansancio, agotada. No podía respirar. Necesitaba dormir.

Una voz llegó hasta ella. Pero esta vez no se trataba de sus padres. Era Dan, que decía « Nell, te necesito» .

« Vuélvete —se dijo—. Sabes dónde está la ventana, ¡ve hacia ella! Sigue

cerca de la cama y gira a la derecha». Todavía impedida por la cuerda enrollada entre sus piernas, reptó de nuevo por el suelo.

« Te necesito, Nell. Te necesito» .

Asfiriéndose y sin dejar de toser, se lanzó hacia adelante, forzándose a alcanzar la ventana.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó Sclafani a la pareja que escapaba por la escalera de incendios—. ¡Manos arriba!

Adam se detuvo y se giró, al tiempo que Bonnie trataba de pasar por delante. Entonces, la agarró.

—Vuelve aquí —gritó, mientras la empujaba por la escalera. En la tercera planta, tropezó y agarró la barandilla con la mano vendada. Chillando del dolor, siguió adelante.

Pasaron ante la ventana del apartamento de Bonnie, en la quinta planta, y alcanzaron el rellano del sexto. Por debajo, pudieron escuchar los cristales rompiéndose y la humareda provocada por el incendio.

Adam miró entonces hacia arriba. El tejado estaba a unos dos metros por encima de su cabeza.

—¡Es inútil, Adam! —gritó Bonnie.

Adam se agarró de la barandilla metálica y comenzó a trepar. Con la punta de sus dedos tocó el borde del tejado. Demasiado frenético para percibir el espantoso dolor producido por el exceso de presión ejercido sobre su mano herida, se aferró al borde del techo y trató de subir.

Oyó un ruido desgarrador y le atenazó una convulsión aterradora en el momento en que la escalera de incendios empezaba a separarse del muro.

Abajo, en la calle, Dan Minor podía escuchar las sirenas de los bomberos, a medida que se abrían camino por la avenida Oeste. Juntó las manos con los dedos cruzados, dándole apoyo e impulso a Sclafani para que éste pudiera agarrar el último escalón de la escalera de incendios.

—Deja caer la escalerilla —le gritó Dan mientras Sclafani empezaba a trepar hacia el segundo piso.

Momentos después, Dan reptaba por la traicionera escalera hacia arriba. Por encima suyo podía ver las llamas saliendo por la ventana del quinto piso. « ¡Nell! », pensó. Nell estaba en aquel infierno.

Nell logró sostenerse, tropezó y alcanzó la ventana. Entonces se abatió contra la misma y quebró el cristal con el hombro. Detrás de ella sintió la oleada de

calor asfixiante absorbido hacia el exterior y, por debajo, percibió cómo el suelo comenzaba a ceder.

Lanzó su cuerpo hacia afuera, buscando el aire fresco y húmedo que la envolvía desde abajo y le permitía volver a respirar de nuevo. Sólo tenía medio cuerpo fuera y notaba como si la empujaran hacia atrás mientras el suelo empezaba a ceder bajo sus pies. Sus manos, desolladas, agarraron el marco de la ventana. El cristal roto le hirió las palmas, produciéndole un dolor intenso. Sabía que no podría permanecer agarrada por mucho tiempo. Por detrás la amenazaba el rugido del fuego. Debajo de ella se oían las sirenas y la gente chillando. Dentro de su cabeza no había más que calma. «¿Es ésta la impresión de la muerte?», se preguntó.

Adam agarró el tejado con las puntas de los dedos. Con fuerza sobrehumana producto de la desesperación, empezó a impulsarse. Entonces sintió que unos brazos le agarraban las piernas y le tiraban hacia abajo. Era Bonnie. Trató de liberarse de su agarrón, pero fue inútil. No podía sostenerse en el tejado. Osciló y volvió a caer en el rellano.

Maldiciendo, agarró a Bonnie y la levantó. La escalera de incendios empezaba a mecerse debajo de ellos.

—Déjala ir o disparo —gritó Brennan desde el tejado.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —respondió Adam. Apresurándose por los escalones, Sclafani intuyó lo que estaba a punto de suceder. «La va a tirar», pensó. Alcanzó el último rellano y trató de detener a Cauliff. Era demasiado tarde. Bonnie cayó al pavimento en medio de un chillido espeluznante.

Adam se dio la vuelta contra la barandilla y volvió a trepar. Esta vez sus dedos apenas pudieron rozar el tejado antes de resbalar impotentes. En un instante, se balanceó vacilante, con los brazos agitándose en el aire en busca de un precario equilibrio. Sclafani se paralizó, viendo al hombre que, ante él, ejecutaba una danza mortal antes de precipitarse al vacío, sin producir sonido alguno, hasta que su cuerpo golpeó el asfalto.

Justo por debajo de Sclafani, Dan había alcanzado la ventana que se abría desde el dormitorio de Bonnie. Viendo a Nell en el linde de aquel infierno, agarrada al marco de la ventana, la cogió por las muñecas y la sujetó con sus fuertes y firmes manos, hasta que, un momento después, Jack Sclafani llegó a donde se encontraba, ayudándole a liberarla.

—¡La tenemos! —exclamó Jack—. ¡Vámonos! Esto se va a caer.

La escalera de incendios se balanceaba ostensiblemente mientras bajaban desde el rellano del quinto piso. Dan arrastraba a Nell, que había perdido el conocimiento.

Cuando alcanzaron la escalerilla extensible, un bombero que estaba debajo de ellos gritó:

—¡Suéltenla y salten!

Dan dejó a Nell en brazos del bombero. Entonces, él y Sclafani saltaron por encima de la barandilla, saliendo del radio de impacto de los seis pisos de escaleras que se derrumbaban, en ese momento, sobre la calle y que sepultaban, bajo sus escombros los cuerpos de Adam Cauliff y Bonnie Wilson.



**MARTES, 7 DE NOVIEMBRE**  
**JORNADA ELECTORAL**

**90**

Se elegía a un nuevo presidente destinado a conducir el futuro de Estados Unidos durante los próximos cuatro años. Un nuevo senador iba a hablar por el estado de Nueva York en el club más exclusivo del país. Y, al final del día, la ciudad de Nueva York conocería si el distrito encabezado durante casi cincuenta años por Cornelius MacDermott había elegido a su nieta, Nell MacDermott, como su nueva representante.

En parte por nostalgia, pero también como concesión supersticiosa, Nell había emplazado el cuartel general de la campaña en el hotel Roosevelt, escenario de todas las victorias de su abuelo. A medida que iban cerrándose las urnas, y empezaban a filtrarse los primeros resultados, permanecían sentados en la suite de la décima planta del hotel. Estaban concentrados en los tres monitores de televisión que ocupaban todo un flanco de la estancia; una para cada una de las tres mayores cadenas.

Gert MacDermott les acompañaba, junto con Liz Hanley y Lisa Ryan. Sólo faltaba Dan Minor, que ya venía del hospital. Los asistentes de campaña daban vueltas, entrando y saliendo de la habitación, picando y sorbiendo nerviosamente algo de comida y bebida que yacían dispuestas por todos lados. Algunos eran optimistas, otros se mostraban temerosos y cautos por haber vivido una campaña particularmente dura.

Nell se dirigió hacia su abuelo.

—Se gana o se pierde, Mac. Estoy contenta de que me presionaras a presentarme.

—¿Y por qué no ibas a hacerlo? —respondió, gruñón—. La comisión del partido estaba de acuerdo conmigo; los pecados del esposo no deben manchar a la esposa. Aunque, en caso de juicio, te hubieras visto inevitablemente arrastrada y el circo montado por los medios alrededor de todo ello habría convertido tu campaña en un infierno. Con Adam y el resto ya muertos, todo el asunto se convirtió enseguida en agua pasada.

« Agua pasada, pensó Nell. Agua pasada que Adam la hubiera traicionado.

Que se hubiera asegurado deliberadamente y a sangre fría de que cualquiera que pudiera incriminarle, incluidos Jimmy Ryan y Winifred Johnson, murieran en la explosión. Era agua pasada el hecho de que se hubiera casado con un monstruo y compartir su vida con él durante tres años. «¿Sentía yo que en el fondo de nuestra relación había algo terrible? Pues debí suponerlo».

El investigador de Bismarck había encontrado más información inquietante acerca de Adam. Se sirvió del seudónimo Harry Reynolds en uno de sus tratos dudosos en Dakota del Norte, y debía de habérselo contado a Winifred.

Nell miró en derredor. Lisa Ryan captó su mirada y levantó los pulgares para animarla. A principios del verano, Lisa había contactado con Nell, ofreciéndose para ayudarla en su campaña. Nell aceptó encantada y estaba feliz con los resultados obtenidos. El trabajo de Lisa fue incansable, pasando las noches en la oficina electoral, hablando con los votantes por teléfono o bien mandando pasquines electorales por correo.

Sus hijos habían pasado el verano en la costa con sus vecinos, Brenda Curren y su marido. Le parecía que lo mejor para ellos era que se alejaran del vecindario hasta que se enfriaran los efectos de la muerte de su padre. No había ido tan mal. El nombre de Jimmy Ryan formaba parte de los archivos de la policía, pero no sin llamar mucho la atención de la prensa.

«Los niños saben que su padre cometió un terrible error —le explicó cándidamente Lisa a Nell cuando se encontraron por primera vez tras los acontecimientos—. Pero también saben que acabaron con su vida porque estaba dispuesto a enfrentarse a ese error. Quería expiar su culpa. Sus últimas palabras fueron "Lo siento", y ahora sé lo que quería decir. Merece todo mi perdón.

Si Nell salía elegida, Lisa trabajaría junto a ella en su despacho de Nueva York «Espero que suceda», pensó Nell mientras volvía a concentrarse en los monitores situados ante ella.

Sonó el teléfono. Lisa respondió y se dirigió hacia Nell.

—Era Ada Kaplan. Está rezando por que ganes. Dice que eres una santa.

Nell revendió la parcela Kaplan a Ada Kaplan por el mismo precio que Adam pagó. Posteriormente, Ada Kaplan se la vendió a Peter Lang por tres millones de dólares.

—No le diga una palabra a mi hijo —le hizo prometer—. Tendrá lo que es suyo y la diferencia irá destinada a la hermandad judía. El dinero servirá para ayudar a la gente necesitada.

—Vais cabeza con cabeza, Nell —dijo Mac, contrariado—. Los resultados serán más reñidos de lo esperado.

—Mac, ¿desde cuándo te inquietas mirando los resultados? —preguntó Nell, riendo.

—Desde que tú te presentaste. Quién lo hubiera dicho, va a ser a cara o cruz.

Eran las nueve y media. Media hora más tarde, llegó Dan. Se sentó junto a

Nell y la rodeó con el brazo.

—Perdona por llegar tan tarde —dijo—. Atendí un par de emergencias. ¿Cómo va? ¿Debo tomarte el pulso?

—No te preocupes. Ya se me ha salido de las muñecas.

A las diez y media, los analistas políticos se decantaban a favor de Nell.

—Eso es. Arriba —musitó Mac.

A las once y media, el rival de Nell aceptaba ya su derrota. Los alaridos de alegría proferidos entre los presentes en la suite resonaron atronadoramente en el auditorio de abajo. Nell se mantuvo rodeada de aquellos a los que más quería en el mundo mientras el monitor enfocaba la multitud en la sala de baile del Roosevelt, celebrando la victoria de Nell. El gentío comenzó a entonar la canción himno de su campaña desde el día que la orquesta la interpretó, por primera vez, al anunciar ella su candidatura. Era uno de sus temas preferidos de principios de siglo, *Espera a que salga el sol, Nellie*.

*Espera a que salga el sol, Nellie.  
Cuando las nubes se disipen...*

«Ya se han disipado», pensó...

*Seremos felices, Nellie...  
Prometidos tú y yo...*

—Seguro —susurró Dan.

*Así que espera hasta que salga el sol, Nellie, hasta pronto...*

La canción terminó y la multitud rugió con aprobación. En la sala de baile, el director de campaña de Nell agarró el micrófono.

—Ha salido el sol —gritó—. Elegimos al presidente que queríamos, al senador que queríamos y ahora a la congresista que queríamos. —Entonces entonó—: ¡Queremos a Nell, queremos a Nell!

Cientos de voces se unieron al clamor.

—Venga, congresista MacDermott. Te están esperando —espetó Mac, urgiéndola hacia la puerta.

La agarró del brazo y la condujo ante sus votantes, mientras Dan, Liz y Gert le seguían.

—Bien, Nell, la primera cosa que yo haría en tu caso... —empezó a decir Mac.



MARY HIGGINS CLARK. Nació el 24 de diciembre de 1931 en Nueva York, donde también creció, aunque tiene ascendencia irlandesa. Huérfana de padre a los diez años, Mary y sus dos hermanos crecieron junto a su madre. Tras unos años trabajando de secretaria, sus ganas de viajar y conocer mundo la llevaron a trabajar de azafata para la Pan American Airlines, empleo gracias al cual conoció Europa, África y Asia. Un año después, se casó con un amigo de toda la vida, Warren Clark. Una vez casada, Mary comenzó a escribir historias cortas, consiguiendo vender la primera tras seis años de intentarlo. En 1964 enviudó tras un ataque al corazón que acabó con la vida de su marido. Mary tenía cinco hijos que mantener, y para superar la pérdida de su marido se refugió en la escritura.

Su primer libro fue una biografía sobre la vida de George Washington. Su siguiente novela, ya enmarcada en el género de suspense, se tituló *¿Dónde están los niños?*, y se convirtió en un bestseller que iniciaría la exitosa carrera de la autora.

En 1996 se casó de nuevo con John J. Conheaney, con quien actualmente vive en Nueva Jersey.

Presume que su sangre irlandesa es esencial a la hora de escribir « Los irlandeses son narradores de historias por naturaleza». Sus mayores influencias son de los libros de misterio de Nancy Drew, Sherlock Holmes y Agatha Christie. En sus novelas se entremezcla el misterio y la intriga con un punto de romanticismo.